

VILLAGRÁ, GASPAR PÉREZ DE (¿1555? – 1640)

*HISTORIA DE LA NUEVA MEXICO*

ÍNDICE

CANTO PRIMERO

Que declara el argumento de la historia y sitio de la nueva México, y noticia que della se tuuo, en quanto la antigualla de los Indios, y de la salida y decendencia de los verdaderos Mexicanos

CANTO SEGVNDO

Como se aparecio el demonio a todo el campo, en figura de vieja, y de la traça que tuuo en diuidir los dos hermanos, y del gran mojón de hierro que assento para que cada qual conociesse sus estados .

CANTO TERCERO

Como por si solos, los españoles tuuieron principio, para descubrir la nueua México: y como entraron, y quienes fueron los que primero pretendieron, y pusieron por obra la jornada

CANTO QVARTO

De la infamia y bageza que cometen los generales, oficiales, y soldados que salen a nuevos descubrimientos, y se bueluen sin perseberar, y ver el fin de sus impresas

CANTO QVINTO

De otras noticias qve vbo de la Nueva Mexico, y de otros que assi mismo pretendieron la jornada

CANTO SEXTO

Como se eligió para esta jornada la persona de don Iuan de Oñate, y del fabor que para ello dio don Luys de Velasco, y de los estorbos que despues tuuo, para impedir sus buenos pensamientos: los quales tuuieron despues consuelo, por ser faborecidos del Conde de Monte Rey, Virrey de nueua España

CANTO SEPTIMO

De algunos sucesos buenos, y malos, de la jornada, y de una cedula Real, y mandamiento del Virrey, que se intimò à don Iuan, para que hiciesse alto, y no prosiguiese la jornada

#### CANTO OCTAVO

De la respuesta que dio don Iuan de Oñate, a la notificacion que se le hizo, y de la prudencia y discrecion, con que hablò a todo el campo, y fiestas que se hizieron de contento, y del generoso ofrecimiento de Iuan Guerra su teniente, y de otros trabajos que a estas fingidas alegrías sucedieron

#### CANTO NVEVE

Como se bolvio con algunos religiosos, Fray Rodrigo Duran, Comissario Apostolico de la jornada: y de otros trabajos que fueron sucediendo: y como el Virrey mando à don Iuan se sugetase à segunda visita, o que mandaria derramar la gente: y venida del visitador al despacho de la jornada, y contento que con el se tuuo: y del orden que tuuo en hazer su visita, y cosas que en ella sucedieron

#### CANTO DIEZ

Como salio el campo marchando, para el rio de Conchas, y del modo que tuuieron en vadearle y puente que en el se hizo y de como se despidió el Visitador, dando solo permiso para que el campo entrase

#### CANTO HONZE

Como escriuio Don Iuan al Virrey, y como hizieron boluer al Padre Fray Diego Marquez: y como fue marchando el campo al Rio de San Pedro: y escolta que se embio, para que los Religiosos le alcançasen: y salida que hizo el Sargento mayor, à explorar el Rio del Norte, y trabajos que padecio siguiendo su demanda

#### CANTO DOZE

Como salio segunda vez el sargento, a explorar el Rio del Norte, con solos ocho compañeros: y de los trabajos que sufrieron, hasta dar en vna Rancheria de Baruaros, y lo que sucedio con ellos

#### CANTO TREZE

Como llego Polca en busca de Milco su marido, y dexandola en prision, se fue huyendo: y de la fuga que hizo Mompil, y de la liberalidad que el Sargento tuuo con la baruara cautiua

#### CANTO CATORZE

Como se descubrio el rio del Norte, y trabajos que hasta descubrirlo padecieron: y de otras cosas que fueron sucediendo, hasta ponerse en punto de tomar possession de la tierra.

#### CANTO QVINZE

Como salio el campo para passar el Rio del Norte, y como se despacho el Capitan Aguilar, a espiar la tierra, y como estuuo para degollar, por auer quebrado el orden que le dieron, por cuya causa el Gouvernador se adelanto para los pueblos, y de las cosas que fueron sucediendo, hasta que el Gouvernador quiso hazer asiento y poblar la tierra.

#### CANTO DIEZ Y SEYS

Como hizo assiento el Gouernador, con todo el Campo, en vn pueblo de Baruaros, à quien pusieron por nombre San Iuan de Caualleros, y del buen hospedaje de los Indios, y motin de los soldados, y fuga que hizieron quatro dellos, y castigo que en los dos se hizo, saliendo el autor, hasta tierra de paz tras dellos, y de la primera Yglesia que se hizo

#### CANTO DIEZ Y SIETE

Como salio el Sargento con la nueuas guias, que trujo Marcos Cortes, y como llegò à los llanos de Zibola, y de las muchas vacas que vio en ellos, y de la obediencia que dieron los Indios al Gouernador, y, salida que hizo, para los pueblos en cuya vista determinò, que en llegando el Sargento mayor al Real, quedase gouernando, y que el Maese de Campo saliesse, para yr con el al Mar del Sur para lo qual despachò mensagero proprio, para que saliesse tras del con treynta hombres.

#### CANTO DIEZ Y OCHO

Como fue el Gouernador para la fuerça de Acoma, y, alboroto que causò Zutacapan, y traicion que tuuo fabricada

#### CANTO DIEZ Y NVEVE

Como boluio el autor del castigo de aquellos que degollaron, y, como los Indios de Acoma le cogieron en vna trampa, y trabajos que padeciò por escapar la vida, y, socorro que tuuo, hasta llegar al Real del Gouernador

#### CANTO VEYNTE

De los excesibos trabajos que padezen los soldados, de nueuos descubrimientos, y de la mala correspondencia que sus seruicios tienen

#### CANTO VEYNTE Y VNO

Como Zutacapan hizo iunta de los indios acomeses, y, discordia que entre ellos vbo, y de la traycion que fabricaron

#### CANTO VEYNTE Y DOS

Donde se declara la rota del maese de campo, y muerte de sus compañeros, causada por la traycion de los indios acomeses

#### CANTO VEYNTE Y TRES

Donde se dize la muerte del maese de campo, y lo que despues sucedio, hasta lleuar la nueva al Gouernador

#### CANTO VEYNTE Y QVATRO

Como se dio la nueva al Gouernador, y de lo que fue sucediendo, hasta llegar á San Iuan de los Caualleros

#### CANTO VEYNTE Y CINCO

Como se hizo cabeza de processo, contra los Indios de Acoma, y de los pareceres que dieron los Religiosos, y de la instruccion que se te dio al Sargento mayor, para que saliesse al castigo de los dichos Indios

#### CANTO VEYNTE Y SEYS

Como lleo la nueva del Maese de campo, a oydos de Gicombo, vno de los Capitanes Acomeses, que ausente auia estado, y de las diligencias que hizo, juntando á los Indios, á consejo, y discordia que tuuieron.

#### CANTO VEYNTE Y SIETE

Como salio el exercito para el Peñol de Acoma, y, de las cosas que fueron sucediendo, y rebato que dieron en el pueblo de San Iuan

#### CANTO VEYNTE Y OCHO

De las cosas que passaron y sucedieron, antes de subir al Peñol, y dificultades que pusieron

#### CANTO VEYNTE Y NVEVE

Como los doze compañeros escalaron el primer Peñol, y batalla que tuuieron con los Indios, y junta que tuuieron para levantar por General à Gicombo, y acetacion que hizo el cargo, y condiciones que sacó para exercerlo

#### CANTO TREINTA

Como auiendo ordenado el nuevo general a sus soldados, se fue à despedir de Luzcoija, y batalla que tuuo con los Españoles, y cosas que en ella sucedieron

#### CANTO TREINTA Y VNO

Como se fue prosiguiendo la batalla, hasta alcanzar la victoria, y como se pegó á todo el pueblo, y de otras cosas que fueron sucediendo

#### CANTO TREINTA Y DOS

Como Zutancalpo fue hallado por sus quatro hermanas, y, del fin y muerte de Gicombo, y de Luzcoija

#### CANTO TREINTA Y TRES

Del miserable fin que tuuo Bempol, y de otros que con él sus dias acabaron, y del sentimiento que hizo el Sargento mayor, buscando los guessos de su hermano

#### CANTO TREINTA Y QVATRO

Como se fue abrasando la fuerza de Acoma, y como se halló Zutacapan muerto, de vna gran herida, y de los de mas sucessos que fueron sucediendo, hasta llevar la nueva de la victoria al Gouernador, y muertes de Tempal, y Cotumbo

### CANTO PRIMERO

*Que declara el argumento de la historia y sitio de la nueva Mexico, y noticia que della se  
tuvo, en quanto la antigualla de los Indios, y de la salida y decendencia de los  
verdaderos Mexicanos*

Las armas y el varon heroico canto,  
El ser, valor, prudencia, y alto esfuerço,  
De aquel cuya paciencia no rendida,  
Por vn mar de disgustos arrojada,  
A pesar de la inuidia ponçoñosa,  
Los hechos y prohezas va encumbrando,  
De aquellos Españoles valerosos,  
Que en la Occidental India remontados,  
Descubriendo del mundo lo que esconde,  
Plus vltra con braueza van diziendo,  
A fuerça de valor y braços fuertes,  
En armas y quebrantos tan sufridos,  
Quanto de tosca pluma celebrados:  
Suplicoos Christianissimo Filipo,  
Que pues de nueua Mexico soys fenix,  
Nueuamente salido y producido,  
De aquellas viuas llamas y cenizas,  
De ardentissima fee, en cuyas brasas,  
A vuestro sacro Padre y señor nuestro,  
Todo deshecho y abrasado vimos  
Suspendais algun tanto de los hombres,  
El grande y graue peso que os impide,  
De aquese inmenso globo que en justicia,  
Por solo vuestro braço se sustenta,  
Y prestando gran Rey atento oido,  
Vereis aqui la fuerça de trabajos,  
Calumnias y aflicciones con que planta,  
El euangelio santo y Fé de Christo,  
Aquel Christiano Achilles que quisistes,  
Que en obra tan heroica se ocupase,  
Y si por qual que buena suerte alcanço,  
A teneros Monarca por oiente,  
Quien duda que con admirable espanto,  
La redondez del mundo todo escuche,  
Lo que a tan alto Rey atento tiene,  
Pues siendo assi de vos fauorecido,  
No siendo menos escreuir los hechos,  
Dignos de que la pluma los leuante,  
Que emprender los que no son menos dignos,  
De que la misma pluma los escriua,  
Solo resta que aquellos valerosos,

Por quien este cuydado yo he tomado,  
Alienten con su gran valor heroico,  
El atreuido buelo de mi pluma,  
Porque desta vez pienso que veremos,  
Yguales las palabras con las obras,  
Escuchadme gran Rey que soi testigo,  
De todo quanto aqui señor os digo.  
Debajo el polo Artico en altura,  
De los treinta y tres grados que a la santa,  
Ierusalem sabemos que responden,  
No sin grande misterio y marauilla,  
Se esparcen, tienden, siembran y derraman,  
Vnas naciones barbaras remotas,  
Del gremio de la Iglesia donde el día  
Mayor de todo el año abraça y tiene,  
Catorze oras y media quando llega,  
Al principio de Cancro el Sol furioso,  
Por cuyo Zenith, passa de ordinario,  
De Andromeda la imagen y Perseo,  
Cuya constelacion influye siempre,  
La calidad de Venus y Mercurio,  
Y en longitud nos muestra su distrito,  
Segun que nos enseña y nos practica,  
El meridiano fixo mas moderno,  
Dozientos y setenta grados justos,  
En la templada zona, y quarto clima,  
Dozientas leguas largas por la parte  
Que el mar del Norte, y golfo Mexicano,  
Acerca y auicina mas la costa,  
Por el viento sueste, y por la parte,  
Del brauo Californio y mar de perlas,  
Casi otro tanto dista por el rumbo,  
Que sopla el sudueste la marina,  
Y de la Zona elada dista y tiene,  
Quinientas leguas largas bien tendidas,  
Y en circulo redondo vemos ciñe,  
Debajo el paralello si tomamos,  
Los treinta y siete grados lebantados,  
Cinco mil leguas buenas Españolas,  
Cuya grandeza es lastima la ocupen,  
Tanta fuma de gentes ignorantes,  
De la sangre de Christo cuiã alteça,  
Causa dolor la ignoren tantas almas:  
Destas nuevas Regiones es notorio,  
Pública voz y fama que decien den,  
Aquellos mas antiguos Mexicanos,

Que a la Ciudad de Mexico famosa,  
El nombre le pusieron porque fuese,  
Eterna su memoria perdurable,  
Imitando aquel Romulo prudente,  
Que a los Romanos muros puso tassa,  
Cuya verdad se saca y verifica,  
Por aquella antiquissima pintura,  
Y modo hieroglyphico que tienen,  
Por el qual tratan, hablan y se entienden,  
Aunque no con la perfeccion insigne,  
Del gracioso coloquio que se ofrece,  
Quando al amigo ausente conuersamos,  
Mediante la grande y excelencia,  
Del escreuir illustre que tenemos,  
Y fuerça y corrobora esta antigualla,  
Aquel prodigio inmenso que hallamos,  
Quando el camino incierto no sabido,  
De aquella nueua Mexico tomamos,  
Y fue que en las postreras poblaciones,  
De todo lo que llaman nueua España,  
Y a los fines del Reyno de Vizcaia,  
Estando todo el campo leuantado,  
Para romper marchando la derrota,  
Bronca, aspera, dificil y encubierta,  
Supimos vna cosa por muy cierta,  
Y de inmortal memoria platicada,  
Y que de mano en mano auia venido,  
Qual por nosotros la venida a España,  
De aquellos valerosos que primero,  
Vinieron a poblarla y conquistarla,  
Dixeron pues aquellos naturales,  
Vnanimos conformes y de vn voto,  
Que de la tierra adentro señalando,  
Aquella parte donde el norte esconde,  
Del presuroso Boreas esforçado,  
La concaua cauerna desabrida,  
Salieron dos briosissimos hermanos,  
De altos y nobles Reyes descendientes,  
Hijos de Rey, y Rey de suma alteza,  
Ganosos de estimarse y leuantarse,  
Descubriendo del mundo la excelencia,  
y a sus illustres Reyes y señores,  
Con triumpho noble, y celebre trofeo,  
Por viua fuerça de armas, o sin ellas,  
Quales corderos simples al aprisco,  
Reduzir los fugetos y obedientes,

Al duro iugo de su inmenso imperio,  
Soberbio señorío y brauo estado,  
Y que llegando alli con grande fuerça,  
De mucha soldadesca bien armada,  
En dos grandiosos campos diuididos,  
De gruessos esquadrones bien formados,  
El maior de los dos venia cerrando,  
Con gran suma de esquadras la banguardia,  
Y de otras tantas brabas reforçaua,  
La retaguarda en orden bien compuesta,  
El menor con grandissima destreza,  
Y por el medio cuerpo de batalla,  
Gran suma de bagage y aparato,  
Tiendas y pauellones bien luzidos,  
Con que sus Reales fuertes affentauan,  
Y como sueltos tiernos ceruatillos,  
Infinidad de niños y muchachos,  
Por vna y otra parte retoçando,  
Embueltos en juguetes muy donosos,  
De simples infanticos inocentes,  
Sin genero de traça ni concierto:  
Y tambien por aquel soberuio campo:  
Entre las fieras armas se mostrauan,  
Assi como entre espinas bellas flores,  
Vizarras darnas, dueñas y donzellas,  
Tan compuestas discretas y gallardas,  
Quanto nobles hermosas y auisadas:  
Y en fresca flor de jubentud mancebos,  
Gentiles hombres, todos bien compuestos,  
Compitiendo los vnos con los otros,  
Tanta suma de galas y libreas,  
Quanto en la mas pintada y alta Corte,  
En grandes fiestas suelen señalarse,  
Los que son mas curiosos cortesanos:  
Y assi mismo los gruesos esquadrones,  
Mostrauan entre tanta vizarria,  
Vn numero terrible y espantoso,  
De notables transformaciones fieras,  
Qual piel de vedegoso Leon cubria,  
Con que el feroz semblante y la figura,  
Del soberuio animal representaua,  
Qual la manchada fiera tigre hircana,  
Presta onza, astuto gimio, y suelto pardo,  
Qual al hambriento lobo carnicero,  
Raposo, liebre, y timido conejo,  
Los grandes pezes, y aguilas caudales,

Con todo el resto de animales brutos,  
Que el ayre, y tierra, y ancho mar ocupan:  
Alli muy naturales, parecian,  
Inuencion propria antigua, y que es vsada,  
Entre todas las gentes y naciones,  
Que vemos descubiertas de las Indias,  
Auia de armas fuertes belicosas,  
Vna luzida bella y grande copia,  
Turquescos arcos, corbos, bien fornidos,  
Anchos carcages, gruessos y espaciosos,  
De muy liuianas flechas atestados,  
Ligeras picas, y pesadas maças,  
Fuertes rodelas con sus fuertes petos,  
De apretado nudillo bien obrados,  
Rebueitas hondas, prestas por el ayre,  
Gruessos bastones con pesados cantos,  
En sus fuertes bejucos engastados,  
Y sembradas de agudos pedernales,  
Fortissimas macanas bien labradas,  
Y tendidas al aire tremoauan,  
Con vizarro donaire y gallardia,  
Cantidad de vanderas y estardartes,  
De colores diuersos matizados,  
Y las diestras hileras de soldados,  
Cada qual empuñando bien sus armas,  
Con gran descuydo y con vizarros passos,  
Por el tendido campo yuan marchando,  
Y de las muchas plantas açotado,  
El duro suelo en alto leuantauan,  
Vila tiniebla densa tan cerrada,  
Que resoluerse el mundo parecia,  
En cegajoso poluo arrebatado,  
De vn ligero y presto terremoto,  
Que por el ancho concauo del aire,  
En altos remolinos va esparciendo,  
Pues yendo assi marchando con descuido,  
Delante se les puso con cuidado,  
En figura de vieja desembuelta,  
Vn valiente demonio resabido,  
Cuyo feroz semblante no me atreuo,  
Si con algun cuydado he de pintarlo,  
Sin otro nuevo aliento a retratarlo.

## CANTO SEGVNDO

*Como se aparecio el demonio a todo el campo, en figura de vieja, y de la traça que tuuo en diuidir los dos hermanos, y del gran mojon de hierro que assento para que cada qual conociesse sus estados.*

Quando la Magestad de Dios aparta,  
Del catholico vando algun rebaño,  
Señal es euidente y nadie ignora,  
Que aquello lo permite su justicia,  
Por ser aquel camino el menos malo,  
Que pudieron llevar sus almas tristes,  
Y assi como a perdidos miserables,  
Y de la santa iglesia diuididos,  
Marchando assi estos pobres reprouados,  
Delante se les puso aquel maldito,  
En figura de vieja reboçado,  
Cuya espantosa y gran desemboltura,  
Daua pauor y miedo imaginarla,  
Truxo el cabello cano mal compuesto,  
Y qual horrenda y fiera notomia,  
El rostro descarnado macilento,  
De fiera y espantosa catadura,  
Desmesurados pechos, largas tetas,  
Hambrientas, flacas, secas y fruncidas,  
Nerbudos pechos, anchos y espaciosos,  
Con terribles espaldas bien trabadas,  
Sumidos ojos de color de fuego,  
Disforme boca desde oreja a oreja,  
Por cuyos labrios secos desmedidos,  
Quatro solos colmillos hazia fuera,  
De vn largo palmo corbos fe mostrauan,  
Los braços temerarios, pies y piernas,  
Por cuyas espantosas coiunturas,  
Vna ossamenta gruessa rechinaua,  
De poderosos nerbios bien assida,  
Y assi como nos pintan y nos muestran,  
Del brauo Atlante la feroz persona,  
Sobre cuyas robustas y altas fuerças,  
El graue incomparable assiento y peso,  
De los mas lebantados cielos cargan,  
Por lo mucho que dellos alcançaua,  
En la curiosa y docta Astrologia,  
Assi esta feroz vieja judiciaria,  
Afirman por certisimo que truxo,  
Encima de la fuerte y gran cabeça,

Vn graue inorme passo casi en forma,  
De concha de tortuga lebantada,  
Que ochocientos quintales excedia,  
De hierro bien mazizo y amasado,  
Y luego que llegó al forastero,  
Campo, y le tuuo atento, y bien suspenso,  
Con lebantada voz desenfadada,  
Herguida la ceruiz assi les dijo:  
No me pesa esforçados Mexicanos,  
Que como brauo fuego no domado,  
Que para su alta cumbre se lebanta,  
No menos seays mouidos y llamados,  
De aquella braua alteza y gallardia,  
De vuestra insigne ilustre y noble sangre,  
A cuya heroica Real naturaleza,  
Le es proprio y natural el gran desseo,  
Con que alargando os vais del patrio nido,  
Para solo buscar remotas tierras,  
Nueuos mundos tambien nueuas estrellas,  
Donde pueda mostrarse la grandeza,  
De vuestros fuertes braços belicosos,  
Ensanchando por vna y otra parte,  
Assi como el soberbio mar ensancha,  
Las hondas poderosas y las tiende,  
Por sus tendidas Plaias y Riberas,  
Que assi se esparza tienda y se publique,  
Por todo lo criado y descubierto,  
La justa adoración que se le deue,  
Al principe supremo y poderoso,  
Del tenebroso aluergue que buscamos,  
Y para que tomeis mejor el punto,  
Qual presurosa jara que se arranca,  
Para el opuesto blanco que se opone,  
Notad la voluntad que es bien se cumpla,  
De aqueste gran señor que aca me embia,  
Ya veis que la molesta edad cansada,  
De vuestro noble padre caro amado,  
Tiene su Real persona tan opresa,  
Desgraciada, cuitada y afligida,  
Que mas no puede ser en este siglo,  
Y que ya su vegez enferma y cana,  
A la debil decrepita a venido,  
Boluiendose a la tierna edad primera,  
Y para que los mas de sus estados,  
Qual vn veloz cometa que traspone,  
No queden por su fin y triste muerte,

Sin natural señor que los ampare,  
Es forçoso que luego vno buelua,  
Y el otro siga de su estrella noble,  
El prospero distinto y haga assiento,  
No donde vieron fuera de los hombros,  
Los antiguos Romanos destroncada,  
La cabeça de quel varon difunto,  
Ni donde la gran piel del buei hermoso,  
Tan gran tierra ocupò que fue bastante,  
A encerrar dentro de sus largas tiras,  
Los leuantados muros de Cartago,  
Mas donde en duro y solido peñasco,  
De christalinas aguas bien cercado,  
Vieredeis vna Tuna estar plantada,  
Y sobre cuias gruessas y anchas hojas,  
Vna Aguila caudal bella disforme,  
Con braueça cebando fe estuuiere,  
En vna gran culebra que a sus garras,  
Vereys que esta rebuelta y bien assida,  
Que alli quiere se funde y se lebante,  
La metropoli alta y generosa,  
Del poderoso estado señalado,  
Al qual expresamente manda,  
Que Mexico Tenuchtitlan se ponga,  
Y con aquesta insignia memorable,  
Leuantareis despues de nueuas armas,  
Y de nuevos blasones los escudos,  
Y porque la cobdicia torpe vicio,  
Del misero adquirir suele ser causa,  
De grandes disensiones y renzillas,  
Por quitaros de pleytos y debates,  
Será bien señalaros los linderos,  
Terminos y mojones de las tierras,  
Que cada qual por solo su gouierno,  
A de reconocer fin que pretenda,  
Ninguno otro dominio mas ni menos,  
De lo que aqui quedare señalado,  
Y lebantando en alto los talones,  
Sobre las fuertes puntas afirmada,  
Alçò los flacos braços poderosos,  
Y dando a la monstruosa carba buelo,  
Assi como si fuera fiero rayo,  
Que con grande paur y pasmo assombra,  
A muchos, y los dexa sin sentido,  
Siendo pocos aquellos que lastima,  
Assi con subito rumor y estruendo,

La portentosa carga soltò en vago,  
Y apenas ocupò la dura tierra,  
Quando temblando y toda estremecida,  
Quedó por todas partes quebrantada,  
Y assi como acabò qual diestra Circe,  
Alli desuanecio fin que la viesen,  
Señalando del vno al otro polo,  
Las dos altas coronas leuantadas,  
Y como aquellos Griegos y Romanos,  
Quando el famoso Imperio diuidieron,  
Cuió hecho grandioso y admirable,  
El Aguila imperial de dos cabeças,  
La diuision inmensa representa,  
De aquesta misma fuerte traza y modo,  
La poderosa tierra diuidieron,  
Y assi como pelota que con fuerça,  
Del poderoso braço y ancha pala,  
Resurte para atras y en vn instante,  
Tan presto como viene vemos buelue,  
Assi con fuerte bote el campo herido,  
Con lo que assi la vieja les propuso,  
La retaguardia toda dio la buelta,  
Para la dulce patria que dexauan,  
Por la parte del Norte riguroso,  
Y para el Sur fue luego prosiguiendo,  
La banguardia contenta le da usana,  
Auiendose los vnos y los otros,  
Tiernamente abraçado y despedido,  
Y como aquella aguja memorable,  
Que por grande grandeza y marauilla,  
Oy permanece puesta y assentada,  
En la bella Ciudad santa de Roma,  
A la vista de quantos verla quieren,  
No de otra suerte assiste y permanece,  
El gran mojon que alli quedò plantado,  
En altura de veinte y siete grados,  
Con otro medio, y no vbo ningun hombre,  
De todo vuestro campo que atajado,  
Pasmado y sin sentido no parase,  
Considerando aquella misma historia,  
Y por sus mismos propios ojos viendo,  
La grandeza del monstruo que alli estaua,  
Al qual no se acercauan los caualllos,  
Por mas que los hijares les rompian,  
Porque vnos se empinauan y arbolauan,  
Con notables bufidos y ronquidos,

Y otros mas espantados resurtian,  
Por vno y otro lado rezelosos,  
De aquel inorme peso nunca visto,  
Hasta que cierto Religiosos vn dia,  
Celebrò el gran misterio sacrosanto,  
De aquella Redención del vniuerso,  
Tomando por Altar al mismo hierro,  
Y dende entonces vemos que se llegan,  
Sin ningun pauor, miedo, ni rezelo,  
A su estalage aquestos animales,  
Como a lugar que libertado ha sido,  
De qual que infernal furia desatada,  
Y como quien de vista es buen testigo,  
Digo que es vn metal tan puro y liso,  
Y tan limpio de orin como si fuera,  
Vna refina plata de Copella:  
Y lo que mas admira nuestro caso,  
Es que no vemos genero de veta,  
Horrumbre, quemazon ó alguna piedra,  
Con cuiua fuerça muestre y nos paresca,  
Auerse el gran mojon alli criado,  
Porque no muestra mas señal de aquesto,  
Que el rastro que las prestatas Aues dejan,  
Rompiendo por el aire sus caminos,  
O por el ancho mar los sueltos pezes,  
Quando las aguas claras van cruzando,  
Y aquesta misma historia que he contado,  
Sabemos gran señor que se practica,  
En lo que nueua Mexico llamamos,  
Donde assi mismo fuimos informados,  
Ser todos forasteros y apuntando,  
De aquellos dos hermanos la salida,  
Al passar dan indicio se quedaron,  
Sus padres y mayores y señalan,  
Al leuantado norte donde dizen,  
Y afirman ser de alla su decendencia,  
Y dizen que contienen sus mojones,  
Gran suma de naciones diferentes,  
En lenguas, leies, ritos, y costumbres,  
Los vnos muy distintos de los otros,  
Entre los quales cuentan Mexicanos,  
Y Tarascos con gente de Guinea,  
Y no parando aqui tambien afirman,  
Auer como en Castilla gente blanca,  
Que todas son grandezas que nos fuerçan,  
A derribar por tierra las columnas,

Del non Plus Ultra infame que lebantán,  
Gentes, mas para rueca y el estrado,  
Para tocas, vainicas, y labores,  
Que para gouernar la gruessa pica,  
Generoso baston, y honrrada espada,  
Y auer salido destas nueuas tierras,  
Los finos Mexicanos nos lo muestra,  
Aquella gran Ciudad desbaratada,  
Que en la nueua Galicia todos vemos,  
De gruessos edificios derribados,  
Donde los naturales de la tierra,  
Dizen que la plantaron y fundaron,  
Los nueuos Mexicanos que salieron,  
De aquesta nueua tierra que buscamos,  
Desde cuios assientos y altos muros,  
Con todo lo que boja nueua España,  
Hasta dar en las mismas poblaciones,  
De lo que nueua Mexico dezimos,  
Quales van los solicitos rastros,  
Que por no mas que el viento van sacando,  
La remontada, casa que se esconde,  
Assi la cuidadosa soldadesca,  
A mas andar sacaba y descubria,  
Desde los anchos limites que digo,  
Patentes rastros, huellas, y señales,  
Desta verdad que vamos inquiriendo,  
A causa de que en todo el despoblado,  
Siempre fuimos hallando fin buscarla,  
Mucha suma de loça, mala y buena,  
A vezes en montones recogida,  
Y otras toda esparcida y derramada,  
Que esto tuuieron siempre por grandeza,  
Los Reyes Mexicanos que dezimos,  
Porque la mas vagilla que tuuieron,  
Fue de barro cozido, y luego al punto,  
Que del primer seruicio se quitaua,  
Todo lo destroçauan y quebrauan,  
Y dentro de las mismas poblaciones,  
Todos los mas de vuestro campo vimos,  
Algunos edificios y pinturas,  
De antiguos Mexicanos bien sacadas,  
Y assi como por brujula descubre,  
El buen tahur la carta desseada,  
Assegurando el resto que ha metido,  
Assi con estas pintas y señales,  
Seguros assentamos todo el campo,

En el gustoso aluergue descubierta,  
Tomando algun descanso que pudiesse,  
Esforçar y alentar alguna cosa,  
Los fatigados cuerpos quebrantados,  
Del peso de las armas trabajosas,  
Por manera señor que aqui sacamos,  
Que esta es la noble tierra que pisaron,  
Aquellos brabos viejos que salieron,  
De la gran nueva Mexico famosa,  
Por quien el peregrino Indiano dize,  
Que muy pocos la quieren ver ganada,  
Y con mucha razón nos desengaña,  
De verdad tan patente y conocida,  
Porque para ensanchar los altos muros,  
De nuestra santa Iglesia y lebantarlos,  
Son muchos los llamados, y muy pocos,  
Aquellos a quien vemos escogidos,  
Para cosa tan alta y lebantada,  
Mas dexemos aquesta causa en vanda,  
Que pide larga historia lo que encubre,  
Cerrando nuestro canto mal cantado,  
Con auer entonado todo aquello,  
Que de los mas antiguos naturales,  
A podido alcançarle y descubrirse,  
Acerca de la antigua decendencia,  
Venida, y población de Mexicanos,  
Que para mi yo tengo que salieron,  
De la gran China, todos los que habitan,  
Lo que llamamos Indias, mas no importa,  
Que aquesto por agora aquí dexemos,  
Y porque vuestra gente Castellana,  
A quien parece corta la grandeza,  
De todo el vniuerfo que gozamos,  
Para pisarla toda, y descubrirla,  
Por si misma alcanço vna grande parte,  
De aqueste nuevo Mundo que inquirimos,  
Adelante diremos quales fueron,  
Y quienes pretendieron la jornada,  
Sin verla en punto puesta y acabada.

### CANTO TERCERO

*Como por si solos, los españoles tuuieron principio, para descubrir la nueva Mexico:*

*y como entraron, y quienes fueron los que primero pretendieron, y pusieron por obra la  
jornada*

Blason gallardo, y alto, es el trabajo,  
De aquella ilustre fama memorable,  
Que en la triunfante Corte soberana,  
Y militante aluergue que viuimos,  
Sabemos que se anida, y se atesora,  
Mediante aquellos heroes valerosos,  
Que su inmortal vandera professaron,  
Cuia alta zima, y cumbre poderosa,  
Podeis notar señor incomparable,  
Que por escudo heroico y sublimado,  
Quiso aquel poderoso Dios eterno,  
Que por alterza grande y triunfo el hombre,  
Que en Trinidad y essencia representa,  
Su beldad propia y alta semejança,  
Sacada de su mismo ser al viuo,  
Le guardase, y del mucho se estimase,  
Si todas las mas cosas desta vida,  
Seguras en buen puerto ver quisiesse,  
Y assi no se vera ningun trabajo,  
Si con heroico pecho es recebido,  
Que en èl el mismo Dios no resplandezca,  
Mostrandonos patente la belleza,  
De sus notables hechos y prohezas,  
Y esto quales resplandecientes soles,  
Alta en el quarto cielo leuantados,  
Con no pequeño assombro nos mostraron,  
Despues que en la Florida se perdieron,  
Por aquel largo tiempo prolongado,  
El grande negro Esteuan valeroso,  
Y Cabeça de Vaca memorable,  
Castillo, Maldonado, sin segundo,  
Y Andres Dorantes mas auentajado,  
Todos singularissimos varones,  
Pues en la tempestad mas fiera y braua,  
De todas sus miserias y trabajos,  
Por ellos quiso obrar la suma alteza,  
Vna suma gradiosa de milagros,  
Y como su Deidad con solo aliento,  
Infundio espiritu de vida al hombre,  
Y a otros sanó venditos de tu mano,  
Assi passando aquestos valerosos,  
Por entre aquestas barbaras naciones,

No solo a sus enfermos los sanauan,  
Lisiados, paraliticos, y ciegos  
Mas dauan tambien vida a sus difuntos,  
Con solo vendicion y aliento santo,  
Que por sus santas bocas respirauan,  
Pitima viua, atriaca y medicina,  
Que solo en la botica milagrosa,  
Del poderoso Dios pudo hallarse,  
Por cuya virtud alta y soberana,  
Suspensos los Alarabes incultos,  
Assi como si fueran dioses todos,  
Vna vez por tributo y vassallage,  
Les consagraron, dieron, y ofrecieron,  
Passados de seyscientos coraçones,  
De muchos animales que mataron,  
Que no es pequeño pasmo y marauilla,  
Que gente bruta, barbara, grossera,  
De todo punto viesse y alcançase,  
Que con razon no mas que coraçones,  
Deuen sacrificarse y ofrecerse,  
A los que semejantes obras hazen,  
Porque no obstante que es porcion pequeña,  
Para satisfacer la debil hambre,  
De vn milano flaco acobardado,  
Nadie ignora el gran ser de su nobleza,  
Pues siendo en si tan corto y encogido,  
Sabemos que no cabe en todo el mundo,  
Y en el abreuiado que es el hombre,  
El es la primer vasa y fundamento,  
Que da calor de vida al artificio,  
De todo el edificio milagroso,  
Y es en si tan heroica su grandeza,  
Que como es fuerça passe y se registre,  
Por vna de las salas del juzgado,  
En cuiu puesto asisten los sentidos,  
Lo que a la suma alteza y excelencia,  
Del bello entendimiento se propone,  
Assi no puede ser que llegue cosa,  
Que le hiera y de muerte le lastime,  
Sin que primero acabe y se destrua,  
El mundo breue, y toda su grandeza,  
Porque èl es el postrero que fenece,  
Y el que postrero pierde el mouimiento  
Y assi en el, como en hermoso templo,  
La magestad del alma se aposenta,  
De donde al poderoso Dios embia,

Sus santas y deuotas oraciones,  
Sus obras, pensamientos, y alegria,  
Su verdadero amor, y su tristeza,  
Sus lagrimas, suspiros y gemidos,  
Y assi como abundante fuente viua,  
De donde manan cosas tan grandiosas,  
A solo Dios el coraçon se deue,  
Sacrificar en todas ocasiones,  
Y a todos los demas varones fuertes,  
Que sus venditos passos van siguiendo,  
Notando el sacrificio inestimable,  
Destos rusticos baruaros salbages,  
Que tantos coraçones ofrecieron,  
A estos quatro famosos que en sus tierras,  
Por tiempo de nueue años trabajados,  
Vn millon de miserias padecieron,  
Al cabo de los quales aportaron,  
A la Prouincia calida famosa,  
De Culiacan que en otros tiempos nobles,  
Muy nobles caualleros la poblaron,  
En cuyo puesto y siglo de oro illustre,  
Aquel humilde Prouincial celoso,  
De la orden del serafico Francisco,  
Que fray Marcos de Niça se llamaua,  
Auiendole bien dellos informado,  
Por auer descubierto cierta parte,  
Destas nuevas Regiones escondidas,  
Y como ya alcançaua de los Indios,  
La razon que atras queda referida,  
Que salieron que aqui los Mexicanos,  
Qual famoso Colon, que nuevo Mundo,  
Dio a vuestra Real corona de Castilla,  
Assi determinò luego de entrarse,  
Por cosa de dozientas leguas largas,  
Con solo vn compañero confiado,  
En aquel sumo bien que nos gouierna,  
Y por enfermedad que a el compañero  
Sobreino, fue fuerça se quedase,  
Y èl se entro con diuino y alto esfuerço,  
Con cantidad de barbaron amigos,  
La tierra adentro, y como aquel que halla,  
Vn rico y preciosissimo tesoro,  
Cuya abundancia fuerça y le combida,  
Que buelua con presteza por socorro,  
Assi el gran Capitan de pobre gente,  
Con grande priessa roboluio diziendo,

Notables excelencias de la tierra,  
Que auia visto, notado y descubierto,  
Y como no ay en todo el vniuerso,  
Cosa que mas parezca y represente,  
La magestad de Dios, como es el hombre,  
Como si fuera Dios emprende cosas,  
Que a solo Dios parece se referuan:  
Y assi podeis notar Rey poderoso,  
Que teniendo de aquesta nueua tierra,  
Copiosa relacion de aqueste santo,  
Y heroico Religioso de Franciscos,  
Aquel grande Cortes, Marques del Valle,  
Despues de auer sulcado la brabeza,  
Del ancho brauo mar, y echado a fondo,  
Las poderosas naues de su flota,  
Hecho de tanto esfuerço y ossadia,  
Tan qual nunca abraçò varon famoso,  
Lleuado del valor illustre y alto,  
De sola su persona no domada,  
Que ya por todo el Orbe no cabia,  
No porque no esta bien desengañado.  
Que solo siete pies de tierra sobran,  
Mas descubrir por cada pie pretende,  
Vn nueuo Mundo, y ciento si pudiesse,  
Para mejor subir el edificio,  
De nuestra santa Iglesia, y lebantarle,  
Por estas tierras barbaras perdidas,  
Pues poniendo la proa de su intento,  
Para largar al viento todo el trapo,  
Siguiendo desta impressa la demanda,  
Como amar, y reynar jamas permiten,  
Ninguna competencia que les hagan,  
Sucedio lo que al muy famoso Cesar,  
Con el brabo Pompeio, sobre el mando,  
Que cada qual por fuerça apetecia,  
Porque le contradijo don Antonio,  
Primero Visorrey de nueua España,  
Diziendole que a el solo la jornada,  
Como a tal Visorrey le competia,  
Cortando el apretado y ciego ñudo,  
Que de amistad antigua y verdadera,  
El vno con el otro professauan,  
Mas Dios nos libre quando quiebra y rompe,  
Interes, y que puede atrabesarse,  
Porque al punto que quiere embrauecerse,  
No ay Rey, razon, ni ley, ni fuerça tanta,

Que a su furor diabolico resista,  
Y assi dize muy bien el Mantuano,  
O sacra hambre, de riquezas vanas,  
Que desbenturas ay a que no fuerçes,  
Los tristes coraçones de mortales,  
Y ponele este nombre sacrosanto,  
Grandioso, soberano, y lebantado,  
Porque ningun mortal jamás se atreua,  
Emprenderla jamas contra justicia,  
Mas como nos aduierte la Escritura,  
Quien ferà aqieste, y alabarle hemos,  
Por auer hecho en vida marauillas,  
Pues porfiando los dos sobre esta causa,  
Como si fueran dioses poderosos,  
Cada qual pretendia y procuraua,  
Rendir a todo el mun si pudiese,  
Y vista aquella causa mal parada,  
Al punto procurò el Marques heroico,  
Por ser del mar del Sur Adelantado,  
Que por este derecho pretendia,  
Y alegaua ser suya la jornada,  
Y assi por no perderla, ni dexarla,  
Vino a tornar de España la derrota,  
Para tratar con la imperial persona,  
De vuestro bien auenturado Abuelo,  
Carlos Quinto de toda aquesta causa,  
Tuuo de los imperios mas notables,  
Reynos y señorios desta vida,  
La suprema y mas alta primacia,  
Siendo amado, acatado, y estimado,  
De todo lo que ciñe el vniuerso,  
Pues luego que dió fin a su carrera,  
Y recogio las velas destroçadas,  
De aquel largo viage trabajoso,  
Qual naue poderosa que da fondo,  
En desseado puerto, y al instante,  
La vemos yr a pique y sin remedio,  
Assi llegó la cruda y feroz muerte,  
Diziendo en altas voces lebantadas,  
A ninguno perdonò y puso pazes,  
Quitandole de vista la jornada,  
Y con horrible imperio poderoso,  
Al punto le mandò se derrotase,  
Tomando sin excusa, y sin remedio,  
Aquel mortal y funebre camino,  
Tan trillado y seguido de los muertos,

Quanto jamas han dado de los viuos,  
Y mas de aquellos tristes miserables,  
Que vida prolongada se prometen,  
Y como muchas vezes acontece,  
Que con descuido suele deslizarse,  
Vn regalado vaso de las manos,  
Dexandonos muy tristes y suspensos,  
Y casi sin aliento boqui abiertos,  
De verle por el suelo destroçado,  
Assi causò grandissima tristeza.  
Assombro, pasmo, miedo y sobresalto,  
El ver aquel varon tendido en tierra,  
Resuelto todo en poluo y vil ceniza,  
Siendo el que auentajò tanto su espada,  
Que sugetò con ella al nueuo mundo,  
Mas quiè serà señor aquel tan fuerte,  
Que a la furiosa fuerça de la parca,  
Pueda su gran braueza resistirla,  
Si a Reyes, Papas, y altos potentados,  
Por funebres despojos y trofeos,  
Debajo de sus pies estan postrados,  
Mas que mucho si al hijo de Dios viuo,  
Sabemos todos le quitò la vida,  
Por cuya causa cada qual se apreste,  
Pues fin remedio es fuerça que se rinda,  
Y fin vital espiritu se postre,  
Debajo de su pala y fuerte azada,  
Con esto Don Antonia de Mendoza,  
Tomò y quedò por suyo todo el campo,  
Qual aquel que a su gran contrario dexa,  
En él tendido palido y el alma,  
Del miserable cuerpo desassida,  
Y para descubrir mejor el blanco,  
Valiose del tercero dòn diuino,  
Que es quien mas bien nos lleua y encamina,  
Qual refulgente luz que nos alumbra,  
Con cuiã claridad tomò consejo,  
Con aquel gran varon noble famoso,  
Que Christoual de Oñate se dezia,  
Persona de buen seso y gran gouierno,  
Y vno de los de mas valor y prendas,  
Que de capa y espada en nueua España,  
Y reynos del Piru auemos visto,  
Al qual pidio su parecer y voto,  
Acerca del soldado mas gallardo,  
Sufrido, astuto, fuerte, y mas discreto,

Que le fuese possible que escogiese,  
Para solo ocuparle y encargarle,  
Que por explorador de aquesta entrada,  
Con treinta buenos hombres se aprestase,  
Antes que todo el campo se partiese,  
Y como el buen fin tanto se adelanta,  
Quanto el principio es mas bien acertado,  
Qual vn agudo lince que trasciende,  
O Aguila Real que fin empacho,  
El mas brauo rigor del Sol penetra,  
Assi con gran presteza luego dixo,  
Poniendole delante la persona,  
De aquel Iuan de Zaldibar su sobrino,  
Soldado de verguença, y tan sufrido,  
Quanto para vna afrenta bien prouado,  
Al qual fin mas acuerdo le encargaron,  
Vna gallarda esquadra de Españoles,  
Que treinta brabas lanças gouernauan,  
Con estos se metio la tierra adentro,  
Por donde les corrio muy gran fortuna,  
Y tempestad deshecha de trabajos,  
Tan esforçados viuos y alentados,  
Que solo su valor pudo sufrirlos,  
Y en el inter el diestro Mendocino,  
Preuino corno astuto gran socorro,  
Formando vn gruesso campo reforçado,  
De bella soldadesca tan vizarra,  
Quanto mas no pudieron esmerarse,  
Aquellos que llegaron y pusieron,  
El belico primor en su fineza,  
Pues viendo esta belleza lebantada,  
Con ellos se boluio el santo Niça,  
Prouincial de pobissimos Franciscos,  
Por solo que tuuiesse franca entrada,  
La voz de la Euangelica doctrina,  
Entre estos pobres barbaros perdidos,  
Y porque el cuerpo humano destroncado,  
Y puesto sin cabeça es impossible,  
Que pueda bien mandarse y gouernarse,  
Nombraron por gouierno deste campo,  
A vn grande cauallero que Francisco,  
Vazquez de Coronado se dezia,  
Persona de valor y grande esfuerço,  
Para cosas de punto y graue peso,  
Y porque reberencia le tuuiessen,  
Con titulo de General illustre,

Quisieron ilustrar a su persona,  
Y honrrandole el Virrey en quanto pudo,  
Para mas alentar aquesta entrada,  
En persona salio haziendo escolta,  
Hasta poner el campo en Compostela,  
De la Ciudad de Mexico apartada,  
Largas dozientas millas bien tendidas,  
Donde vino a salirles al encuentro,  
El Capitan Zaldibar quebrantado,  
Del aspero camino trabajoso,  
Que vino de explorarle y descubrirle,  
A fuerça de armas, hambre, y sed notable,  
Y otros muchos trabajos que no cuento,  
Que por inormes pàramos sufrieron,  
Y diziendo al Virrey que aquella tierra,  
Que auia visto, notado, y descubierto,  
No le parecia nada auentajada,  
Respecto de ser pobre y miserable,  
Y de rusticos barbaros poblada,  
Mas que no fuesse parte todo aquesto,  
Para que vn solo passo atras boluiesse,  
Porque donde se pierde la esperança,  
Alli los mas solicitos monteros,  
Suelen con mucho gusto y passatiempo,  
Lebantar sin pensar muy grande caza,  
Y como para el bien jamas le falta,  
Quien lo impugne, resista y contradiga,  
No faltò quien dixese y atizase,  
Ser pobrissima tierra, y que por serlo,  
Era terrible caso que aquel campo,  
En cosa tan perdida se ocupase,  
Al alma le llegò al Virrey la nueua,  
Mas como muy prudente y recatado,  
Considerando que de vn grande hierro,  
Suele salir vn grande acertamiento,  
Desimulose todo lo que pudo,  
Y assi como en el subito peligro,  
Se deue aconsejar con gran presteza,  
Aquel que viue del mas descuidado,  
Sin dilación mandò que se pusiese,  
Grandissimo silencio y se callase,  
Todo lo referido, sin que cosa,  
Quedase para nadie descubierta,  
Pues con esto era fuerça que el peligro,  
De deshazerse el campo se venciese,  
Cuiu preuencion hizo, porque el gasto,

Estatua ya perdido y consumido,  
Con cincuenta mil pesos de buen oro,  
Que Christoual de Oñate quiso darle,  
Prestandolos con pecho generoso,  
Por solo que esta entrada se hiziesse,  
Y que seria possible si se entrase,  
Segunda vez que fuesse de prouecho,  
Y como siempre suele auentajarse,  
Al cansado montero la porfia,  
Porfiando mandó que luego al punto,  
El nueuo General diesse principio,  
A lebantar el campo, y que marchase,  
Y auiendose de todos despedido,  
Tomò el Virrey de Mexico la buelta,  
Y el Real fue tomando su derrota,  
Con grande furia y fuerça de trabajos,  
Los quales los lleuaron y aportaron,  
A los pueblos de Cibola llegados,  
A otros circunuezinicos comarcanos,  
Donde el gran padre Niça y los Floridos,  
Y el capitan Zaldibar con su esquadra,  
Llegaron y boluieron con la nueua,  
En cuió puesto el general gustoso,  
De ver aquella tierra, mandó luego,  
Que grandes fiestas todos ordenasen,  
Y haziendose assi, salio en persona,  
En vn brabo cauallo poderoso,  
Y en vna escaramuça que tuuieron,  
Batiendo el duro suelo desembuelto,  
Desocupó la silla de manera,  
Que Del terrible golpe atormentado,  
Quedò de todo punto fin juizio,  
Y assi como los miembros adolecen,  
Luego que en la cabeça sienten falta,  
Y cada qual dispara y no gouierna,  
Assi la soldadesca viendo estaua,  
La fuerça del gouierno zozobrada,  
Destroncada y enferma luego quiso,  
Teniendo tanta tierra en que estenderse,  
Parar con el trabajo y cercnarle,  
Y assi juntos a vna, y en vn cuerpo,  
Qual aquel que de hecho desespera,  
Assi dieron de mano a la esperança,  
Verdadero remedio de los fines,  
Que con grandes cuidados pretendemos,  
Y fin ver que mejor le vbiera sido,

A todo aqueste campo disgustoso,  
No auer dado principio aquella impressa,  
Que boluer las espaldas vergonzosas,  
Auiendose vna vez metido dentro,  
De la dificil prueua y estacada,  
Con toda aquesta lastima furioso,  
Reboluio con grandissima presteza,  
Las presurosas plantas desembueltas,  
Y aunque muchos quisieron como buenos,  
Resistirlos a todos con razones,  
Y fuerça de palabras eficaces,  
Del santo Prouincial faborecidas,  
Y amparadas tambien por don Francisco,  
De Peralta grandissimo guerrero,  
Y del gallardo pecho del Zalbidar,  
Y de aquel cauallero insigne y raro,  
Don Pedro de Tobar Padre de aquella,  
Illustre, bella, y generosa dama,  
Tan cortes, como grande cortesana,  
Doña Ysabel en cuió ser se encierra,  
Vna virtud profunda lebantada,  
Al soberano amor en que se enciende,  
Valiendose del martir abrasado,  
En cuió templo vemos que se abrasa,  
Y como viua brasa se consume,  
En amoroso fuego del esposo,  
Que es vida de su vida y alma vella,  
Todas illustres prendas heredadas,  
De su esforçado padre valeroso,  
El qual con otros muchos caualleros,  
Instauan porque el campo no boluiese,  
Y como siempre el bulgo, y chusma torpe,  
No admiten lo que es fuera de su gusto,  
Sin hazer de ninguno cuenta alguna,  
Fue tanta su dureza y pertinacia,  
Que con muy grande perdida notable,  
Boluieron las espaldas al trabajo,  
Porque como no entraron tropezando,  
Con muchas barras de oro, y fina plata,  
Y como vieron que las claras fuentes,  
Arroyos y lagunas no vertian,  
Doradas sopas, tortas, y rellenos,  
Dieron todos en maldezir la tierra,  
Y a quien en semejantes ocassiones,  
Quiso que se metiesen y enredasen,  
Y assi todos cuitados y llorosos,

Como si fueran hembras se afligian,  
Cuiã vageza digna de deshonrra,  
Con que estos sus personas infamaron,  
Lebantando las manos del trabajo,  
Que es fuerça que en la guerra se padezca,  
Serà bien se suspenda a nueuo canto,  
Si auemos de escreuir su triste llanto.

## CANTO QVARTO

*De la infamia y bageza que cometen los generales, oficiales, y soldados que salen a  
nueuos descubrimientos, y se bueluen sin perseberar, y ver el fin de sus impresas*

Qvien muy bastantes prendas no sintiere,  
De los quilates y valor que alcança,  
Para seguir con valeroso esfuerço,  
Del iracundo Marte el duro oficio,  
Si no quiere viuir vida afrentosa,  
Infame, miserable, y abatida,  
Huiga de todo punto y no se empache,  
En el subido son de sus clarines,  
Roncas cajas y pisanos templados,  
Que presta que en la quieta paz se arrastren,  
Con muy vizarros passos gruessas picas,  
Y que con esmeriles y mosquetos,  
Arrojen por el aire prestas valas,  
De que firue el benablo mas tendido,  
Las plumas lebantadas y las galas,  
Gineta honrrosa y gran baston fornido,  
Los pomposos entonos y palabras,  
Promesas y brabeza que nos muestran,  
Los que al furor indomito le ofrecen,  
Si en llegando que llegan a las veras,  
Su animo se rinde y acobarda,  
Qual aquel que de ver los fillos tiernos,  
De vna débil lançeta desfallece,  
No hay visoño soldado que no sepa,  
Ni corto cortesano que no alcançe,  
Que no ay palabras viles mas infames,  
Ni execucion de manos mas perdida,  
Que pretender por la nobleza de armas,  
Honor aquel que no es para alcançarle:  
Y assi no puede ser desemboltura,

Ni soberuia que pueda compararse,  
Al que ocupa en el belico exercicio,  
Qualquiera de sus plaças lebandadas,  
No me da mas la que es de pobre infante,  
Que la del mismo General famoso,  
O qualquiera otro pratico guerrero,  
Si puesto en la ocasion a campo abierto,  
Rebuelue las espaldas sin empacho,  
De aquellos que de afuera los señalan,  
Y por sus mismos nombres los conocen,  
Cuios graues descuidos descuidados,  
Es mucho más dañoso y afrentoso,  
Que si en publica plaça las boluiese,  
Al braço de vn verdugo despojadas,  
Con voz de pregonero leuantada,  
Y publica trompeta conocida:  
Quien vio a los que hemos dicho yr marchando,  
La buelta desta impresa señalada,  
De la Audiencia y Virrey acompañados,  
Con tanto parabien de caualleros,  
Y apluso de las damas mas gallardas,  
De todas las que ciñe nueua España,  
Y qual otro Nembrot que pretendia,  
Subir y conquistar el alto Cielo,  
Assi nos dio a entender todo este campo,  
Ser poco todo el mundo y su grandeza,  
Para solo cebar su fiera diestra,  
En cosas de importancia que ygalasen,  
Al subido valor de sus personas,  
Y quien los ve boluer a rienda suelta,  
Con lenguas tan discordes y diuersas,  
Las vnas con las otras encontradas,  
Assi como sabemos se encontraron,  
Aquellos palabreros que olvidados,  
De sus vanos intentos se boluieron,  
Confusos del trabajo començado,  
En la gran Babilonia celebrada,  
De las diuinas letras consagradas,  
Assi los afligidos coronados,  
Viendo a su General de todo punto,  
Priuado de memoria y de sentido,  
Confusos se boluieron de la tierra,  
Vnos doliendole de auer dejado,  
Sus fuerças a la orilla zozobradas,  
Otros que sus trabajos fueron vanos,  
Pues en vano llegaron y boluieron,

Sin ver de aquel estado la grandeza,  
Negando con gran fuerça de razones,  
Ser para solo heriazos alli criada,  
Pues la diuina mano poderosa,  
Siendo en pequeñas cosas admirable,  
En las que eran tan grandes y espaciosas,  
Era caso forçoso auentajarse,  
Otros por el contrario se afligian,  
Llorando hambre, desnudez, cansancio,  
Terribles yelos, nieues, y ventiscos,  
Pesados soles, aguas y granizo,  
Gran pobreza y trabajos de la tierra,  
Miserias del camino trabajoso,  
Postas y centinelas peligrosas,  
El peso de las armas desabridas,  
Inclémencia del Cielo riguroso,  
Y riesgos de la vida no pensados,  
Enfermedades, y otros disparates,  
Como si el duro oficio de la guerra,  
Boluiendo atras su natural vertiente,  
Y el poderoso impetu furioso,  
Con que su brabo curso va vertiendo,  
Acaso les vbiese prometido,  
No lo que el muy sangriento Marte ofrece,  
Sino aquello mas puro y regalado,  
Que de fertil razimo beneficia,  
El gran nieto de Cadmo y de Saturno,  
O lo que aquel Profeta prodigioso,  
Que en la casa de Meca reberencia,  
La gente Sarracena porque aguarda,  
Gran fuerça y opulencia de manjares,  
En el futuro siglo que pretende,  
Sin aduertir los pobres miserables,  
Que tocar vn clarin alto gallardo,  
Y ronca caja y pifano templado,  
Y arbolar a su tiempo vn estandarte,  
Y tremolar en campo vna vanderá,  
Que no es para gustosos passatiempos,  
Contentos ni regalos delicados,  
Florestas ni vanquetes muy solenes,  
Mas para professar con brabo esfuerço,  
Aquel blason Romano belicoso,  
Que dize en altas bozes lebantadas,  
Nos por viuir en paz queremos guerra,  
O miserables tristes abatidos,  
Tristes, que fin valor quereis poneros,

Assi como Faeton ponerse quiso,  
A gouernar el carro poderoso,  
Allá en la quarta Esfera lebantado,  
Tomando tanta altura, porque fuesse,  
Su ambiciosa soberuia mas sabida,  
De todos los mortales que notaron,  
Su misera desgracia triste infame,  
Y para no venir en tanta afrenta,  
Aduierta aquel que quiere someterse,  
Al belico furor y professarle,  
Que como firme harpon, o gallardete,  
Que en altissima cumbre està assentado,  
De poderosos vientos combatido,  
Que mientras mas le afligen y combaten  
Mas firme muestra el rostro a la braueza,  
De aquel que mas se esfuerça en contrastarle,  
Que assi firme esforçado y valeroso,  
A de poner el rostro a los trabajos,  
Miserias, y fatigas que vinieren,  
Y fuera de perder el alma entienda,  
Que no puede auer cosa que no aguarde,  
Y espere en todo trance el buen guerrero,  
Si ya no es que las leyes militares,  
Otra cosa dispensen y permitan,  
Porque esto significan los escudos,  
Con que muy alto Rey quereis honrrarlos,  
De fresca y roja sangre matizados,  
Con tantas barras, fuegos, y leones,  
Castillos, lobos, tigres, y serpientes,  
Con otros muchos fieros animales,  
Insignias y diuisas que nos muestran,  
La torpeza de aquellos que pretenden,  
Entre tantos disgustos tener gusto,  
Y a estos tales mejor les estuuiera,  
Serbir a los que tienen gruessas tiendas,  
De aquel licor sabroso que adormece,  
O a los que son mas praticos y diestros,  
En saber sazonar dulces manjares,  
Que no serbir con tanto sobresalto,  
Peligro, riesgo, y costa de la vida,  
A vuestra Magestad, pues que no puede,  
Abilitar con otra a quien le falta,  
Y si por mas valer, y ser pretenden,  
Yr contra la corriente y agua arriba,  
Sigam aquellos hechos hazañosos,  
De aquel grande varon alto famoso,

Del Impero Romano gran monarca,  
Y sobre cuios hombros descargauan,  
Negocios de grandissima importancia,  
Que por mas leuantar su brabo imperio,  
Todo lo mas del tiempo se ocupaua,  
En solo matar moscas sin cuidado,  
Del poderoso ceptro que tenia,  
Bageza cierto de varon indigno,  
De tal imperio, y digno de soldados,  
Tales quales aqui se van mostrando,  
Mal professaran estos las vanderas,  
De aquel muy esforçado Maçedonio,  
Pues para no dormirse en la milicia,  
Estaua de continuo tan alerta,  
Qual nos pintan aquella centinela,  
En vn pie puesta y toda leuantada,  
Con cuidado la piedra bien assida,  
No de otra fuerte siempre le pusieron,  
A este varon notable vna gran bola,  
De fina plata gruessa bien fornida,  
Sobre la diestra mano porque fuesse,  
Parte para que luego despertase,  
Dando sobre otra gruesa que tenía,  
Debajo de la mano poderosa,  
Y si haziendo aquesto es fuerça viertan,  
Aquestos pobres lagrimas amargas,  
Molestados de tantas desuenturas,  
Viertan aquellas lagrimas famosas,  
Deste mismo varon a quien abraça,  
Por vno de los nueue la gran fama,  
Cua grandeza es cierto que lloraua,  
Porque otros nueuos mundos le dixeron,  
Tenla la megestad de Dios criados,  
Y que era fuerça tiempo le faltase,  
Para poder mostrar su brabo esfuerzo,  
En la grande conquista que pensaua,  
Hazer de todos ellos, si la vida,  
Se dilatara tanto, y se alargara,  
Quanto su brabo pecho se estendia,  
Y si algun gentil ombre que me escucha,  
Vbiere retirado su persona,  
Desamparando el puesto que pudiera,  
Ocupar otro mas auentajado,  
En propagar la sangre derramada,  
Por aquel soberano Dios que quiso,  
Que todos los del mundo se saluasen,

Haga muy grande cargo de conciencia,  
En auer despreciado el santo riego,  
Que pudo derramarse por aquellos,  
A quien desamparó fin ver que estauan,  
A pique de perderse y condenarse,  
Y para confusion de aquestos tristes,  
Quiero traer señor a la memoria,  
Vn caso digno de que no le cubran,  
Las poderosas aguas del oluido,  
Y es, que cierto Virrey de nueua España,  
Escruiuo a vuestro gran señor y Padre,  
A cerca de las rentas Filipinas,  
Diziendo, que por cierta y buena cuenta,  
Sacada con grandissimo cuidado,  
Auia notado, visto, y descubierto,  
Ser muchos mas los gastos que el prouecho,  
Que de todas las Islas resultaua,  
Por cuiu suficiente y justa causa,  
Era de parecer se despoblasen,  
Y qual vemos aquel a quien lastiman,  
Con qual que siera llaga penetrante,  
Assi muy mal herido y lastimado,  
Del consejo que fin pensar le vino,  
Al punto respondio fin detenerse,  
El santo Rey Catholico diziendo:  
En lo que me aduertis que con cuidado,  
Aueis hechado cuenta de las rentas,  
Que Dios quiso serbirse de encargarnos,  
Y darnos en las Islas del Poniente,  
Que sois de parecer que se despueblen,  
Porque son mas los gastos que el prouecho,  
Digo que si es possible sustentarse,  
Vna muy pobre hermita lebantada,  
En toda aquella tierra y sus contornos,  
Mediante la qual venga a presumirse,  
Que fe puede saluar vn alma sola,  
Que si para este fin sin otro alguno,  
Las rentas y tesoros que tenemos,  
En todos esos Reynos no bastaren,  
Que luego me auiseis, porque con tiempo,  
Con las que aca alcançamos os socorra,  
Que en esso quiere Dios que se consuman,  
Dispensen, gasten, pierdan y derramen,  
O gentes que tomais tan alto buelo,  
Quales ormigas tristes, cuyas alas,  
Tan por su mal sabemos que les nacen,

Frenad el passo, y advertid que os notan,  
Que de la quieta paz quereis saliros,  
Sin suficientes fuerças que os sustenten,  
Las cortas prendas de los flacos braços,  
Que sin discrecion vernos que se arrojan,  
Tras del sangriento Marte belicoso,  
Para solo bolberos con las manos,  
En las cabeças tristes y llorosos,  
Infames, abatidos y afrentados,  
Llenos de desonor y de verguença,  
Dexad, dexad, aquesta noble impressa,  
Para aquellos heroicos que assistiendo,  
Enmienden vuestras faltas miserables,  
Y con illustre esfuerço las fenezcan  
Y buelua cada qual a sus madejas,  
Y dentro en su rincón passe su vida,  
Notando el gran tesoro que se ofrece,  
Por vna alma de aquellas que dexastes,  
Pobre, desamparada, y sin remedio,  
Y ponderad con esto que los vienes,  
De todo el vniuerso que gozamos,  
No es precio suficiente ni bastante,  
Para rescate de vna sola gota,  
De la sangre vertida y derramada,  
Por el gran Dios que quiso redimirla,  
Y que si toda-fuera necessaria,  
Para faborecerla y rescatarla,  
Sin duda que la vieramos vertida,  
Qual por todos la vemos derramada,  
Con cuio inmenso precio soberano,  
Podeis sacar el gran valor y estima,  
De lo que por tal precio se rescata:  
Pues siendo esto verdad como dezimos,  
Quando no lebanteis en nueuas tierras,  
Templo, ni pobre hermita, donde pueda,  
La magestad de Dios reberenciarse,  
Y solo consumais vuestros trabajos,  
En baptizar limpiando de la culpa,  
A un solo parbulito quando parte,  
Desta penosa vida donde estuuo,  
Priuado y condenado para siempre,  
A perpetuo destierro desterrado,  
De la diuina essencia soberana,  
Dezid donde pondremos el esfuerço,  
De vn hecho tan heroico y lebantado,  
Y es cosa muy donosa Rey sublime,

Que para mas cubrir su gran vageza,  
Quieren hazerse grandes mayordomos,  
De vuestras Reales rentas, porque dicen,  
Fueron en estas cosas mal gastadas,  
Sin mirar que si fueran despenseros,  
Y ellos las manijaran y trataran,  
Que por menos del numero de treinta,  
Porque aquel triste quiso suspenderse,  
A ellos tambien los vieramos colgados,  
Sabe Dios que he notado muchas vezes,  
Que no à cien años que el horrible infierno,  
Tuuo todos los años de tributo,  
De mas de cien mil almas para arriba,  
Que en solos sacrificios bomitaua,  
La gran Ciudad de Mexico perdida,  
Y qual del erizado inuierno escapan,  
Todas las mieses, arboles, y plantas,  
Y es primauera vemos que se visten,  
De infinidad de flores con que oluidan,  
El riguroso tiempo ya passado,  
Assi oluidada tanta desventura,  
Tanta efusion de sangre derramada,  
Y tanto sacrificio desdichado,  
Podemos dezir cierto en nuestros tiempos,  
Que està todo lo bueno de la Iglesia,  
Dentro desta metropoli famosa,  
Que fue en tan corto tiempo tan perdida,  
Porque no sè que tenga parte el mundo,  
Donde el culto diuino mas se estime,  
Ni mas se reuerencie, ni se acate,  
Ni donde sus ministros mas se teman,  
Honrren, amen, respeten, y lebanten,  
Y assi parece que permite el Cielo,  
En pago de respectos tan gloriosos,  
Que pinten y florescan marauillas,  
De Martires, y Confessores santos,  
Que han sido luz de toda aquesta tierra,  
Donde por la bondad de Dios inmenso,  
Ay tanta suma de famosos templos,  
Hermitas, monasterios, y hospitales,  
Colegios y combentos muy poblados,  
De las grandes primicias que dexaron,  
Nuestros primeros Padres que vinieron,  
A reduzir en bien tan tristes males,  
Y todos a vna mano de admirables,  
Bellos y felicissimos ingenios,

En todas ciencias y artes liberales,  
Y lo que mas se muestra y se señala,  
Es la caridad santa generosa,  
Que como Sol en medio de su curso,  
Assi con bello resplandor descubre,  
Muchos grandes varones y mugeres,  
Que a manos llenas vierten y derraman,  
Limosnas tan grandiosas y admirables,  
Que solos Reyes pueden competir las,  
Con cui a alteza vemos leuantados,  
Gran suma de hospitales generosos,  
Nobles templos, de bellos edificios,  
Gallardos monasterios sumptuosos,  
Peregrinos conuentos memorables,  
Y vna muy gran belleza de donzellas,  
Sin otro grande numero de pobres,  
Por sus limosnas santas socorridos,  
Y todo aquesto por el alto esfuerço,  
De aquel varon famoso que se puso,  
A descubrir aqueste nueuo mundo,  
Cuios ilustres hechos hazañosos,  
Despues de auer passado algunos años,  
No han de ser menos grandes y admirables,  
Que los de aquel gran Cesar y Pompeio,  
Artus, y Carlo Magno, y otros brabos,  
A quien el tiempo tiene leuantados,  
Con su larga memoria prolongada,  
Cui a antigualla es cierto que ennoblece,  
Los illustres sucessos ya passados,  
Y si los deste campo no boluieran,  
Las espaldas tan presto como vimos,  
Fuera possible auerse descubierto,  
Otro mundo tan grande y poderoso,  
Qual este que tenemos y gozamos,  
Sola vna terrible falta hallo,  
Christianissimo Rey en vuestras Indias,  
Y es, que estan muy pobladas, y ocupadas,  
De gente vil, manchada, y sospechosa,  
Y no siendo en España permitido,  
Que passen estos tales a estas partes,  
No se que causa puede auer bastante,  
Para que no los hechen de la tierra,  
Que les es por justicia prohibida,  
Pues la oueja roñosa es cosa llana,  
Que suele inficionar todo vn rebaño,  
Quanto mas gran señor que no sabemos,

Lo que puede venir por vuestra España,  
Y si abreis menester aquestas tierras,  
Para faboreceros y ampararos,  
De alguna miserable desventura,  
De las que Dios permite que sucedan,  
Por poderosos Reynos lebantados,  
Por cuija justa causa es bien se arranque,  
Aquesta mala hierua, y se trasponga,  
Sin que se dexen cosas que no sea,  
De buen sabor, color, olor, y gusto,  
En jardin que es tan nueuo, tierno, y bello,  
Principalmente con tan buena ayuda,  
Qual la del tribunal santo famoso,  
Que gouernan aquellos eminentes,  
Insignes, y doctissimos varones,  
Don Alonso, gran gloria, lustre y triunfo,  
De la muy noble casa de Peralta,  
Y Gutierre Bernardo que lebanta,  
La mas antigua de Quiros nombrada,  
Y aquel prudente Martos, que a Bohorques,  
Con singular valor subio de punto,  
Todos vigilantissimos guerreros,  
Contra la peste y cancer contagioso,  
Que por algunos miembros de la Iglesia,  
Los del vil campo heretico de Raman;  
En cuija siembra vemos que descubren,  
Pestilenciales nidos y veneros,  
De perbersos errores contagiosos,  
Como mas largamente lo refiere,  
Aquel Ribera illustre que compuso,  
De vuestro santo Padre las obsequias,  
En cuija docta y funeral historia,  
Me acuerdo que refiere un caso estraño,  
De vn Iosepho lumbroso relaxado,  
Que dixo en altas voces que le oyeron,  
Con vna no pensada desberguença,  
Mal aya el tribunal del santo Oficio,  
Que si el no vbiera estado de por medio,  
Por estos solos dedos yo contara,  
Los Christianos de toda aquesta tierra,  
Cuija gran desberguença temeraria,  
Por solo auerse dicho en nueva tierra,  
Y que es de nuestra Fè tan nueua planta,  
Pareçe que insta fuerça y os combida,  
A que pongais el hombro de manera,  
Que todas vuestras Indias se despojen,

Desta bestial canalla, y que se pueblen,  
De solos Hijosdalgo, y Caualleros,  
Y de Christianos Viejos muy ranciosos,  
Que con estos, y no con otra gente,  
Podeis bien descubrir el vniuerso,  
Y conquistarlo todo y reduzirlo,  
Al suabe jugo de la Iglesia santa,  
Y esto sin la tormenta de gemidos,  
Ansias, sollozos, y lamentos tristes,  
Que aquestos miserables derramaron:  
Y porque derrotado del camino,  
Estoi muy largo trecho remontando,  
Boluiendo por el rumbo que llebaua,  
Dandoos razon de las demas noticias,  
Y de aquellos gallardos pretensores,  
Y altos descubridores desta tierra,  
Destroçado de gente tan cansada,  
Tan desdichada, vil, y poco firme,  
Quiero al siguiente canto remitirme.

## CANTO QUINTO

*De otras noticias que vbo de la Nueva Mexico, y de otros que assi mismo pretendieron  
la jornada*

Quando con pertinacia el hombre figue,  
A solo su apetito, y del se ceua,  
Cosa dificil es que tal dolencia,  
Pueda ser de ninguno socorrida,  
Auiendo pues señor los coronados,  
Visto en aquesta tierra que dezimos,  
Vnos bellos y grandes alcatrazes,  
De fina plata y oro lebantados,  
En las agudas proas, y altas popas,  
De ciertas gruessas naues que toparon,  
A caso, y sin pensar, por la marina,  
Sin procurar saber que vasos fuessen,  
De donde, y para adónde naegauan,  
De su mismo apetito ya vencidos,  
Segun que tengo dicho luego al punto,  
Boluieron todos juntos sin empacho,  
De aquellos caualleros esforçados,

Que vageza tan grande abominaron,  
Viendo pues tan gran daño sin remedio,  
El santo Prouincial de san Francisco,  
Qual suelen los que à Dios se sacrifican,  
Que todo lo posponen, y lo dexan,  
Dexandolos à todos quiso solo,  
Quedarse à merecer en aquel puesto,  
La palma illustre, y alta, del martirio,  
Que allí los brauos baruaros le dieron,  
Viendo pues don Francisco de Peralta,  
En militar officio tanta mengua,  
Y que vuestro Virrey sintio en el alma,  
Con toda nueua España tal vageza,  
Ocupado de empacho y corrimiento,  
La buelta para Italia tomò luego,  
Y siguiendo la corte dentro en Roma,  
Vio por vista de ojos que tenia,  
El Duque de Saxonia retratada,  
Aquesta nueua tierra en sus tapizes,  
Y en muchos reposteros muy curiosos,  
Y estando embeuecido assi mirando,  
La peregrina tierra tan al viuo,  
Ayudado de cierto cauallero,  
Por vista de ojos vio tambien que el Duque,  
Tenia vna gran piel bella disforme,  
De aquella vacas sueltas que se crian,  
En los llanos de Cibola tendidos,  
De donde resultò que supo cierto,  
Que no de sola gente Castellana,  
A sido aquesta tierra pretendida,  
Mas tambien de remotos estrangeros,  
Demas de todo aquesto es ya notorio,  
Que saliendo de Francia vna gran naue,  
Fue con tormenta braua derrotada,  
A dar en estas tierras peregrinas,  
Y andando alguna gente en el esquife,  
Por solo ver la tierra y demarcarla,  
Vieron vna ensenada de dos puntas,  
Y en cada vna dellas lebantada,  
Vna grande Ciudad de gruessos muros,  
De donde les salieron al encuentro,  
Vn numero grandioso de vezinos,  
En prolongados varcos, o canoas,  
Las popas y las proas aforradas,  
Al parecer en planchas de oro bajo,  
Y siendo dellos presos los lleuaron,

Al palacio de vn Rey de noble estado,  
Cua frente ceñia y rodeaua,  
De aquel mismo metal vna corona,  
Con singular destreza bien facada,  
Este gran Rey mandò que con cuidado,  
A todos los lleuasen y les diesen,  
Su casa de aposento y regalasen,  
Y cumpliendo el mandato con presteza,  
Fueron de frutas, carnes y pescado,  
Con muy grandes caricias bien serbidos:  
Estando pues assi todos contentos,  
Como la carne en todos tiempos muestra,  
Su misera flaqueza y desbentura,  
Parece que vno dellos oluidado,  
Del buen comedimiento que deuia,  
Al beneficio noble recibido,  
Llegose à pellizcar con mal respecto,  
A vna hermosa barbara que estaua,  
Mirandolos à todos descuidada,  
De aquesto el Rey tomò tan grande enfado,  
Que fi la misma barbara ofendida,  
Por ellos con gran fuerça no intercede,  
Murieran sin remedio por el caso,  
Y assi mandò que luego los hechasen,  
De toda aquella tierra, y que les diesen,  
Su mismo esquife bien abastecido,  
Y assi salieron estos desterrados,  
Y cobrando la naue dieron buelta,  
A los Reynos de Francia, y desta historia,  
Teneis excelso Rey incomparable,  
Informacion muy cierta y verdadera,  
En vuestro Real Consejo de las Indias:  
Con estas relaciones, y otras muchas,  
(Que estas son las que suben y lebantán,  
Los nobles coraçones de mortales),  
Es cierto que en el año que contamos,  
Mil y quinientos sobre ochenta y vno,  
Por orden del gran Conde de Coruña,  
Fray Agustin, fray Iuan, y fray Francisco,  
Vnos deuotos Padres Religiosos,  
De aquel que presenta al mismo Christo,  
En pies, costado, y manos lastimadas,  
Con valeroso esfuerço se metieron,  
Por todas estas tierras, y con ellos,  
Aquel Francisco Sanchez Chamuscado,  
Con quien entrò Felipe de Escalante,

Pedro Sanchez de Chaues, y Gallegos,  
Herrera, y Fuensalida, con Barrado,  
Tambien entrò Iuan Sanchez por ser todos,  
Valientes, y bonissimos guerreros,  
Estos corrieron parte desta tierra,  
Y dexandose allà los Religiosos,  
Salieron todos juntos y contentos,  
De auerla andado, visto y descubierto,  
Y assi luego por orden de Ontiberos,  
Que vuestra autoridad señor tenia,  
Entrò Anton de Espejo por el año,  
De los ochenta y dos, dexando en vanda,  
A los mil y quinientos que contamos,  
Y no vbo bien llegado quando supo,  
Que con vn gran martirio que les dieron,  
A los venditos Padres que quedaron,  
Aquestos mismos baruaros perdidos,  
Las vidas todos juntos les quitaron,  
Y después de auer visto aquella tierra,  
Salio tambien diziendo marauillas,  
Loandola de muchas poblaciones,  
Y minas caudalosas de metales,  
Y gente buena toda, y que tenia,  
Bezotes, braçales y oregeras,  
De aquel rubio metal, dulce goloso,  
Tras que todos andamos desbalidos,  
De aquesto todo, luego se hizieron,  
Grandes informaciones que llevaron,  
A vuestra insigne Corte lebantada,  
Por las quales constaua auerle dado,  
Casi quarenta mil mantas bien hechas,  
A este Capitan noble esforçado,  
Los Indios naturales de presente,  
De mas de todo aquesto bien sabemos,  
De aquel fray Diego Marquez perseguido,  
De gente luterana en mar y tierra,  
Que por la Reyna Inglesa se hizieron,  
Sobre esta nueua tierra que tratamos,  
Muy grandes diligencias y pesquisas,  
Por cuiu causa dentro de su Corte,  
Estando este varon alli cautibo,  
Por ser de Iesu Christo gran soldado,  
Mandaron que jurase y declarase,  
Pues que era natural de nueua España,  
Que tierra fuesse aquesta, y que sentia,  
De las cosas que alli le preguntaron,

Y luego que vbo en todo respondido,  
Y fue de cautiberio libertado,  
Acudiendo à el oficio que deuia,  
Porque de luteranos nunca fuesse,  
Aquesta noble tierra descubierta,  
Dando larga razon de todo aquesto,  
A vuestro insigne Padre luego al punto,  
Mandó que la jornada se assentase,  
Esta sin detenerse emprendio luego,  
Iuan Bautista de Lomas hombre rico,  
Antiguo en esta tierra acreditado,  
Este assentò su causa y no vbo efecto,  
Por el año de ochenta y nueue al justo,  
Y por el de nouenta entrò Castaño,  
Por ser allà teniente mas antiguo,  
Del Reyno de Leon à quien siguieron,  
Muchos nobles soldados valerosos,  
Cuio Maese de campo se llamaua,  
Christoual de heredia bien prouado,  
En cosas de la guerra y de buen tino,  
Para correr muy grandes despoblados,  
A los quales mandò el Virrey prendiese,  
El Capitan Morlete, y sin tardarse,  
Socorrido de mucha soldadesca,  
Braba, dispuesta, y bien exercitada,  
A todos los prendio, y boluio del pueblo,  
Despues de todo aquesto que he contado,  
Siguiendo el Capitan Leiua Bonilla,  
Por orden de don Diego de Velasco,  
Gouernador del Reyno de Vizcaia,  
Los Indios salteadores rebelados,  
Precipitado de soberuia altiua,  
Determinò de entrarse en esta tierra,  
Con todos los soldados que tenia,  
No obstante que don Pedro de Cazorla,  
Vil noble Capitan salio à intimarle,  
De parte del don Diego vn mandamiento,  
Que pena de traidor no se atrebiese,  
A entrar la tierra adentro, y sin embargo,  
Perdiendo la verguença y el respecto,  
A vuestra Real persona, dio en entrarse,  
Y como la traicion tanto es mas graue,  
Quanto es la calidad del ofendido,  
Como rayos del sol que se diuiden,  
De la tiniebla triste amodorrada,  
Assi se diuidieron y apartaron,

Del Capitan Bonilla, Iuan de Salas,  
Iuan Perez y Cabrera, y Simon Pasqua,  
Y Diego de Esquibel, y tambien Soto,  
Diziendo à voces altas con enojo,  
Las lanças empuñando, y las adargas,  
Que mas querian morir como leales,  
Que cobrar como viles alebosos,  
Aquel infame nombre de traidores,  
Con que todos entrauan ya manchados,  
Y boluiendo las riendas los dexaron,  
Y ellos como milanos que à la parua,  
De miseros polluelos se abalançan,  
Assi desatinados y perdidos,  
Pensando que los baruaros cubiertos,  
Estauan de oro fino y perlas gruesas,  
Tomaron sin respecto ni verguença,  
Para la nueua Mexico el camino,  
Y apenas el Virrey y la nueua supo,  
Quando sin detenerse ni tardarse,  
Aquesta entrada quiso la hiziesse,  
Aquel gran Capitan noble afamado,  
Y que oy gouierna el Reyno de Galicia,  
Francisco de Vrdinola à quien se deue,  
La paz vniuersal, y gran sossiego,  
Que aquesta nueua España toda alcança,  
De aquellos brauos baruaros gallardos,  
Que por tan largos años sustentaron,  
Contra vuestro valor y braço fuerte,  
Las poderosas armas no vencidas,  
Hasta que ya cansados y afligidos,  
Corridos, destrozados, y oprimidos,  
Deste varon prudente se rindieron,  
Y à su pesar las treguas assentaron,  
Pues como muchas gentes entiendiesen,  
Que à tan brauo soldado se le daua,  
Aquesta grande impressa alborotados,  
De gozo y alegria no cabian,  
Contentos de que cosa tan illustre,  
A sola su persona se encargase,  
Y como la inuidia miserable,  
Es mortifero cancer que en el alma,  
Arraiga su dolencia y la consume,  
Aquesta sola bestia fue bastante,  
Para desbaratar, y echar por tierra,  
Cosa tan importante y desseada,  
De toda nueua España y sus contornos,

O beneno mortal, o inuidia triste,  
Gota coral, furioso derramado,  
Por lo intimo del alma desdichada,  
De aquel que semejante mal padece,  
Dios nos libre señor de su beneno,  
Y por su passion santa no permita,  
Que semejante hidra ponçoñosa,  
A ninguno persiga qual veremos,  
Por toda aquesta historia que escreuimos,  
Mas es caso imposible que ninguno,  
Pueda della euadirse y escaparse,  
Que esso tienen los hombres valerosos,  
Que es fuerça que los ladre y les persiga,  
Muerda, y los lastime con gran rabia,  
Aquesta braua perra venenosa,  
Bien fuera menester vn gran volumen,  
Para dezir las cosas que sufrieron,  
Por no mas que serbiros y agradaros,  
Todos estos varones que hemos dicho,  
Mas porque me es ya fuerça que de salto,  
Venga al punto y persona de aquel brauo,  
Que fin pensar fue electo y escogido,  
Para poner encima de sus hombros,  
Cosa de tanto peso y tanta estima,  
Con vuestra Real licencia tomo esfuerço,  
Para cortar la pluma disgustosa,  
Y en cosas de importancia trabajosa.

## CANTO SEXTO

*Como se eligió para esta jornada la persona de don Iuan de Oñate, y del favor que para ello dio don Luys de Velasco, y de los estorbos que despues tuuo, para impedir sus buenos pensamientos: los quales tuuieron despues consuelo, por ser favorecidos del Conde de Monte Rey, Virrey de nueua España*

Llegado auemos gran señor al punto,  
Y engolfados en alta mar estamos,  
La tierra se ha perdido, y solo resta,  
El buen gouierno y cuenta de la naue,  
Y porque nada quede en el viaje,  
Que no se mida bien, ajuste y pese,  
Poned en lo mas alto bien tendida,  
La cuidadosa vista atenta y pare,

En aquella pureza, y gran grandeza,  
De la diuina essencia soberana,  
Y alli echareis de ver patentemente,  
Las sendas descubiertas y caminos,  
Por donde su deidad alta encumbrada,  
Nos haze manifiestas y visibles,  
Las poderosas obras de sus manos,  
Y mas quando su grande alteza quiere,  
Que alguna deltas suba y se lebante,  
Con què facilidad alli notamos,  
Que los medios que pone simbolizan,  
Con los mismos principios y los fines,  
Que quiere que sus santas obras tengan,  
De aquesto gran señor bien claro exemplo,  
Tenemos entre manos, porque auiendo,  
Su grande Magestad por tantos siglos,  
Tenido aquestas tierras tan ocultas,  
Que à ninguno à querido permitirle,  
Que sus secretos senos le descubra,  
Auiendose de abrir, notad el como,  
Y quienes son aquellos valerosos,  
Por cuyos medios viene à desatarse,  
Aqueste ñudo ciego que tenemos,  
Y estando bien atento y con cuidado,  
Aqui echareis de ver con euidencia,  
Que fuerça de los Reyes ya passados,  
Y de aquellos varones que hemos dicho,  
Que aquestas nuevas tierras descubrieron,  
Son los que agora bueluen al trabajo,  
Cuias verdades nos muestra su grandeza,  
Por los antiguos Reyes Mexicanos,  
Destos nuevos estados decendientes,  
En cuias hijas de vnas tres Infantas,  
Que el postrero de todos ellos tuuo,  
Tuuo otra aquel Marques noble del Valle,  
Desta causa primero pretendiente,  
Y solo domador del nueuo mundo,  
Cuios beneros ricos poderosos,  
De poderosa plata descubiertos,  
Fueron por aquel Iuanes de Tolosa,  
A quien este Marques quiso por hierno,  
Dandole por esposa regalada,  
A su querida hija y cara prenda,  
Estando en aquel Reyno de Galicia,  
Que conquistò con singular esfuerço,  
Y gouernò assimismo con prudencia,

Aquel gran General noble famoso,  
Que Christoual de Oñate auemos dicho,  
Que fue su claro nombre, y también Tio,  
De Iuan, y de Vicente de Zaldibar,  
El vno General de Chichimecas,  
Y el otro Explorador de aquesta entrada,  
Y Padre de don Iuan que fue casado,  
Con viznieta del Rey, hija que he dicho,  
Del buen Marques, de cuiu tronco nace,  
Don Christoual de Oñate decendiente,  
De todos estos Reyes, y no Reyes,  
Cuiu persona sin tener cabales,  
Diez años bien cumplidos van saliendo,  
Assi corno Anibal varon heroico,  
A serbiros señor en la conquistamos,  
De aquestos nuevos Reynos que escriuimos,  
En quien vereis al uiuo aqui cifrados,  
Todos los nobles Reyes que salieron,  
Destas nuevas Regiones, y plantaron,  
La gran ciudad de Mexico, y con ellos,  
Vereis tambien aquellos valerosos,  
Que à fuerça de valor y de trabajos,  
Estas remotas tierras pretendieron,  
Por cuiu justa causa sin tardança,  
Assi como las aguas christalinas,  
Suelen sin detenerse ni tardarse,  
Yrse todas vertiendo y derramando,  
Llamadas de su curso poderoso,  
Assi don Iuan sin aguardar mas plazo,  
Llamado de la fuerça y voz de Marte,  
Y de la illustre sangre generosa,  
De todos sus maiores y passados,  
Y destos grandes Reyes que dezimos,  
Como el prudente Griego de las armas,  
Del valeroso Aquiles pretendia,  
Por deuida justicia que alegaua,  
Assi dio en pretender aquesta impresa,  
Por el derecho grande que tenia,  
A serbiros en ella sin que alguno,  
Otro mejor derecho le mostrase,  
Y assi escribió el Virrey que se siruiese,  
Que pues aquesta impressa no se daua,  
Al Capitan Francisco de Vrdinola,  
Que à sola su persona se fiase,  
Pites que della sabia y conozia,  
Tener aquellas prendas que bastauan,

Para cosa tan graue, y tan pesada,  
Corno alli te pedia y suplicaua,  
Y como el buen señor no satisfaze,  
Al buen comedimiento que le ofrece,  
Aquel que à bien serbirle se adelanta,  
Si vio es (à falta de obras) con palabras,  
Razones, y caricias, muy corteses,  
Assi el Virrey que bien le conocia,  
Luego le respondio como quisiera,  
Hazer lo que pedia y suplicaua,  
Mas que estauan las cosas de manera,  
Que no le era possible se entablasen,  
De fuerte que pudiesse bien mostrarle,  
La fuerça del buen pecho con que estaua,  
De darle en todo gusto, y buen despacho,  
Mas que el ternia siempre gran memoria,  
De aquella que à sus Padres se deuia,  
Y de la que à sus deudos y persona,  
Era también razón que se tuuiesse,  
Para todo lo qual ayudaria,  
El crecido desseo con que estaua,  
De mostrar con las obras la limpieza,  
Llaneza y voluntad de sus palabras,  
Pues auiendo don Iuan agradecido,  
Tan singular merced por muchas cartas,  
Como la gratitud continuo engendra,  
Mas voluntad y amor en los illustres,  
Altos y nobles pechos generosos,  
De quien largas mercedes esperamos,  
Fue el tiempo, yrebocable discurriendo,  
Y qual veloz correo fue llegando,  
A las cerradas puertas descuydadas,  
Y batiendo à gran priessa fue rompiendo,  
El secreto silencio y trujo luego,  
Oportuna sazon y coiuntura,  
En que el Virrey resuelto sin estoruo,  
Tuuo por bien de darle y encargarle,  
Aquesta impressa en veinte y quatro dias,  
Del mes de Agosto, y año que contamos,  
Mil y quinientos y nouenta y cinco,  
Y porque aquesta entrada se hiziesse,  
Con la decencia y orden que pedia,  
Cosa tan importante, y tan pesada,  
Determinò escriuirle y animarle,  
En el intento y causa començada,  
Y porque en cosas graues es muy justo,

Si la ocasion lo pide, y lo requiere,  
Hazer vuestros Virreyes mas de aquello,  
Que vuestra larga mano les permite,  
Auisole assimismo con cuidado,  
Que aunque era cosa cierta no tenía,  
Mano para gastar vuestro tesoro,  
Ni para dispensar en cosa alguna,  
Mas de lo que la cedula dezia,  
En razon de aquellos que apetecen,  
A descubrir la tierra y conquistarla,  
Que estuuiesse certissimo haria,  
En todas ocasiones tanto efecto,  
Por solo darle gusto y agradarle,  
Quanto si de su hijo don Francisco,  
Todas fuessen y mucho le importasen,  
Y esto porque sabia y alcançaua,  
Los auian de merecer sus buenas obras,  
A las quales también aplicaria,  
Todas aquellas armas y pertrechos,  
De aquellos que se entraron contra vando,  
Para cuyo socorro le daría,  
La poluora y el plomo necessario,  
Y mas quatro mil pesos con que luego,  
Pudiesse socorrer à los soldados,  
Pidiendole con esto diesse cuenta,  
De todo lo que assi quiso escreuirle,  
A Rodrigo del Río cauallero,  
Del habito del gran patron de España,  
Y que junto con el lo confiriese,  
Con don Diego Fernandez de Velasco,  
Gouernador del Reyno de Vizcaia,  
A los quales mandò que diesse parte,  
Por tas illustres prendas que alcançauan,  
Assi en cosas de paz como de guerra,  
Para que con pudencia le aduirtiesen,  
Cosas que por ventura no alcançase,  
Y porque tanto pierde y se desdora,  
La que es buena y cortes correspondencia,  
Quanto vemos que tiene de tardança,  
Don Iuan sin detenerse ni tardarse,  
Obedecio la carta, y esto hizo,  
Ante escriuano publico rindiendo,  
Su vida, su persona, y su hazienda,  
A vuestro Real seruicio sin que cosa,  
Quedase reseruada que no fuesse,  
En sola aquesta causa dispensada,

Y luego embio poder à don Fernando,  
A don Christoual, y à Luys Nuñez Perez,  
Tambien à don Alonso sus hermanos,  
Todos varones ricos, y con esto,  
Gallardos cortesanos, y muy diestros,  
Para estas y otras cosas señaladas,  
Estos capitularon la jornada,  
Faborecidos siempre y amparados,  
De aquellos dos doctissimos varones,  
Santiago del Riego, y Maldonado,  
Columnas del Audiencia, y del derecho,  
Cibil, muy grandes y altos obseruantes,  
Tambien los fuertes hombros arrimaron,  
Con todas sus haziendas y personas,  
Christoual de Zaldibar, y Francisco,  
De Zaldibar, Lequetio, y don Antonio,  
De Figueroa, à quien tambien siguieron,  
Vicente de Zaldibar y Bañuelos,  
Ruidiaz de Mendoza, y con este,  
Don Iuan Cortes, del gran Cortes viznieto,  
Y don Iuan de Gueuara, à quien seguia,  
También Iuan de Zaldibar hijo illustre,  
De aquel varon famoso que primero,  
Entrò por estas tierras que buscamos,  
Al fin prendas los más de aquestos Heroes.  
De Iuanes de Tolosa cuios braços,  
Fundaron con esfuerço y lebantaron,  
La famosa Ciudad de Zacatecas,  
Y aquel infigne Salas memorable,  
Primero Alcalde desta Ciudad rica,  
Rica digo señor, pues cien millones,  
Sabemos ya por cuenta se han quintado,  
Dentro de sus goteras no cansadas,  
De abrir sus ricas venas por seruiros,  
Y qual feroz Leon que la braueza,  
Rinde al que ve rendido sin soberuia,  
Assi don Iuan pidio que solo vn punto,  
Pidiesen de su parte, y no otra cosa,  
Y fue que se te diese mano abierta,  
Para poder hazer castigo entero,  
O para perdonar si conuiniese,  
Aquellos que se fueron contra vando,  
Porque seria possible auer tenido,  
Tan noble proceder que fuesse justo,  
Que à todos con las vidas los dexassen,  
Pues como sus agentes con acuerdo,

Vbiesen esta entrada ya assentado,  
Sin perder tiempo el General prudente,  
Cuyo titulo graue acompañaua,  
El de Gouernador, y adelantado,  
Hizo Maese de Campo sin tardança,  
A don Iuan de Zaldibar, y à Iuan Guerra,  
Nombrò por su teniente, y luego puso,  
Sobre sus brauos hombros el gran peso,  
Gouierno y magestad de todo el campo,  
Y porque en todo vbiesse buen despacho,  
También quiso nombrar por su teniente,  
A don Christoual para todo aquello,  
Que fuesse necessario se hiziesse,  
En la illustre Corte Mexicana,  
Y al Capitan Vicente de Zaldibar,  
Por Sargento mayor nombrò, y por cabo,  
Y qual suelen las Aguilas Reales,  
Que à los tiernos polluelos de su nido,  
Largo trecho los sacan y remontan,  
Para que con esfuerço cobren fuerças,  
En el libiano buelo, y del se balgan,  
En prouechosa y diestra alteneria,  
Assi determinò don Iuan saliese,  
Su hijo don Christoual, niño tierno,  
Para que con el fuesse y se adestrase,  
Sirbiendoos gran señor en el oficio,  
De la importante guerra trabajosa,  
Siendo testigo fiel de sus palabras,  
Para que con las obras que alli viese,  
Le tuuiesse despues en bien serbiros,  
Por vnico dechado, y claro exemplo,  
Imitando en aquesto al diestro Vlixes,  
Quando del regalado y blando trato,  
Que tuuo entre las damas y donzellas,  
En el Real palacio el brauo Achilles,  
Que del quiso sacarle porque supo,  
Lo mucho que importaua à toda Grecia,  
Assi quiso que del regalo dulce,  
De su querida patria, y deudos caros,  
Saliese para impressa en si tan alta,  
Y como en grandes justas y torneos,  
Todo se enciende, alegre, y alborota,  
Triunfa, gasta, derrama, y se dispende,  
Assi muchos gustosos y contentos,  
Con toda priesa junto se aprestaron,  
Y no con mas presteza las auejas,

Al sol en sus labores suelen verse,  
En la sazón que sacan sus enjambres,  
Por los floridos campos quando empieza,  
El nuevo Abril su fuerza, o quando hinchen,  
De aquel licor sabroso y regalado,  
Los bien compuestos vassos que ordenados,  
Estan para el efecto, y assi juntas,  
Las vnas à las otras se socorren,  
Qual vimos los soldados socorrerse,  
Los vnos à los otros, y aprestarse,  
Y heruerosos todos y alentados,  
Gastando sus haciendas se assentaron,  
A professar el uso y exercicio,  
Del gallardo estandarte que arbolaron,  
Echaron luego vandos y contentos,  
Por las calles mas publicas y plaças,  
Pregonaron aquellas libertades,  
Que concedeis señor à los que os siruen,  
En el oficio duro de las armas,  
Tocaronse clarines lebantados,  
Los pifanos y cajas con vizarro,  
Estrepitu y ruido de soldados,  
Brauos, dispuestos, nobles, y animosos,  
Y en prueuas de la guerra bien cursados,  
Pues estando ya todos preuenidos,  
Y con maduro acuerdo pertrechados,  
Rabiando por salir y despacharse,  
Como à los gustos siempre se les sigue,  
Vn millon de disgustos y tormentos,  
Llegó señor la flota, y como en ella,  
Mandó vuestro gran Padre y señor nuestro,  
Que don Luys de Velasco se partiese,  
Y que al Piru se fuesse, y que quedase,  
Gouernando el señor de Vlloa y Bietma,  
Conde de Monte Rey à nueva España,  
Como la torpe inuidia siempre busca,  
Veredas y ocasiones donde pueda  
Bomitar su mortifera ponçoña,  
Con la sola esta mudança fue rompiendo,  
Y al nuevo Visorrey se fue acercando,  
Y qual el tentador que con cubierta,  
De grande santidad solo atendia,  
A salir con su causa, y con su hecho,  
Assi se fue llegando aquesta bestia,  
Haziendo relación de nuestra entrada,  
Y como toda estaua encomendada,

Siendo de tanta alteza y excelencia,  
A quien era imposible la hiziesse,  
Y supole intimar tambien el caso,  
Que le dexò suspenso, y con cuydado,  
Y como el pecho noble tanto es facil,  
Quanto es mas reboçado el trato doble,  
Deseoso el Virrey de bien seruiros,  
A don Luys de Velasco escriuio luego,  
Vna carta Cortes, sobre este caso,  
Pidiendo que con pies de plomo fuesse,  
Y que esta nueua entrada dilatase,  
En el inter que à Mexico viniessse,  
Y con esto escriuio tambien a España,  
Con notable secreto y gran recato,  
A vuestro Real Consejo que si fuessen,  
De parte de don Iuan à que aprouasen,  
Aqueste assiento y causa ya tratada,  
Se suspendiese todo y dilatase  
Hasta que èl de otra cosa diesse auiso,  
Porque por no tener tomado el pulso,  
Ni tentado los vados desta tierra,  
De presente juzgaua conuenia,  
Que aquello se hiziese, y no otra cosa,  
Y como no nos basta tener limpia,  
El alma, y la conciencia, si con esto,  
Con toda diligencia no se quitan,  
Indicios y sospechas que lebantán,  
Escandalos y culpas en aquellos,  
Que libres desde afuera nos imputan,  
Assi qual Iulio Cesar que no quiso,  
Sufrir, tuuiesse culpa su consorte,  
Mas libre de sospecha quiso fuesse,  
Assi, el Virrey discreto tracendiendo,  
Como prudente, sabio, y recatado,  
Alguna gran calunnia por la carta,  
Que recibio del Conde, luego hizo,  
Qual pratico piloto recatado,  
Que las tendidas velas assegura,  
Antes que los assalte gran borrasca,  
Vna fuerte prouança tan bastante,  
Acerca de los Padres y los deudos,  
Persona, discrecion, prendas, y partes,  
Del don Iuan, que ninguno en nueua España,  
Pudo con mas justicia competirle,  
Aquesta noble impressa que le dieron,  
Pues en el inter que los dos Virreyes,

Pudieron ventilar aqueste hecho,  
Qual fresca flor que luego se marchita,  
Sin el deuido riego que la enciende,  
Assi se fue secando y marchitando,  
Todo el luzido campo lebandado,  
Caiendo del buen nombre que tenia,  
Y como el vulgo es siempre tan amigo,  
De nouedad confussa y alboroto,  
Alborotados juntos en corrillos,  
Dezian y afirmauan sin verguença,  
Aquesto que la inuidia vil infame,  
A todos publicaua y les dezia,  
Dios no libre señor de aquesta sierpe,  
Cuia fiera braueza es cosa cierta,  
No tiene rayo el Cielo que assi rompa,  
Destruia, desbarate, ni destroçe,  
La fuerça de virtud qual es su lengua,  
Esta causò la muerte al que primero,  
Partio de aquesta vida trabajosa,  
Esta hizo que el hombre no tuuiesse,  
Segura su conciencia y se saluase,  
Esta poblò el infierno, y fue primera,  
En despoblar el Cielo, y tuuo aliento,  
Para atreuerse à Dios, mirad que tiro,  
Y à quantos derribò que ya los vimos,  
Sobre el impireo Cielo colocados,  
Viendo pues los soldados que arratrauan,  
Tan altos pensamientos por el suelo,  
Por solo deshazer aquesta entrada,  
Y que estauan ya todos tan gastados,  
Deshechas sus haziendas y negocios,  
En que estauan de assiento entretenidos,  
Afligidos los vnos y los otros,  
Qual vemos à los flacos nauichuelos,  
De gran fuerça de vientos combatidos,  
Cortar apriesa rizas, y rendirse,  
A la inclemencia braua poderosa,  
Assi todos perdidos zozobrados,  
Estauan sin consuelo ya rendidos,  
Mas el Governador y su teniente,  
Como esforçados viendo la tormenta,  
Y deshecha borrasca que cargaua,  
Con tantos desatinos y juicios,  
Como la gente toda concebía,  
Diziendo que no auiendo de hazerse,  
Aquella entrada, que porque respectò,

A todos los auian engañado,  
Otros à grandes bozes publicauan,  
Que assolados à todos los tenian,  
Sin poder lebantar jamas cabeça,  
Y como aquesto mucho lastimaua,  
Quales diestros bridones desembueltos,  
Que à fuerça de la espuela y duro freno,  
En manijos ligeros la braueça,  
Assi el Governador y su teniente,  
Cuias suabes lenguas parecian,  
Que las mismas auejas endulzauan,  
Segun que con Platon, y el fabio Omero,  
Es publico y notorio lo hizieron,  
Assi con mucha fuerça de razones,  
Dulzes palabras, y sentencias viuas,  
Los fueron gouernando y sossegando,  
Hasta que vino nueua que se auian,  
Visto los dos Virreyes en Oculma,  
En cuyo puesto fue informando luego,  
Don Luys de Velasco con auiso,  
De la buena eleccion que auia hecho,  
Y viendo manifiesto el desengaño,  
Qual suelen apagarse y deshazerse,  
Los lebantados Astros que bañados,  
Se ven del sol heridos quando viene,  
Rasgando la mañana alegre y clara,  
Assi el de Monte Rey quedò suspenso,  
Del todo satisfecho y agradado,  
Al qual don Iuan auia con prudencia,  
Escritole vna carta cortesana,  
Dandole el para bien de su venida,  
Y como la gran priesa que tenia,  
En el despacho desta nueua entrada,  
Cerraba los caminos que era justo,  
Estuuiesse auiertos y trillados,  
Para solo ofrecerse en su seruicio,  
Partiendo sin tardança y luego fuera,  
Sino dexara sin remedio aquello,  
Que con tan viua fuerça le pedia,  
Suplicole assimismo que si fuesse,  
Su persona de efecto para el caso,  
Que le tenían dado y encargado,  
Que sin su bendicion no permitiese,  
Que cosa se hiziesse, ni acabase,  
Con esto, y con la fuerça que pusieron,  
Aquellos dos Iuezes que heemos dicho,

Y todos, los agentes cuidadosos,  
Con notable contento luego el Conde,  
A don Iuan respondio con vn correo,  
Mostrandosele grato y obligado,  
Al parabien que dio de su venida,  
Y voluntad senzilla que mostraua,  
Tener à su persona y à sus cosas,  
Y que en lo tocava à sus despachos,  
Auia ya mostrado sentimiento,  
De que no los tuuiesse despachados,  
Don Luys de Velasco pues podia,  
Como ministro de tan gran prudencia,  
Y también acertado en cosas graues,  
Por cuiu justa causa le era fuerça,  
Aprouar todo aquello que estuuiesse,  
Tratado, y assentado, sin que cosa,  
En ninguna manera se alterase,  
Y assi determinaua, y le ordenaua,  
Que con la vendicion de Dios y suia,  
Saliessse sin estorbo, y se partiesse,  
Ofreciendo con veras de asistirle,  
Sin faltarle jamas en todo aquello,  
Que para proseguir tan justo intento,  
La experiencia y el tiempo le enseñasen,  
Y porque pueda yo dezir las cosas,  
Que à tan buenos principios sucedieron,  
Quiero con atencion buscar vereda,  
Por do mi tosca pluma por atajo,  
Pueda salir à luz de tal trabajo,

## CANTO SEPTIMO

*De algunos sucesos buenos, y malos, de la jornada, y de una cedula Real, y mandamiento del Virrey, que se intimò à don Iuan, para que hiciesse alto, y no prosiguiese la jornada*

Aquesta vida triste miserable,  
Solo vemos señor que se sustenta,  
De mezquinas y vanas esperanças,  
Cuiu corta substancia apenas llega,  
A entrar por nuestras puertas quando luego,  
De subito se hunde y desuanece,  
Tan sin rastro de auer alli llegado,  
Qual si nunca jamas vbiera sido,

Cuia verdad vissible bien nos muestra,  
Aquesta pobre historia que escreuimos,  
Donde vereys gran Rey que estando el campo,  
Alegre con la carta regalada,  
Que el Conde despachò con tanto gusto,  
Y sin esto animado y alentado,  
Con la mucha presteza y diligencia,  
Con que los estandartes despachaua,  
Al brauo Californio descuidado,  
Del Cantabro gallardo que nombraron,  
Por General del campo poderoso,  
Que para aquella entrada fue criando,  
De bella soldadesca y oficiales,  
En armas y quebrantos bien curtidos,  
Para llevar trabajos tan pesados,  
Quanto jamas ningunos padecieron,  
Sulcando el brauo mar con gran tormenta,  
Y la tendida tierra con deshechas,  
Fortunas y miserias nunca vistas,  
Y assi por no poder ya ser sufridos,  
Entrando por sus tierras estos brauos,  
Viendo el heroico esfuerço que mostrauan,  
Poderoso señor en bien seruiros,  
Bomitados del mar, y de la tierra,  
Al fin boluieron estos esforçados,  
A vuestra nueua España donde muchos,  
Famosos Españoles que quisieron,  
Armar aquesta entrada, y lebantarla,  
Quedaron assolados y perdidos,  
Mas no cansados Rey de las fatigas,  
Miserias y trabajos ya passados,  
Cuia grandeza es lastima deshecha,  
Se quede para siempre sepultada,  
En materia tan llena y tan honrrrosa,  
De hechos hazañosos rebocando,  
En campo tan vizarro y tan tendido,  
Quanto no fue possible mas tenderse,  
Pues dexando señor aquesto en vanda,  
Que pide muy gran pluma lo que encubre,  
Como el despacho bueno de vna cosa,  
Promete à la que viene buen successo,  
Y mas quando conuienen en los fines,  
Para que son las dos faborecidas,  
Viendo qual bien el Conde despachaua,  
Aquesta braua entrada que hemos dicho,  
Todos mas alentados y esforçados,

Vn prospero sucesso conozido,  
De todas nuestras causas esperamos,  
Y assi el Gouernador solo aguardaua,  
No mas que à sus despachos confirmados,  
Y como aquel primero Padre à solas,  
No pudo ser Iglesia lebantada,  
Mas que principio della conocido,  
Porque ninguna cosa le faltase,  
Pidio le diessen Religiosos graues,  
De buena vida y fama, pues con ellos,  
Mas que con fuerça de armas pretendia,  
Seruiros gran señor en esta entrada,  
Y alibiaros la carga de los hombros,  
Que es fuerça sustenteis mientras el mundo,  
Nuestra ley sacrosanta no guardare,  
Estando todo vnido y congregado,  
Debajo de vn Pastor, y de vn rebaño,  
Por cuija justa causa fue nombrado,  
Por Comisario, y Delegado illustre,  
Con plena potestad de aquel monarca,  
Iuez vniuersal de todo el mundo,  
Fray Rodrigo Duran, varon prudente,  
Y en cosas de gouierno gran supuesto,  
Y por el tribunal del santo Oficio,  
Entrò con santo esfuerço trabajando,  
El buen fray Diego Marquez perseguido,  
De aquellos luteranos por quien vino,  
A ser primero mouedor, y el todo,  
De todo aqueste campo lebantado,  
Vino fray Baltasar, y fray Christoual,  
De Salazar, en letras eminente,  
Y con ellos vinieron otros Padres,  
De singular virtud y claro exemplo,  
Y como apenas llega el bien que viene,  
Quando cien mil disgustos nos fatigan,  
Resuelto ya el Virrey en despacharnos,  
Vbo de reformar algunas cosas,  
Por parecerle justo se alterasen,  
Que estauan ya tratadas y assentadas,  
En razon de franquezas y essenciones,  
A nuevos pobladores concedidas,  
Y como la estrechez y escaseça,  
De libre libertad y nobles fueros,  
Es la que mas aflige, y mas lastima,  
A los hidalgos pechos que se meten,  
Por medio de las picas enemigas,

De vuestra Real corona, y alli rinden,  
Las vidas, y las almas, por seruiros,  
Lleuaron con grandissimo disgusto,  
Todos los mas del campo trabajado,  
Esta reformacion que el Conde hizo,  
Diziendo en los corrillos, y en la plaça,  
Que lo vna vez tratado y assentado,  
No era ley ni justicia se alterase,  
Principalmente auiendo sido el pacto,  
Con ligitima parte celebrado,  
Por cuiu causa todos sus haziendas,  
Auian ya deshecho y consumido,  
Por cumplir sus assientos ya assentados,  
Con su Rey natural, cuiu palabra,  
Era fuerça sin quiebra se cumpliese,  
Y que imbiolablemente se guardase,  
Pues que en bajo lugar constituido,  
El hombre, o en el mas alto lebandado,  
Tener de Rey palabra y mantenerla,  
Era lo que ilustraua y lebandaua,  
El claro resplandor de su persona,  
Y assi todos rebueltos y alterados,  
Maldiciendo la entrada se quejauan,  
Diziendo los auian engañado,  
Y echados por puertas ya perdidos,  
Y como por ley justa en la milicia,  
Las armas se suspenden quando tocan,  
A retirar, assi fue retirando,  
Don Iuan y su teniente à los soldados,  
Frenando sus disgustos de manera,  
Que todos sossegados concedieron,  
Con lo que el Conde hizo por dezirles,  
El pobre cauallero lastimado,  
Que con acuerdo santo y con justicia,  
Fue todo aquello hecho y ordenado,  
Y como en el inchado mar soberuio,  
Sobre vna gran resaca otra rebienta,  
Y en la tendida plaia se deshaze,  
En blanca espuma toda combertida,  
No de otra suerte vino rebentando,  
Con deshecha tormenta y terrernoto,  
Vna gran sierra de agua lebandada,  
Imputando à don Iuan à grandes voces,  
No menos que de aleue à la corona,  
Con que ceñis señor las altas sienes,  
Mas à penas llegò quando la vimos,

Toda deshecha, llana, y quebrantada,  
En la inocente roca donde quiso,  
Quedar en blanca espuma combertida,  
Color de la inocencia que tenia,  
Aquel que pretendio manchar sin culpa,  
Y como siempre arrima algun consuelo,  
La magestad inmensa al afligido,  
Y mas si con esfuerço sufre y passa,  
El peso del trabajo que descarga,  
Assi vimos que vino gran consuelo,  
Por todo vuestro campo ya rendido,  
Con vn turbion de cosas que inuidia,  
Y fuerça de mentira à boca llena,  
Sin genero de rienda publicauan,  
Por solo deshazerlo y destruyrlo,  
Mas poco les valio, porque tras desto,  
Quiso vuestro Virrey hazer despacho,  
Y como su teniente despachase,  
A todo aqueste campo, y que hiziesse,  
Visita general de gente y armas,  
Y que tambien hiziesse cala y cata,  
De todos los pertrechos ofrecidos,  
De parte de don Iuan, y sus agentes,  
Y que si lleno todo lo hallasse,  
Que libremente luego permitiesse,  
Hiziesse su jornada y la acabasse,  
Y que Antonio Negrete secretario,  
Hiziesse aquel despacho por la pluma,  
Para todo lo qual mandò viniessen,  
Francisco de Esquibel por comisario,  
Con cuios oficiales quiso el Conde,  
Para mas animar aquesta entrada,  
Escreuir à don Iuan con gran regalo,  
Iuzgandole por pratico en las cosas,  
De aquella grande impressa que lleuaua,  
Suplicando con esto à Dios le diesse,  
Tan prospero sucesso, y buen viage,  
Qual siempre deffeaua que viniessen,  
Por las illustres prendas y las partes,  
Que su persona y deudos merecian,  
Y qual aquel que con señales claras,  
La fuerça de su intento nos descubre,  
Assi vuestro Virrey quiso advertirle,  
Que mas por cumplimiento del oficio,  
Que por sospecha alguna que tuuiesse,  
Del pleno cumplimiento de su assiento,

Mandaua que don Lope le tomase,  
Que todo lo ternia tan cumplido,  
Que assi para el don Iuan la diligencia,  
Vendria tan colmada, y tan honrrrosa,  
Como para el descargo del oficio,  
Que de vuestro Virrey exercitaua,  
Y con esto tambien le fue diziendo,  
Otras muchas caricias regaladas,  
Con que contentos todos estimaron,  
Su prospera fortuna y buena andança  
Cuios fabor gallardo bien mostraron,  
Solenizando fiestas y torneos,  
Quinientos buenos hombres esforçados,  
Que para aquesta entrada se juntaron,  
Todos soldados viejos conocidos,  
Y entre baruaras armas señalados,  
Mas como siempre el tiempo favorable,  
Desaparece y queda surto en calma,  
Aquel que permanece siempre estable,  
Despues de todo aquesto que hemos dicho,  
Auiendo mucho tiempo ya passado,  
Llegò luego vn correo con gran priessa,  
Pidiendo albricias por el buen despacho,  
De las nueuas alegres que traia,  
De vuestro Visorrey, en que mandaua,  
Que luego todo el campo se aprestase,  
Y que la noble entrada prosiguiesse,  
Y como està mas cerca del engaño,  
Aquel que està mas fuera de sospecha,  
Assi fue, que el correo asegurado,  
Con gran contento entrò y dio su pliego,  
El qual se abrio en secreto, y con recato,  
Que ninguno supiesse ni entendiesse,  
Lo que el cerrado pliego alli traia,  
Y como no ay secreto tan oculto,  
Que al fin no se reuele y se nos muestre,  
El que en aqueste pliego se encerraua,  
Con inocencia à todos quiso darnos,  
Sin quitar vna letra ni añidirla,  
Quiero con atencion aqui escriuirla.

EL REY

Conde de Monte Rey, pariente, mi Virrey gouernador, y Capitan General, de la nueva España, o a la persona, o personas, a cuyo cargo fuese, el gouierno della: auiedo visto la carta que me escriuistes, en veynte de Diziembre, del año passado, en que tratays del assiento que el Virrey don Luys de Velasco, vuestro antecessor, auia tomado con don Iuan de Oñate, sobre el descubrimiento del nuevo Mexico, y las causas porque dezis os deteniades, en la resolución, aduirtiendo, que conuenia no aprouar el concierto, si aca se acudiesse a pedirlo, por parte del dicho don Iuan de Oñate, hasta que me boluissedes a escreuir, y consultandoseme por los de mi Real Consejo de las Indias, con ocasion de auerse ofrecido don Pedro Ponçe de Leon, señor que disque es, de la villa de Bailen, à hazer el dicho descubrimiento, è determinado que se suspenda la execucion de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate. Y assi os mando no permitais que haga entrada, ni la prosiga, si la obiere comenzado, sino que se entretenga, hasta que yo prouea, y mande lo que me pareciere conuenir, de que se os auisara con breuedad. Fecha en Azeca, a ocho de Mayo, de mil quinientos y nouenta y seys años. Yo el Rey, por mandado del Rey nuestro señor, Iuan de Yuarra.

Tras cuiu cedula, para mas fuerça embio el mandamiento que se sigue:

#### *Mandamiento del Virrey*

Don Gaspar de Zuñiga, y Azeuedo, Conde de Monte Rey, señor de las casas y estado de Biedma, y Vlloa, Virrey, lugar teniente, y Capitan General de su Magestad, en esta nueva España, y Presidente de la Real Audiencia, y Chancilleria, que en ella reside. A vos don Lope de Vlloa, Capitan de mi guarda, a quien cometi la vista tocante a la muestra y aueriguacion del cumplimiento del assiento que con don Iuan de Oñate esta tomado, acerca la jornada del descubrimiento, pacificacion, y conuersion de las Prouincias del nuevo Mexico, con nombramiento de mi lugar teniente, para preuenir, ouiar, y castigar las desordenes, y excesos, que los soldados, y gente de la dicha jornada hiziere, en el transito è camino deste viage. Sabed que por cedula del Rey nuestro señor, a mi dirigida, dada en Azeca, a ocho de Mayo, deste año de mil y quinientos è nouenta y seys, se me manda y ordena, no permita, que el dicho don Iuan de Oñate, haga la entrada del dicho nuevo Mexico, ni la prosiga, si la vbiere comenzado, sino que se entretenga, hasta que su Magestad prouea y mande, lo que le pareciere conuenir: y que desto me embiarà auiso con breuedad, porque entre tanto su magestad à determinado se suspenda, la execucion de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate: segun todo consta ele la dicha Real cedula original, que con este mi mandamiento vos embio. Y porque conuiene que conste al dicho don Iuan de Oñate, lo que su Magestad manda, para que lo guarde y cumpla, os mandamos notifiqueis, y hagais notificar, al dicho don Iuan de Oñate, la dicha Real cedula original, y ansi mismo esta mi orden, y mandamiento, para que lo guarde y cumpla, como en el se contiene. Para lo qual, en nombre de su Magestad, y mio, como Virrey, lugar teniente suyo, y Capitan general, supremo, desta nueva España, y de las Prouincias y jornada, del nuevo Mexico: mando al dicho don Iuan de Oñate, que guardandola, y cumpliendola, luego que este mi mandamiento por vos le sea notificado, y hecho notificar, haga alto, y no pase de la parte y lugar, donde se te notificare, ni consienta passar la gente que tiene lebantada, ni los bastimentos, municiones, y bagajes,

ni otra cosa alguna, ni prosiga la dicha jornada, antes la sobresea y entretenga, hasta ver nueva orden de su Magestad, y mia, en su Real nombre: y en defecto de no lo cumplir, en caso que passe adelante contra lo proueido en la dicha Real cedula, y por mi mandado, en este mi mandamiento, sino fuere algunas pocas leguas, y con expreso permiso vuestro, por escrito, para mejor entretener la dicha gente, desde luego en el dicho Real nombre, reboco y anulo, los titulos, patentes, y conductas, prouisiones, comisiones, y otros recaudos, que en nombre de su Magestad se han dado, al dicho don Iuan de Oñate, y, a los Capitanes, y oficiales, que él nombrò, para la dicha jornada, y para el efeto della, para que en manera alguna no vsen, ni puedan vsar dellos, con apercibimiento, que lo contrario haziendo, no se le cumplira cosa, que en su favor este otorgada, en el dicho assiento y capitulaciones, y se procedera contra sus personas y bienes, como contra transgressores, de las ordenes, è mandatos de su Rey, è señor natural, y como contra vassallos rebeldes y desleales, vsurpadores del derecho de los descubrimientos, entradas, y conquistas de Prouincias, a su Magestad pertenecientes, que para los processos que en razón desta inobediencia, rebeldia, y delito tan graue, se ouieren de hazer, desde luego los llamo, cito, y emplaço, para que dentro de sesenta días, de la notificacion deste mandamiento parescan personalmente en esta Ciudad de Mexico, en las casas Reales della, donde es mi morada, ante mi persona, y las de los Iueces que para el conocimiento de las dichas causas, yo nombrare, donde pareciendo seran oydos, y se les hara justicia: y no pareciendo, en ausencia suya, y por su rebeldia se procedera, y se les notificaran los autos en estrados, y les pararan tanto perjuizjo, como si en sus propias personas, se les notificasen. Lo qual mando como dicho es, no solo al dicho Iuan, sino a los Capitanes, soldados, oficiales, y gente que va a la dicha jornada, en qualquier manera, y a cada vno dellos, con los dichos apercibimientos y penas, citaciones, y señalamiento de estrados: y que este mi mandamiento si os pareciere, se notifique a los Capitanes, y oficiales del dicho campo, que estan prestos para la dicha jornada: y luego que os parezca, para que venga a noticia dellos, y de los demas soldados, y gente dicha, y hagais echar vando publico, para que se publique, declarando a todos los dichos oficiales, soldados, y gente que en qualquier manera van a la jornada, que so pena de la vida, y perdimiento de bienes, y de ser como dicho es, auidos por vassallos rebeldes, y desleales a su Magestad, no passen adelante su viage, y en razon dello, no sigan, ni ouedescan al dicho don Iuan. Y assi lo proueìd, è mandò, que este mi mandamiento vaya refrendado, de Iuan Martinez de Guillestigui, mi Secretario, y haga tanta fee, como si por gouernacion fuesse despachado: por quanto en virtud de la Real cedula particular, que yo tengo, para despachar, en los casos que me pareciere, con Secretarios mios: mando, por justos respectos, que el dicho mi Secretario lo refrende. Fecho en Mexico, a doze de Agosto, de mil y quinientos è nouenta è seys años. El Conde de Monte Rey. Por mandado de su señoria, Iuan Martinez de Guillestigui.

Con estas notificaciones, el Gouernador quedó suspenso: y porque yo lo estoy, quiero al siguiente canto remitirme.

## CANTO OCTAVO

*De la respuesta que dio don Iuan de Oñate, a la notificacion que se le hizo, y de la prudencia y discrecion, con que habló a todo el campo, y fiestas que se hizieron de contento, y del generoso ofrecimiento de Iuan Guerra su teniente, y de otros trabajos que a estas fingidas alegrías sucedieron*

Quien vio jamas señor en este mundo,  
Caduco, fragil, debil, mouedizo,  
Sin notable discordia, paz alegre,  
Gustoso rato, sin tristeza amarga,  
Manso sossiego, sin pauor terrible,  
Y en fin noble bonança, y tiempo bueno,  
Sin aspera tormenta, y gran borrasca,  
O triste condicion de mundo breue,  
Y corto entendimiento de mortales,  
Si ciegos no conocen sus mudanças,  
Sus Lunas, sus enrredos, sus traiciones,  
Sus traças, sus palabras, sus reboços,  
Tanto mas encubiertos quanto sienten,  
Los pechos de los nobles mas cenzzillos,  
Auiendo pues la india con sus redes,  
Persuadido al Virrey, porque alcançase,  
La cedula Real que auemos dicho,  
El pobre cauallero lastimado,  
De aquel nueuo accidente, y ofendido,  
Qual fuese con fortuna serle fuerça,  
Sufrir al que nauega golfos brauos,  
Assi con grande esfuerço y con paciencia,  
Vn ancho venenoso mar beuiendo,  
De mil amargas hieles enojosas,  
Temeroso que todo se esparciese,  
Con nouedad tan grande, y se acabase,  
Por atajar el pasmo que costaua,  
Mas de quinientos mil ducados largos,  
Con toda diligencia quiso luego,  
Acabar con don Lope le intimase,  
Con el mayor secreto que pudiesse,  
La voluntad Real, y el mandamiento,  
Que por vuestro Virrey, le fue embiado,  
Pues haziendose assi, sin mas acuerdo,  
Qual suele responder con grato fruto,  
La fertil simentera bien labrada,  
Aquellos dos escritos fue tomando,  
Y con grande respecto qual si fueran,  
Coronas principales de dos Reynos,  
Fueron en su cabeça lebantados,

Y buelto en vn gran monte de paciencia,  
Tocandoles los labios fue diziendo,  
Que aunque por justas causas y razones,  
Pudiera suplicar de aquel mandato,  
Por los daños y grande inconueniente,  
Que de perderse el campo se seguia,  
Con todos sus pertrechos y bagajes,  
Que tanta hazienda y sangre le costauan,  
Que no queria hazerlo ni pensarlo,  
Mas antes como leal vassallo vuestro,  
Con suma reuerencia obedecia,  
La cedula Real y mandamiento,  
Segun que en ella, y el se contenian,  
Y que inouiolablemente guardaria,  
Todo quanto alli se le ordenaua,  
Sin que vna sola letra quebrantase,  
Y como todas estas diligencias,  
Con gran silencio fuessen acabadas,  
Estaua todo el campo tan suspenso,  
Quanto ansioso por ver que contenia,  
El buen despacho, y pliego, que el correo,  
Con tan grande alegria auia traído,  
Y para quitar duda y sospechas,  
Qual suelen las castissimas auejas,  
Que en sabroso licor vemos conuieren,  
Aquello que es amargo y desabrido,  
Assi salio don Iuan la boca dulce,  
Diziendo à grandes vozes con contento,  
Señores compañeros que hazemos,  
Entremos, y à la entrada no durmamos,  
Que à pesar de fortuna estamos todos,  
Con notables ventajas despachados,  
Oyendo los soldados esta nueua,  
Qual suelen con aplauso dar gran grita,  
Los verdes años todos reboçando,  
Aquel sumo contento que nos muestran,  
Al pretender de cathedras honrrosas,  
Assi la soldadesca toda junta,  
Vn alarido fuerte fue subiendo,  
Y à fuer de caualleros hijos dalgo,  
Vizarros, y galanes, se juntaron,  
En gallardos cauалlos animosos,  
Y despues de vna gran carrera alegre,  
Vna vistosa escaramuça hizieron,  
Los mas famosos hombres de à cauallo,  
Por el Maese de campo, y gran sargento,

Los dos valientes cuernos gouernados,  
Entre los quales no con poco orgullo,  
Vizarro el General aquella fiesta,  
En vn brauo cauallo celebraua,  
Y luego que cansados suspendieron,  
El regozijo y gusto con descuido,  
Qual aquel discretissimo Zineas,  
Que por su gran prudencia valio tanto,  
Como el valiente Pirro por la espada,  
Assi don Iuan con rostro reportado,  
Alegre, preuenido, y recatado,  
Para mejor cubrir aquella herida,  
Que tanto le afligia y lastimaua,  
El cauallo enjaezado, y enfrenado,  
Luego que se apeo le dio en albricias,  
Pagandole al correo el buen despacho,  
Y presta diligencia con que vino,  
Por cuios hecho, y otros me parece,  
Los Fauios, Cipiones, y Metellos,  
Pompeio, Cilla, Mario, ni Locullos,  
Y entre ellos Iulio Cesar, no mostraron,  
En su tanto mas pecho à los trabajos,  
Ni en ellos mas discretos anduuieron,  
Que aqueste illustre y alto cauallero,  
O discrecion sagaz que bien pareces,  
Quando con buen auiso assi deslumbras,  
La vista mas aguda, y tracendida,  
Cerrando los caminos à las lenguas,  
En cosas de importancia mal sufridas,  
No de otra fuerte aquellos brauos Griegos,  
A los diestros Troianos engañaron,  
Quando el vello cauallo dentro en Troia,  
Fue dellos todos juntos recebido,  
Sabida pues la detención del campo,  
Por Iuan Guerra de Ressa su teniente,  
A quien con diligencia y gran secreto,  
El mismo General quiso auisarle,  
Por ser su deudo, y assi mismo dueño,  
De toda aquesta causa leuantada,  
Y vno de los vassallos importantes,  
Que ciñen noble espada en vuestras Indias,  
Cuios agudos filos à su costa,  
Muchas fronteras grandes han guardado,  
Que gran suma de plata os han valido,  
Sin el colmo excessivo que os ofrecen,  
De quintos sus haziendas cada vn año,

Pues como en bien gastar exercitado,  
Estaua ya, y curtido en bien serbiros,  
Aqueste franco y brauo cauallero,  
Qual illustre Iacob por la belleza,  
De la linda Rachel de nueuo quiso,  
Assentar con Laban, y darle gusto,  
Sin mirar los serbicios ya passados,  
Assi escriuio à don Iuan con nueuos brios,  
Que cien mil pesos largos le ofrecian,  
De fruto cada vn año sus haziendas,  
Ganados y adqueridos por su lança,  
Que todos los gastase y consumiesse,  
Mostrandose qual ambar oloroso,  
Que quanto mas le afligen, y deshazen,  
Mas es su viua fuerça y gran fragrancia,  
Y que en manera alguna no mostrase,  
La fuerça de su pecho vil flaqueza,  
Porque el estaua alli que proueheria,  
A todos los del campo, de las cosas,  
Para poder valerse necessarias,  
Y como el gran Ioseph quando preuino,  
La gran fuerça de hambre que esperaua,  
Preuinole con tiempo que guardase,  
Todos los vastimentos que tuuiesse,  
Y que en manera alguna los gastasen,  
Por cuiu justa causa agradezido,  
Don Iuan le replicó con gran contento,  
Haziendo mucha estima de su carta,  
Respecto de ser hombre cuias obras,  
Hizieron gran ventaja à sus palabras,  
En cosas de importancia y de verguença,  
Y assi luego por orden de don Lope,  
Hizo alto con el campo en vnas minas,  
De bastimentos faltas, montes y aguas,  
Que llaman las del Casco, donde el Conde,  
Despues de auer gran tiempo ya passado,  
Mandò segunda vez que le intimasen,  
La cedula Real, y mandamiento,  
Para que con mas fuerça se abstuuiesse,  
Y aquella noble entrada no intentase,  
De que podia estar bien descuidado,  
Por el grande respecto y reuerencia,  
Con que don Iuan guardaua y acataua,  
Las cosas de justicia, y sus ministros,  
Y como suelen darse à los enfermos,  
Algunas medizinas con que alibian,

La fuerza del dolor que los lastima,  
Assi siempre el Virrey quiuso escriuirle,  
Que no lleuase mal lo que ordenaua,  
Porque aunque estaua cierto no haria,  
Cosa con que manchase su persona,  
Que sin mirar aquesto que entendiesse,  
Que por sola obseruancia de justicia,  
Mas que por otra cosa se mandaua,  
Que aquellas diligencias se hiziessen,  
Y que estuuiesse cierto se dolia,  
De todos sus trabajos y disgustos,  
Y assi cual los arroyos que de passo,  
Refrescan sus Riberas, y lebantan,  
Graciosas arboledas, y las visten,  
De tembladoras hojas, y entretejen,  
Diuersidad de flores olorosas,  
Amenos prados, frescos deleitosos,  
Y sombras apazibles agradables,  
No de otra suerte el Conde de contino,  
A nuestro General le entretenia,  
Y qual si vn diamante fino fuera,  
Cuia braua dureza empedernida,  
No ay riguroso golpe desmandado,  
Que sin violencia alguna no resista,  
Assi fue resistiendo, y contrastando,  
Las poderosas hondas lebantadas,  
Contra cuiu braueza siempre vimos,  
Que regaladas cartas le embiaua,  
Pidiendole con veras se animase,  
En esforçar la gente ya cansada,  
Y del mucho esperar desesperada,  
Si queria gozar del buen sucesso,  
Y dichoso remate de las cosas,  
Que tan grandes trabajos le costauan,  
Y que aunque no podia dar seguro,  
Ni esperanças calientes de remedio,  
Que el esperaua en Dios con gran firmeza,  
Que vuestra Magestad seria serbido,  
De tener en memoria sus trabajos,  
Y que seria possible endererçarse,  
La mal torzida suerte desgraciada,  
Y con razon señor dixo torzida,  
Porque como al principio con cuidado,  
Con zelo de seruiros fue estoruando,  
Quando quiso despues faborecernos,  
Fue fuerza obedecer vuestro mandato,

Y assi viendo don Iuan que le era fuerça,  
Auer de padecer aquel trabajo,  
Qual ternissimo Padre lastimado,  
Que à fuerça de dolor y de quebranto,  
Passa la furia del trabajo amargo,  
Que con violencia y fuerça le lastima,  
De ver sus caros hijos afligidos,  
Por vna y otra parte destrozados,  
No de otra suerte el noble cauallero,  
Miraua todo el campo destruido,  
Tambien à su Perlado ya cansado,  
Los pobres Religiosos mal parados,  
La flaca soldadesca entretenida,  
Con vno y otro engaño dilatado,  
Y fuerça de palabras mal cumplidas,  
La gente de seruicio y oficiales,  
Los niños inocentes, y à sus madres,  
Sugetos à viuir à campo auerto,  
Como si fueran vestias sin abrigo,  
Por los tendidos prados despoblados,  
Miraua à su teniente, cuio pecho,  
Despues de todo aquesto que hemos dicho,  
Auiendo con valor y grande esfuerço,  
Por tiempo de año y medio sustentado,  
A todo aqueste campo por disiertos,  
Y Paramos, que anduuo entretenido,  
Como la grosedad de sus haziendas,  
Estaua por mil partes derramada,  
Viendo que se gastaua à manos llenas,  
Por todo aqueste tiempo que hemos dicho,  
Aqueste exceso vino à tanto extremo,  
Que no se vio soldado conozido,  
Que en viendo hazienda suya, no dixesse,  
Esta hazienda es mia, y quando mucho,  
Dezia nuestra, si eran dos aquellos,  
Que dispensar querian de sus vienes,  
Y como el tiempo todo lo deshaze,  
Consume desbarata, y lo destruye,  
Assi todos se fueron deshaziendo,  
Por vna y otra parte derramando,  
Viendo pues doña Eufemia, vna señora,  
De singular valor, y grande esfuerço,  
Muger del Real Alferez Peñalosa,  
Hermosa por extremo, y por extremo,  
De bello, lindo, y claro entendimiento,  
Que todos los del campo ya cansados,

Con tanta dilacion se despedian,  
Y que otros assimismo se ausentauan,  
Por no poder sufrir tan gran trabajo,  
Qual aquella gallarda y noble dama,  
Que en medio de la cuesta memorable,  
De aquel soberuio Arauco no domado,  
El poco esfuerço, y triste cobardia,  
De toda vna Ciudad auergonçaua,  
Assi esta gran matrona à grandes voces,  
Dentro la plaça de armas fue diziendo,  
Nobleza de soldados descuidados,  
Dezidme en que estimais el noble punto,  
De aquellos coraçones que mostrastes,  
Quando à tan dura guerra os ofrecistes,  
Dandonos à entender ser todo poco,  
Para harta la fuerça y excelencia,  
De vuestros brauos animos gallardos,  
Si agora sin empacho y sin verguença,  
Qual si fueradeis hembras vais boluiendo,  
A cosa tan honrrosa las espaldas,  
Que cuenta es la que dais siendo varones,  
Desto que à vuestro cargo aueis tornado,  
Si todo lo dexais en estas tocas,  
Que de ver tal vageza, y tal afrenta,  
Afrentadas las sientoy ya caidas,  
Llenas de deshonor y corrimiento,  
De ver en Españoles tal intento,  
Quando todo se pierda, y todo falte,  
A de faltarnos tierra bien tendida,  
Y vn apazible Rio caudaloso,  
Donde vna gran Ciudad edifiquemos,  
A imitacion y exemplo de otros muchos,  
Que assi su fama y nombre eternizaron,  
Donde podemos yr que mas valgamos,  
Frenad el passo, no querais mancharos,  
Con mancha tan infame qual es fuerça,  
Que sobre todos vuestros hijos venga,  
Algo importò aquesto que les dixo,  
Aquesta noble dama generosa,  
Mas como pocas vezes el esfuerço,  
En flacos coraçones se detiene,  
Qual flaco gusanillo que royendo,  
Vn poderoso, grueso, y alto pino,  
Que al suelo le derriba, y hecho astillas,  
En mil pedazos roto alli le dexa,  
Assi saltos de fuerças ya rendidos,

Todos el noble campo despoblaron,  
Mas qual aquella naue poderosa,  
Que fue del gran dilubio combatida,  
Que tanto mas fue siempre lebantada,  
Quanto mas viuas aguas la embistieron,  
Al fin como primera que en el mundo,  
Se vido nauegar por aguas brauas,  
Assi el Gouvernador mostraua siempre,  
A todos sus quebrantos tanto pecho,  
Quanto mas los trabajos se esforçaron,  
Estando pues el campo ya deshecho,  
Fue fuerça que don Lope le tomase,  
Visita general, en cuió tiempo,  
El General se supo dar tal maña,  
Y Iuan Guerra de Ressa su teniente,  
Que hechando de sus fuerças todo el resto,  
Sobraron diez mil pesos de buen oro,  
De solos los pertrechos ofrecidos,  
Con mas siete soldados de los hombres,  
Que por concierto y pacto estaua puesto,  
Que auia de poner en campo armados,  
Cuiá grandeza y sobra puso espanto,  
A toda nueva España, porque auiendo,  
Detenidose el campo tanto tiempo,  
Era cossa dificil tal exceso,  
Y assi Luys Nuñez Perez ayudado,  
De don Fernando, y don Christoual luego,  
Suplicaron al Conde despachase,  
Aquesta entrada, pues don Iuan auia,  
Con colmo tan grandioso, y lebantado,  
La fuerça de su assiento ya cumplido,  
Y como con cuidado el Conde estaua,  
Aguardando el orden que de España,  
Mandauan que tuuiesse en esta entrada,  
No pudo ser possible que hiziesse,  
Cosa que allí nos fuesse de importancia,  
Y assi se fue segunda vez perdiendo,  
El puesto deste campo reformado,  
Por cuiá causa el Conde siempre quiso,  
Animarle con cartas, y esforçarle,  
Pidiendo siempre no desfalleciese,  
Porque seria possible que las cosas,  
Se fuessen entablando de manera,  
Que fin dichoso en todo se alcançase,  
Y porque los cansados Religiosos,  
De nueuo nuevas cosas nos ofrecen,

Sera bien nueva pluma aqui cortemos,  
Y en nuevo canto todo lo cantemos.

## CANTO NVEVE

*Como se bolvio con algunos religiosos, Fray Rodrigo Duran, Comissario Apostolico de la jornada: y de otros trabajos que fueron sucediendo: y como el Virrey mando à don Iuan se sugetase à segunda visita, o que mandaria derramar la gente: y venida del visitador al despacho de la jornada, y contento que con el se tuuo: y del orden que tuuo en hazer su visita, y cosas que en ella sucedieron*

Si con fuerça de braços, y del tiempo,  
Han de quedar perfectos y acabados,  
Los memorables hechos que emprendemos,  
La cosa mas gallarda y lebandada,  
Que en ellos luze siempre y resplandeze,  
Despues que estan en puesto bien obrados,  
Es la importante ayuda de asistencia,  
Sin cuiã grande alteza la esperança,  
Queda en si toda muerta y zozobrada,  
Estã con dilacion tan triste y larga,  
Vino à desfallezer y destroncarse,  
En el cansado hijo de Francisco,  
Fray Rodrigo Duran cuiã grandeza,  
De animo notable ya rendida,  
Vino à dexar la plaça sin embargo,  
De vn gran requerimiento que le hizo,  
Pidiendole don Iuan que pues estaua,  
Sobre sus graues hombros sustentado,  
Como en coluna fuerte todo el campo,  
Que en ninguna manera permitiese,  
Pues era cosa llana que en boluiendo,  
La fuerça de la Iglesia la cabeça,  
Que todo se assolase y destruiesse,  
Mas como ya la suerte echada estaua,  
Respecto de dar cuenta à tu Perlado,  
De algunas cosas graues y secretas,  
Sin replica salio por cuiã causa,  
Fray Baltasar, y algunos otros Padres,  
De notable importancia, nos dexaron,  
Siguiendo sus pisadas disgustosos,  
Y como à Rio buelto siempre vemos,  
Sobre las turbias aguas muchas cosas,

Que nueva nouedad à todos causan,  
Tras desto luego vimos que quisieron,  
Ciertos soldados algo leuantados,  
Hazer aquesta entrada y proseguirla,  
Amotinando el campo cuio cancer,  
Fue con suma presteza y diligencia,  
Del hastuto sargento remediado,  
Cortando la cabeça al que queria,  
Serlo de aquesta causa perseguida,  
En este medio tiempo prouieieron,  
A don Lope de Vlloa que era amparo,  
De todas nuestras causas mal paradas,  
Por General de China, y luego en esto,  
Dexandonos à todos vino nueva,  
Como en España estaua proueido,  
Don Pedro Ponçe, vn grande cauallero,  
De singular prudencia, y alto esfuerço,  
Por General de toda aquesta entrada,  
Y temiendo el Virrey se deshiziesse,  
Toda la soldadesca alborotada,  
Con aquesta mudança, y nuevo acuerdo,  
Mandò hechar luego vando que la gente,  
A sus vanderas toda se juntase,  
Y aquesta entrada luego prosiguiesse,  
Tras cuio vando, sin tardança alguna,  
A don Iuan auissò como tenia,  
Del Presidente Pablo de Laguna,  
Orden en que auisaua, y ordenaua,  
Que si entendiesse que el don Iuan tenia,  
Todo lo necessario preuenido,  
Para hazer la entrada y proseguirla,  
Que luego libremente permitiesse,  
Que el solo la hiziesse y acabase,  
Y si cumplido todo no estuuiesse,  
Que fin tardança alguna diesse auiso,  
Porque esta causa luego remediase,  
Por cuias ocasiones le ordenaua,  
Que luego respondiesse si tenia,  
Expuesto todo aquello que importaua,  
Porque sin mas acuerdo proueberia,  
Persona tal qual fuesse conueniente,  
Y general visita le tomase,  
A la qual era fuerça sugetarse,  
Y que si no que luego mandaria,  
Despedir à la gente, y derramarla,  
Y que le parecia si no auia,

De cumplir por entero que hiziesse,  
Gentileza y seruicio illustre y alto,  
A vuestra Magestad en desistirse,  
De aquella noble impressa començada,  
Sin gastar mas hazienda, ni mas vida,  
Que la que auia gastado y consumido,  
Aduirtiendolo con esto que si estaua,  
De gusto y parecer que le tomasen,  
Segunda vez visita, que seria,  
El Comisario dentro de dos meses,  
De toda aquella Corte despachado,  
A cuias cartas el General contento,  
Al Conde replicò que aunque el auia,  
Cumplido enteramente sus assientos,  
Que sin embargo desto, que el gustaua,  
Rendirse sin tardança, y sugetarse,  
A segunda visita, y à otras muchas,  
Si fuesse necessario se hiziesse,  
Y como en los dos Polos permanecen,  
Los dos exes, tan fijos, y clauados,  
Que esperança ninguna no tenemos  
De verlos de sus puestos apartados,  
Assi sin mouimiento estables firmes,  
Don Iuan, y su teniente se mostraron,  
Respondiendo que aquella gentileza,  
Era la que era fuerça se hiziesse,  
En vuestro Real seruicio, y se acabase,  
pues como espuesto todo lo tuuiesse,  
Para el tiempo aplazado que les dieron,  
Segun que lo demas passose en flores,  
Porque no fue possible despacharse,  
A tiempo el Comisario de la Corte,  
Que pudisse venir sin detenerse,  
Por cuias causas todos se quejauan,  
Bien apretadamente, y con enojo,  
Trayendo à la memoria las palabras,  
Los lazos, y los tiempos mal cumplidos,  
Que siempre el General les daua à todos,  
Afirmando y jurando que eran trazas,  
Engaños, y cautelas, que tenia,  
Para solo assolarlos y abrasarlos,  
Y que no era possible que las cartas,  
Fuessen ciertas del Conde, fino embustes,  
Para el que dezian y afirmauan,  
Y assi se fueron muchos, y dexaron,  
Aquesta illustre entrada disgustosos,

Mas el Sol de justicia condolido,  
Sus mansos ojos, luego fue boluiendo,  
A su afligido pueblo lastimado,  
Haziendole muy cierto que venia,  
Nueuo visitador, para que luego,  
La jornada de hecho despachase,  
A quien se hizo vn gran recibimiento,  
De mucha gente de armas bien luzida,  
Con su Maese de campo, y Real Alferes,  
Su Sargento mayor, y Capitanes,  
Y el General famoso, y oficiales,  
Que en orden todos fueron, y en llegando,  
Vna gran salua alegre de arcabuzes,  
Con destreza gallarda fue rompiendo,  
El secreto silencio, y fue turando,  
Hasta que juntos saludarse vimos,  
Los dos nobles varones, y abraçarse,  
Y luego en orden todos bien compuestos,  
A su posada juntos le lleuamos,  
Donde segunda salua les hizieron,  
Con notable contento y alegria,  
Porque entendieron del, que grande Padre,  
Auia de mostrarse en nuestra causas,  
Y assi como tal Padre, y tal amparo,  
Pidio al Gouvernador que no le fuesse,  
Contrario en cosa alguna si queria,  
Ver de todas sus causas buen despacho,  
Con cuias buenas muestras y señales,  
Como pauones todos en sus ruedas,  
Vfanos y gallardos se mostrauan,  
Pues como assi estuuiesen ya contentos,  
Mandò el visitador se echase vando,  
Para que todo el campo luego fuesse,  
Siguiendo su derrota, y que marchase,  
Y viendo el General que aquel mandato,  
Era ruina total de nuestra entrada,  
Porque eran necessarios muchos dias,  
Para apretar los carros y carretas,  
En cuió tiempo toda la visita,  
Haziendo de vna via dos mandatos,  
Podia fenezerse y acabarse,  
Y que si aquesto assi no se hiziesse,  
Era perderse todo à cuiá causa,  
Pidio con grande instancia que mirase,  
Que fuera deste grande inconueniente,  
Perdia otra gran suerte y coiuntura,

En aprestar la gente y el bagaje,  
De vn tan largo tiempo entretenida,  
De mas de que era fuerça que sacando,  
De sus querencias todos los ganados,  
Que todos se perdiessen y ahuintasen,  
Y que para escusar tan grandes daños,  
Hiziesse su visita en aquel puesto,  
Y del saliessen todos de arrancada,  
Sin detenerse en parte que pudiessen,  
Perderse aquellas cosas que lleuauan,  
Y viendo los soldados lastimados,  
El tiempo que perdian con enojo,  
A voces, y sin rienda desembultos,  
Dezian que eran trazas porque el campo,  
Gastase el bastimento que tenia,  
Y assi se deshiziesse y acabase,  
Y fuera assi sin duda si el gran colmo,  
No fuera tal, qual vimos bien colmado,  
Y viendo el General que no podía,  
Hazer que le tomasen la visita,  
Con perdida del tiempo irrebocable,  
Salio con todo el campo sin consuelo,  
A fuerça de sudor y de trabajos,  
Que en aprestarlo todo padecieron,  
Y apenas fue marchando cinco leguas,  
Quando en vn puesto pobre de agua y monte,  
Mandó hiziessen alto y descargasen,  
Alli boluieron todos al trabajo,  
Haziendo sus assientos temerosos,  
De que era fuerça que agua les faltase,  
Mas Dios que à todos siempre nos socorre,  
Hizo que vnos charquillos bien pequeños,  
Que cerca de nosotros se mostrauan,  
Aguas en abundancia derramasen,  
Y que à vista de todos las vertiessen,  
Teniendolas de antes represadas,  
Y en sus secretas venas escondidas,  
Aqui el Visitador mandò echar vando,  
Que pena de la vida nadie ossase,  
Salir del quartel de armas sin embargo,  
Que del mismo don Iuan mandato fuesse,  
Con cuio vando luego los soldados,  
Desamparando todos los ganados,  
Se fueron à gran priessa recogiendo,  
Dexandolos perdidos sin sus guardas,  
Y aquesta desventura fue tan grande,

Que andauan à millares los corderos,  
Balandando, por sus madres que perdidas,  
Baluan assimismo por hallarlos,  
Y atonitas las yeguas discurriendo,  
Cruzauan por los campos sin sentido,  
En busca de sus crias relinchando,  
Y assimismo las vacas y terneras,  
Hundian con bramidos las campañas,  
Los tiernos rezentales assombrados,  
Con el ganado prieto yuan rebueltos,  
Por verse de las cabras diuididos,  
Los bueies, los caualllos, los jumentos,  
El ganado vacuno y la mulada,  
Con todo lo demas que el campo pasta,  
Esparramados todos y perdidos,  
A su aluedrio y sin orden alguna,  
Andauan sin sus guardas descarriados,  
Y sin mirar aquesta desventura,  
Y perdida sin traza desdichada,  
Vuestro visitador mandò tras desto,  
Que todos los soldados y oficiales,  
O gente de seruicio que quisiesse,  
Dexar de proseguir aquesta entrada,  
Que todos libremente se quedasen,  
Aunque alistados todos estuuiesen,  
Hizo demas de aquesto en su visita,  
Vna cosa tambien que fue notable,  
Andauan corno digo los ganados,  
Sin guardas por el campo diuididos,  
Y de parte de noche nos mandaua,  
Que de mañana, yeguas, o caualllos,  
Ouejas, o las cabras, o las vacas,  
O el genero que mas apetecia,  
A registrar traxessemos, y en esto,  
Por ser el tiempo corto, y tan tassado,  
Saliamos perdidos à buscarle,  
Y si como perdida se traia,  
Alguna cantidad pequeña, o grande,  
Aquella registraua, y si tras della,  
Venia otra qualquiera, no passaua,  
Diziendo no podia recibirla,  
Porque cerrado ya el registro estaua,  
Con esto el general qual fuerte yunque,  
Viendo que lo demas assi corria,  
Sufriendo aquellos golpes con paciencia,  
Al Cielo suplicaua socorriesse,

Que aquesto es lo que vale quando lejos,  
Estais inmenso Rey de lo que passa,  
Hizo notificar à los vezinos,  
Que en manera ninguna no vendiessen,  
Ganados à don Iuan, que fue vna cosa,  
Que à todos causò espanto imaginarla,  
Mandò tambien con pena de la vida,  
Que aquel que en esta entrada se alistase,  
Que si fuesse mestizo lo dixesse,  
Y mulato tambien si se alistase,  
En cui lista fueron despedidos,  
Vnos por no querer que se assentasen,  
Diziendo no auian de yr à la jornada,  
Y por de poca hedad dexaron otros,  
Que se que estan señor allà sirbiendo,  
Con hartas mas ventajas que no aquellos,  
Que se tambien gran Rey que se boluieron,  
Sin verguença del peine que en la barua,  
Pudo quedar assido, y lebandado,  
Que con estos quisiera que tuuiera,  
Vuestro visitador aquellos brios,  
Que con vn buen soldado vimos tuuo,  
Y fue, que porque acaso, y con descuido,  
Sin quitarle la gorra fue passando,  
Determinò y mandò, por solo aquesto,  
Que seys tratos de cuerda alli le diessen,  
Pues como el General por el rogase,  
Y con esto tambien reprehendisse,  
El descuido que tuuo aquel soldado,  
Diziendole lo mal que auia hecho,  
Respondio al General, que mas justicia,  
Y mas puesto en razon era que honrrase,  
Vuestro visitador, y otro qualquiera,  
A los que en guerra os sirben con su sangre,  
Con vida, con hazienda, y con su honrra,  
Que no que aquestos tales con infamia,  
Viniessen por tan altos pensamientos,  
A ser infamemente condenados,  
Por vn solo descuido que tuuieron,  
En adorar à quien en paz gustosa,  
Le sembrauan de plata los caminos,  
Si en vuestro Real seruicio su persona,  
Mandauan se ocupase, y que os siruiesse,  
Y que otro hombre que el fue Carlos quinto,  
Vuestro Aguelo caro y esforçado,  
Y muchos mas soldado, y mas guerrero,

Y que sabia cierto perdonaua,  
A aquellos que en las guerras le seruian,  
Y viendo el General su mucha furia,  
Y que era fuerça à todos regalarlos,  
Con palabras de Padre graue afable,  
Riñiendole mandò que mas no hablase,  
Y el qual rebuelta piedra de molino,  
Que quitandole el agua es fuerça pare,  
Assi parò, y tambien parò su causa,  
De mas de todo aquesto que hemos dicho,  
Otros que aquesta historia à cargo tienen,  
Diran en sus escritos otras cosas,  
Que acerca destas causas sucedieron,  
En las quales jamas tuuieron mano,  
El buen Iaime Fernandez secretario,  
Y el Capitan Guerrero, à quien el Conde,  
Mandò por Comissario aqui viniessse,  
El vno por la illustre y clara pluma,  
Y el otro por la fuerça de la lança,  
Hombres de buena estima, y noble punto,  
Y por venir al hecho desta causa,  
Al fin hizo visita, cala, y cata,  
Esta vino à tomar de tal manera,  
Que no se yo si ay testigo alguno,  
Que pueda con verdad dezir que vido,  
Las cosas que assentaron y escriuieron,  
Solo sabre dezir, que con instancia,  
Pidio el Gouvernador que se le disse,  
De toda su visita vn testimonio,  
Para saber las sobras, o las faltas,  
Y componer la quiebra si la vbiesse,  
De manera que cosa no faltase,  
Esto le denegó con tanta fuerça,  
Que no solo no quiso darle gusto,  
Siendo justicia que al deudor que paga,  
Le den carta de pago por escrito,  
Mas hizo confessase que no auia,  
Cumplido con su assiento, y esto à escuras,  
Sin darle lumbre alguna de lo escrito,  
Pidiole demas desto, que Iuan Guerra,  
Y su muger doña Ana se obligasen,  
En quanto à los soldados que faltauan,  
Por publica escritura en esta forma,  
Que auian de poner en campo armados,  
Para cumplir su assiento ochenta hombres,  
A su minsion y costa, y que pagasen,

Todos los daños que estos cometiessen,  
Y que tambien pagasen los salarios,  
A los ministros que el Virrey quisiese,  
Viniessen al despacho desta entrada,  
Y que à su voluntad tambien pudiesse,  
Quitar, o reformar aquellas cosas,  
Que en su favor se vbiessen concedido,  
Y que por el permiso que le daua,  
Para poder hazer aquesta entrada,  
No fuesse visto adquirir dominio,  
Ni derecho al gouierno de la tierra,  
En propiedad, ni posesion alguna,  
Y qual si fuera monte, o bronce duro,  
Con todo concedio los ojos bueltos,  
Al soberano Dios en cuyas manos,  
Pidiendole justicia con paciencia,  
Gustoso le dexò todas sus causas,  
Y porque su teniente ausente estaua,  
Porque acordò con el que se quedase,  
Para el socorro y cosas de importancia,  
De aquesta nueua tierra y nuevos Reynos,  
Mandò que me aprestase, y luego fuesse,  
Para tratar con el que se obligase,  
Con su muger doña Ana de Mendoza,  
Y apenas vido el pliego quando luego,  
Como aquellos dos Dezios memorables,  
Que alegremente juntos se ofrecieron,  
Por sola la salud de todo el campo,  
En braços de la muerte rigurosa,  
Assi los dos contentos se obligaron,  
Y junto las dos vidas ofrecieron,  
A vuestro Real serbicio, sin que cosa,  
Quedase para nadie reseruada,  
Passadas estas cosas, y otras muchas,  
Despues que vbo bien visto los poderes,  
Hecha ya su visita, y acabada,  
Mandó marchar el campo destrozado,  
Segun vereys señor aqui pintado.

## CANTO DIEZ

*Como salio el campo marchando, para el rio de Conchas, y del modo que tuieron en vadearle y puente que en el se hizo y de como se despidió el Visitador, dando solo permiso para que el campo entrase*

Assi corno en la alteza, y excelencia,  
De la hermosa, bella, y blanca Luna,  
Vnas vezes su noble antorcha vemos,  
De todo punto ciega y eclipsada,  
Y otras con corta luz, y tras menguante,  
Con bellos rayos, dulces y apazibles,  
Salir la vemos llena de creciente,  
No de otra suerte y traza fue saliendo,  
La fuerça deste campo destrozado,  
Tendiendo con disgusto los pertrechos,  
Que à fuerça de trabajos los soldados,  
Fueron por muchas partes recogiendo,  
Los quales fueron luego lebantando,  
Mas de ochenta carretas bien cargadas,  
Que con sus carros, y carrozas yuan,  
Quales van en su esquadra bien compuestas,  
Las hormigas el trigo acarreando,  
Assi marchando todas prolongadas,  
Con vn ronco chirrido, y sordo aplauso,  
Vn camino tendido bien auierto,  
Dexauan con sus ruedas señalado,  
Y assi como del arca contrastada,  
La fuerça de animales fue saliendo,  
Por generos distintos, y apartados,  
Assi distintos todos los ganados,  
Fueron el nueuo raftro prosiguiendo,  
Por sus quarteles todos bien sembrados,  
Cuias hermosas vistas nos mostraua,  
Aqui vna gran boidada bien tendida,  
Alli las cabras que yuan discurrendo,  
Tras del ganado prieto que seguia,  
Las simples ouejuelas adestradas,  
De los mansos cencerros conozidos,  
Alli los potros tras las yeguas mansas,  
Retozauan ligeros y lozanos,  
Aqui tras las cerreras relinchauan,  
Gran fuerça de cauillos animosos,  
Tras cuias obscuras y altas poluaredas,  
Otra mas tenebrosa y encumbrada,  
El ganado bacuno, y el requaje,  
Por vna y otra parte lebantauan,  
Que por lo que esta machina ocupaua,  
Se podra bien sacar lo que seria,  
Pues tres tendidas millas por lo largo,

Y otras tantas por ancho bien cumplidas,  
Tomaua todo el campo lebantado,  
Cuiu gruessa grandeza fue marchando,  
Hasta llegar con bien à las Riberas,  
Del Rio de las Conchas, cuiu nombre,  
Tomò por la belleza que se crian,  
Quales vistosos nacares gratiosos,  
A bueltas de gran suma de pescado,  
Cuiu vertiente vemos que derrama,  
Por donde el claro sol su luz esconde,  
Y à la remota parte de Lebante,  
Por torzidos caminos y veredas,  
Va al poderoso mar restituyendo,  
En cuiu assiento y puesto recogidos,  
Luego la gran faena començaron,  
Para auer de buscar seguro vado,  
Por donde todo el campo sin peligro,  
La fuerça de las aguas contrastase,  
Porque hondable todo se mostraua,  
Por cuiu causa, luego con la sonda,  
Assegurar quisieron el partido,  
De donde resultò tentar vn vado,  
Algo dificultoso y mal seguro,  
Por cuiu causa muchos temerosos,  
Assegurar passage no quisieron,  
Por no ser de sus aguas, caudalosas,  
Sorbidos, y tragados, sin remedio,  
Y assi el Gouernador, qual Caio Cesar,  
Que sin freno, ni rienda gouernaua,  
La fuerça de cauillos mas soberuios,  
Assi saltò en vn cauillo brauo,  
De terrible corage desembuelto,  
Notando con auiso, y con destreza,  
Que nunca es eloquente en sus razones,  
Aquel que las propone, si admirados,  
Con propias obras, y valor de brazos,  
No dexa los oyentes y rendidos,  
A solo el apetito, blanco, y fuerça,  
Que aspira la corriente de su gusto,  
Y con vn gran baston en la derecha,  
Ea nobles soldados esforçados,  
Caualleros de Christo fue diziendo,  
Este es noble principio conozido,  
Para que cada qual aqui nos muestre,  
Si el credito y valor del importuno,  
Y pesado trabajo que seguimos,

En si tiene valor, y si merecen,  
Aquellos que le siguen gran corona,  
Y con estas razones fue boluiendo,  
Las riendas al cauallo poderoso,  
Y assi se abalançò al brauo Rio,  
Y rompiendo las aguas fue bufando,  
El animal gallardo desembuelto,  
Y puesto en la otra vanda hijadeando,  
Boluio à cortar las aguas, y en la orilla,  
Por los hijares bajo, y anchos pechos,  
Resollando vertia y derramaua,  
Sobre la enjuta arena guijarrosa,  
Del humido licor vna gran copia,  
El General prudente que assi puso,  
Seguro vado à todos por delante,  
El mismo començò à picar los bueies,  
Animando al exercito suspenso,  
Con vno y otro grito de manera,  
Que assi como la chusma sosta y carga,  
Siguiendo al bogabante con destreza,  
O de boga arrancada, o sea picada,  
O quiera sea larga, o sea chapada,  
A todo pone el hombro, y con esfuerço,  
Los poderosos tercios va cargando,  
Y apriessa la faena va haziendo,  
Assi desta manera, traza, y modo,  
La soldadesca toda auergonçada,  
Como gente de chusma los mas dellos,  
Fueron echando, y despojando apriessa,  
Quedandose en pañetes ropa fuera,  
Para amparar aquello que en el agua,  
Corriesse algun peligro de perderse,  
Otros las agujadas empuñauan,  
Y à los anchos costados espaciosos,  
De los vnidos bueis se ponian,  
Y assi como del puesto abandonauan,  
En el olimpo campo aquellos carros,  
De los aurigas diestros impelidos,  
Que con hiruiete priessa à rienda suelta,  
La fuerça de cauillos aguijauan,  
Con piernas, cuerpo, y braços leuantados,  
Mouiendo el crudo latigo con priessa,  
Assi los nuestros todos desembultos,  
Para passar la fuerça de los carros,  
Como diestros aurigas el azote,  
Zimbrauan en los pertigos subidos,

Y como gruesas naues, cuias Proas,  
Sulcando el brauo mar espuma grande,  
Rebueluen y lebantán salpicando,  
Las poderosas cintas que descubren,  
Assi en blanco jabón rebuelto el Rio,  
Las lebantadas cumbres salpicauan,  
De los cargados carros poderosos,  
Cuias herradas ruedas grandes cercos,  
Y gruesos remolinos reboluian,  
A fuerça de las maças y los rayos,  
Que en su brauo raudal yuan torziendo,  
Y en las ligeras yeguas tambien otros,  
Los ganados maiores auentauan,  
Y otros à pie corriendo por la orilla,  
Desnudos y descalços rebentando,  
La fuerça de los braços descubrian,  
Y cada qual alli se acomodaua,  
Segun que la ocasion se le ofrecia,  
O discrecion sagaz, o claro exemplo,  
Y como nos lebanta vn buen dechado,  
Si en vn varon illustre resplandeze,  
Con que facilidad los imitamos,  
Quando con proprias obras nos adiestran,  
Y que flacas hallamos sus razones,  
Que muertas, que sin pulsos, quando vienen,  
Sin la grandeza de obras adornadas,  
Todo aquesto causò el noble exemplo,  
Auiso y discrecion de aquel prudente,  
Cuias gallardas fuerças sustentauan,  
Sus dos brauos sobrinos con vizarra,  
Destrezam y gallardia desembuelta,  
Y no hizieron mucho en señalarse,  
Porque siempre en aquellas ocasiones,  
Bellos trabajadores se mostrauan,  
Y assi los Españoles presurosos,  
Para solo aguijar los tardos bueies,  
Hiriendo à puros gritos las estrellas,  
Los duros agujiones les arriman,  
Y à la fuerça del Rio los impelen,  
Y qual confussa flota combatida,  
De poderosos vientos lebantados,  
Cuios pilotos diestros heruorosos,  
A puras voces hazen sus faenas,  
En confussas zalomas entonados,  
Assi por vna y otra parte apriessa,  
Con voces chiflos, y altos alaridos,

Esforçauan los bueyes fatigados,  
Y assi sugetos todos, mal heridos,  
Qual ouediente al duro yugo atado,  
Hincando el fuerte morro, arranca, y tira,  
La mas pesada carga disgustoso,  
Qual ya de todo punto fatigado,  
Al aguijon rendido, boqui abierto,  
Suelta la larga lengua berreaua,  
Por cuiua causa alli la soldadesca,  
Nadando por el agua los aguijan,  
Y otros en sus cauillos los animan,  
A fuerça del azote, palo, y grito,  
Tambien à los ganados que passauan,  
Qual entre la ouejas dando voces,  
Los tiernos corderitos aiudaua,  
Qual ganado prieto, y al bacuno,  
A la cabra, al cabrito, y al cauillo,  
Al potro, à la potranca, y à la yegua,  
Y al gruesso y gran requaje que venia,  
Y como con el peso de la lana,  
Muchas de las ouejas zozobrauan,  
Por no poder nadar con tanta carga,  
Por solo remediar tran graue daño,  
Dio luego el General en vna cosa,  
Al parecer de todos increíble,  
Y fue, que al brauo Rio caudaloso,  
Vna segura puente se le hiziesse,  
Para cuiuo principio dos dozenas,  
De ruedas de carretas bien fornidas,  
Quiso que se quitasen y truxessen,  
Y estas mandò poner de trecho à trecho,  
Por la grande corriente, con amarras,  
Como si todas gruessas naues fueran,  
Luego de los mas altos y crecidos,  
Hizo cortar los arboles que estauan,  
Riberas deste Rio caudaloso,  
De cuios Ramos todos despojados,  
Sobre las lebantadas, y altas Ruedas,  
Mandò que se pusiessen y assentasen,  
Y luego con fagina, y con cascajo,  
Y tierra bien pisada quedò hecho,  
El poderoso puente, y fue passando,  
El resto del bagaje que faltaua,  
Y luego al punto todo se deshizo,  
Y el General por ver se auia mostrado,  
Bernabe de las casas trabajando,

Hombre de noble asiento, y de verguença,  
Con titulo de Alferez quiso fuego,  
Honrrar à su persona y estimarla,  
Aqui con noble esfuerço se mostraron,  
El Capitan Marçelo de Espinosa,  
Cezar Ortiz Cadimo, y Iuan de Salas,  
Don Iuan Escarramal, y Alonso Lucas,  
Bartolome Gonçalez, y Mallea,  
Monçon, Martin Ramirez, y Iuan Perez,  
Y tambien Pedro Sanchez Damiero,  
Simon de Paz, Medina con Castillo,  
Iuan de Vitoria Vido, y los Varelas,  
Alonso Nuñez, Reyes, y Herrera,  
Y aquel Antonio Conte, y don Luys Gasco,  
Y el Alferez Geronimo de Heredia,  
El Capitan Ruyz, los Bocanegras,  
Robledos, y otros muchos valerosos,  
Que valerosamente bien mostraron,  
Ser hombres de gran suerte en el trabajo,  
Que es verdadero premio de los fines,  
Que todos pretendemos, y buscamos,  
Pues como todo el campo ya estuuiesse,  
Puesto de essotra vanda, luego vino,  
La fuerça de la noche sossegando,  
Los quebrantados miembros fatigados,  
Del peso del trabajo padecido,  
Y apenas por las cumbres, y collados,  
La nueua y clara luz entro tendiendo,  
Sus bellos rayos de oro, quando eftaua,  
La gente toda junta en gran silencio,  
Esperando por vltima partida,  
Ser del visitador alli honrrados,  
Con algunas palabras, y razones,  
A semejantes campos bien deuidas,  
Cuio Governador tambien estaua,  
Aguardando señor à las merçedes,  
Cedulas, y despachos que le daua,  
Para seguir su entrada con consuelo,  
Y como el mismo Dios es el principio,  
De todas nuestras cosas, aunque vengan,  
A ser los fines otros, que esperamos,  
Oyeron todos Missa, y acabada,  
Alli el Visitador con gran tibieza,  
Al General le dixo prosiguiesse,  
Aquesta larga entrada, y que marchase,  
Y assi le despidio sin mas palabras,

Y sin darle papel ni cosa alguna,  
Que fuesse de importancia, ni prouecho,  
Cuió fin pobre, y dexo desabrido,  
Causó suma tristeza, y desconsuelo,  
En los pechos cansados y afligidos,  
De los pobres soldados lastimados,  
Viendo la poca ayuda que les daua,  
Vuestro Visitador, porque si quiera,  
Vna buena palabra no les dixo,  
Mas como está, y assiste dentro el grano,  
Por notable potencia el dulce fruto,  
Assi en la fuerça grande de aflicciones,  
Por el illustre esfuerço de paciencia,  
Triunfa, y està la gloria lebantada,  
Por la nobleza firme de esperança.  
Mediante cuiá alteza todos juntos,  
Bajando las cabeças prosiguieron,  
Sirbiendoos gran señor es esta entrada,  
Y assi el Visitador sin mas respecto,  
Las crudas riendas luego fue boluiendo,  
Dexandonos à todos bien suspensos,  
De ver quan sin amor alli hablaua,  
A todo vn campo que à seruiros yua,  
Con vida, con hazienda, y con el alma,  
Pues como don Iuan viesse que de hecho,  
Yua el Visitador marchando à priessa,  
Por no faltar en cosa salio luego,  
Con treinta buenos hombre de acauallo,  
Y todos de arrancada, los costados,  
Largandoles las riendas con destreza,  
Con pies ligeros, juntos les batieron,  
Hasta que juntos todos le alcançaron,  
Y alli el Governador con gran respecto,  
Le quiso acompañar algunas leguas,  
Pidiendole con veras se siruiesse,  
De alguna escolta buena de soldados,  
A cuió noble y buen comedimiento,  
Con las menos razones que ser pudo,  
Alli le despidio sin que quisiesse,  
Que à su persona vn passo acompañase,  
Con esto se boluio, y llegando al campo,  
Estando todos juntos, fue diziendo,  
Señores Capitanes, y soldados,  
Nuestra fuerça mayor es el esfuerço,  
A cuió valor alto, y lebantado,  
Iamas le desayuda la fortuna,

Y assi no ay para que desmaie nadie,  
Corra el rigor del tiempo trabajoso,  
Aunque ya no podamos mas sufrirle,  
Ni à contrastar su gran furor bastemos,  
Que fin han de tener tantas zozobras,  
Tantas calamidades y miserias,  
Como siempre nos siguen y quebrantan,  
Que Dios tendra el cuidado que es buen padre,  
Serenando con prospera bonança,  
El añublado Cielo que nos cubre,  
Que no es cosa muy nueua ver trabajos,  
Por hombres de valor, y de verguença,  
Digalo Hermodoro con Camilo,  
Hermocrate, Rutilo, con Metelo,  
Temistocles, con otros valerosos,  
Que fueron por ser buenos perseguidos,  
Y bien auenturadas las injurias,  
Que por causa de aquel que està en el Cielo,  
Se sufren y padezen en la tierra,  
Quanto mas, que si bien se considera,  
Este es camino cierto y verdadero,  
De la impressa gallarda que lleuamos,  
Y con esto ceso, y luego quiso,  
Escreuir al Virrey, y darle cuenta,  
De todos sus trabajos y aflicciones,  
Por cuiu causa es bien, que aqui paremos,  
Y al canto que se sigue diferamos,  
Sus lastimosas quejas tan sufridas,  
Quanta para escreuir las desabridas.

## CANTO HONZE

*Como escriuio Don Iuan al Virrey, y como hizieron boluer al Padre Fray Diego  
Marquez: y como fue marchando el campo al Rio de San Pedro: y escolta que se embio,  
para que los Religiosos le alcançasen: y salida que hizo el Sargento mayor, à explorar el  
Rio del Norte, y trabajos que padecio siguiendo su demanda*

Como quiera que el alma lastimada,  
Es cierto que descansa quando cuenta,  
La fuerça del dolor, que la fatiga,  
Por solo descansar de sus trabajos,  
Cercado de dolor y desconsuelo,  
Aqueste molestado cauallero,

Tomon papel y tinta, y vna carta,  
Despachò luego al Conde en que dezia,  
Las grandes aflicciones y congojas,  
Las perdidas, los gastos, y trabajos,  
Persecuciones, cargas, y disgustos,  
Que esta larga jornada auia tenido,  
Y aquel ardiente zelo y buen desseo,  
Que de seruir à Dios, y à vuestro padre,  
En el estuuò siempre, y aquel ansia,  
De ver la conuersion de tantas gentes,  
Al gremio de la Iglesia reduzidas,  
Y aquella gran paciencia y obediencia,  
Que à vn millon de disgustos y de agrauios,  
Tambien auia tenido y sustentato,  
Y la esperança firme que tenia,  
En las promesas, cartas, y palabras,  
Que tantas vezes quiso prometerle,  
Y aquella voluntad illustre y santa,  
De vuestro inmenso Padre en las mercedes,  
Que siempre fue seruido de mostrarle,  
En todos los despachos que hazia,  
Mediante cuiã fuerça fue assentada,  
Con el aquesta entrada con empeño,  
Que de su fee y palabra le fue dada,  
De guardarte y cumplirle todo aquello,  
Que con el se pusiesse, y se assentase,  
Cuiã inuiolable prenda no sufria,  
Por ningun caso, quiebra, ni tardança,  
Y viendo como via tan mal logro,  
De todos sus seruicios y trabajos,  
De dos años y medio ya passados,  
Pensando que adelante muchos passos,  
Estaua ya, y muy cerca de la palma,  
Corona, gloria, y triunfo que esperaua,  
Quien tambien merecia ser premiado,  
Se via tan atras, que colegia,  
Dos cosas por muy ciertas, è infalibles,  
La vna, que esta entrada trabajosa,  
Que era cierta de Dios, pues que lleuaua,  
El camino derecho de sus obras,  
Pues à fuerça de Cruz, y de quebrantos,  
Auia sido siempre sustentada,  
Y en quanto à la segunda no sabia,  
Porque razon, camino, o porque causa,  
O por qual de las muchas obras buenas,  
Que por esta jornada auia sufrido,

Era tan perseguido y maltratado,  
Si por lleuar la iglesia y ensancharla,  
Por entre aquellos baruaros perdidos,  
Ciegos de lumbre, Fè, y de la sangre,  
Que fue por todo el mundo derramada,  
O si poner à riesgo por seruiros,  
Su vida, su persona, y su hazienda,  
Si el ser tratado siempre como esclauo,  
Si el sufrir tan gran tiempo los trabajos,  
De dilacion tan larga, y tan costosa,  
Pidiendole perdon si se quejaua,  
Porque estaua herido y lastimado,  
Y jamas de ninguno socorrido,  
Mas antes calumniado y probocado,  
Con otras muchas cosas lastimosas,  
Que assi quiso escreuirle y auisarle,  
Cerrada pues la carta y despachada,  
Luego tras desto vino vn grande golpe,  
Que à todos nos causò vn gran disgusto,  
Y fue, que ciertos tristes desalmados,  
Por inuencion diabolica secreta,  
Trazaron de manera que no fuesse,  
El buen fray Diego Marquez la jornada,  
Vnico confessor, amparo y fuerça,  
De todo aqueste campo perseguido,  
Que por mucho por su ausencia se dolia,  
Por auer sido la primera vassa,  
Sobre que fue fundado y lebantado,  
Y viendo el General su gran desgracia,  
Y que era ya forçosa su quedada,  
En prendas del amor que le tenia,  
Con mil abraços tiernos y apretados,  
Vna deuota Imagen, y vn Rosario,  
Y de doña Maria de Garlarça  
Que era su muy amada y cara hermana,  
Vn bello niño Iesus quiso darle,  
Cuias hechuras santa no tenia,  
Ningun valor ni precio, por la alteza,  
Con que el artista quiso figurarlo,  
Pues luego que de todos despedido,  
Salio el vendito Padre sin consuelo,  
Mandó el Governador se preuiniessse,  
Escolta suficiente, y se aprestase,  
Para traer los Padres Religiosos,  
Que con su Comissario ya venian,  
Marchando bien apriessa en nuestro alcançe,

Cuia preuencion hizo con auiso,  
Por dezir que la gente Tepeguana,  
Estaua rebelada y alterada,  
Estando pues la escolta preuenida,  
La qual fue encomendada y encargada,  
Al Capitan Farfan, salio marchando,  
Y juntamente el campo fue saliendo,  
La buelta de san Pedro, que es vn Rio,  
De cristalinas aguas y pescado,  
Por todo extremo lindo y regalado,  
A cuió puesto yua enderezando,  
El Pobre General qual gruessa naue,  
Que sin ningun registro va sulcando,  
El poderoso y largo mar tendido,  
No de otra suerte assi se fue lançando,  
Al ancho campo por camino incierto,  
Hasta llegar al puesto donde luego,  
Aguardando los Padres fue assentando,  
La fuerça del exercito en sus tiendas,  
Y estando algunos dias aguardando,  
Llegò toda la escolta con la Iglesia,  
Vna jornada larga de aquel sitio,  
Y dando auiso luego que venia,  
Fray Alonso Martipez Religioso,  
De singular virtud y nobles prendas,  
Por cabeça y patron de aquella naue,  
Cuia graue persona acompañauan,  
El Padre Fray Francisco de Zamora,  
El Padre Rozas, San Miguel, y Claros,  
El Padre Lugo, y Fray Andres Corchado,  
Y aquellos dos venditos Padres legos,  
Fray Pedro de Vergara, con el Padre,  
Fray Iuan, y tres hermanos que truxeron,  
Martin, Francisco, y Iuan de Dios el bueno,  
Pues luego que don Iuan la nueua supo,  
Dos Capitanes despachò à darles,  
Con vna noble esquadra de guerreros,  
El bien venido à todos con palabras,  
De gran comedimiento, y buen respecto,  
Y tras dellos se fue con todo el campo,  
En formado esquadron, y, sin tardança,  
Assi como los vido seys hileras,  
Mandó se adelantasen de banguardia,  
Con segundo recado cortesano,  
Y auiendo el Comissario de su parte,  
Despachado à dos nobles Religiosos,

Para que de la suya visitasen,  
A nuestro General, aquesto hecho,  
Los dos ilustres braços poderosos,  
A mas andar se fueron acercando,  
Y escupiendo las llaves viuo fuego,  
Vna gran salua todos le hizieron,  
Y auendosi abraçado y recebido,  
Con terminos discretos y razones,  
Muy graues y pesadas reboluieron,  
Y luego que al exercito llegaron,  
Segunda salua todos le hizieron,  
Y en vna ancha enrramada se apearon,  
Donde estauan las mesas preuenidas,  
Y alli los Capitanes y oficiales,  
Con ellos todos juntos se assentaron,  
Y vna grande comida les siruieron,  
Con muy cortes criança regalada,  
Despues de todo aquesto por sus tiendas,  
Fueron los Religiosos recogidos,  
En este medio tiempo auia salido,  
El Sargento mayor à toda priessa,  
Con tres Pilotos grandes que dezian,  
Ser en aquella tierra bien cursados,  
Por solo descubrir las turbias aguas,  
Del caudaloso Rio que del Norte,  
Dieron con quatro baruaros que andauan,  
Acaso en el desierto monteando,  
Pensando de cazar, y fueron pressos,  
Y como al elefante, y vnicornio,  
Despues de pressos suelen regalarlos,  
Assi con blandas muestras y señales,  
A todos les mostraron noble pecho,  
De noble coraçon cenzilla y llano,  
Y solo les pidieron que los lleuasen,  
A las aguas del Norte con promesa,  
Que assi como las vieses les darian,  
A todos libertad, sin que quebrasen,  
La fuerça de palabra que en empeño,  
A todos ofrecieron y empeñaron,  
Y porque el Sol tres dias naturales,  
Auia dado buelta al alto Cielo,  
Y gota de agua nadie aula bebido,  
Llegò Manuel, Francisco, con Munuera,  
Iuan de Leon, Rodriguez, y Bustillo,  
Y Pablo de Aguilar con buenas nueuas,  
De vna apazible fuente descubierta,

Y juntos todos ya con el Sargento,  
Que en busca de agua y gente diuididos,  
Andauan por el campo derramados,  
Para la fuente juntos embistieron,  
Y puestos en el agua como pezes,  
Assi se abalançaron sin sentido,  
Valiendose mas della que del ayre,  
Satisfechos pues todos otro dia,  
Mandò el Sargento que los tres pilotos,  
Con algunos amigos se boluiessen,  
Y por cumplir el orden que tenia,  
Del noble General mandò callasen,  
Y cosa de trabajos no dixessen,  
A nadie del Real, mas que contasen,  
Alegres nueuas todos publicando,  
Dexauan buen camino descubierto,  
Deciende manso, y tanto se embrabeze,  
Que tambien Rio brauo le llamamos,  
Saliendo pues las guias descubrieron,  
De san Martin los llanos mas tendidos,  
Y alli desatinaron de manera,  
Que como caçadores que disparan,  
Otra segunda jara desde el puesto,  
Para poder tornar mejor la via,  
De la primera saeta que perdieron,  
Assi determinaron de boluerse,  
Al puesto de los llanos, y otro rumbo,  
Seguir muy diferente que el primero,  
Mas qual veloz cometa cuio curso,  
No vemos que jamas atras rebuelue,  
Assi determinado en su distino,  
Disgustoso el Sargento nunca quiso,  
Que atras passo se diesse, ni pensase,  
Y que para adelante por la parte,  
Que mas gusto les diesse caminasen,  
En cuio pensamiento fue resuelto,  
Por la gran presuncion que auian mostrado,  
Aquestos tres Pilotos confiados,  
En su propia virtud y vana ciencia,  
Y assi fueron corriendo grandes tierras,  
Mas como ciegos, que à los ciegos guian,  
Que todos se embarrancan y se pierden,  
Assi perdidos todos zozobrados,  
Acudiendo à la tabla y al madero,  
Que mas à mano pudo ser topasen,  
Assi buscaron luego algunos Indios,

Que fuessen de la tierra naturales,  
Y viendo vn grande humo lebantado,  
Las riendas reboluieron con presteza,  
Marzelo de Espinosa, y Iuan Piñero,  
Villabiciosa, Olague, y assi juntos,  
Como astutos caudillos de pillage,  
Redoblando con fuerça el azicate,  
De buenos pastos, aguas, y buen monte,  
Y que si alguno fuesse preguntado,  
Que à que se detenia, o porque causa,  
Disessen que por descubrir mas tierra,  
De aquella que dexauan descubierta,  
Y esto determino porque faltauan,  
De todo punto ya los bastimentos,  
Buelto pues los amigos con la nueuas,  
El Sargento mayor con sus soldados,  
Rompiendo por cien mil dificultades,  
De hambre, sed, cansancio, y de disgustos,  
Encuentros, y refriegas que tuuieron,  
Guiados de los baruaros llegaron,  
Por grandes riscos, tierras, y quebradas,  
Al Rio que buscauan, y alli juntos,  
Mataron vn cauallo, y le comieron,  
Con esto dieron buelta, y despidieron,  
Aquellos quatro baruaros amigos,  
Dandoles de la ropa que lleuauan,  
Y el General temiendo su gran falta,  
Mandò que el Capitan Landin saliesse,  
Y algun socorro luego le lleusase,  
Tambien quiso que yo con el me fuesse,  
Y assi juntos los dos con seys soldados,  
Salimos en su busca, y le encontramos,  
Al cabo de diez dias ya cumplidos,  
El alma entre los dientes animando,  
El, y toda su esquadra à Iuan Rodriguez,  
Que en vn flaco cauallo atrauesado,  
De hambre ya rendido le traian,  
Esperando su muerte, y que acabase,  
En cuiò puesto todos socorridos,  
Dexandonos alli nos encargaron,  
Que vn gran trecho fuiessemos corriendo,  
Por las faldas de vn cerro prolongado,  
Y viessemos si el campo todo junto,  
Por el romper pudiesse algunas leguas,  
Con esto todo luego prosiguieron,  
A dar razon y cuenta del sucesso,

A solo el General, y con contento,  
A todos los del campo consolaron,  
Con nuevas muy alegres de la tierra,  
Y entre tanto nosotros descubrimos,  
Vn buen pedazo de camino llano,  
De buenos pastos, y aguas regaladas,  
Aqui se le ofrecio hazer despacho,  
A la Ciudad de Mexico nombrada,  
A nuestro General, y confiado,  
Del Capitan Landin mandò boluiesse,  
Y vn pliego con presteza le lleuase,  
Hecho pues el despacho luego fuimos,  
Marchando con el campo muy gustosos,  
Hasta llegar al agua que llamaron,  
Del santo Sacramento, cuio nombre,  
Los Padres Religiosos le pusieron,  
Porque alli junto della celebraron,  
El Iueues Santo, de la santa Cena,  
Por cuiasanta noche, y santo dia,  
Mandó el Gouernador que se hiziesse,  
De Poderosos arboles y troncos,  
Vna grande capilla muy bien hecha,  
Toda con sus doseles bien colgada,  
Y enmedio della vn triste Monumento,  
Donde la vida vniuersal del mundo,  
En el se sepultase y encerrase,  
Con mucha escolta, y guarda de soldados,  
Y siendo el General alli de prima,  
Los Religiosos todos de rodillas,  
La noche toda entera alli belaron,  
Vbo de Penitentes muy contritos,  
Vna sangrienta y grande deziplina,  
Pidiendo à Dios con lagrimas y ruegos,  
Que como su grandeza abrio camino,  
Por medio de las aguas, y à pie enjuto,  
Los hijos de Isrrael salieron libres,  
Que assi nos libertasse, y diesse senda,  
Por aquellos tristicimos desiertos,  
Y paramos incultos desabridos,  
Porque con bien la Iglesia se lleuase,  
Hasta la nueua Mexico remota,  
De bien tan importante y saludable,  
Pues no menos por ellos fue vertida,  
Aquella santa noche dolorosa,  
Su muy Preciosa sangre que por todos,  
Aquellos que la alcançan, y la gozan,

Y porque su bondad no se escusase,  
A grandes voces Por el campo à solas,  
Descalças las mujeres y los niños,  
Misericordia todos le pedian,  
Y los soldados juntos à dos puños,  
Abriendose por vno y otro lado,  
Con crueles azotes las espaldas,  
socorro con gran priessa le pedian,  
Y los humildes hijos de Francisco,  
Cubiertos de zilicios y deuotos,  
Instauan con clamores y plegarias,  
Porque Dios los oyesse y aiudase,  
Y el General en vn lugar secreto,  
Que quiso que yo solo le supiesse,  
Hincado de rodillas fue vertiendo,  
Dos fuentes de sus ojos, y tras dellas  
Rasgando sus espaldas derramaua,  
Vn mar de roja sangre suplicando,  
A su gran magestad que se doliessse,  
De todo aqueste campo que à su cargo,  
Estaua todo puesto y assentado,  
Tambien sus dos sobrinos en sus puestos,  
Pedazos con azotes se hazian,  
Hasta que entrò la luz, y fue alumbrando,  
Al noble General en el officio,  
Que deuia hazer porque acertase,  
Y assi aduirtio que pues pilotos diestros,  
En mar, y en tierra, no eran de importancia,  
Para el camino que la Iglesia santa,  
Auia de lleuar por el desierto,  
Que aquesta causa luego se encargase,  
A gentes de ignorancia, porque à vezes,  
Suele su gran bageza auentajarse,  
A los que son mas sabios y discretos,  
Y por notar mejor señor aquellos,  
Que cosa tan pesada les encargan,  
Quiero con atencion aqui pararme,  
Que no tendria à mucho que yo fuesse,  
Por ser tan grande idiota señalado,  
Y en cosas de ignorancia bien prouado.

## CANTO DOZE

*Como salio segunda vez el sargento, a explorar el Rio del Norte, con solos ocho  
compañeros: y de los trabajos que sufrieron, hasta dar en vna Rancheria de Baruaros, y  
lo que sucedio con ellos*

Quien jamas gran señor imaginara,  
Ser tan illustres, y altos los quilates,  
De la simple ignorancia que por ella,  
Vbiesse de dezir aquel gallardo,  
Pelicano sagrado, cuió pecho,  
Tan mal herido y lastimado vemos,  
Del mazizo guijarro lebantado,  
Del penitente braço que rebuelue,  
Para mas bien subirla y encumbrarla,  
Sobre las graues letras memorables,  
De aquellos mas famosas que passaron,  
Diziendo desta suerte contra todos,  
O ignorancia santa cuiá alteza,  
Es de tan gran valor, y tanta estima,  
Que basta para assegurar al hombre,  
Nacido para miseros trabajos,  
Seguro y dulce puerto perdurable,  
Dentro de aquella bienauenturança,  
Donde toda limpieça se atesora,  
Nunca por las escuelas Atenienses,  
Alcançò el gran Platon su gran grandeza,  
Aristoteles menos supo della,  
Iamas le dio Anaxogoras alcançe,  
Ni todos los demas mundanos sabios,  
Ni en la Academia Griega, ni Romana,  
Nunca jamas supieron ni alcançaron,  
El valor de su gran merecimiento,  
Y passando adelante va diziendo,  
Y yo tambien Geronimo abatido,  
Que siempre fui imitando à todos estos,  
Se que tambien se me passò por alto,  
Antes que por mi grande bien me dieran,  
Los sagrados azotes que me dieron,  
O soberano santo, y santo pecho,  
Y como esta doctrina nos enseña,  
Aquello que por vista de ojos vimos,  
Auiendo pues excelso Rey salido,  
A solo descubrir este camino,  
De tierra y mar destrissimos pilotos,  
Tan llenos de altibez, y de arrogancia,  
Que fin ellos jamas imaginaron,

Que vn solo passo el campo se mouiesse,  
Y assi como sus vanos pensamientos,  
Como de vanos, vanos les salieron,  
Acordò el General se señalasen,  
Ocho soldados, y que solo fuessen,  
En armas y trabajos bien sufridos,  
Quea aquesto es lo que vale quando falta,  
Quien nos industrie, enseñe, y nos adiestre,  
En las cosas que todos ignoramos,  
Para este efecto fueron escogidos,  
El prouehedor, y Sebastian Rodríguez,  
Dionisio de Bañuelos, y Robledo,  
Francisco Sanchez, y Christoual Sanchez,  
Carabajal, y yo tambien con ellos,  
Para solo in chir sin que y equalase,  
Mi pequeño caudal à su alto esfuerço,  
Tan ignorantes todos en alturas,  
Rumbos, Estrellas, vientos, medios vientos,  
Que despues de encerrado el Sol sospecho,  
Que no yua alli ninguno que dixesse,  
Afirmatiuamente sin herrarse,  
Aqui es Oriente, y veis alli á Occidente,  
Mas para esto son buenos los trabajos,  
Que en ellos es necesidad maestra,  
Esta haze à los hombres auisados,  
Sabios, prudentes, praticos, y diestros,  
En todas ciencias, y artes liberales,  
Sacadas de experiencia, que es la madre,  
Y fuente principal de donde nacen,  
Assi que cada cual con su corteza;  
Aspera, tosca, bronca, mal labrada,  
Rindiò la voluntad, y fue cumpliendo,  
Lo que su General alli ordenaua,  
Y como ciegos que por solo el tiento,  
Aquellos que pretenden van tentando,  
Sujetos à herrar, y dar de ojos,  
Assi sujetos, ciegos emprendimos,  
La dificil carrera peligrosa,  
Lleuando al gran Sargento por caudillo,  
Que fue la maior fuerça que nos dieron,  
Pues yendo assi marchando muchos dias,  
Por escabrosos paramos tendidos,  
Temerarios trabajos padeciendo,  
La dificil impressa proseguimos,  
A gran fuerça de braços quebrantados,  
Hasta que vbimos ya de todo punto,

Todos los bastimentos acabado,  
Y assi fue pura fuerça vernos todos,  
Por muy gran hambre, y sed, en grande aprieto,  
Mas con aquel esfuerço que combino,  
Al inmenso trabajo riguroso,  
Pusimos firme y animoso pecho,  
Y rompiendo por cuevas pedregosas,  
Y medanos de arena lebantados,  
Despues que por tres dias no comimos,  
Y agua por pensamiento no gustamos,  
Llegada ya la hora del reposo,  
Y el sueño amodorrado que al sentido,  
Sin ser sentido va el sentir priuando,  
Cansados y afligidos arribamos,  
A descubrir gran suma de faroles,  
Que bien dozientos ranchos calentauan,  
Luego à gran priessa fuimos recogiendo,  
Los sedientos cauillos disgustosos,  
Porque de la fogosa sed vencidos,  
Allà no se nos fuessen desmandados,  
Repartiose la vela con auiso,  
Para que alerta todos estuuiesen,  
Y con esto determinò el Sargento,  
Que en su lugar el prouehedor quedase,  
En el inter que solos los dos juntos,  
Yuamos à espiar aquellos ranchos,  
Por ver que cantidad de gente fuesse,  
Que fuerça, y en que sitio se aluergase,  
Y saliendo no mas que à aqueste efecto,  
Por no erar la buelta y derezera,  
Qual aquel que en el brauo labirintho,  
La fuerça del gran monstruo acometiendo,  
Fue la entrada y salida, assegurando,  
Assi nosotros por entrar seguros,  
Y por asegurar tambien la buelta,  
Marcamos vna Estrella derribada,  
Al pie del Horizonte bien opuesta,  
A los baruaros ranchos donde fuimos,  
Y estando que estuuimos agachados,  
Tan cerca delios, que muy bien los vimos,  
A nosotros vinieron embistiendo,  
Cosa de siete Alarabes furiosos,  
Y con las mismas pieles que cubrian,  
Sobre nosotros fueron descargando,  
Apriessa grandes golpes, y assi juntos,  
Prestos, ligeros, fueron discurriendo,

Todos con gran tropel amontonados,  
Dexandonos alli sin mas tocarnos,  
Nunca espantò jamas pantasma braua,  
Al que de verla estuuu mas seguro,  
Dexandole suspenso y sin sentido,  
Estremecido, y todo en si temblando,  
Como los dos sufrimos aquel rato,  
Y luego que algun tanto nos cobramos,  
Venimos à entender segun supimos,  
Por señas y ademanes que nos hizo,  
Vno de aquestos baruaros que digo,  
Quando despues con ellos nos hallamos,  
Que viniendo de caza con contento,  
Aquellos siete Alarabes nos vieron,  
Y que entendiendo que heramos amigos,  
Compañeros, tambien, y sus vezinos,  
Quisieron todos juntos espantarnos,  
Y para que otra vez no se burlasen,  
Ni nosotros con ellos si boluissen,  
Qual suelen los pilotos gouernarse,  
Por la Estrella del Norte lebantado,  
Para llevar sus naues à buen puerto,  
Assi tomarnos luego nuestra guia,  
Y presto à los amigos nos boluimos,  
Y dandoles razon de nuestro caso,  
Tambien les aduertimos y diximos,  
Que auia dozientos hombres de arco y flecha,  
Y todos combatientes sin la chusma,  
Que entendimos ser numero crecido,  
Gran confusion nos puso aquesta causa,  
Y assi dando y tomando en ella todos,  
Viendo quan mal parada todo estaua,  
Y que era fuerça perecer de hambre,  
Y que con la gran sed que descargaua,  
Tres cauallos aquella misma noche,  
Se nos caieron muertos trasijados,  
Qual aquel prudentissimo Saxonio,  
Que al brauo Emperador vencio à su saluo,  
Con solo que le dio à entender venia,  
Con gran fuerça de gente belicosa,  
Sobre todo su campo descuidado,  
Assi determinó que fuesse el hecho,  
Dando orden que al romper del Alua alegre,  
El bagaje sobre ellos embistiesse,  
Y que al aire los prestos arcabuzes,  
Las espantosas balas escupiessen,

Lebantando rumor y grande estruendo,  
De muchas voces, gritos, y alaridos,  
Porque dandoles à entender con esto,  
Que pujança de gente descargaua,  
Seria possible que à una todos juntos,  
Vencidos del gran sueño, y del espanto,  
A campo abierto, prestos, y ligeros,  
Desocupando todos sus aluergues,  
Con presurosa fuga se escapasen,  
Y que si bien del hecho se saliesse,  
Que luego el prouehedor con el Sargento,  
Y Sebastian Rodriguez con Bañuelos,  
Corno Españoles brauos que se arrojan,  
Por la famosa tierra Berberisca,  
A cautibar los Moros desmandados,  
Que assi de los cauallos se apeasen,  
A prender la mas gente que pudiessen,  
Y en el inter los otros discurriendo,  
Por los pagizos ranchos despoblados,  
Fuessen quebrando y destrozando apriesa,  
Los arcos, y las flechas que pudiessen,  
Y que esto fuesse sin que cosa alguna,  
Por pensamiento alli se les dexase,  
Por si à nosotros reboluer quisiessen,  
Armas de todo punto les faltasen,  
Pues fin que en esto cosa se excediesse,  
Yua la noche humeda huyendo,  
Y à mas andar el Sol venia largando,  
Las riendas à su carro, y presurosos,  
Los candidos cauallos sacudian,  
Las lebantadas clines, y assomauan,  
Por el valcon dorado su luz bella,  
Quando de todo punto fue boluiendo,  
La gente Castellana retronando,  
Los lebantados Cielos de manera,  
Que los cauallos flacos destroncados,  
Huyendo del rumor se diuidieron,  
Rompiendo por los Ranchos tan furiosos,  
Que sola su braeza fue bastante,  
Para que todos juntos arrancasen,  
Y corno sueltas liebres se acogiessen,  
Dexando los assientos despoblados,  
Con esto los soldados valerosos,  
Nueuo furor al punto acrecentaron,  
Y assi como rabiosos lobos todos,  
Quando con hambre turban los ganados,

Y en torno de las redes codiciosos,  
Los perros y pastores despreciando,  
Por la majada juntos se abalançan,  
Y en son confusso todos arremeten,  
Assi enuistiendo todos denodados,  
Cargaron los que estauan escogidos,  
Para prender la gente mal guardada,  
Y à las bueltas andando con algunos,  
Assi qual fuertes Aguilas Reales,  
Las fuertes garras prestos ocuparon,  
El Sargento dos baruarios gallardos,  
Qual bramadero tuuo bien assidos,  
Bañuelos otros dos tuuo aferrados,  
Rodriguez ygualo tambien la parte,  
Y assi como en turbion horrendo,  
El Zefiro, y el Noto se acometen,  
Y en poderosa lucha se combaten,  
Barriendo y arrastrando todo aquello,  
Que su violencia braua, y fuerça alcança,  
Assi vn valiente baruario se vino,  
A solo el prouehedor desatinado,  
Y el de los valientes miembros recogiendo,  
Los dientes y los puños apretando,  
Sin frenar passo le embistio ligero,  
Y como vn par de naues aferradas,  
Assi aferrò el vno con el otro,  
Con apretados ñudos bien ceñidos,  
Fuerzes lazos, y brauas ataduras,  
Y en los valientes pechos se afirmaron,  
Y qual si dos zelosos toros fueran,  
Gimiendo y azezando por buen rato,  
Las poderosas fuerças se tentauan,  
Y sacudiendo cada qual los tercios,  
En bolteado torno al descubierta,  
Con vno y otro buelo leuantado,  
Rendir el vno al otro pretendia,  
Cuia violencia braua resistiendo,  
En las ligeras plantas que afirmauan,  
Mas firmes que castillos se quedauan,  
Y viendo el poco jugo que sacaua,  
El baruario el derecho pie ligero,  
Sobre el contrario hizquierdo fue cargando,  
Con vn grande gemido poderoso,  
Mas por estar los dos tan bien ceñidos,  
Haziendose crugir los duros gruessos,  
Rollizos nieruos, cuerdas y costados,

Qual si fueran dos muros poderosos,  
Assi parados juntos se quedaron,  
Pues boluiendo segunda vez al torno,  
El Español vn buelo arrebatado,  
Al baruaro le dio con tanto aliento,  
Que lleuandole todo lebantado,  
En tierra dio con el por medio muerto,  
En el inter nosotros andubimos,  
Quebrando y destrozando à grande priessa,  
Los mas arcos y flechas que topamos,  
Y el Sargento mayor estando en esto,  
Con blandas muestras, y caricias nobles,  
Ternezas y regalos amorosos,  
Agasajò la pressa en quanto pudo,  
Dandoles à entender que no venia,  
A darles pesadumbre, ni à enojarlos,  
Y que su causa solo se estendia,  
A que dos, o tres dellos nos lleuasen,  
Al Rio que buscauamos del Norte,  
Y assi por esta causa les pedia,  
Que tuuviessen por bien de concertarse,  
De manera que algunos dellos fuessen,  
Y aquellos que escogiessen se quedasen,  
Y aduirtiendo quan mal se conuenian,  
Y que todos quisieron escusarle,  
Por quitarles de duda y de sospecha,  
Y parecerle aqieste buen camino,  
Vsó de potestad en concertarlos,  
Y assi sin dilatar aquesta causa,  
Cargandolos de cuentas y abalorios,  
A los cinco soltò con grandes muestras,  
De amistad llana, buena, y muy cinçera,  
Sin ninguna encubierta, y trato doble,  
Y con las mismas muestras agradables,  
A los dos prometio que en viendo el agua,  
Dos hermosos cauillos les daria,  
En que ambos à dos juntos se boluiessen,  
Los cinco con contento se partieron,  
Los dos bien afligidos se quedaron,  
Y como aquellos que forçados lleuan,  
Mansos de todo punto ya rendidos,  
A la fuerça del remo riguroso,  
Y encendida braueza de crugia,  
Assi mansos, forçados los lleuamos,  
Y de los bastimentos que dexaron,  
De venados, tejones, y conejos,

Hieruas, raposos, liebres, y raizes,  
Nuestra insaziabile hambre socorrimos,  
Preuiniendo tambien para adelante,  
Lo mejor que pudimos preuenirnos,  
Y con esto nos fuimos à el aguage,  
Que buena media legua retirado,  
Estaua de los Ranchos descuidados,  
Y sabe gran señor el alto Cielo,  
Que aunque senti muy bien, y siento agora,  
Lo que por vista de ojos vi aquel dia,  
Que me faltan palabras y razones,  
Para darme à entender en esta historia,  
No mas que seys pozuelos se mostrauan,  
Sobre la superficie de la tierra,  
Como rodela todos, y de hondo,  
Vna quarta el que mas hondable estaua,  
Cubiertos todos de agua, y acabada,  
Era fuerça aguardar à que inchesen,  
Y llenos por quedar el agua en peso,  
Para ninguna parte derramauan,  
Y no podian hazerse mas hondables,  
Porque era casi peña aquel assiento,  
Vno se referuo para nosotros,  
Y puesto encima del el gran Sargento,  
No podimos con el que se rindiesse,  
Al sabroso licor que le aguardaua,  
Para matar el fuego poderoso,  
Que en general à todos consumia,  
Respecto de que quiso que primero,  
Todos su grande sed satisfiziessen,  
En este inter lleegò la cauallada,  
Y luego que reconocio el aguage,  
Todos juntos no fuimos poderosos,  
Para que vn solo passo atras boluiesse,  
Y viendo que acabauan toda el agua,  
Rompiendo por los pies de los cauillos,  
Dexandose pisar de todos ellos,  
Dos compañeros nuestros se arrojaron,  
Vencidos de la sed que los mataua,  
Y alli sus mismos rostros apretados,  
Con los muchos hozicos que cargauan,  
Secos los pozos, y ellos tambien secos,  
Casi muertos, tendidos se quedaron,  
Visto esto, todos fuimos ayudarlos,  
Y al fin juntos alli los socorrimos,  
Bien peligrosos de perder las vidas,

Solo de la terrible sed rendidos,  
Y fuerça de cauillos quebrantados,  
Alabente los Angeles Dios mio,  
Que assi abates al hombre que leuantas,  
Sobre las altas obras de tus manos,  
Dexò el alma y su belleza en vanda,  
Es possible señor que no le basta,  
Al estremado vasso que hiziste,  
Ser vice Dios illustre aca en la tierra,  
Imagen de tu misma semejança,  
Para dexar de estar siempre sugeto,  
Al misero sustento de que viue,  
Y fuera desta triste desventura,  
Como señor se sufre y se permite,  
Que auiedo de ser esto que los brutos,  
Prefieran à tu Imagen de manera,  
Que no se sienta cosa en esta vida,  
Que en todo no prefieran con ventaja,  
Comer, beber, vestir, calçar, contento,  
Que es lo que mas los hombres procuramos,  
Qual bruto en todo aquesto no prefiere,  
Estos secretos yo no los álcanço,  
Y assi muy triste mi alma te procura,  
Y tanto mas se abrasa, y te dessea,  
Quanto está en tus secretos leuantados,  
Mas ignorante, torpe, y mas confussa,  
Y assi qual torpe quiero ya boluerme,  
A los cauillos torpes fatigados,  
Que de la grande sed todos vencidos,  
Sobre las fuentes juntos se quedaron,  
Y de alli no pudimos retirarlos,  
Hasta que llenos todos los hijares,  
Como hinchados odres auentados,  
Poco à poco se fueron esparciendo,  
Y dando de beber à los sedientos,  
Dos compañeros tristes lastimados,  
Luego fuimos nosotros, y qual ellos,  
El insaciable vientre contentamos,  
Y luego que estuimos satisfechos,  
Y ninguno quedò que no beuiesse,  
Vino el Sargento, y cerca de la fuente,  
Llegò, y haziendo vasso del sombrero,  
Alli su mortal sed quedò vencida,  
Y con esto salimos à lo llano,  
Por si acaso los Indios reboluiessen,  
Pudiessemos con verlos ser señores,

De aprouecharnos bien de los cauallos,  
Alli à los prisioneros regalamos,  
Dandoles de amistad patentes muestras,  
Y de la poca ropa que tuuimos,  
A entrambos los vestimos porque fuessen,  
Mas sin sospecha, y menos rezelosos,  
En cuió puesto les pidio el Sargento,  
Dixessen à que vanda, o à que parte,  
Derramauan las aguas de aquel Rio,  
Cuia fuente hazia el Norte rebentaua,  
Y vno dellos que Milco se dezia,  
Sobre aquesta pregunta referida,  
Hablaua tantas cosas que con ellas,  
Mas confusion à todos nos ponía,  
Por cuiá causa el otro en pie se puso,  
Que Mompil dixo à todos se llamaua,  
Y era el que el prouehedor auia prendido,  
Y barriendo del suelo cierta parte,  
Que toda à caso deseruada estaua,  
Desemboluiendo el braço poderoso,  
Tomò la punta de vna larga flecha,  
Y assi corno si bien cursado fuera,  
En nuestra mathematica mas cierta,  
Casi que quiso à todos figurarnos,  
La linea, y el Zodiaco, y los signos,  
En largo cada qual de treinta grados,  
Los dos remotos Polos milagrosos,  
El Artico y Antartico cumplidos,  
Los poderosos circulos, y el exe,  
Y assi como cosmografo excelente,  
Respecto al Cielo quiso dibujarnos,  
Algunas partes de la baja tierra,  
Puso del Sur, y Norte las dos mares,  
Con Islas, fuentes, montes, y lagunas,  
Y otros assientos, puestos, y estalages,  
Pintonos la circunueza tierra,  
Y el assiento del caudaloso Rio,  
Por quien tantos trabajos se sufrieron,  
Y todos los aguages y jornadas,  
Que era fuerça tener en el camino,  
Para auer de beber sus turbias aguas,  
Pintonos vna boca muy estrecha,  
Por la qual era fuerça se passase,  
Y fuera della no nos dio vereda,  
Que por ella pudiesse ser possible,  
Que saliesse el exercito marchando,

Por ser aquella tierra en si fragosa,  
Y muy pobre de aguage en todas partes,  
Alli pintò tambien las poblaciones,  
De nuestra nueua Mexico, y sus tierras,  
Poniendo y dandose à entender en todo,  
Como si muy sagaz piloto fuera,  
No se mouio pestaña porque juntos,  
Todos oyendo al baruaro gallardo,  
De gran contento y gozo no cabian,  
Y por la mucha parte que me cupo,  
Serà bien que celebre la grandeza,  
De la mas alta baruara gallarda,  
De pecho y coraçon el mas rendido,  
Que en barbara nacion se à conocido.

### CANTO TREZE

*Como llego Polca en busca de Milco su marido, y dexandola en prision, se fue huyendo: y de la fuga que hizo Mompil, y de la liberalidad que el Sargento tuuo con la baruara cautiua*

No se à visto jamas cosa perfecta,  
Puesta en su mismo punto y acabada,  
Que amor no sea el autor de su grandeza,  
Porque el es quien la ilustra y quien la esmalta,  
Labra, dibuja, pinta, y endereza,  
Sin el todo quebranta y da disgusto,  
Todo enfada, atormenta, y aborrece,  
Y à todo fin el vemos dar de mano,  
Con el todo se encumbra y se lebanta,  
Todo se emprende, todo se acomete,  
Todo se vence, rinde, y abassalla,  
Y en fin el es crisol en cuiuo vasso,  
Todo se afina, sube, y se quilata,  
Desto aqui se nos muestra vn buen dechado,  
Cuiua labor es digna que se escriua,  
Si ya la tosca pluma no desdora,  
Aquella viaua Imagen que retrata,  
Estando pues con Mompil platicando,  
Y tomando razon de su dibujo,  
Vimos todos venir à nuestro puesto,  
Vna furiosa baruara gallarda,  
Frenetica de amor, de amores pressa,

Vnas vezes apriessa caminando,  
Otras corriendo, à vezes reparada,  
Aderezaua bien lo que traia,  
Que era vn hermoso niño, lindo, y bello,  
Que à la triste chupando le venia  
La dulce fertil teta, fin cuidado,  
De aquello que à la pobre lastimaua,  
Con vn corbo caiado puesto al hombro,  
Y del cuento colgando à las espaldas,  
Vn gracioso zurrón en que traia,  
Vna pequeña y tierna zeruatica,  
Con dos buenos conejos, y vna liebre,  
Todo à su modo bien adereçado,  
Viendo pues el Sargento su donaire,  
La gracia y desenfado que traia,  
A todos mandò darle franca entrada,  
Por ser muger cuya belleza illustre,  
A toda cortesia combidaua,  
Y con razon el termino se tuuo,  
Porque aunque es verdad clara y manifiesta,  
Que es priuilegio breue la hermosura,  
Engaño y flor, que presto se marchita,  
Al fin el corto tiempo que ella dura,  
Ella es, la que es, mas digna de estimarse,  
Y à quien mayor respecto se le deue,  
Y aunque Alarabe y baruara en el traje,  
En su ademan gallardo cortesana,  
Sagaz, discreta, noble, y auisada,  
Que mas que aquesto puede amor si rompen,  
Del mas bruto animal la vil corteza,  
Que alli produze amor tambien grandezas,  
Tanto mas dignas todas de notarse,  
Quanto muy dignas estas de escriuirse,  
Y assi furiosa, y fuera de sentido,  
Inflamada del lento y dulce fuego,  
En que toda se estaua consumiendo,  
Llegò qual fiel y diestra cachorrilla,  
Quando despues de qual que larga ausencia,  
A caso topa, y da con el montero,  
Que ligera, amigable y alagueña,  
Mansamente gimiendo y agachada,  
Para el se va la triste condolida,  
De la enfadosa ausencia disgustosa,  
Assi la pobre baruara se vino,  
Para el cautiuo baruaro afligida,  
Triste, alegre, llorosa, mal contenta,

Y despues que le dio grandes abraços,  
Tiernamente apretados y ceñidos,  
Notando que no estauan bien sentados,  
Para que lo estuuiesen fue arrancando,  
Gran cantidad de hierua con que hizo,  
Dos graciosos assientos que les puso,  
Despues abrio el zurrón y de la caça,  
Limpiandoles los rostros con vn paño,  
Al vno dellos siempre prefiriendo,  
Con amoroso rostro vergonçoso,  
A los dos les rogaua que comiessen,  
Y boluiendo à nosotros encogida,  
Toda turbada, triste, y congojosa,  
Alegrando su rostro quanto pudo,  
A todos combidò con buena gracia,  
Y como de amor toda fe encendia,  
Luego que nos mostrò su rostro alegre,  
Arrasados los ojos dio à entendernos,  
Que Milco, que cautiuo le traian,  
Era su esposo, alma, vida, y padre,  
Del inocente niño que à sus pechos,  
Qual verdadera madre alimentaua,  
Y alli con blandas muestras nos pedia,  
Que piedad de aquel niño se tuuiese,  
Y que al padre no diessemos la muerte.  
Pues guerdanos los dos fin el quedauan,  
Ofreciendo con veras de su parte,  
Que à doquiera que fuessemos yria,  
Siruiendonos à todos como esclaua,  
Con que la vida sola se otorgase,  
A aquel por quien la triste intercedia,  
Y quando esto la pobre nos rogaua,  
Vn viuo fuego en ella conozimos,  
Vna agradable llaga no entendida,  
Vn sabroso veneno riguroso,  
Vna amargura dulce desabrida,  
Vn alegre tormento quebrantado,  
Vna feroz herida penetrante,  
Gustosa de sufrir, aunque incurable,  
Y vna muy blanda muerte sin remedio,  
A la qual dio à entendernos se ofrecia,  
Con alma y coraçon, con que dexasen,  
A Milco con la vida, pues sin ella,  
Era fuerça la suya se acabase,  
Y qual Triaria de Vitelio esposa,  
Que rompiendo la femenil flaqueza,

Por medio de las armas belicosas,  
Con quien su caro esposo combatia,  
Su persona arrojò con tanto esfuerço,  
Quanto su misma historia nos enseña,  
Assi la pobre baruara mostraua,  
Serle muy facil cosa el atreuerse,  
A perder cien mil vidas que tuuiera,  
Por solo libertar à su marido,  
Demas desto notamos en la triste,  
Cien mil grandes opuestos y contrarios,  
Los vnos bien distintos de los otros,  
Lagrimas con gran sobra de contento,  
Tristeza, y gran extremo de alegria,  
Sudando de cansancio, y muy ligera,  
Temor y atreuimiento nunca visto,  
Y al fin pressa de amor, de amor vencida,  
Y como es natural de pechos nobles,  
Dar vado, y no afligir al afligido,  
Al mismo punto procurò el Sargento,  
De consolar y dar algun alibio,  
A su mortal congoja, y ansia fiera,  
Con manifiestas muestras y señales,  
De dar luego remedio à su tristeza,  
Poniendo en libertad à su marido,  
Y como la esperança siempre alienta,  
Al misero temor y le sustiene,  
Porque rabioso no se desespere,  
Polca, que assi à la baruara llamauan,  
Faborecida toda de esperança,  
Assi como con gracia, y son suabe,  
Remedan à las lluias regaladas,  
Las hojas de los alamos mouidas,  
De vn fresquezito viento manso amable,  
No de otra fuerte aquesta hembra bella,  
Mouida del fabor del gran Sargento,  
Con gran contento quiso asegurarse,  
Y para que los duelos menos fuessen,  
Comer hizo à los pobres prisioneros,  
Regalando à su Milco quanto pudo,  
Y luego que los tuuo sossegados,  
Despues de auer gran rato platicado,  
Determinaron que ella se quedase,  
Y que por dos amigos Milco fuese,  
Y assi como nosotros entendimos,  
La llaneza y buen gusto que tuuieron,  
Luego en el mismo punto fue largado,

El oprimido baruario afligido,  
Cua gran prenda alli se nos quedaua,  
Con todo el gusto que dessearse pudo,  
Y qual feroz cauallo bien pensado,  
Que rota del pesebre la cadena,  
Furioso escapa, y sale del establo,  
Vna y otra corrida arremetiendo,  
Parando y reboluiendo poderoso,  
Bufando y relinchando con brabeza,  
La cola y clin al viento tremolando,  
El recogido cuello sacudiendo,  
Feroz, gallardo, brauo, y animoso,  
Los quatro pies ligeros lebandando,  
No de otra suerte Milco muy ligero,  
Furioso salio casi sin sentido,  
Hasta subir la cumbre lebandada,  
De vn poderoso cerro peñascoso,  
Por cuiu falda à todos nos dejaua,  
De cuiu zima en gritos lebandados,  
Razonando con Mompil, y con Polca,  
De subito cesso, y al mismo punto,  
Por la vertiente del fragoso risco,  
Traspuso como viento arrebatado,  
Dexandola de nueuo mas rendida,  
Y en el fuego implacable mas ardiendo,  
De cuiu fuerte fuerça quebrantada,  
Con suspiros amargos y gemidos,  
Deshaziendose en lagrimas la triste,  
Allí nos dio à entender que no vendria,  
Aquel traidor que assi la auia burlado,  
Porque desde la cumbre lebandada,  
Muy bien desengañado los auia,  
Qual hizo aquel cruelissimo Theseo,  
Con la noble Ariatna que burlada,  
Dexò en pago de auerle libertado,  
De la fuerça del monstruo embrauecido,  
En cuiu fiero aluergue temeroso,  
Hecho cien mil pedazos se quedara,  
Y de la misma bestia consumido,  
Si no fuera por ella remediado,  
Propria paga, cosecha, y recompensa,  
De torpes brutos, animos ingratos,  
Que tanto es mas su vil correspondencia,  
Quanto por mas crecidos beneficios.  
Se hallan los infames obligados,  
O verdad que poquitos son aquellos,

Que siguen tu castissima pureza,  
Y quantos son, lo que con ella enredan,  
Marañan, vierten, tienden, y derraman,  
Vn mar de ponçoñosos, vasiliscos,  
No ay ya segura fee en todo el mundo,  
No me da mas los padres que los hijos,  
Deudos nobles, parientes, y maridos,  
Hidalgos pobres, ricos poderosos,  
Caualleros, villanos, titulados,  
Con todo el demas resto miserable,  
De miseros mortales que se encienden,  
Los vnos con los otros, y se abrasan,  
Con terribles engaños no entendidos,  
Assechanças, doblezes, inuenciones,  
Culpas, delictos, robos, y pecados,  
Solapas, con lisonjas y bagezas,  
Escandalo, crueldad, crimen, excesso,  
Y en fin guerra sangrienta, y cruel batalla,  
Que à sangre y fuego siempre la lebantan,  
No me da mas varones cultiuados,  
Que incultos, broncos, baruaros, grosseros,  
Que basta y sobra, conozer ser hombres,  
Para entender que fuera del demonio,  
Sea la mas mala bestia quando quiere,  
De todas quantas Dios tiene criadas,  
Exemplo claro aqui señor tenemos,  
En esta pobre baruara engañada,  
Que es facil de engañar à quien bien ama,  
Atonita se muestra, y se consume,  
Aflige, y se deshaze rebentando,  
Con la flecha en el alma soterrada,  
Furiosa à todas partes reboluiendo,  
La vista cuidadosa sin consuelo,  
No cabe en todo el campo la cuitada,  
Que todo le es estrecho y apretado,  
Y assi de lo mas intimo del alma,  
Entrañables suspiros redoblaua,  
En lastimosas lagrimas embueltos,  
O triste amor humano à quantas cosas,  
Tu terrible violencia y furia, fuerça,  
Si assi ciegos seguimos tus pisadas,  
Diga el mas bien librado de tus manos,  
Qual fue el passo mas libre y mas seguro,  
Que enmedio del sus ojos miserables,  
Cien mil vezes quebrados no sintiesse,  
O traidor aleuoso fementido,

Cruel, ingrato, vil, desconocido,  
Di qual bruto à su hembra la dexara,  
Como tu vil cobarde la dexaste,  
O ingratitud infame, o caso triste,  
Que por no mas de auerlo imaginado,  
Quedaras para siempre aborrecido,  
La fin ventura Polca desdichada,  
Arroios por los ojos derramando,  
A su afligida alma yua cubriendo,  
La obscura noche, con su negra sombra,  
Cerrando en torno todo el Orizonte,  
Que ya las velas todas repartidas,  
Estauan à cauallo y en sus puestos,  
Y por mas buen seguro de la pobre,  
Con mas cuidado postas le pusieron,  
Porque Mompil à caso no rompiesse,  
Y por descuido nuestro la lleuase,  
Y luego que en mitad del alto Polo,  
Segun aquel varon heroico canta,  
Los Astros lebantados demediaron,  
El poderoso curso bien tendido,  
En el mayor silencio de la noche,  
Quando las bravias bestias en el campo,  
Y los mas racionales en sus lechos,  
Y los pezes en su alto mar profundo,  
Y las parleras aues en sus breñas,  
En agradable sueño amodorrido,  
Reposan con descuido sus cuidados,  
En este mismo instante y punto vino,  
De la cansada y debil cauallada,  
Rindiendo à la modorra el quarto triste,  
La fatigada prima ya vencida,  
Y notando que todos reposauan,  
Y que el buen Mompil escapado auia,  
Dexando ali la baruara cautiua,  
A grandes voces quiso recordarnos,  
Y à penas lo entendimos quando todos,  
Mudos quedamos, tristes, y suspensos,  
Eloosenos la sangre, y el aliento,  
A vna suspendimos palpitando,  
Los flacos coraçones dentro el pecho,  
Viendo à nuestro piloto y guia ausente,  
Por no mas de descuido de la vela,  
A cuió cargo estuuó aquel cuidado,  
Y cada qual gimiendo se dolia,  
De los tristes sucessos que apretauan,

Tras tantas desventuras padezidas,  
Hasta que entró la aurora refrescando,  
Y en pie todos cansados y afligidos,  
Mirandonos los vnos à los otros,  
Buen rato sin hablar nos estuuimos,  
Aqui la pobre Polca sin consuelo,  
Pasmada, boqui auierta, nos miraua,  
Qual triste miserable que aguardando,  
Sentencia, està de muerte rigurosa,  
Por inorme delicto cometido,  
Assi la triste misera afligida  
Tragada ya la muerte por muy cierta,  
De su venida infelix aguardaua,  
Vn desastrado fin, y mal sucesso,  
Pues viendo ya el Sargento reportado,  
El caso sucedido sin remedio,  
Por no desanimar los compañeros,  
Hablando alli con todos, fue diziendo,  
Señores no ay ninguno que no alcance,  
Que el mismo poderoso Dios eterno,  
Es el camino cierto y verdadero,  
De los que su ley santa professarnos,  
Y assi tiene cien mil florestas bellas,  
Amenos bosques, campos, y llanados,  
Por do los flacos deuiles y tiernos,  
Van sus cortas jornadas caminando,  
Otros tiene quajados de cambrones,  
Abrojos, duras puntas, y pedriscos,  
Cerros, quebradas, breñas y barrancos,  
Por do los esforçados y alentados,  
Su lebantado curso van corriendo,  
Y assi no ay para que desmaie nadie,  
Y entendamos señores compañeros,  
Que como à illustres, nobles, y valientes,  
Quiere el inmenso Dios aqui prouarnos,  
Y como tales bien serà tomemos,  
Con buen recato todos el camino,  
Y pues que aquesta baruara merece,  
Toda noble, cortes correspondencia,  
Pues no está media legua de su tierra,  
Demosle libre, libertad graciosa,  
Para que allà se buelua sin zozobra,  
Y como el alma de la ley heroica,  
Es la fuerça de la razon illustre,  
Y aquesta jamas quiso ser forçada,  
Todos juntos alegres aprouamos,

Del Sargento mayor el buen respecto,  
Y partiendo con ella nuestra ropa,  
Y cargandole al niño de brinquiños,  
Dimosle libertad que se boluiesse,  
Y entendido por ella bien tan grande,  
Como la sobra de contento causa,  
Tierno semblante, y lagrimas gustosas,  
En que los tristes laban sus cuidados,  
Como la lengua muchas vezes miente,  
Pensando que mas fee deuia darse,  
A sus corrientes lagrimas vertidas,  
Que à sus muchas palabras y razones,  
Quando muy bien supiera proponerlas,  
Vertiendolas assi con gran contento,  
Auiendonos à todos abrazado,  
Por tres vezes salio determinada,  
De recibir el bien de que dudaua,  
Y à cosa de cien passos se boluia,  
A mostrarsenos siempre mas gustosa,  
Amorosa, y mas bien agradecida,  
Y como siempre vemos se adelanta,  
La noble gratitud al beneficio,  
Quarta vez fue saliendo y pareciole,  
Que quedaua muy corta, y no pagaua,  
Y porque ingratitud no la rindiesse,  
otra fue reboluiendo, y de los pechos,  
El niño se quitò, y diò al Sargento,  
Y alli le suplicò que se lleuase,  
Pues todo le faltaua, y no tenia,  
Con que poder feruir merced tan grande,  
El Sargento le tuuo, y dio mil vesos,  
Entre sus nobles braços bien ceñidos,  
Y dandole mas cuentas, y abalorios,  
Con mil tiernas caricias amorosas,  
El niño le boluio, y pidio se fuesse,  
Con cuio cumplimiento regalado,  
Qual suele tras la cierua el cieruo en brama,  
Herida de su amor correr tras della,  
Y ansioso de alcançarla desembuelto,  
De salto, y de corrida va siguiendo,  
El amoroso, rastro, y dulce huella,  
Por vna y otra parte sin que pueda,  
Pararse, ò detenerse, ò alentarse,  
En parte que el cariño no le assista,  
Assi sin seso, ciega, y sin sentido,  
Atonita del todo fue siguiendo,

La huella de su amado desbalida,  
Y porque priessa dan que me adereze,  
Todo aquello que resta de quebranto,  
Veremos adelante en nueuo canto.

## CANTO CATORZE

*Como se descubrio el rio del Norte, y trabajos que hasta descubrirlo padecieron: y de otras cosas que fueron sucediendo, hasta ponerse en punto de tomar possession de la tierra.*

Tanto se estima, sube, y se lebanta,  
El valor de la cosa que se emprende,  
Quanto es mas estimado todo aquello,  
Con que se alcança, adquiere, y se consigue,  
Traigo esto gran señor, porque se entienda,  
Mas bien, la gran grandeza, y excelencia,  
Del belico exercicio que professan,  
Todos aquellos Heroes valerosos,  
Que à trueque de trabajos, y quebrantos,  
Vida, y sangre compraron, y adquirieron,  
Solo el illustre nombre de soldados,  
A cui alta excelencia le es muy proprio,  
El ver y trascender de todo punto,  
Que por demas se sufren los trabajos,  
Miserias, aflicciones, y fatigas,  
Que la sangrienta guerra trae consigo,  
Si enmedio de su curso sin remedio,  
El animo se rinde, y se acobarda,  
Y para no venir en tanta mengua,  
Zozobrando las fuerças fatigadas,  
Sin ver vn agradable y dulce puerto,  
Luego que la contenta y noble Polca,  
Despedida salio para su tierra,  
Qual suele el cazador quando à perdido,  
Vn rico girisalte, alcon, o sacre,  
Que à voces por os cerros y vallados,  
Le va con grandes ansias ahuchando,  
Mostrandole el señuelo hasta verlo,  
Seguro, y en la mano, donde alegre,  
Sin memoria del susto ya passado,  
Le alaga, y le regala, y le compone,  
La pluma mal compuesta, y le apazigua,

Assi la hermosa baruara sospecho,  
Que fue desalentada tras su Milco,  
Y nosotros señor con nuevos brios,  
Mas de cincuenta días caminamos,  
Pesadas desventuras padeciendo,  
Y por auernos sin cessar llouido,  
Siete largas jornadas trabajosas,  
En las carnes la ropa ya cozida,  
Ninguno de nosotros entendimos,  
Poder salir con vida de aquel hecho,  
Por escabrosas tierras anduimos,  
De Alarabes, y Baruaros incultos,  
Y otros desiertos broncos peligrosos,  
Cuio tendido y espacioso suelo,  
Nunca jamas Christianos pies pisaron,  
En cuio largo tiempo consumimos,  
Los pobres bastimentos que sacamos,  
Y alimentando todos con esfuerço,  
Los fatigados cuerpos destroncados,  
Con solas raizes brutas indigestas,  
Contra el rigor del hado prohejando,  
Nuestra derrota siempre proseguimos,  
Ya por espesas breñas y quebradas,  
Por cuios brauos bosques enredados,  
Las fuertes escarcelas se rasgauan,  
Ya por asperas cumbres lebantadas,  
Por cuias zimas los cauillos lasos,  
Por delante lleuavamos rendidos,  
Hijadeando, cansados, y afligidos,  
A pie, y de todas armas molestados,  
Y las hinchadas plantas ya desnudas,  
Descalças sin calçado se assentauan,  
Por riscos, y peñascos escabrosos,  
Ya por muy altos medanos de arena,  
Tan ardiente, encendida, y tan fogosa,  
Que de su fuerte reflexion heridos,  
Los miserables ojos abrasados,  
Dentro del duro casco se quebrauan,  
Y como el fin de aquello que se espera,  
Solo se alienta, esfuerça, y se sustenta,  
Con el valor y punto de esperança,  
Esperando hizimos los trabajos,  
Mas lebes, comportables, y sufribles,  
Y como la que es presta diligencia,  
Arrimada al solicito trabajo,  
Es madre de qualquier ventura buena,

Esta se tuuo en descubrir la boca,  
Que aquel hastuto Baruario nos dixo,  
Marcando la circunueza tierra,  
Assientos, y lugares que nos puso,  
Quando con Milco presso le tuuimos,  
Y como Magallanes, por su estrecho,  
Assi desembocando todos fuimos,  
Vencidos del trabajo, y ya rendidos,  
De la fuerça del hado riguroso,  
Que con pesada mano bien cargada,  
Mucho quiso apretarnos y afligirnos,  
Quatro dias naturales se passaron,  
Que gota de agua todos no beuimos,  
Y tanto que ya ciegos los caualllos,  
Cruelles testaradas, y encontrones,  
Se dauan por los arboles sin verlos,  
Y nosotros qual ellos fatigados,  
Viuo fuego exalando, y escupiendo,  
Saliua mas que liga pegajosa,  
Desahuziados ya, y ya perdidos,  
La muerte casi todos desseamos,  
Mas la gran prouidencia condolidada,  
Que tanto es mas beloz en socorrernos,  
Quanto con mas firmeza la esperamos,  
Al quinto abrio la puerta, y fuimos todos,  
Alegres arribando el brauo Rio,  
Del Norte, por quien todos padezimos,  
Cuidados y trabajos tan pesados,  
En cuias aguas los caualllos flacos,  
Dando tras pies se fueron acercando,  
Y zabullidas todas las cabeças,  
Beuieron de manera los dos dellos,  
Que alli juntos murieron rebentados,  
Y otros dos ciegos tanto se metieron,  
Que de la gran corriente arreatados,  
Tambien murieron de agua satisfechos,  
Y qual suelen en publica taberna,  
Tenderse algunos tristes miserables,  
Embriagados del vino que beuieron,  
Assi los compañeros se quedaron,  
Sobre la fresca arena amollentada,  
Tan hinchados, hidropicos, hipatos,  
Afsi como si sapos todos fueran,  
Pareciendoles poco todo el Rio,  
Para apagar su sed, y contentarla,  
Y qual si en los Eliseos campos frescos,

Vbieramos llegado à refrescarnos,  
Assi señor nos fueron pareciendo,  
Todas aquellas playas y riberas,  
Por cuios bellos pastos los cauallos,  
Repastandose alegres descansauan,  
Los fatigados guessos quebrantados,  
Del pelado camino trabajoso,  
Y assi por aquel bosque ameno todos,  
Fuimos con mucho gusto discurriendo,  
Por frescas alamedas muy copadas,  
Cuias hermosas sombras apazibles,  
A los cansados miembros combidauan,  
Que cerca de sus troncos recostados,  
Alli junto con ellos descansasen,  
Por cuios verdes ramos espaciosos,  
Qual suelen las castissimas auejas,  
Con vn susurro blando y regalado,  
De tomillo en tomillo yr saltando,  
Gustando lo mejor de varias flores,  
Assi por estas altas arboledas,  
Con entonado canto regalado,  
Cruzauan vn millon de pajaricos,  
Cuios graciosos picos desembueltos,  
Con sus arpadas lenguas alabauan,  
Al inmenso señor que los compuso,  
Y aunque las aguas del gallardo Rio,  
En raudal muy furiosas y corrientes,  
Se yuan todas vertiendo y derramando,  
Tan mansas, suaves, blandas, y amorosas,  
Como si vn sossegado estanque fueran,  
Por anchas tablas, todas bien tendidas,  
Y de diuersos generos de pezes,  
Por excelencia rico y abundoso,  
Hallamos demas desto gruessa caza,  
De muchas grullas, ansares, y, patos,  
Donde cebaron bien sus alcabuzes,  
Los hastutos monteros diligentes,  
Y auiendo hecho grande caza y pesca,  
Luego de los fogosos pedernales,  
El escondido fuego les sacamos,  
Haciendo vna gran lumbre poderosa,  
Y en grandes assadores, y en las brasas,  
De carne, y de pescado bien abasto,  
Pusimos a dos manos todo aquello,  
Que el hambriento apetito nos pedia,  
Para poder rendir de todo punto,

Las buenas ganas, al manjar sabroso,  
Y como la paloma memorable,  
Que luego que passo la gran tormenta,  
El verde ramo trujo de la oliba,  
No de otra suerte todos nos boluimos,  
Colmados de contento y alegria,  
Que es verdadero premio del trabajo,  
Y luego que al exercito llegamos,  
Con muchas fiestas fuimos recibidos,  
Y porque siempre es fuerça y causa gusto,  
Traer à la memoria los trabajos,  
Miserias, y fatigas, que se sufren,  
Quando la dura guerra se milita,  
Llamado deste gusto, fue contando,  
El Sargento mayor à todo el campo,  
Presente el General, aquellos passos,  
Caminos, y sucessos que sufrimos,  
Hasta que al fin llegamos à las playas,  
Riberas, y alamedas deste Rio,  
En cuias arboledas espaciosas,  
Todas nuestras fatigas descansamos,  
Y como siempre causa grande alibio,  
No ser en padezer trabajos solo,  
Luego como acabò tomò la mano,  
El diestro General por dar consuelo,  
A los quebrantos tristes ya passados,  
Diziendo los trabajos que los suyos,  
Auian tambien sufrido y padezido,  
Y como vno cargò con tantas veras,  
Que estuuu à pique el campo de perderse,  
Y fue, que entrando Março caluroso,  
Con poderosos soles assentados,  
Vino à faltar el agua de manera,  
Que secas las gargantas miserables,  
Los tiernos niños, hombres, y mugeres,  
Traspasados, perdidos, y abressados,  
Socorro al soberano Dios pedian,  
Por ser aqueste el vltimo remedio,  
Que pudieron tener en tal conflicto,  
Y los tristes cansados animales,  
Como aquellos de Ninibe rendidos,  
Del insaziabile ayuno fatigados,  
Assi cuitados todos se mostrauan,  
Con la fuerça del tiempo que cargaua,  
Y como siempre acude y faborece,  
Su gran bondad inmensa y soberana,

Al que con veras pide y le suplica,  
Estando el Cielo claro y muy sereno,  
Por vna y otra parte fue turbado,  
De gruessas nuues negras bien cargadas,  
Y sin ningun relampago ni trueno,  
Tanta agua derramaron y vertieron,  
Que los bueyes vnzidos con sus yugos,  
Su mortifera sed satisficieron,  
Y luego que el exercito afligido,  
Quedò por todas partes consolado,  
La belleza del Sol quedò con rayos,  
Por vna y otra parte tan tendidos,  
Que tan sola vna nuue no impedia,  
Su claro resplandor en parte alguna,  
Y assi por esta causa le pusieron,  
Al parage de aquesta santa lluuia,  
El agua del milagro, porque fuesse,  
Eterna su memoria prolongada,  
Y nunca para siempre se perdiessse,  
O soberano bien con que presteza,  
Socorres nuestras faltas si ponemos,  
Tanta fee quanta ajusta, mide y pesa,  
No mas que vn solo grano de mostaza,  
Vendito tal varato y tal empleo,  
No solo para que las altas nuues,  
Fuera de tiempo viertan grandes lluias,  
Mas para que los mas pesados montes,  
Remueuan y lebanten sus assientos,  
Y la belocidad del Sol repare,  
Su poderoso curso, y le detenga,  
No mas que por mandarlo el hombre noble,  
A cuios pies se rinden y abassallan,  
Todas las cosas grandes y pequeñas,  
En fin como en un sugeto lebantado,  
Por manos tran grandiosas y admirables,  
Y assi parece que yua su grandeza,  
Lleuando aqueste campo como à suyo,  
Vnas vezes cargados de trabajos,  
Y otras de mil consuelos socorrido,  
Viage derecho, cierto, y verdadero,  
De los obreros grandes que lebantan,  
Heroicos edificios en su Iglesia,  
Pues yendo assi marchando muchos dias,  
Llegaron à las aguas deste Rio,  
Y qual aquel Troyano memorable,  
Que fue faborecido y amparado,

Del humedo tridente de Neptuno,  
Despues de la tormenta y gran borrasca,  
Assi el Gouernador con todo el campo,  
Seguro y dulce puerto fue tomando,  
A à su mas fatigada soldadesca,  
Por las frescas orillas y riberas,  
Auierta mano dio que descansase,  
Y como el buen gouierno no consiste,  
En la que es buena industria de presente,  
Sino en preuenir con sazon aquello,  
Que puede despues darnos gran cuidado,  
Mandó el Gouernador que sin tardança,  
El Sargento saliesse y se aprestase,  
Con cinco compañeros escogidos,  
Y diestro en nadar, porque buscasen,  
Algun seguro vado al brauo Rio,  
Para que por el todo vuestro campo,  
Seguro y sin zozobra le passase,  
Y poniendo por obra aquel mandato,  
Salio Carabajal, y Alfonso Sanchez,  
Y el gran Christoual Sanchez, y Araujo,  
Y yo tambien con ellos porque fuesse,  
El numero cumplido de los cinco,  
Y andando embeuecidos todos juntos,  
En busca de buen vado cuidadosos,  
De subito nos fuimos acercando,  
A vnos pagizos ranchos do salieron,  
Gran cantidad de baruaros guerreros,  
Y por ser todo aquello pantanoso,  
Y no poder valernos de las armas,  
Assi para los baruaros nos fuimos,  
Mostrandonos amigos agradables,  
Y como el dar al fin quebranta peñas,  
Dandoles de la ropa que tuuimos,  
Tan mansos los boluimos, y amorosos,  
Tanto que quatro dellos se vinieron,  
Y vn lindo vado à todos nos mostraron,  
Por cuias causa el General prudente,  
Mandó que à todos quatro los vistiessen,  
Y con mucho regalo los tratasen,  
Por cuias causa todos se bajaron,  
Y dandose de paz, trujeron juntos,  
Vna gran suma de pescado fresco,  
Y mandandoles dar vn buen retorno,  
Luego se procuro que se hiziesse,  
En vn copado, y apacible bosque,

Vna graciosa Iglesia de vna naue,  
Capaz para que todo el campo junto,  
Pudiesse bien caber sin apretarse,  
En cuiu aluergue, santo, Religioso,  
Cantaron vna Missa muy solemne,  
Y el docto Comissario con estudio,  
Hizo vn sermon famoso bien pensado,  
Y luego que acabaron los officios,  
Representaron vna gran comedia,  
Que el noble Capitan Farfan conpuso,  
Cuiu argumento solo fue mostrarnos  
El gran recibimiento que à la Iglesia,  
Toda la nueua Mexico hazia,  
Dandole el parabien de su venida,  
Con grande reuerencia suplicando,  
Las rodillas en tierra les labase,  
Aquella culpa con el agua santa,  
Del precioso Baptismo que traian,  
Con cuiu saludable sacramento,  
Muchos Baruaros vimos ya labados,  
Luego que por sus tierras anduuimos,  
Vbo solemnes fiestas agradables,  
De gente de acauallo bien luzida,  
Y por honrra de aquel illustre dia,  
Vna gallarda esquadra suelta yua,  
De aquel Capitan Cardenas famoso,  
Soldado de valor y de verguença,  
Y que muy bien señor os ha seruido,  
Este por entender que la jornada,  
No auia de ser possible se hiziesse,  
Quedose de manera que no pudo,  
Dar alcançe despues à vuestro campo,  
Por cuiu causa dieron su estandarte,  
A Diego Nuñez, y con esto luego,  
Se tornò possession de aquella tierra,  
En vuestro insigne, heroico, y alto nombre,  
Haziendo en esta causa cierto escrito,  
Que aqueste será bien que aqui le ponga,  
Sin corromper la letra porque importa,  
Por ser del mismo General la nota,

DE COMO SE TOMÓ, Y APREHENDIO, LA POSSESION DE LA NUEUA TIERRA

En el nombre de la santissima Trinidad, y de la indeuidua vnidad eterna, deidad y magestad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres personas, y vna sola essencia, y vn solo Dios verdadero, que con su eterno querer, omnipotente poder, é infinita sabiduria, rige, gouierna, y dispone, poderosa, y suabemente, de mar à mar, de fin à fin, como principio y fin de todas las cosas, y en cuias manos estan, el eterno Pontificado, y Sacerdocio, los Imperios, y los Reynos, Principados, y Ditados, Republicas, mayores y menores, familias, y personas, como en eternó Sacerdote, Emperador, y Rey de Emperadores y Reyes, señor de señores, criador de Cielos y Tierra, elementos, Aues, y pezes, animales, plantas, y de toda criatura, espiritual, y corporal, razional é irrazional, desde el mas supremo Cherubin, hasta la mas despreciada hormiga, y pequeña mariposa: è à honor y gloria suya, y de su sacratissima, y venditissima Madre, la Virgen santa Maria, nuestra Señora, puerta del Cielo, arca del Testamento, en quien el manà del Cielo, la vara de la diuina Iusticia, y braço de Dios, y su Ley de gracia, y amor, estuuo encerrada, como en Madre de Dios, Sol, Luna, Norte, y guia, y abogada, del genero humano: y à honrra del Seraphico Padre san Francisco, Imagen de Christo, Dios, en cuerpo y alma, su Real Alferez, y Patriarca de pobres, à quienes tomo por mis Patronos y abogados, guia, defensores, è intercessores, para que rueguen al mismo Dios, que todos mis pensamientos, dichos, y hechos, vayan encaminados al seruicio de su Magestad infinita, aumento de fieles, y extension de su santa Iglesia, y à seruicio del Christianissimo Rey don Felipe, nuestro señor, columna fortissima de la Fé Catholica, que Dios guarde muchos años, y corona de Castilla, y amplificacion de sus Reynos y Prouincias. Quiero que sepan, los que ahora son, o por tiempo fueren: como yo don Iuan de Oñate, Gouernador, y Capitan General, y Adelantado de la nueua Mexico, y de sus Reynos y Prouincias, y las à ellas circunuezinan, y comarcanas, poblador y descubridor, y pazificador dellas, è de los dichos Reynos, por el Rey nuestro señor. Digo, que por quanto en virtud del nombramiento que en mi fue hecho, y titulos que su Magestad me da, desde luego, de tal Gouernador, Capitan general, y Adelantado de los dichos Reynos, y Prouincias, sin otros mayores que me promete, en virtud de sus Reales ordenanças, y de dos Cedulas Reales, y otras dos sobrecedulas, y capitulos de cartas del Rey nuestro señor: su fecha en Valencia, à veinte y seis de Enero, de mil y quinientos y ochenta y seis años: su fecha en san Lorenço, a diez y nueue de Iulio, de mil y quinientos y ochenta y nueue años: su fecha à diez y siete de Enero, de mil y quinientos y nouenta y tres: su fecha à veinte y vno de Iunio, de mil y quinientos y nouenta y cinco: y por otra vltima cedula Real: su fecha de dos de Abril, deste año passado, de mil y quinientos y nouenta y siete: en que en contradicion de partes, su Magestad aprueua la eleccion hecha en mi persona, è estado, exerciendo y continuando el dicho mi oficio, y aora venido en demanda de los dichos Reynos y Prouincias, con mis oficiales maiores, Capitanes, Alferez, soldados y gente de paz y guerra, para poblar y pazificar, è otra gran machina de pertrechos necessarios, carros, carretas, rosas, cauillos, bueyes, ganado menor, y otros ganados, y mucha de la dicha mi gente casada, de suerte que me hallo oy con todo mi campo entero, y con mas gente de la que saqué de la Prouincia de santa Barbola, junto al Rio que llaman del Norte, y alojada à la Ribera, que es lugar circunuezino, y comarcano, à las primeras poblaciones de la nueua Mexico, y que passa por ellas el dicho Rio, y dexo hecho camino auuerto de carretas, ancho y llano, para que sin dificultad se pueda yr y venir por el, despues de andadas al pie de cien leguas de despoblado: è porque yo quiero tomar la possession de la tierra, oy dia de la Ascension del Señor, que se cuentan treinta dias del mes de Abril, deste presente

año, de mil y quinientos y nouenta y ocho: mediante la persona de Iuan Perez de Dortis, Escrivano de su Magestad, y Secretario de la jornada, y gouernacion de los dichos Reynos y Prouincias, en voz y nombre del christianissimo Rey nuestro señor, don Felipe Segundo deste nombre, y de sus sucessores, que sean muchos, y con suma felicidad, y para la corona de Castilla, y Reyes que su gloriosa stirpe Reynaren en ella, è por la dicha, y para la dicha mi gouernacion, fundandome y estriuando, en el vnico y absoluto poder, è juridicion, que aquel eterno summo Pontifice, y Rey Iesu Christo, hijo de Dios viuio, cabeça vniuersal de la Iglesia, y primero y vnico instituidor de sus sacramentos, vassa y piedra angular del viejo y nueuo Testamento, fundamento y perfeccion del, tiene en los Cielos y en la tierra, no solo en quanto Dios, y consustancial à su Padre eterno, que como criador de todas las cosas, es vnico absoluto, natural y propietario señor de ellas, que como tal puede hazer y deshazer, ordenar y disponer à su voluntad, y lo que por bien tuuiere: mas tambien en quanto hombre, à quien su eterno Padre, como à tal, y por ser hijo del hombre, y por su dolorosa y penosa muerte, y triunfante y gloriosa Resurreccion, y Ascension, y el especial titulo de vniuersal Redentor, que con ella ganò, dio omnimoda potestad, juridiccion y dominio, cibil y criminal, alta y baja horca, y cuchillo mero mixto Imperio, en los Reynos de los Cielos, y en los Reynos de la tierra, y en cuias manos puso el peso y medida, judicatura, premio y pena, del orbe vniuerso, haziendole no solo Rey y Juez, mas tambien pastor vniuersal de las ouejas, fieles, è infieles, de las que oy en su voz le creen y sigue, y estan dentro de su rebaño y pueblo Christiano, y de las que no han oido su voz, y Euangelica palabra, ni hasta el dia de oi le conozen, las quales dize le conuiene traer à su diuino conozimiento, porque son suias, y es su legitimo y vniuersal Pastor, para lo qual auiedo de subir à su eterno Padre, por presencia corporal, vbo de dexar y dexò por su Vicario, y substituto, al Principe de los Apostoles, san Pedro, y demas subcessores, legitidamente electos, à los quales dio y dexò el Reyno, poder, è Imperio, y las llaues del Cielo, segun y como el mismo Christo Dios le recibio de su eterno Padre, en el, como su cabeça, y señor vniuersal, y en los demas, como en sus subcessores, sieruos, ministros, y Vicarios, y assi no solo les dexó la juridiccion Ecclesiastica, y monarchia espiritual: mas tambien les dexò auitualmente juridiccion y monarchia temporal, y el vno y otro braço, y cuchillo de dos filos, para que por si o por medio de sus hijos, los Emperadores y Reyes quando y como les pareciesse conuenir, por vrgente causa pudiessen reduzir la sobredicha juridiccion, y monarchia temporal, al acto, y ponerla en execucion, como luego que la ocasion y necesidad se ofrecio, la executaron, vsando de la omnimoda potestad temporal, del braço y poder fecular, assi por si, como por armadas y exercitos, de mar y tierra, en las proprias, y en las distintas y baruaras naciones, con los pendones, vanderas y estandarte Imperial de la Cruz, subgetando las baruaras naciones, hallanando el passo à los Euangelicos Predicadores, assegurando sus vidas y personas, vengando las injurias que los vna vez recibidos recibieren, reprimiendo y refrenando el impetu, y bestial y baruara fiereza, de los sobredichos: y en el nombre del poderoso Christo Dios, que mandò predicar su Euangelio à todo el mundo, y por su autoridad y derecho ensanchando los terminos de la Republica Christiana, y amplificando su Imperio, por mano tambien de los sobredichos sus hijos, Emperadores y Reyes: entre los quales el Rey don Felipe nuestro señor, Rey de Castilla, y de Portogal, y de las Indias Occidentales y Orientales, descubiertas y por descubrir, halladas y por hallar, mediante la sobredicha potestad, juridiccion y monarquia Apostolica y Pontifical transfussa, concedida y otorgada, encomendada y encargada, à los Reyes de Castilla y Portogal, y à sus

sucessores, desde el tiempo del sumo Pontifice Alexandro Sexto, por diuina y singular inspiracion, como por la piedad Christiana enseña ser infaliblemente assi, pues Dios à su Vicario que representa su persona y vezes, en cosas tan graues jamas falta, y la experiencia verdadera maestra, y prueua de la verdad, en tan largos tiempos à mostrado: lo qual testifica con infalible certidumbre, el consentimiento permiso, y confirmacion, del sobredicho Imperio y dominio, de las indias Orientales, y Occidentales, en los Reyes de Castilla y Portogal, y sus subcessores, transfusso y colocado, por manos de la Iglesia militante, de todos los demas sumos Pontifices, subcessores del dicho santissimo Pontifice, de gloriosa memoria, Alexandro Sexto, hasta el dia presente, en cuiο solido fundamento estriuo, para tomar la sobredicha posesion, destos Reynos y Prouincias, en el sobredicho nombre: à lo qual se allegan, como vassas, y pilares deste edificio, otras muchas, graues, vrgentes, y notorias causas, y razones, que à ello me mueuen, y obligan, y dan segura entrada, y con aiuda de Dios, y de su vendita Madre, y el estandarte de su santa Cruz, por medio de los Euangelios Predicadores, hijos de mi Seraphico Padre san Francisco, daran mucho mas seguro, prospero, felice subcesso, y la primera, y no de menos consideracion, para el caso presente, es la inocente muerte de los predicadores del santo Euangelio, verdaderos hijos de san Francisco, Frai Iuan de Santa Maria, Frai Francisco Lopez, y Frai Agustin Ruiz, primeros descubridores desta tierra, despues de aquel gran Padre Fray Marcos de Niça, que todos dieron sus vidas y sangre, en primicias del santo Euangelio, en ella, cuiua muerte fue inocente, y no merecida, pues siendo vna vez recebidos destos Indios, y admitidos en sus Pueblos, y casas, y quedandose los dichos Religiosos solos entre ellos, para predicarles la palabra de Dios, y mejor entender su lengua, confiados de la seguridad del buen rostro y, trato que les hazian, y auiendo acudido en todas ocasiones à hazer bien à estos naturales, assi en todo el tiempo que los pocos Españoles que con ellos estuuieron, que fueron solos ocho, duraron en la tierra, como el que despues estuuieron solos, contra ley natural, dieron mal por bien, y la muerte à otros hombres como ellos, inocentes, y que no les hazian daño, y que les dauan como por entonces mejor podian, y procurauan darles la vida, mediante la palabra de la Ley de gracia, mas auentajadamente, causa y razon bastante, quando otra no vbiera para justificar mi pretension, demas de la qual, la enmienda, correccion y castigo de los pecados contra naturaleza, y la inhumanidad que entre estas bestiales naciones se halla, que à mi Rey y Principe, como à tan poderoso señor, conuiene corregir y reprimir, y à mi en su Real nombre, dan mano al acto presente, y sin estas la piadosa razon y Christianissima opinion del Bautismo, y, saluacion de las almas, de tantos niños como entre estos infieles padres al presente viuen y nacen, que à su verdadero Padre Dios, y mas principal Padre, ni obedezan, ni reconozan, ni pueden moralmente hablando reconozan, sino es mediante este medio, como la larga experiencia eh todas estas tierras ha mostrado, y quando pudieran reconozarle, entrando por la puerta del Bautismo, no pueden conseruar la Fe, ni perseuerar en su bocacion, entre gente idolatra, è infiel, contra cuiua voluntad se ha de hazer esta obra, porque la voluntad de Dios es, que todos te salben, y à todos llegue el son, y efectos de su palabra y Passion, y Dios deue ser ouedeuido, y no los hombres, aunque sean juezes, o padres, o si tengan Reynos o Ciudades, pues sola vn alma es mas preciosa, que todo el mundo, ni sus mandos, riquezas, y propiedades, y sin estas, ai otras euidentes causas, en que me fundo, para este efecto, assi del gran bien temporal, que el espiritual no tiene precio, que estas baruaras naciones con nuestro comercio, y trato, adquieren, y ganan en su trato pulitico, y gouierno de sus Ciudades,

viuiendo como gentes de razon, en pulicia, y entendimiento, acrecentando sus officios y artes, mecanicas, y algunos las liberales, aumentando sus Republicas, de nueuos ganados, crias, y semillas, legumbres, y bastimentos, ropas, y frutos, y ordenando discretamente el trato economico de sus familias, casas y personas, vistiendose los desnudos, y los ia bestidos mejorandose, y dexando otras causas, finalmente en ser gouernados en paz y justicia, con seguridad en sus casas y en sus caminos, y defendidos y amparados de sus enemigos, por mano y à expensas de tan poderoso Rey, cuias subgecion es verdadero prouecho y libertad, y tener en el proprio Padre, que à su costa, y mediante sus gages, y mercedes, de tan remotas tierras, les embian Predicadores y ministros, Iusticia y amparo, con instrucciones verdaderamente de Padre, de paz, concordia, suabidad y amor, la qual guardare yo à perder de vida: y mando, y siempre mandare se guarde, sopena della. Y por tanto, fundado en el solido fundamento sobredicho, quiero tomar la sobredicha posesion, y assi lo haziendo, en presencia del Reuerendissimo Padre Fray Alonso Martinez, de la orden del señor san Francisco, Comissario Apostolico, cum plenitudine potestatis, desta jornada de la nueva Mexico y sus Prouincias, y de los Reuerendissimos Padres Predicadores del santo Euangelio, sus compañeros, Fray Francisco de san Miguel, Fray Francisco de Zamora, Fray Iuan de Rosas, Fray Alonso de Lugo, Fray Andres Corchado, Fray Iuan Claros, y Fray Christoual de Salazar, y de mis amados Padres, y hermanos, Fray Iuan de San Buena Ventura, y Fray Pedro de Vergara, frailes legos, Religiosos que van à esta jornada, y conuersion, y de mi Maese de campo General, don Iuan de Zalduar Oñate, y de los oficiales mayores, y de la maior parte de los Capitanes y oficiales del campo, y gente de paz y guerra del, digo: que en voz, y en nombre de Christianissimo Rey don Felipe nuestro señor, vnico defensor, y amparo de la santa madre Iglesia, y su verdadero hijo, y para la corona de Castilla, y Reyes, que de su gloriosa estirpe Reynaren en ella, è por la dicha, è para la dicha mi gouernacion, tomo y aprehendo, vna, dos, y tres vezes: vna, dos, y tres vezes: vna, dos, y tres vezes: y todas las que de derecho puedo, è deuo, la tenencia y posesion, Real, y actual, cibil y criminal, en este dicho Rio del Norte, sin excetar cosa alguna, y sin ninguna limitacion, con las vegas, cañadas, y sus pastos y abreuaderos. Y esta dicha posesion tomo, y aprehendo, en voz, y en nombre de las demas Tierras, Pueblos, Ciudades, Villas, Castillos, y casas fuertes, y llanas, que aora estan fundadas, en los dichos Reynos, y Prouincias, de la nueva Mexico, y las à ellas circunuezinan, y comarcanas, y adelante por tiempo se fundaren en ellos, con sus montes, Rios, y Riberas, aguas, pastos, vegas, cañadas, abreuaderos, y todos sus Indios, naturales, que en ellas se incluieren, y comprehendieren, y con la jurisdiccion cibil y criminal, alta y baja, horca y cuchillo, mero mixto Imperio, desde la hoja del Monte, hasta la piedra del Rio, y arenas del, y desde la piedra y arenas del Rio hasta la hoja del Monte. Y yo el dicho Iuan Perez de Donis, Escriuano de su Magestad, y Secretario susodicho, certifico y doi fee, que el dicho señor Gouernador, Capitan general, y Adelantado de los dichos Reynos, en señal de verdadera, y pacifica posesion, y continuando los actos de ella, puso y clauó, con sus propias manos, en vn arbol fijo, que para el efecto se aderezò, la Santa Cruz, de nuestro Señor Iesu Christo, y boluiendose à ella, las rodillas en el suelo, dixo.

Cruz Santa, que sois diuina puerta del Cielo, Altar, del vnico, y essencial sacrificio, del cuerpo, y sangre del Hijo de Dios, camino de los Santos, y posesion de su gloria, Abrid la puerta del Cielo, à estos infieles, fundad la Iglesia y Altares, en que se ofresca el cuerpo y sangre, del Hijo de Dios: Abridnos camino de seguridad y paz, para la

conuersion dellos, y conuersion nuestra, y dad à nuestro Rey, y à mi en su Real nombre, pacifica posesion, destes Reinos, y Prouincias, para su Santa Gloria. Amen.

Y luego, incontinente, fixò, y prendiò, assimismo, con sus propias manos, en el estandarte Real, las Armas del Christianissimo Rey don Felipe, nuestro señor, de la vna parte, las Imperiales, y de la otra las Reales: y al tiempo y quando se puso, è hizo lo susodicho, se tocò el clarin, y disparò el arcabuzeria, con grandissima demonstracion de alegria, à lo que notoriamente parecio. Y su Señoria del dicho señor Gouvernador, Capitan general, y Adelantado, para perpetua memoria, mandò que se autorice, y selle, con el sello maior de su oficio, y signado, y firmado, de mi nombre y signo, se guarde con los papeles de la jornada, y Gouvernacion, y se saquen deste original, los traslados que quisieren, assentandose en el libro de la gouernacion, y lo firmò de su nombre, siendo testigos, los sobredichos, Reuerendissimos, Padre Comissario, Frai Alonso Martinez, Comissario Apostolico, Frai Francisco de San Miguel, Frai Francisco de Zamora, Frai Iuan de Rosas, Frai Alonso de Lugo, Frai Andres Corchado, Frai Iuan Claros, Frai Christoual de Salazar, Frai Iuan de San Buenaventura, Frai Pedro de Vergara, y don Iuan de Zaldiar Oñate, mi Maese de campo, General, y los demas oficiales mayores, Capitanes, y soldados del exercito, sobredichos, el dicho dia de la Ascension del Señor, treynta, y, vltimo de Abril, deste año de mil y quinientos y nouenta y ocho años.

Tomada esta posesion, otro dia començo à marchar el campo, para passar el Rio del Norte, en la forma que diremos.

## CANTO QVINZE

*Como salio el campo para passar el Rio del Norte, y como se despacho el Capitan Aguilar, a espiar la tierra, y como estuuu para degollar, por auer quebrado el orden que le dieron, por cuya causa el Gouvernador se adelanto para los pueblos, y de las cosas que fueron sucediendo, hasta que el Gouvernador quiso hazer assiento y poblar la tierra.*

La cumbre mas subida y mas gallarda,  
Que al buen soldado ilustra y le lebanta,  
Dexo, la con que el alma se enriqueze,  
Es la noble nobleza de la honrra,  
Que por solo valor, por excelencia,  
Por prudencia, por ser, y por esfuerço,  
De virtud propria, vemos que se alcança,  
Y porque ay grandes honrras que deshonrran,  
Y vituperios ay tambien que honrran,  
Solo se aduierte, nota, y se pratica,  
Que aquella que es perfecta y verdadera,  
Que no consiste en mas, que en merecerla,  
Y si la grande alteza deste gusto,

Faltase à los guerreros que professan,  
El belico exercicio, casi apenas,  
Hallaramos vn hombre que quisiera,  
Lleuar alegremente los trabajos,  
Que el rigor de la guerra trae consigo,  
Si el triunfo desta impressa no le hiziera,  
Ligera aquella carga tan pesada,  
Para arresgar por ella cien mil vidas,  
Y otras tantas con ellas si tuuiera,  
Y assi llamados todos los soldados,  
Desta su vida, gloria lebantada,  
Por solo merecerla, y alcançarla,  
Bueltos al gran trabajo lebantaron,  
A todo vuestro campo, y le pusieron,  
De essotra vanda de las aguas turbias,  
Que del Norte decienden en vn puesto,  
Seguro y abundante, de buen pasto,  
Cuias grandeza juntos la assentaron,  
Desnudos, y descalços quebrantados,  
A fuerça de sudor, y de los braços,  
Hechos pedazos todos, ya rendidos,  
Y porque ya muy cerca de poblado,  
Sentia el General que el campo estaua,  
Por preuenirse en todo, mandò luego,  
Que Pablo de Aguilar con seys soldados,  
En cauallos ligeros se aprestase,  
Y con todo secreto y buen recato,  
La tierra le espiase, y que si viesse,  
Alguna poblacion, que luego al punto,  
Qual la libiana jara que se arroja,  
A la subida cumbre que en llegando,  
Al puesto donde el arco le permite,  
Luego la vemos todos que rebuelue,  
Que assi luego boluiesse, sin que en esto,  
Otra cosa ninguna dispensase,  
Y para mas forçarle y obligarle,  
Mandole que con pena de la vida,  
Deste mandato expreso no excediesse,  
Saliendo el Aguilar con este orden,  
El campo fue marchando las riberas,  
Deste copado Rio caudaloso,  
Cuios incultos baruaros grosseros,  
En la passada edad, y en la presente,  
Siempre fueron de bronco entendimiento,  
De simple vida, bruta, no enseñada,  
A cultiuar la tierra, ni romperla,

Y en adquirir hazienda, y en guardarla,  
Tambien de todo punto descuidados,  
Solo sabemos viuen de la caza,  
De pesca, y de raizes que conozen,  
Tras cuiu vida todos muy contentos,  
De las grandes Ciudades oluidados,  
Bullicio de palacio, y altas Cortes,  
Passan sin mas zozobra sus cuidados,  
Estos con gusto bien nos ayudaron,  
A passar por sus tierras sin rezelo,  
Y estando ya señor para dexarlos,  
Tomando otra derrota deste Rio,  
Llegò Aguilar, y dixo auer entrado,  
En el primero pueblo de la tierra,  
Sin respecto ninguno de aquel orden,  
Que nuestro General mandò tuuiesse,  
Por cuiu justa causa estuuò à pique,  
De darle alli garrote, fino fuera,  
Por la fuerça de ruegos que cargaron,  
Por el, y por la gente que lleuaua,  
Ecepto Iuan Piñero, porque quiso,  
Guardar en todo el orden que les dieron,  
Y como no ay temor si con prudencia,  
Preuenimos el golpe que amenaça,  
Que vn sossegado puerto no nos muestre,  
Temiendo el General que luego alçasen,  
Todos los bastimentos con presteza,  
Los baruaros, y luego despoblasen,  
Cinquenta buenos hombres, bien armados,  
Con el mandò que fuessen, y dexando,  
Al Alferez Real por su teniente,  
Lleuando à nuestro Padre Comissario,  
Y al Padre fray Christoual, fue marchando,  
Con tan ligero passo, y presto curso,  
Que muy breue se puso por sus tierras,  
Y estando bien à vista de los pueblos,  
Parece que la tierra estremecida,  
Sintiendo la gran fuerça de la Iglesia,  
Sacudiendo los idolos furiosa,  
Con violencia horrible arrebatada,  
Y tempestad furiosa y terremoto,  
Estremecida toda y alterada,  
Assi turbada fue con brauo asombro,  
Cubriendo todo el cielo de enricadas,  
Nuues tan densas, negras, y espantosas,  
Que paboroso pasmo nos causauan,

Viendolas encender por cien mil partes,  
Con tremendos relampagos y fuegos,  
Y vertiendo gran lluvia fue rompiendo,  
Con truenos grimosisimos los montes,  
Los valles, cerros, riscos, y collados,  
Despidiendo de piedra tan gran fuerza,  
Que rendidos los Padres se pararon,  
Y al poderoso Dios à grandes voces,  
Socorro le pidieron, y acabada,  
Toda la letania con sus prezes,  
Sin otras oraciones que rezaron,  
Con suma reuerencia alli contritos,  
Condolido el Señor, mostró la fuerza,  
De aquel turbion grimoso lebandado,  
Qual poderoso mar soberuio hinchado,  
Que recogido el viento se sossiega,  
Y vna grande bonança à todos muestra,  
Assi dio buelta luego el alto Cielo,  
Mostrandose tan claro, y tan sereno,  
Qual suele estar el Sol, quando sus rayos,  
Por medio de su curso nos descubre,  
Con cuiio noble tiempo fue llegando,  
El General al pueblo, y luego juntos,  
Los baruaros salieron à nosotros,  
Y viendo al Comissario que lleuaua,  
Arbolada vna Cruz en la derecha,  
Todos con gran respecto la vesaron,  
Y à nuestro General ouedecieron,  
Alojandole dentro de su pueblo,  
En cuias casas luego reparamos,  
En vna grande suma que tenian,  
De soberuios demonios retratados,  
Ferozes, y terribles por extremo,  
Que claro nos mostrauan ser sus dioses,  
Porque al dios del agua, junto al agua,  
Estaua bien pintado, y figurado,  
Tambien al dios del monte, junto al monte,  
Y junto à pezes siembras, y batallas,  
A todos los demas que respetauan,  
Por dioses de las cosas que tenian,  
Y tienen una cosa aquestas gentes,  
Que en saliendo las mozas de donzellas,  
Son à todos comunes, sin escusa,  
Con tal que se lo paguen, y sin paga,  
Es vna vil bageza, tal delito,  
Mas luego que se casan viuen castas,

Contenta cada qual con su marido,  
Cui costumbre, con la grande fuerça,  
Que por naturaleza ya tenian,  
Teniendo por certissimo nosotros,  
Seguimos tambien aquel camino,  
Luntaron muchas mantas bien pintadas,  
Para alcançar las damas Castellanas,  
Que mucho apetecieron y quisieron,  
Tambien notamos, ser aquestas gentes,  
Manchadas del bestial pecado infame,  
Y en esto fue tan suelta su soltura,  
Que sino diera gritos vn muchacho,  
De nuestra compañía, le rindiera,  
Vn baruario de aquellos que por fuerça,  
Le quiso sugetar, y fino fuera,  
Por la gran tierra que por medio puso,  
Fuera caso imposible que quedara,  
Semejante delicto sin castigo,  
Con ello fuimos todos por los pueblos,  
Con notable contento, aunque aguado,  
Por no saber las lenguas destas gentes,  
Y darles à entender nuestros intentos,  
Y por ser otro dia aquella fiesta,  
Del gran san Iuan Baptista, luego quiso,  
El General que el campo se assentase,  
En vn gracioso pueblo despoblado,  
De gentes y vezinos, y abundoso,  
De muchos bastimentos que dexaron,  
Aqui con gran recato preuenidos,  
La mañana graciosa celebraron,  
En los caualllos de armas los soldados,  
En dos contrarios puestos diuididos,  
Cuias ligeras puntas gouernauan,  
En vna bien trabada escaramuça,  
El buen Maese de campo, y gran Sargento,  
Las poderosas lanças reboluiendo,  
Con vizarro donaire desembuelto,  
Y luego que los vnos y los otros,  
Rompieron gruessas lanças y prouaron,  
Las fuerças de sus pechos en torneos,  
Que con bella destreza tornearon,  
Quedaron para siempre señalados,  
Por buenos hombres de armas, y de impresas,  
El Maese de campo, y el Sargento,  
El Capitan Quesada, con Bañuelos,  
El Capitan Marçelo de Espinosa,

Pedro Sanchez, Monrroi, y Antonio Conde,  
El Alferz Romero, Alonso Sanchez,  
Iuan de Leon, Damiero, y los Robledos,  
Acabadas las fiestas, luego entraron,  
Tres baruaros graciosos desembueltos,  
Y estando el General con gran contento,  
Con todos los soldados platicando,  
Assi los tres se fueron à su puesto,  
Y estando junto del, algo risueño,  
El vno dellos, dixo en altas voces,  
Iueues, y Viernes, Sabado, y Domingo,  
Y qual si fuera aquella gran culebra,  
Que en la expulsion de los Tarquinos vieron,  
Ladrar dentro de Roma los Romanos,  
Que atonitos quedaron del portento,  
Assi desatinados nos colgamos,  
De la lengua de aquel que mas no quiso,  
Hablar otra palabra Castellana,  
Y visto el General su gran silencio,  
A todos los prendio, por cuiã causa,  
El mismo baruaro algo temeroso,  
Dixo Thomas, Christoual, señalando,  
Que los dos destos nombres, dos jornadas,  
Estauan de nosotros, bien cumplidas,  
Y apurandole mucho conozimos,  
Que nunca jamas supo mas palabras,  
Que aquestas que nos dixo Castellanas,  
Con sola aquesta lumbre alegres todos,  
Lleuandolos con gusto y con recato,  
Salio el Gouernador con toda priessa,  
En busca de los dos que bautizados,  
Por los dos Santos nombres parecian,  
Y haciendo jornada en vn buen pueblo,  
Que Pùarài llamauan sus vezinos,  
En el à todos bien nos recibieron,  
Y en vnos corredores jaluegados,  
Con vn blanco jaluegue recien puesto,  
Barridos y regados con limpieça,  
Lleuaron à los Padres, y alli juntos,  
Fueron muy bien seruidos, y otro dia,  
Por auerse el jaluegue ya secado,  
Dios que à su santa Iglesia siempre muestra,  
Los Santos que por ella padecieron,  
Hizo se trasluziesse la pintura,  
Mudo Predicador, aqui encubrieron,  
Con el blanco barniz, porque no viessen,

La fuerça del martirio que passaron,  
Aquellos Santos Padres Religiosos,  
Fray Agustin, Fray Iuan, y Fray Francisco,  
Cuios illustres cuerpos retratados,  
Los baruaros tenian tan al viuo,  
Que porque vuestra gente no los viese,  
Quisieronlos borrar con aquel blanco,  
Cua pureza grande luego quiso,  
Mostrar con evidencia manifiesta,  
Que à puro azote, palo, y piedra fueron,  
Los tres Santos varones consumidos,  
Y como siempre prende el que assegura,  
Mandò el Gouvernador con gran recato,  
Que alli desentendidos se mostrasen,  
Y que en manera alguna no pusiessen,  
La vista en la pintura, pues con esto,  
Assegurados todos passarian,  
Al pueblo de Thomas, y de Christoual,  
Y assi con el secreto que importaua,  
Cua custodia y guarda es vna cosa,  
Con gran razon de todos estimada,  
Quando el Baruario pueblo ya entregado,  
Estaua con reposo al dulce sueño,  
Qual vn valiente tigre que agachado,  
Con el oydo atento y vista aguda,  
Los gruessos pies y manos va sacando,  
El poderoso lomo recogiendo,  
Para alentar mejor el presto salto,  
Sobre el ligero pardo descuidado,  
Assi quando rindieron la modorra,  
Salio de aqueste pueblo recatado,  
Nuestro Gouvernador, y fue marchando,  
La noche toda en peso, y puso cerco,  
Al pueblo de los dos que se llamauan,  
Christoual, y Thomas, en cuias casas,  
Aquellos que prendimos nos pusieron,  
Y luego dentro dellas se arrojaron,  
El prouehedor Zubra, y Iuan de Olague,  
El Alferez Zapata, y Leon de Isasti,  
Munuera, Iuan Medel, Alonso Nuñez,  
Y Pedro de Ribera, Gentiombre,  
De vuestro General, y de su mesa,  
Francisco Vazquez, y Christoual Lopez,  
Manuel, Francisco, Vido, y Montesinos,  
Segundo Paladin en bien feruiros,  
Que estos dieron con ellos en la cama,

Y della los sacaron y truxeron,  
A nuestro General, con quien hablaron,  
En español, y en lengua Mexicana,  
Diziendo que ellos eran ya Christianos,  
Y que fueron de aquellos que Castaño,  
Trujo de nueua España, y que quisieron,  
Quedarse en aquel puesto donde estauan,  
A vsança de la tierra ya casados,  
Nunca jamas se hallò tan gran tesoro,  
Ni bien tan lleno, rico y abundoso,  
Quanto el Gouernador, sintio tenia,  
Con los dos baptizados que delante,  
Con el hablauan lengua que entendia,  
Y que tambien sabian y alcançauan,  
Aquella que los baruaros vsauan,  
Mediante cuios medios luego pudo,  
Manifestar su intento, y sus conceptos,  
Por toda aquella tierra donde vimos,  
Muy buenas poblaciones assentadas,  
Por sus quartos y plaças bien quadradas,  
Sin genero de calles, cuias casas,  
Tres, cinco, seys, y siete, altos suben,  
Con mucho ventanaje, y corredores,  
A la vista graciosa desde afuera,  
Cuios vezinos tienen tantas hembras,  
Quantas les es posible que sustenten,  
Son lindos labradores por extremo,  
Ellos hilan y tejen, y ellas guisan,  
Edifican y cuidan de la casa,  
Y visten de algodón vistosas mantas,  
De diuersos colores matizados,  
Son todos gente llana y apazible,  
De buenos rostros bien proporcionados,  
Rebultos, prestos, sueltos, y alentados,  
No mancos, no tullidos, no contrechos,  
Mas de salud entera reforçada,  
De miembros muy bien hechos y trabados,  
Y tienen vna cosa aquestas gentes,  
Digna de noble estima y escelencia,  
Y es, que nunca han tenido, ni han vsado,  
Ninguna borrachera ni breuage,  
Con que puedan priuarse de sentido,  
Argumento euidente que los tiene,  
La Magestad del Cielo ya dispuestos,  
Para el rebaño santo, que escogido,  
Esta para saluarse señalado,

Son lindos nadadores por extremo,  
Los hombres y mugeres, y son dados,  
Al arte de pintura, y noble pesca,  
No tiene ley, ni Rey, ni conozemos,  
Que castiguen los vicios ni pecados,  
Es toda behetria no enseñada,  
A professar justicia, ni tenerla,  
Y son supersticiosos hechizeros,  
Idolatras perdidos, inclinados,  
A cultiuar la tierra, y à labrarla,  
Cogen frisol, maiz, y calabaza,  
Melon, y endrina rica de Castilla,  
Y vbas en cantidad por los desiertos,  
Y después que con ellos nos tratamos,  
Cogen el rubio trigo y hortaliza,  
Como es lechuga, col, haua, garbanço,  
Cominos, zanaorias, nabos, ajos,  
Zebolla, cardo, rabano, y pepino,  
Tienen graciosa cria de gallinas,  
De la tierra, y Castilla, en abundancia,  
Sin el carnero, baca, y el cabrito,  
Tienen caudales Rios, abundosos,  
De gran suma de pezes regalados,  
Como es bagre, mojarra, y armadillo,  
Corbina, camaron, robalo, aguja,  
Tortuga, anguila, truchas, y sardinas,  
Sin otra buena suma que notamos,  
En tanta cantidad que à solo anzuelo,  
Vn solo Castellano, en solo vn dia,  
A venido con seys y mas arrobas,  
De pezes regalados, y no cuento,  
Otras cosas grandiosas que la tierra,  
Produze, abraza, y tiene de nobleza,  
Con cuias buenas partes muy gustosos,  
Hizimos el assiento que tenemos,  
Segun que en otro canto lo veremos.

## CANTO DIEZ Y SEYS

*Como hizo assiento el Gouernador, con todo el Campo, en vn pueblo de Baruaros, à quien pusieron por nombre San Iuan de Caualleros, y del buen hospedaje de los Indios, y motin de los soldados, y fuga que hizieron quatro dellos, y castigo que en los dos se hizo, saliendo el autor, hasta tierra de paz tras dellos, y de la primera Yglesia que se hizo*

No tiene el mundo gusto tan gustoso,  
Que compararse pueda, al que recibe,  
La gente de una flota contrastada,  
Quando de brauos vientos combatida,  
Seguro y dulce puerto va tomando,  
En sossegado aluergue conozido,  
No de otra suerte todo vuestro campo,  
Al cabo de fortunas y sucessos,  
Tiempos y desuenturas tan pesadas,  
Alegre y con gran gusto fue arribando,  
Hazia vn gracioso pueblo bien trazado,  
A quien san Iuan por nombre le pusieron,  
Y de los caualleros por memoria,  
De aquellos que primero leuantaron,  
Por estas nuevas tierras y Regiones,  
El sangriento estandarte donde Christo,  
Por la salud de todos fue arbolado,  
Aqui los Indios todos muy gustosos,  
Con nosotros sus casas diuidieron,  
Y luego que alojados y de asiento,  
Haziendo vezindad nos assentamos,  
Estando el General comiendo vn dia,  
Leuantaron los baruaros vn llanto,  
Tan alto y espantoso, que pensamos,  
Auer llegado el vltimo remate,  
De la tremenda cuenta, y postrer punto,  
Del fin vniuersal de todo el mundo,  
Por cuias causas todos alterados,  
Confusos preguntamos à las lenguas,  
La causa de aquel llanto, y nos dixeron,  
Que lloraua la gente por el agua,  
Que mucho tiempo ya passado auia,  
O las nuues jamas auian regado,  
La tierra, que de seca por mil partes,  
Estaua tan hendida y tan sedienta,  
Que no le era posible que criase,  
Ninguna de las siembras que tuuiesse,  
Por cuias causas luego el Comissario,  
Y el Padre Fray Christoual confiados,  
En aquel sumo bien por quien viuimos,  
Mandaron que en voz alta les dixessen,  
Que no llorasen mas, ni se cansasen,  
Porque ellos rogarian à su Padre,  
Que estaua hallà en el Cielo, se doliesse,  
De toda aquella tierra, y que esperauan,

Que aunque inobedientes hijos eran,  
Que à todos muchas aguas les daria,  
Y que estas que vendrian de manera,  
Que todos los sembrados se cogiessen,  
Y assi como los niños tiernos callan,  
Quando ciertos les hazen de las cosas,  
Porque se afligen, lloran y fatigan,  
Assi callados todos sossegaron,  
Esperando les diessen cierta el agua,  
Por quien llorauan tanto, y se afligian,  
Y apenas otro dia fue llegando,  
La hora deste llanto, quando el Cielo,  
Cubriendose de nuues fue vertiendo,  
Por toda aquella tierra tantas aguas,  
Que espantados los baruaros quedaron,  
De la merced que alli el Señor nos hizo,  
Tras deste buen sucesso luego vino,  
Vn Indio bautizado, que Iusepe,  
Dixo que se llamaua, y que venia,  
Huyendo de la gente que auia entrado,  
Contra vando, y sin orden, con Bonilla,  
Y dio por nueuas, que vn soldado Vmaña,  
Le dexaua ya muerto á puñaladas,  
Por vandos y passiones que tuuieron,  
Y que este por Gouvernador quedaua,  
Tambien por General, de aquella gente,  
Que Riberas de vn Rio le dexaua,  
Tan ancho y caudaloso, que tenia,  
Vna cumplida legua, y que distaua,  
De nuestro nueuo assiento, y estalage,  
Seyscientas largas millas bien tendidas,  
Y dixonos con esto, que cebado,  
De la noticia grande que tenia,  
De muchas poblaciones abundosas,  
De gran suma de oro, se yua entrado,  
La tierra mas adentro, y que pensaua,  
Passar con ciertas balsas aquel Rio,  
Por entender que estaua bien poblado,  
Respecto de los humos que vissibles,  
De aquesta vanda todos descubrian,  
Tambien nos dio noticia auian passado,  
Por vn pueblo tan grande, que estuieron,  
Vn dia y medio, en solo atrauesarle,  
Y que de miedo que de Vmaña tuuo,  
Respecto de los muchos que ahorcaua,  
Quiso con presta fuga alli dexarlos,

En este medio tiempo vnos soldados,  
Con nosotros sus casas diuidieron,  
Y luego que alojados y de asiento,  
Haziendo vezindad nos assentamos,  
Estando el General comiendo vn día,  
Lebantaron los baruaros vn llanto,  
Tan alto y espantoso, que pensamos,  
Auer llegado el vltimo remate,  
De la tremenda cuenta, y postrer punto,  
Del fin vniuersal de todo el mundo,  
Por cuiua causa todos alterados,  
Confussos preguntamos à las lenguas,  
La causa de aquel llanto, y nos dixeron,  
Que lloraua la gente por el agua,  
Que mucho tiempo ya passado auia,  
O las nuues jamas autan regado,  
La tierra, que de seca por mil partes,  
Estaua tan hendida y tan sedienta,  
Que no le era possible que criase,  
Ninguna de las siembras que tuuiesse,  
Por cuiua causa luego el Comissario,  
Y el Padre Fray Christoual confiados,  
En aquel sumo bien por quien viuimos,  
Mandaron que en voz alta les dixessen,  
Que no llorasen más, ni se cansasen.  
Porque ellos rogarian à su Padre,  
Que estaua hallá en el Cielo, se doliesse,  
De toda aquella tierra, y que esperauan,  
Que aunque inobedientes hijos eran,  
Que à todos muchas aguas les daria,  
Y que estas que vendrian de manera,  
Que todos los sembrados se cogiessen,  
Y assi como los niños tiernos callan,  
Quando ciertos les hazen de las cosas,  
Porque se afligen, lloran, y fatigan,  
Assi callados todos sossegaron,  
Esperando les diessen cierta el agua,  
Por quien llorauan tanto, y se afligian,  
Y apenas otro día fue llegando,  
La hora deste llanto, quando el Cielo,  
Cubriendose de nuues fue vertiendo,  
Por toda aquella tierra tantas aguas,  
Que espantados los baruaros quedaron,  
De la merced que alli el Señor nos hizo,  
Tras deste buen sucesso luego vino,  
Vn Indio bautizado, que Iusepe,

Dixo que se llamaua, y que venia,  
Huyendo de la gente que auia entrado,  
Contra vando, y sin orden, con Bonilla,  
Y dio por nueuas, que vn soldado Vmaña,  
Le dexaua ya muerto à puñaladas,  
Por vandos y passiones que tuuieron,  
Y que este por Gouvernador quedaua,  
Tambien por General de aquella gente,  
Que Riberas de vn Rio le dexaua,  
Tan ancho y caudaloso, que tenia,  
Vna cumplida legua, y que distaua,  
De nuestro nueuo assiento, y estalage,  
Seyscientas largas millas bien tendidas,  
Y dixonos con esto, que cebado,  
De la noticia grande que tenia,  
De muchas poblaciones abundosas,  
De gran suma de oro, se yua entrando,  
La tierra mas adentro, y que pensaua,  
Passar con ciertas balsas aquel Rio,  
Por entender que estaua bien poblado,  
Respecto de los humos que vissibles,  
De aquesta vanda todos descubrian,  
Tambien nos dio noticia auian passado,  
Por vn pueblo tan grande, que estuuieron,  
Vn dia y medio, en solo atrauesarle,  
Y que de miedo que de Vmaña tuuo,  
Respecto de los muchos que ahorcaua,  
Quiso con presta fuga alli dexarlos,  
En este medio tiempo vnos soldados,  
Amotinando el campo fueron pressos,  
Y entre ellos Aguilar, por cuia causa,  
Queriendo el General hazer castigo,  
Fueron tantos aquellos que cargaron,  
Con lagrimas, lamentos, y con ruegos,  
Que general perdon alli alcançaron,  
Por cuia causa todos consolados,  
Por solo aqueste hecho se ordenaron,  
Vnas solemnes fiestas que duraron,  
Vna semana entera, donde vbo,  
Iuego de cañas, toros, y sortija,  
Y vna alegre comedia bien conpuesta,  
Regozijos de moros y Christianos,  
Con mucha artilleria, cuio estruendo,  
Causo notable espanto y marauilla,  
A muchos brauos baruaros que auian,  
Venido por espias à espiarnos,

Y à ver las fuerças y armas que alcançauan,  
Alli los Españoles cuio brio,  
De ninguna nacion fue mas notado,  
Como después veremos adelante,  
Que de la fuerça de Acoma que tuuo,  
Entre nosotros vna grande espia,  
Que muy larga razon lleuó de todo,  
Pues luego que estas fiestas se acabaron,  
Como el perdon à vezes es gran parte,  
Para que nuevas culpas se cometan,  
Parece que vnos pobres olvidados,  
De la infamia y bageza que emprendian,  
En boluer las espaldas à la iglesia,  
A vuestro General y al estandarte,  
Y à sus hermanos, deudos, y parientes,  
Hurtando vna gran parte de cauallos,  
Hizieron fuga, siendo los primeros,  
Que à tal infamia abrieron el camino,  
Mas Dios nos libre quando quiebra y rompe,  
El hancora sagrada de obediencia,  
La naue, y con fortuna se abalança,  
Por lebantados riscos, y assi suelta,  
Perdido ya el gouierno y arrastrando,  
Los poderosos cables donde assida,  
Estuuo, y sin zozobra de anegarse,  
Que quando assi perdida vemos pierde,  
El miedo à todo trance, Dios nos libre,  
Que à tanta desventura nadie llegue,  
Auiendo pues perdido la verguença,  
Y hecho fuga aquestos desdichados,  
Mandó el Gouernador que luego al punto,  
Tras dellos yo saliesse, y me aprestase,  
Y porque aquesta causa bien se hiziesse,  
Mandó que Iuan Medel, Ribera, y Marquez,  
Como leales siempre en bien seruiros,  
A castigar tan gran delicto infame,  
Saliessen assimismo y ayudasen,  
Y que doquiera que el alcance fuesse,  
Que alli luego las vidas les quitase,  
Con cuio mandamiento luego fuimos,  
Catorce dias siempre por la posta,  
Gran suma de trabajos padeziendo,  
Y dandoles alcance qual Torquato,  
Que al muy querido hijo mandò luego,  
Por transgressor del vando quebrantado,  
Que la cabeça de los tristes hombros,

Alli le destroncasen y quitasen,  
Assi à los dos mandamos degollasen,  
Y libres otros dos se libertaron,  
Dexandonos alli la cauallada,  
Y como todo aquesto sucediesse,  
Cerca de Santas Baruara salimos,  
Forçados de gran hambre à socorrernos,  
Desde cuios assientos escreuimos,  
A vuestro Vissorrey lo que passaua,  
Assi en esta causa como en todas,  
Las que en tan largo tiempo nos passaron,  
Y como el Real Alferez Peñalosa,  
Llegò con todo el campo sin disgusto,  
Al pueblo de san Iuan los Religiosos,  
Hizieron luego Iglesia y la bendijo,  
El Padre Comissario, y bautizaron,  
Mucha suma de niños con gran fiesta,  
En esto el General mandó saliesse,  
El Sargento mayor, y que arrancase,  
Cinquenta buenos hombres, y que fuesse,  
A descubrir la fuerça de ganados,  
Que los llanos que Zibola criauan,  
Pues como aquesto luego se hiziesse,  
Salio marchando, y en vn fresco Rio,  
De ziruelas cubierto, y de pescado,  
Alegres descansaron y se fueron,  
Por otros muchos Rios abundosos,  
De muchas aguas, pezes, y arboledas,  
Donde con solo anzuelo sucedia,  
Sacar quarenta arrobas de pescado,  
En menos de tres horas de soldados,  
Pues yendo assi marchando acaso vn dia,  
Auiendo hecho alto por las faldas,  
De vna pequeña toma, junto à vn Rio,  
Por vn repecho vieron que assomaua,  
Vna figura humana con orejas,  
De casi media vara, y vn hozico,  
Horrible por extremo, y vna cola,  
Que casi por el suelo le arrastraua,  
Bestido con vn justo muy manchado,  
De roja sangre todo bien teñido,  
Con vn arco y carcax, amenaçando,  
A toda vuestra gente con meneos,  
Saltos, y con amagos nunca vistos,  
Y mandando el Sargento que estimiessen,  
Apercebidos todos, y aguardasen,

A ver en que paraua tal ensayo,  
Notaron que era vn Indio que venia,  
A no mas que espantarlos, porque tuuo,  
Por cosa cierta, que los Españoles,  
Dexaran el bagaje y se acogieran,  
Y que el fuera señor de todo aquello,  
Que alli lleuauan todos descuidados,  
De la baruara burla de aquel bruto,  
Por cuiu causa juntos se mostraron,  
Alebrestandos, timidos, cobardes,  
Fingiendo se escondian temerosos,  
Entre la misma ropa que lleuauan,  
Y assi notando el Indio que temian,  
Entre ellos se metio haciendo cocos,  
Al cabo de los quales le cogieron,  
Y la mascara luego le quitaron,  
Y assi corrido, triste, auergonçado,  
Llorando les pidio que le boluiessen,  
Aquel reboço, el qual con grande risa,  
Chacota, y passatiempo, le boluieron,  
Y no quiso el Sargento que se fuesse,  
Hasta que muy risueño, alegre y ledó,  
Con todo se mostrase, y esto hecho,  
El baruaro se fue por su camino,  
No menos disgustoso que contento,  
Tras desto luego fueron à otro Rio,  
Donde vieron à vn baruaro gallardo,  
Mucho mas blanco y zarco, que vn flamenco,  
Con vna buena esquadra de flecheros,  
Que con pausado espacio se venia,  
Hazia los Españoles, y en llegando,  
Con grande grauedad y gran mesura,  
A todos los mirò muy sossegado,  
Y viendo alli el Sargento su descuido,  
Su pausa, y su silencio, y poco caso,  
Que de todos hazia, y que apenas,  
Quiso alçar los ojos para nadie,  
Mandò que se llegasen, y à la oreja,  
Vn buen mosquete alli le disparasen,  
Con fin de que temiesse y se assombrase,  
Pues hazziendose assi, qual sino fuera,  
La fuerça del mosquete disparado,  
Alçò la blanca mano, y con el dedo,  
Escaruando el oydo con espacio,  
Al punto le quitò, y quedo tan sesgo,  
Como si de vn fino marmol fuera,

Viendo pues el Sargento tal prodigio,  
Mandò que con respecto le tratasen,  
Y assiendole del braço cortesmente,  
Vn gran cuchillo quiso presentarle,  
Y tomandole el baruario mirole,  
Y boluiendo la mano poca cosa,  
Y los suyos le dio, y luego ellos,  
De su misma pretina le colgaron,  
Con esto le pidieron que vna guia,  
Fuesse seruido darles, y que fuesse,  
Tal que à todos juntos los lleuase,  
A los llanos que todos pretendian,  
Apenas lo dixeron quando luego,  
Mandó que cierto baruario saliesse,  
De aquellos que con el auian venido,  
Y que qual buen piloto los lleuase,  
Hasta los mismos llanos que dezian,  
Iamas se vio sentencia rigurosa,  
Ni perdida de vida mas temida,  
Que el baruario temio tan gran mandato,  
Y qual si yunque fuera no le vieron,  
Aunque muy demudado y alterado,  
Estremezido todo y sin aliento,  
Que replica tuuiesse, ni hablase,  
Con esto los dexò, y qual se vino,  
Con reposados passos fue boluiendo,  
Y luego con la guía fue marchando,  
El Sargento mayor, y siempre quiso,  
Que postas à la guia se pusiessen,  
Porque fuga no hiziesse y los dexase,  
Pues velando Cortes el triste quarto,  
Que dizen de modorra, fue rompiendo,  
La fuerça de prision el Indio cauto,  
Y assi como cometa que ligero,  
Traspone su carrera, assi traspuso,  
Y el Español tras del, y con presteza,  
El curso apresuraron de manera,  
Que corrieron dos leguas bien tiradas,  
Al cabo de las quales ya rendido,  
El Cortes se quedò desatinado,  
Lleno de corrimiento y de verguença,  
Pues como no supiesse ni entendiessse,  
El Sargento mayor, ni otro alguno,  
El camino y derrota que lleuauan,  
El vno tras del otro disgustosos,  
Esperando estuuieron hasta el alua,

Y estando con grandisima tristeza,  
Porque era medio día ya passado,  
A cosa de las tres llegò sudando,  
Con doze brauos baruaros dispuestos,  
Y con gentil donaire y desenfado,  
A todos denodados fue diciendo,  
Si como fueran doze fueran ciento,  
A todos los truxera, y fuera paga,  
Conforme al Euangelio sacrosanto,  
El vno se me fue, y aquestos traigo,  
Y no viniera aca sino supiera,  
Que bien puede suplir por vno solo,  
Qualquiera de los doze y aqui vienen,  
Con esto alegres todos y contentos,  
Arrancaron de alli, cuiá memoria,  
Será bien que se cante en nueua historia.

#### CANTO DIEZ Y SIETE

*Como salio el Sargento con la nueuas guias, que trujo Marcos Cortes, y como llegò à los llanos de Zibola, y de las muchas vacas que vio en ellos, y de la obediencia que dieron los Indios al Governador, y, salida que hizo, para los pueblos en cuya vista determinò, que en llegando el Sargento mayor al Real, quedase gobernando, y que el Maese de Campo saliesse, para yr con el al Mar del Sur para lo qual despachò mensagero proprio, para que saliesse tras del con treynta hombres.*

Que quiebra puede ser en si tan grande,  
Que facil no se enmiende, y ponga en punto,  
Si es hombre de valor, y de verguença,  
Aquel por quien sucede vn caso triste,  
Auiendo pues el buen Cortes perdido,  
El baruaro en la vela y en la fuga,  
Ocupado de empacho y de verguença,  
Se fue por vna senda muy hollada,  
De gente natural de aquella tierra,  
Y acaso derrotados del camino,  
Vio solos doze baruaros desnudos,  
Con impetu furioso venir ciegos,  
Tras de vn valiente cierbo que venia,  
Tambien de temor ciego por el puesto,  
Por donde cuidadoso yua marchando,  
Y luego que le vido desembuelto,  
Dio huella al arcabuz, y alargó en trecho,

Cogiendole en el ayre lebantado,  
Con la fuerça del salto poderoso,  
Dio con el muerto en tierra, y con el humo,  
De la encendida llaue descubierto,  
Los haruaros le vieron y quedaron,  
No menos muertos, que el que en tierra estaua,  
Pensando que era Dios, pues con vn rayo,  
De sus valientes manos despedido,  
El animal ligero que seguian,  
Ynopinadamente fue priuado,  
De la vida y aliento que lleuaua,  
Viendolos pues suspensos y parados,  
Atonitos del caso nunca visto,  
A todos los llamó que se llegasen,  
Y ellos bien temerosos y encogidos,  
Arrastrando los arcos por el suelo,  
Mudos, suspensos, tristes, cabizbajos,  
Por no ser sin pensar alli abrasados,  
Pasmados, y temblando se acercaron,  
Al puesto y estalage donde estaua,  
El valiente Español con brauo imperio,  
En esto quatro baruaras vinieron,  
Por este mismo puesto atrauesando,  
Con vna buena requa bien cargada,  
De perros, que en aquestas partes vsan,  
Traerlos à la carga, y trabajarlos,  
Como si fueran mulas de requaje,  
Y aunque pequeños, lleuan tres arrobas,  
Y quatro, y andan todos lastimados,  
Qual suelen nuestras bestias con la carga,  
Que se les va assentando con descuido,  
A estas dio Cortes el gran cierbo,  
Y despues que à los baruaros hablaron,  
Todas de miedo, y de temor cubiertas,  
Alli se lebantaron encogidas,  
Y ellos con gran respecto se vinieron,  
Con el fuerte estremeño, que les dixo,  
Que con el se viniessen, y assi juntos,  
A todos los lleuaron à los llanos,  
Donde vieron vn toro desmandado,  
Con cuiu vista luego los cauillos,  
Bufando y resurtiendo, por mil partes,  
A fuerça de la espuela y duro freno,  
Hizieron los ginetes se llegasen,  
Y alli todos en cosso le truxeron,  
Con grande regocijo, y con espanto,

De la baruara gente que notaua,  
Aquel imperio y magestad tan grande,  
Con que los Españoles apremiauan,  
El impetu y fiereza de animales,  
Tan fuertes y animosos como aquellos,  
Que cada qual regia y gouernaua,  
Y por solo causarles mayor grima,  
Mandò el Sargento todos sossegasen,  
Y poniendose enfrente desta bestia,  
Vn ligero valazo, con el fuego,  
Del arcabuz ligero fue impeliendo,  
Por medio de los sesos que tenia,  
Con tan viua presteza que en vn punto,  
Los quatro pies abiertos puso en tierra,  
El vientre rebolcando y dando buelta,  
Quedó sin vida, hierto, estremeciendo,  
Sobre el tendido lomo sustentando,  
Con esto todos juntos se metieron,  
Los llanos mas à dentro, y encontraron,  
Tanta suma y grandeza de ganados,  
Que fue cosa espantosa imaginarlos,  
Son del cuerpo que toros Castellanos,  
Lanudos por extremo, corcobados,  
De regalada carne y negros cuernos,  
Lindissima manteca, y rico sebo,  
Y como los chibatos tienen barbas,  
Y son à vna mano tan ligeros,  
Que corren mucho mas que los venados,  
Y andan en atajos tanta suma,  
Que veynte y treynta mil cabeças juntas,  
Se hallan ordinarias muchas vezes,  
Y gozan de vnos llanos tan tendidos,  
Que por seyscientas, y ochocientas leguas,  
Vn sossegado mar parece todo,  
Sin genero de cerro ni vallado,  
Donde en manera alguna pueda el hombre,  
Topar la vista acaso, o deternerla,  
En tanto quanto ocupa vna naranja,  
Si assi puede dezirse tal exceso,  
Y es aquesto señor en tanto extremo,  
Que si por triste suerte se perdiesse,  
Algunos en estos llanos no seria,  
Mas que si se perdiesse y se hallase,  
Enmedio de la mar sin esperança,  
De verse jamas libre de aquel trago,  
Queriendo pues en estos grandes llanos,

El Sargento mayor coger algunas,  
De aquellas vacas sueltas y traerlas,  
Al pueblo de san Iuan, porque las viessen,  
Mandò que vna manga se hiziesse,  
De fuerte palizada prolongada,  
La qual hizieron luego con presteza,  
El Capitan Ruyz, y Iuan de Salas,  
Iuan Lopez, Andres Perez, y Iuan Griego,  
Tras destes Pedro Sanchez Damiero,  
Iuan Guerra, Simon Perez, y Escalante,  
Alonso Sanchez Boca Negra, y Reyes,  
Y Iorge de la Vega, y Iuan de Olague,  
Y el buen Christoual Lopez, Mallea,  
Y luego que la manga se compuso,  
Salieron para dar el auentada,  
Todos los sobredichos, y con ellos,  
El prouehedor, y aquellos Capitanes,  
Aguilar, y Marçelo de Espinosa,  
Domingo de Lizama, con Ayarde,  
Christoual Sanchez, y Francisco Sanchez,  
Iuan de Leon, Zapata, y Cauanillas,  
Pedro Sanchez, Monrroy, Villabiciosa,  
Y Francisco de Olague, y los Robledos,  
Iuan de Pedraça, con Manuel Francisco,  
Carabajal, Carrera, y los Hinojos,  
Iuan de Vitoria, Ortiz, y los Varelas,  
Francisco Sanchez el Caudillo, y Sosa,  
Todos en buenas yeguas voladoras,  
Auentando salieron el ganado,  
Y assi como la manga descubrieron,  
Qual poderoso viento arrebatado,  
Que remata en vn grande remolino,  
Assi fue reparando y reboluiendo,  
La fuerça del ganado lebantando,  
Vn terremoto espeso tan cerrado,  
Que si junto à vnas peñas no se halla,  
La soldadesca toda guarnecida,  
No quedara ninguno que hecho pieças,  
Entre sus mismos pies no se quedara,  
Por cuiu causa luego dieron orden,  
Que el ganado en paradas se matase,  
Y todo assi dispuesto hizieron carne,  
Para boluerse luego, y despidieron,  
Con notables carizias à los doze,  
Que el buen Marcos Cortes auia traido,  
Dandoles muchas cuentas y abalorios,

Con que todos se fueron espantados,  
De ver la fuerça y armas de Españoles,  
Los quales vieron siempre en estos llanos,  
Gran suma de vaqueros, que a pie matan,  
Aquestas mismas vacas que dezimos,  
Y dellas se sustentan y mantienen,  
Toda gente robusta y de trabajo,  
Desenfadada, suelta, y alentada,  
Y tienen lindas tiendas por extremo,  
Y lindos y luzidos pabellones,  
Del cuero de las vacas, cuio adobo,  
Es tan tratable y dozil que mojado,  
Aqueste mismo cuero que dezimos,  
Buelue despues de seco mas suabe,  
Que si fuera de lienço, o fina olanda,  
En este medio tiempo y coiuntura,  
Estando hallà en san Iuan que no dormian,  
Iuntos el General, y el Comissario,  
De parte de la Iglesia sacrosanta,  
Y de vuestra grandeza generosa,  
Vnanimos los dos, determinaron,  
Que alli los Capitanes principales,  
De todas las Prouincias se juntasen,  
Por cuiã causa luego despacharon,  
El libro de memoria, que era el sello,  
Con que era el General obedezido,  
De toda aquella tierra, porque en viendo,  
Los baruaros el libro se rendian,  
A todo lo que aquel que le lleuaua,  
De parte el General les proponia,  
Pues como sin tardança obedeciessen,  
Sin exceder en cosa de aquel tiempo,  
Que à todos les fue puesto y señalado,  
Iuntos en vna plaça les propuso,  
El noble General con buena gracia,  
Presente el Secretario, y todo el campo,  
Y el Padre Comissario, y Religiosos,  
Que la causa de auerlos el llamado,  
Era solo el amor que les tenia,  
Y que este le oprimia, y le forçaua,  
A que les enseñase vna gran cosa,  
Que mucho le pasaua que tan ciegos,  
En ella tantos tiempos estuuiesen,  
Pues sin que la supiesen y alcançasen,  
No era possible que ninguno dellos,  
Después que muerto fuesse, que dexase,

De arder para siempre en los infernos,  
Y que para librarlos deste fuego,  
Y que gozasen de vn descanso alegre,  
Era fuerça supiessen y alcançasen,  
Que estaua vn gran señor allà en el Cielo,  
De tan grande poder, y tanto imperio,  
Que con solo querer aquello hazia,  
Queriendo que se hiziesse, y que se obrase,  
Y que con este mismo señorío,  
Deshazia y quitaua todo aquello,  
Que tenia ya hecho y leuantado,  
Cuias verdades muy claro les mostraua,  
Aqueste gran señor que les dezia,  
A ellos mismos, si notar quisiessen,  
Pues sin obra de manos vian todos,  
Crecer las mieses, arboles, y plantas,  
Marchitarse despues y deshazerse,  
Llouer y granizar el alto Cielo,  
Y mostrarse despues claro y sereno,  
Venir el Sol y luego las Estrellas,  
Tener salud el hombre, y en vn punto,  
Perderla sin que manos le tocasen,  
Cuias obras grandiosas y admirables,  
Era. razon supiessen y entendiessen,  
Eran hechas y obradas todas ellas,  
Con sola voluntad, y no otra cosa,  
Y que de aquesta suerte, traza y modo,  
Este mismo señor, sin mas ayuda,  
Auia hecho el Cielo, Sol y Luna,  
Estrellas, y los campos y las aguas,  
Los pezes, y las aues, y los montes,  
Y vna gran suma de Angeles que estauan,  
Siruiendole en el Cielo, y à los hombres,  
Que auitan en la tierra, y que importaua,  
Saber que en todas partes asistia,  
Aqueste gran señor, y se mostraua,  
Mas dentro de las cosas que criaua,  
Que ellas estauan dentro de si mismas,  
Sabiendo y penetrando el pensamiento,  
Y voluntad que cada qual tenia,  
En obrar bien, o mal, y que camino,  
Era aquel que lleuaua, y que cuenta,  
Hazia de la ley que no podia,  
Negar que la ignoraua, y no supiesse,  
Pues todos discernian y sabian,  
Qual era malo, o bueno, cuias obras,

En bien o mal, ninguno se escusaua,  
De dar estrecha cuenta en la otra vida,  
Porque aunque libres Dios à todos hizo,  
Para escoger aquello que quisiessen,  
A todos les forçò à que alcançasen,  
Y juntamente claro conoziessen,  
Ser llegado à razon seguir lo bueno,  
Y culpa y ceguedad seguir lo malo,  
Y por si en la eleccion destas dos cosas,  
Alguno discrepase les hazia,  
Ciertos de gloria y pena, segun fuesse,  
Malo, o bueno, el camino que lleuasen,  
Y que por solo aquesto aca en la tierra,  
Tenia este señor grandes ministros,  
Para que castigasen y premiasen,  
A todos los que mal, o bien hiziessen,  
Y que pues ellos eran libertados,  
Y no estauan sugetos à ninguno,  
Que justicia ni ley, les enseñase,  
Que si en estas dos cosas pretendian,  
Ser todos industriados y enseñados,  
Que era fuerça que todos libremente,  
Diessen su libertad y la obediencia,  
A vuestra Real corona, y que entendiesen,  
Que à los que bien viuiesen les daria,  
En vuestro nombre premios muy honrosos,  
Y que estarian siempre defendidos,  
Y de sus enemigos amparados,  
Y assimismo tambien aprouechados,  
En muchas cosas de importancia grande,  
Para el cuerpo y el alma que tenian,  
Y que assimismo que era bien supiesen,  
Que à los que hiziessen mal, que fin escusa,  
Auian de ser todos castigados,  
Segun que los delictos cometiessen,  
Y que los que vna vez se sugetasen,  
Y diessen la obediencia à vuestras leyes,  
Que en ninguna manera no podian,  
Con pena de la vida hacerse afuera,  
Todas aquestas cosas les propuso,  
Alli el Governador bien declaradas,  
Y à todas ellas luego respondieron,  
Los baruaros à vna, que gustauan,  
De dar la libertad, y sugetarse,  
A vuestra Real persona, y que querrian  
Dar luego la obediencia de buen grado,

Porque à todos muy bien les parecia,  
Lo que el Gouvernador les proponia,  
Y luego se hizieron y escriuieron,  
Publicos instrumentos y escrituras,  
A cerca desta causa ya tratada,  
Con esto alegre el noble Comissario,  
Alli tambien à todos les propuso,  
Que dexasen su vil idolatria,  
Y adorasen à Christo, Dios y hombre,  
Cruzificado, muerto y sepultado,  
Por la salud de todo el vniuerso,  
A lo qual juntos todos replicaron,  
Que quisiessen primero doctrinarlos,  
En aquello que assi les proponian,  
De aquel hombre mortal passible y muerto,  
Y que si bien à todos estuuiesse,  
Dexar su ley, por recibir aquella,  
Que alli les enseñauan y mostrauan,  
Que todos con gran gusto lo harian,  
Y que si viessen no les combenia,  
Que no mandasen que ellos recibiesen,  
Cosa que no entendiessen y alcançasen,  
Con cuiu puerta luego el Comissario,  
Sembró sus Religiosos como Christo,  
Sembró el Apostolado por Prouincias,  
Y assi à san Miguel luego le dieron,  
La Prouincia de Pècos, a à Zamora,  
La Prouincia de Quères, y al gran Lugo,  
La Prouincia de Emès, y à Corchado,  
La Prouincia de Zía, y al buen Claros,  
La Prouincia de Tiguas, y con esto,  
Dieron à Fray Christoual la Prouincia,  
De aquellos nobles Tèguas donde el campo,  
Quiso hazer assiento, y alli juntos,  
Los soldados à una hizieron fiestas,  
Por bien tan inefable y tan grandioso,  
Con cuiu buen principio sin tardança,  
Salio el Gouvernador por la Prouincias,  
Que estauan lejos, y apartadas destas,  
Que assi señor os dieron la obediencia,  
Y viendo quan bien todos se rendian,  
A vuestra Real justicia, y leyes della,  
Al Maese de campo escriuio luego,  
Que no bien el Sargento se apease,  
De buelta de las vacas, le dixesse,  
Que en su lugar quedase gouernando,

Y que el sin detenerse le siguiesse,  
Con treinta buenos hombres bien armados,  
Porque determinaua yrse breue,  
A ver el mar del Sur, y que entretanto,  
Que los dos se juntasen, que el queria,  
Hazer visita entera de los pueblos,  
Que por amigos todos se mostrauan,  
Y como es cosa cierta que entre buenos,  
No faltan siempre malos que deshazen,  
Aquello que los buenos apetecen,  
Salio el Governador para la fuerça,  
De Acoma famosa, cuia gente,  
Alborotada toda van tomando,  
Las poderosas armas incitados,  
Del baruario mas bajo que tenia,  
Aquesta braua fuerça, cuio encanto,  
Serà bien que se cante en nuevo canto.

#### CANTO DIEZ Y OCHO

*Como fue el Governador para la fuerça de Acoma, y, alboroto que causò Zutacapan,  
y traicion que tuuo fabricada*

O libre libertad, como te ofendes,  
Si duro iugo viene amenaçando,  
Con que solicitud la altiuia frente,  
Y cerbiz braua vemos que sacudes,  
Al punto que les sientes y conozes,  
No sube en Tiuar, ni en Arauia, tanto,  
El oro, sus quilates lebantados,  
Quanto los tuyos vemos que lebantas,  
Y no es mucho, pues toda su grandeza,  
No es valor suficiente ni bastante,  
Que pueda emparejar al alto precio,  
De lo mucho que vales, y te estimas,  
Apenas se mouio y salio marchando,  
Para el Peñol soberuio todo el campo,  
Quando Zutacapan salio de passo,  
Y digo assi señor salio de passo,  
Por no auer sido baruario de cuenta,  
Mas antes comunmente reputado,  
El, y todos sus deudos, y passados,  
Por gente mas vil, baja, y mas grossera,

Que toda essotra chuzma conozida,  
Y assi en las juntas graues que tuieron,  
Por ser todos humildes y encogidos,  
Iamas ninguno dellos fue llamado,  
Pues siendo aqueste de ambicion cautiuo,  
Iniuidioso, soberuio, y aleboso,  
Amigo de mandar y ser tenido,  
Pareciole ser ya llegada la hora,  
De que libertad fuesse medianera,  
Para poder subirse y lebantarse,  
Y para dar principio à su flaqueza,  
Determinó de hablar à todo el pueblo,  
Y subiendose à lo alto de vna casa,  
En altas voces empezo à dezirles,  
Escuchadme varones y mugeres,  
Vezinos desta fuerça desdichada,  
Que à dura seruidumbre miserable,  
Hos siento ya sugetos y abatidos,  
Por qual razon aueys assi querido,  
Dormir à sueño suelto sin cuidado,  
Será bien que perdamos todos juntos,  
La dulce libertad que nos dexaron,  
Nuestros difuntos padres ya passados,  
No sentis los clarines y las cajas,  
De la soberuia gente Castellana,  
Que à toda priessa viene ya marchando,  
Qual es aquel que piensa de vosotros,  
Quedar con libertad si aquestos llegan,  
Estando como estamos descuidados,  
Tomad, tomad, las armas y esperemos,  
La intencion mala, o buena, con que vienen,  
Que en nuestra mano està despues dejarlas,  
Si conuiene assi, que las dexemos,  
Apenas lo vbo dicho quando luego,  
Furiosos todos fueron embistiendo,  
Los vnos con gran priessa descolgando,  
Del alto techo la fornida maça,  
Otros el grueso leño bien labrado,  
Qual la rodela y hasta bien tostada,  
El arco, y el carcax de agudas puntas,  
Con otras muchas armas que à su modo,  
Han conserbado siempre, y han guardado,  
Y con ellas salieron à la plaça,  
Turbados de alboroto y de rebuelta,  
Y el baruario qual vn astuto lobo,  
Por la nariz y boca resollando,

Latiendo los hijares con braueza,  
Vn ñudoso baston en la derecha,  
Rebentando por verse ya rebuelto,  
En cosas de ambicion y de gouierno,  
De lo alto de la casa donde estaua,  
Al baruario esquadron bajò diziendo,  
Con grandes alaridos, guerra, guerra,  
A sangre, fuego, y arma, sin remedio,  
Ni dilacion alguna se lebante,  
Contra estos alebosos, que pretenden,  
Pisar los brauos terminos vedados,  
No solo à todo el mundo y su grandeza,  
Mas à los mismos dioses prohibidos,  
Que muerte y vida traigo aqui rendidas,  
Al valor deste braço poderoso,  
Par,;que por mi solo gusto viuan,  
O mueran tristemente miserables,  
Aquestos atrebidos que endereçan,  
Sus mal seguros passos à nosotros,  
Muchos dellos alli se le arrimaron,  
Que aquesto tiene el mundo que no faltan,  
Amigos de renzillas y alborotos,  
Y quien atize, sople, y cresca el fuego,  
Y porque tambien todo lo digamos,  
Entre los malos muchas vezes vemos,  
Algunos que de suyo son muy buenos,  
Tuuo Zutacapan vn noble hijo,  
El primero que en todo su linaje,  
Mostró tener valor, y buen concierto,  
Llamado Zutancalpo, moço afable,  
Que veinte años cumplidos no tenia,  
Gracioso, gentilhombre, y bien hablado,  
Amigo de su Patria, y muy compuesto,  
Y en cosas de importancia reportado,  
Aqueste fue el primero que se opuso,  
A resistir al Padre en sus intentos,  
Hablando desta suerte à todo el pueblo,  
Nobleza de Acomeses valerosos,  
Aunque es verdad, y todos conozemos,  
Que la fortuna siempre faborece,  
A los que son ossados y atreuidos,  
Con esto tambien todos alcançamos,  
Que no es cosa segura, ni discreta,  
Ser sin maduro acuerdo el hombre ossado,  
Porque donde el peligro no se teme,  
Alli muestra su fuerça mayor golpe,

Y este es tanto mas graue y mas pesado,  
Quando con mas confiança fue emprendido,  
Bien os consta que entraron los Castillas,  
Segun grandes guerreros en la tierra,  
Bien preuenidos todos con cuidado,  
La noche toda en peso con sus velas,  
Sabemos duermen juntos bien armados,  
Y en pueblos que han entrado conozemos,  
Que en paz gustosa à todos los dexaron,  
Pues si ellos alcançasen que nosotros,  
Las sossegadas armas lebantamos,  
Viniendo como vienen preuenidos,  
Quien duda ser la guerra cierta en casa,  
Y si aquesta no bien nos sucediesse,  
Y estos son como dizen inmortales,  
Qual disculpa sera la que disculpe,  
El ser todos nosotros los primeros,  
En encender la tierra que de suio,  
Esta toda gustosa y sossegada,  
Tened las armas, no querais con ellas,  
Causar incendio que despues no pueda,  
Ser de todos nosotros apagado,  
Y cessando con esto el brauo joben,  
Estaua en esta fuerça vn noble viejo,  
Que ciento y veinte años alcançaua,  
En sus tiempos varon de muy buen seso,  
Auiso y discrecion bien concertada,  
Y principal tambien de seys que auia,  
En toda aquella fuerça señalados,  
Este por nombre Chùmpto se llamaua,  
Y porque algun gran daño no causasen,  
Con el bullicio de armas lebantadas,  
De aquesta suerte à todos les propuso,  
Hijos caros, valientes y escogidos,  
De donde el honor de Acoma deciende,  
Y flor de aquella gente esclarecida,  
De donde vuestro esfuerço y ser depende,  
Que con yra seais embrauecidos,  
Contra todos aquellos que pretenden,  
Por algun mal camino perturbaros,  
Es cosa en si tan justa, quanto injusta,  
Querer vosotros mismos encenderos,  
Y assi encendidos aguardar al viento,  
Y que con èl los vnos y los otros,  
Quedemos despues todos abrasados,  
Yo soy de parecer que luego auna,

Las armas se sossiegen y descansan,  
Que como os tiene dicho Zutancalpo,  
Si en otros pueblos guerras no han tenido,  
Aquestos Españoles que esperamos,  
Hijos que causa puede auer bastante,  
Para que aqui nosotros los temamos,  
Y con esto que el viejo les propuso,  
Demas de las razones del mançebo,  
Todos las armas luego suspendieron,  
Y libres de temor se sossegaron,  
Solo Zutacapan embrauezido,  
Fue tal su furia, fuego, y frenesia  
Que muy viuas centellas de su cuerpo,  
Y por los ojos llamas despedia,  
Y qual furioso toro que bramando,  
La escarua de la tierra vemos saca,  
Y sobre el espacioso lomo arroja,  
Y firme en los robustos pies ligeros,  
El ayre en vano azota, hiere, y rompe,  
Con vno y otro cuerno corajoso,  
Assi salio este baruaro sañudo,  
Al hijo maldiciendo y blasfemando,  
Y à Chùmbo si pudiera con los dientes,  
Alli hecho pedazos le dexara,  
Mal qual viuo raposo hastuto y diestro,  
Disimulose todo lo que pudo,  
Fingiendo darle gusto lo tratado,  
Y al descuido las redes bien tendidas,  
Fue con todas sus fuerças procurando,  
De agasajar amigos bulliciosos,  
Y supo darse en esto tanta maña,  
Que no quedò moçuelo belicoso,  
Que su opinion y vando no siguiesse,  
Viendose pues de fuerças reforçado,  
Creciole la soberuia de manera,  
Que tratò con algunos de secreto,  
Que al General sin replica ninguna,  
Dentro de aquella fuerça le matasen,  
Dando entre todos traza que en entrando,  
A cierta estufa luego le lleuassen,  
Y dentro doze baruaros secretos,  
Alli la vida juntos le quitasen,  
Hecho aqueste concierto y trato doble,  
Llegó el Gouernador con todo el campo,  
Y admirado de ver la braua fuerça,  
Grandeza, y fortaleza que mostrauan,

Los poderosos muros lebantados,  
Torreones, castillos espantosos,  
Baluartes, y braueza nunca vista,  
Pasmado se quedò por vn buen rato,  
Mirando desde afuera las subidas,  
Y bajadas, grimosas no pensadas,  
Y estando alli mirando, y remirando,  
Assi como el artifice que el sitio,  
Del edificio nota, y toma el punto,  
Y adierte bien los vientos, Sol y quadros,  
Medidos con los anchos y los largos,  
Y en proporcion deuida, traza y forma,  
La planta con destreça bien sacada,  
Llegò Zutacapan con todo el pueblo,  
A ver al General, y à todo el campo,  
Y si admirados todos estuuieron,  
Mucho mas admirados y espantados,  
Se quedaron los baruaros de verlos,  
A todos tan cubiertos y vestidos,  
De poderoso azero, y duro hierro,  
Y en ligeros cauillos animosos,  
De fina piel curtida encubertados,  
Cuyos brauos relinchos les causaron,  
Vn terrible pabor y sobresalto,  
Medrosos de que aquellos animales,  
Alguna cosa grande les dixessen,  
Y porque el General assi lo quiso,  
No mas que por causarles mas espanto,  
Con gallarda destreza los prouaron,  
En ligeros manijos desembueltos,  
Y pasmados los baruaros de verlos,  
Los ojos no mouieron ni hablaron,  
Y luego que don Iuan en pie se puso,  
Todos con gran presteza se pusieron,  
En formado esquadron, sin que ninguno,  
Alli los gouernase, ni mandase,  
Por la mucha destreça que tenían,  
En ocupar sus puestos con cuidado,  
Y notando los baruaros el orden,  
Con que empezò à subir la grande cumbre,  
Y guarda que quedaua en los cauillos,  
Auiso y preuencion que en todo auia,  
Y que à la retaguardia los pusieron,  
Por llevarles el alto ya ganado,  
Auergonçados todos se mostrauan,  
De ver en los Castillas tanto auiso,

Y con esto les dio tambien cuidado,  
Que luego que llegaron à la cumbre,  
Disparando y cargando vna gran falua,  
A todos los del pueblo les hizieron,  
Demas desto aduirtieron y notaron,  
El orden con que fueron por las plaças,  
Y como hechos todos vna piña,  
En vna dellas fueron reparando,  
Y conoziendo el baruario que aquello,  
Era por don Iuan solo gouernado,  
Y que si su persona les faltase,  
Auian de ser todos rendidos,  
Arrojose al intento començado,  
Y por poder mejor salir del hecho,  
Llegose al General, y por el braço,  
Con gusto le prendiò, y rogò que fuesse,  
A ver vna gran cosa que tenia,  
Metida en vna estufa bien guardada,  
Y luego el General con buen semblante,  
Por no dar de flaqueza algun indicio,  
Con el fue junto sin perder de vista,  
Al formado esquadron que alli dexaua,  
Y assi como llegaron à la estufa,  
Alegre le rogó que dentro entrase,  
Y visto el soterrano, y boca estrecha,  
Qual suele aquel que por camino incierto,  
Echa de ver, ynopinadamente,  
Que de muy alta cumbre se despeña,  
Y con prestatas repressas se retira,  
Assi se retirò, y con contento,  
Al baruario le dixo que queria,  
Bajar el esquadron de aquella fuerça,  
Y puesto abajo todo, y alojado,  
Daria luego buelta à ver la estufa,  
Y por assegurarle mas le dixo,  
Que con el se bajase, porque juntos,  
Mano à mano à la cumbre se boluiessen,  
Y con aquesto el baruario contento,  
Con ellos se bajò para lo llano,  
Donde don Iuan le despidio diziendo,  
Que por venir cansado, y ser ya tarde,  
Ya no podria subir, que tiempo abria,  
Para poder boluer à darle gusto,  
Y visto el lançe en vano, estrictecido,  
El baruario quedò con gran cuidado,  
Y esta traicion jamas señor se supo,

Hasta que vbo gran tiempo ya passado,  
Y assi contentos de que mal saliesse,  
Zutacapan del hecho mal pensado,  
Luego Purguapo, Chùmpo, y Zutancalpo,  
Con todos sus amigos le truxeron,  
Los mas regalos que les fue possible,  
Y gran cantidad de agua que bebiesse,  
Toda la cauallada que venia,  
Y estando todo aquesto preuenido,  
Luego el General quiso proponerles,  
Si pretendían daros la obediencia,  
Y assi como los otros sin rezelo,  
La dieron con gran gusto y gran contento,  
Siendo Zutacapan y sus consortes,  
Los primeros que en darla concedieron,  
Con esto se partio de aquella fuerça,  
Passando à Mohoçe, Zibola, y Zuni,  
Por cuias nobles tierras descubrimos,  
Vna gran tropa de Indios que venia,  
Con cantidad harina que esparcian,  
Sobre la gente toda muy apriessa,  
Y entrando assi en los pueblos las mugeres,  
Dieron en arrojarnos tanta della,  
Que dimos en tomarles los costales,  
De donde resultó tener con ellas,  
Vnas carnestolendas bien reñidas,  
De grande passatiempo y muy trabadas,  
Y luego que cansados vbo pazes,  
Entre ellas y nosotros, por concierto,  
Con sumo regozijo nos truxeron,  
A todos que comer en abundancia,  
Y estando assi comiendo nos dixeron,  
Que aquella cerimonia se hazia,  
Por darnos à entender con mas certeza,  
Que assi como no puede ser que el hombre,  
Pueda passar viuiendo alegremente,  
Aquesta vida triste fin sustento,  
Que assi no era possible que passasen,  
Sin sernos siempre amigos verdaderos,  
Y viendo que vna Cruz alli arbolamos,  
Como nosotros todos la adoraron,  
Y para mas mostrar su buen intento,  
Al General y à todos combidaron,  
Para vna illustre caza que hazian,  
Y dandoles en esto todo gusto,  
Tomamos los caualllos y partimos,

Y llegados al puesto estauan juntos,  
Mas de ochocientos baruaros amigos,  
Y assi como nos vieron arrancaron,  
Haziendo dos grandiosas medias lunas,  
Y cerrando los cuernos se mostraron,  
En circulo redondo tan tendidos,  
Que espacio de vna legua rodeauan,  
De sola trauesia, y en el medio,  
Con toda nuestra esquadra nos tuuimos,  
Y luego que empezaron el ogeo,  
Cerrando todo el circulo vinieron,  
A meter donde juntos nos quedamos,  
Tantas liebres, conejos, y raposos,  
Que entre los mismos pies de los caualllos,  
Pensauan guarecerse, y socorrerse,  
Bien quisieran algunos por su gusto,  
Andar alli à las bueltas con la caça,  
A dar à los raposos ciertos golpes,  
Mas fue mandato expreso que ninguno,  
Dexase de estar bien apercebido,  
Los pies en los estribos con cuidado,  
Por no saber de cierto si sus pechos,  
Fuessen tan buenos, nobles, y cenillos,  
Como ordinariamente se mostraron,  
En esta alegre caza vimos muertas,  
Largas ochenta liebres muy hermosas,  
Treinta y quatro conejos, y no cuento,  
Los raposos que alli tambien juntaron,  
Y no se yo que tenga todo el mundo,  
Liebres de mas buen gusto, y mas sabrosas,  
Mas crecidas, mas bellas, ni mas tiernas,  
Que esta tierra produze, y sus contornos,  
Con esto se boluieron para el pueblo,  
Y luego al Capitan Farsan mandaron,  
Que fuesse à descubrir ciertas salinas,  
De que grande noticia se tenia,  
Y poniendo por obra aquel mandato,  
Con presta diligencia, y buen cuidado,  
En brebe dio la buelta, y dizo dellas,  
Que eran tan caudalosas y tan grandes,  
Que por espacio de una legua larga,  
Mostraua toda aquella sal, de grueso,  
Vna muy larga pica bien tendida,  
Y con tan buena mano como tuuo,  
Mandole que segunda vez saliesse,  
En busca de vnas minas muy famosas,

Porque dellas tambien se auia tenido,  
Bastante relacion de muchas gentes,  
Y porque todo bien se encaminase,  
Con el salio Quesada bien armado,  
Don Iuan Escarramal, y Antonio Conde,  
Marcos Garçia, en mil trabajos fuerte,  
Y en ellos Damiero bien sufrido,  
Y Hernan Martin, con otros compañeros,  
Que juntos con presteza se partieron,  
Y despues que anduuieron muchas leguas,  
Padeciendo grandissimos trabajos,  
La buelta dio Quesada muy contento,  
Diziendo grandes vienes de la tierra,  
Y que era de metales abundosa,  
De lindos pastos, montes, fuentes, Rios,  
Cañadas, vegas, sitios, y llanadas,  
Por cuios puestos cantidad toparon,  
De gallinas monteses de la tierra,  
Iguanas y perdizes de Castilla,  
Conchas de perlas, porque cerca estauan,  
De la perlada costa que en silencio,  
Quiere el inmenso Dios que estè guardada,  
El sabe para que, y por que se calla,  
Y mucha gente toda bien dispuesta,  
Hermosa por extremo, y no era mucho,  
Porque no auia ninguno que dexafe,  
De ponerse en mitad de la cabeça,  
Vna Cruz bella, hecha de dos cañas,  
Y à los mismos cabellos bien prendida,  
Y estandonos diziendo todo aquesto,  
Llegò Sarsan, y sin faltar en nada,  
Aquellas mismas cosas fue contanto,  
Y quisieron los dos adelantarse,  
Dexando muy atras los compañeros,  
Por solo dar aquellas buenas nueuas,  
Y como el gran contento siempre causa,  
Gran largueza en aquel que le recibe,  
Por mas bien celebrar las buenas nueuas,  
Nombrò el Gouvernador por Capitanes,  
Al Alferez Romero, y, Iuan Piñero,  
Y porque ya he llegado, temo y siento,  
Que aqui se me apareja vn gran quebranto,  
Quiero esforçar la boz en este canto.

## CANTO DIEZ Y NVEVE

*Como boluio el autor del castigo de aquellos que degollaron, y, como los Indios de Acoma le cogieron en vna trampa, y trabajos que padeciò por escapar la vida, y, socorro que tuuo, hasta llegar al Real del Gouvernador*

No se ha visto jamas que la fortuna,  
Aya vn punto la rueda asegurado,  
Y assi los de su mal segura cumbre,  
Por mas bien que se tengan, no es possible,  
Dexar de verse todos rebolcados,  
Puestos de lodo, tristes, y afligidos,  
Cuya gran desbentura siempre nace,  
De ser en si inuidiosa sementida,  
Improua, melancolica, inconstante,  
Dudosa, cautelosa, mouediza,  
Frenetica, furiosa, debil, flaca,  
Y fuerte, si de vicios se socorre,  
Y al fin, si à muchos toca su braueza,  
Todos es sufrible, todo es comortable,  
Mas si viene à ser solo quien la sufre,  
Dios nos libre que aqui ninguno llegue,  
Boluiendo pues señor de aquel castigo,  
De los pobres soldados que dexamos,  
Abiertas las gargantas, ya difuntos,  
Auiendonos bien todo sucedido,  
Como en fortuna fragil nunca ay gusto,  
A quien alegre rato le suceda,  
Auiendose passado tanto tiempo,  
Que el General y todos los del campo,  
No tenian de nosotros nueua alguna,  
Pareciome ser bien adelantarme,  
A dar cuenta al Gouvernador del hecho,  
Que assi tuuo por bien de encomendarme,  
Pues siendo deste acuerdo todos juntos,  
Luego tomè el camino trabajoso,  
Y llegando à Pùarài, pueblo de amigos,  
Alli vine à saber por cosa cierta,  
De vn niño Castellano que llamauan,  
Francisco de las Nieues, como auia,  
Salido el General de aquel assiento,  
Antes que yo llegase solo vn dia,  
Y assi como lo supe sin tardança,  
Tras del me fuy marchando cuidadoso,  
De darle breue alcançe si pudiesse,

Y apenas alto Rey me fuy llegando,  
A la gran fuerça de Acoma nombrada,  
Quando vi que los baruaros estauan,  
Segun senti no nada descuidados,  
Que esto tienen los pechos cautelosos,  
Que siempre dexan rastros y señales,  
Con que auisan, despiertan y preuienen,  
A los que dellos viuen recatados,  
Y assi con el recato que lleuaua,  
Echè de ver me estauan aguardando,  
Como diestros lebreles agachados,  
A la vereda todos desseosos,  
De verse ya rebueltos y ocupados,  
Con la gustosa pressa bien assidos,  
Y por temor que tienen estas gentes,  
Con seys tendidas braças no se llegan,  
Al hombre de acauallo, temerosos,  
Del animal gallardo, porque piensan,  
Que alli los ha de hazer cien mil pedazos,  
Y aquel que yo lleuaua tengo oy dia,  
Que mas bello animal nunca parieron,  
Castizas yeguas diestras bien prouadas,  
En alentado curso desembuelto,  
Por cuiua causa todos rezelosos,  
Con muestras y señales rebozadas,  
El bien venido juntos me mostraron,  
Y mas Zutacapan à quien propuse,  
Necessidad vrgente que tenia,  
De solo bastimento que aprestaua,  
La misera flaqueza desabrida,  
Con cuiua mano luego rebozado,  
Mirando me pidio desocupase,  
La silla del cauallo, y me daria,  
En todo mucho gusto, y esto dixo,  
Algo risueño, y nada sossegado,  
Y porque del estuue rezeloso,  
Por escapar la vida si pudiesse,  
Alli le di à entender que mucha priessa,  
Era la que lleuaua y no podia,  
Parar solo vn momento en aquel puesto,  
Y viendo que no pudo demudado,  
El braço sacudiendo con enojo,  
Me dixo que me fuesse y no aguardase,  
Y vista su desgracia, despedime,  
Fingiendo el rostro alegre quanto pude,  
Y estando ya yo dellos tanto trecho,

Quanto vna gran carrera bien tirada,  
A grandes bozes todos me llamaron,  
Castilla, muy apriessa pronunciando,  
Y aunque les entendi que me llamauan,  
Repare mi cauallo, y con el braço,  
Hize señal de alli si me pedian,  
Que mi camino fuesse prosiguiendo,  
O que à su puesto luego me acercase,  
Y llamandome juntos con las manos,  
Sacando fuerças de flaqueza al punto,  
Fiado en el cauallo que lleuaua,  
Bolui luego las riendas demudado,  
Y vna veloz carrera atropellando,  
El animal gallardo desembuelto,  
Salio con presto curso poderoso,  
Y alli los crudos trapos sacudiendo,  
Batiendo con braueza el duro suelo,  
Haziendose pedazos con las manos,  
Brioso y alentado fue parando,  
Haziendo vna gran plaça bien tenida,  
Por la canalla baruara medrosa,  
En cuiu puesto lejos desde afuera,  
Alli Zutacapan me preguntaua,  
Si atras otros Castillas me seguian,  
Y que fuesse contando por los dedos,  
Que numero venia, y quantos dias,  
Tendria de demora su tardança,  
Yo con algun temor fingi venian,  
Ciento y tres hombres bien aderezados,  
Y que solos dos dias tardarian,  
En llegar à sus muros lebantados,  
Pues como bien me vbiessen entendido,  
Mandaronme que fuesse mi camino,  
Y viendo ya que el Sol de todo punto,  
Sus claros y hermosos rayos yua,  
Descubriendo al Antipoda remoto,  
Apresureme todo quanto pude,  
Hasta que ya la triste noche obscura,  
Apagada la luz al mundo tuuo,  
Y por hazer mi causa mas segura,  
Vna gran milla quise derrotarme,  
A vn lado del camino que lleuaua,  
En cuiu puesto triste solitario,  
El cauallo animoso assegurando,  
Con guessa y fuerte amarra, solo quise,  
Quitarle el pecho, freno, y la testera,

Dexandole pazer à su aluedrio,  
Y viendome del sueño ya vencido,  
Despues de media noche ya passada,  
Tendido en aquel suelo fuy arrimando,  
Los quebrantados miembros fatigados,  
Al azerado hielmo desabrido,  
Y como el alma siempre esta despierta,  
Al tiempo que el terrestre cuerpo duerme,  
Della misma despierto y recordado,  
Lebantandome fuy despauorido,  
Y viendo todo el tiempo en si rebuelto,  
Aderezè de presto mi cauallo,  
Y apenas los estribos fuy cobrando,  
Quando del alto Cielo grandes copos,  
De blanca nieue todo me cubrian,  
Y assi me fuy saliendo à la vereda,  
Y rastro que el Gouvernador dexaua,  
Y llegando à vna grande palizada,  
En forma de barrera bien tendida,  
Vi que por medio della mi camino,  
Por vn portillo estrecho yua saliendo,  
Y assi sin mas acuerdo con descuido,  
Por el quise salir sin mas cuidado,  
Y assi como al relampago sucede,  
Vn repentino rayo arrebatado,  
Assi fue gran señor mi triste suerte,  
Que apenas fui passando quando à pique,  
La tierra que pisaua, y que corria,  
Abriendo vna gran boca poderosa,  
Senti que me sorbia y me tragaua,  
Y viendo que el cauallo entre sus labios,  
Sorbido à dentro todo le tenia,  
Sin genero de vida atrauesado,  
De todo punto muerto, y sin sentido,  
Quel flaco marinero que perdida,  
Siente la pobre naue zozobrada,  
Que apriessa y sin vagar se desempacha,  
Y al poderoso y brauo mar se arroja,  
Tragada ya la muerte sin remedio,  
Assi la corta vida ya rendida,  
Y la esperança rota, fue saliendo,  
Del horrible sepulcro temeroso,  
Que Zutacapan hecho me tenia,  
Para cogirme viuo si pudiesse,  
Y fue la magestad de Dios serbida,  
Que por suceder esto entre dos luzes,

Y que gran nieue el Cielo derramaua,  
Retirados los baruaros estauan,  
Donde alcançar ninguno dellos pudo,  
Aquello que en la trampa peligrosa,  
A solas y sin ello padezia,  
Y temiendo que presto alli viniessen,  
Y sin remedio juntos me matasen,  
Qual suelen con tormenta y gran borrasca,  
Los pobres contrastados y oprimidos,  
Alijar con presteza la mas ropa,  
Assi determiné de despojarme,  
Y escondido al socarre de vna peña,  
Alli dexè la cota y escarçela,  
El lebantado yelmo, y el adarga,  
El arcabuz con frasco, y su frasquillo,  
Y solo con la espada, y con la daga,  
Quise tomar de presto mi camino,  
Y por no ser sacado por el rastro,  
Los çapatos boluia sin detenerme,  
Poniendo los talones à las puntas,  
Con cuiu diligencia deslumbrados,  
Los baruaros quedaron todo el tiempo,  
Que me fue necessario muy al justo,  
Para poder librarme de sus manos,  
Quatro dias naturales fuy marchando,  
Terrible sed y hambre padeciendo,  
Rendido de flaqueza, y que perdida,  
Tenia la esperança que alentaua,  
El misero viuir de aquesta vida,  
Que quando aqui se llega, desdichado,  
De aquel que assi se ve tan afligido,  
Porque no tiene el mundo insulto, ni torpeza,  
Delicto, crimen, vicio, ni pecado,  
Si Dios no le socorre, que no emprenda,  
Y ponga por la obra, si en hazerlo,  
Consiste el escaparse, y verse libre,  
O vida humana, debil quebradiza,  
No creo que con mas maganta hambre,  
Al hijo dio la muerte aquella triste,  
Que al vientre le boluio en la gran ruina,  
De aquella Ciudad santa que perdida,  
Quedò por sus pecados assolada,  
Qual sucediò por mi en este hecho,  
Lleuaua pues vn perro que à mi lado,  
Anduuu mucho tiempo, y que velaua,  
Quando de noche à caso me dormia,

Y porque ya la hambre me afligia,  
De fuerte que la vida me acabaua,  
Determinè matarle, y dos heridas,  
Le di mortales con que luego el pobre,  
De mi se fue apartando vn largo trecho,  
Llamele con enojo y oluidado,  
Del vergonçoso hecho inadvertido,  
Gimiendo mansarmente y agachado,  
A mi boluio el amigo mal herido,  
Lamiendose la sangre que vertia,  
Y assi con desconsuelo y lastimado,  
Por agradarme en algo si pudiesse,  
Lamio tambien mis mano que teñidas,  
Me puso de su sangre bien bañadas,  
Mirele pues señor y auergonçado,  
De auerle assi tratado y ofendido,  
Con tan crasa ignorancia que no via,  
Que fuego para assarlo me faltaua,  
Bajé los ojos tristes y boluiendo,  
Del hecho arrepentido à acariciarlo,  
Muerto quedò à mis pies, con cuiu susto,  
Dexandolo tendido y desangrado,  
Passè aquel trago amargo, y fui siguiendo,  
Al golpe de fortuna que acabaua,  
La miserable vida que viuia,  
Hasta que por gran suerte fuy llegando,  
Al pie de vnos peñascos leuantados,  
En cuiu assiento y puesto vi que estaua,  
Vn apazible estanque de agua fria,  
Sobre cuios cristales casi ciego,  
Apenas fuy venciendo la gran furia,  
De la insaziabile sed que me acabaua,  
Quando temblando todo estremecido,  
El humido licor lançe forçado,  
Y estando alli algun tanto suspendido,  
No libre de temor, y trassudado,  
A caso echè de ver que cerca estaua,  
Vn poco de maiz que por ventura,  
Alguno con descuido auia dexado,  
Y à mi Padre san Diego gracias dando,  
A quien con veras siempre fuy pidiendo,  
Que alli me socorriesse y amparase,  
Hincado de rodillas fuy cogiendo,  
Dos puños bien escasos, mal cumplidos,  
Pues viendome de hecho ya perdido,  
Los pies hinchados, torpes, destroncados,

Y que esperança humana no podia,  
En tanta desbentura socorrerme,  
Con el sustento corto que sembrado,  
Estaua por el suelo bien tendido,  
Al Real de san Iuan quise boluerme,  
Mas de cincuenta leguas muy bien hechas,  
De aquel assiento y puesto donde estaua,  
Y auiendo entrado ya el silencio triste,  
De la obscura noche que cargaua,  
Dios que en sus grandes santos resplandeze,  
Y socorro por ellos nos embia,  
Empeçando à marchar para boluerme,  
A mi llegaron tres amigos nobles,  
Valientes, esforçados, y animosos,  
Y de todos por tales conozidos,  
Que acaso y sin pensar alli llegaron,  
En busca de caualllos que perdidos,  
Andauan codiziosos de hallarlos,  
Francisco de Ledesma fue el primero,  
Y luego detras del, Miguel Montero,  
Iuan Rodriguez el bueno tambien vino,  
Y como el toldo obscuro ya tendido,  
A todos en tinieblas nos tenia,  
Alli me preguntaron que quien era,  
Y luego que mi nombre yo les dixi,  
Alegres todos juntos dispararon,  
Los prestos arcabuzes de contento,  
En este mismo instante y coiuntura,  
Siguiendome los baruaros llegaron,  
Sedientos de acabarme ya la vida,  
Y sintiendo la fuerça de los tiros,  
Entendiendo que el campo junto estaua,  
En aquel mismo puesto temerosos,  
Antes que la tiniebla el Sol rasgase,  
Los presurosos passos reboluieron,  
Dexandome alli libre y sin peligro,  
Alabente los Angeles Dios mio,  
Que vn caualllo ensillado y enfrenado,  
Sin que ni para que acaso trujo,  
Iuan Rodriguez el grato, por pagarme,  
Por secreto juicio no entendido,  
Aquel grande socorro que le hize,  
En otra tal qual esta desbentura,  
Quando atrabesado en vn caualllo,  
Rendido ya de hambre le trayan,  
Esperando su muerte y que acabase,

Secretos son ocultos que nos muestran,  
Ser todo por tu sacrosanta mano,  
Socorrido, amparado, y remediado,  
Truxeron demas desto los amigos,  
En muy grande abundancia todo aquello  
Para matar la hambre necessario,  
Y sacando del pedernal fogoso,  
Viuas centellas luego los pegaron,  
A la yesca, y con paja, que encendieron,  
Desgajando los tres con mucha priessa,  
De los antiguos arboles las ramas,  
Vn grande fuego juntos lebantaron,  
A cuiu lumbre luego fue rendida,  
La miserable hambre que lleuaua,  
Y contandoles todos mis trabajos,  
Otro dia siguiente luego fuimos,  
A donde el General con todo el campo,  
Estaua de nosotros apartado,  
Dos muy grandes jornadas, y en llegando,  
Dandole larga cuenta del sucesso,  
En todo alli se dio por bien serbido,  
Y pues de mis trabajos he querido,  
Daros como à señor estrecha cuenta,  
Suplicoos me escucheis tambien aquellos,  
Que sufren y padezen mis amigos,  
Y pobres camaradas quebrantados,  
Por todas estas tierras remontados.

## CANTO VEYNTE

*De los excesivos trabajos que padezen los soldados, de nuevos descubrimientos, y de la mala correspondencia que sus seruicios tienen*

Todo el valor, alteza, y excelencia,  
Que puede acaudalar el buen guerrero,  
De los gloriosos triunfos que se alcançan,  
En la sangrienta guerra belicosa,  
Es quedar para siempre bien premiado,  
Por el gallardo braço de la espada,  
Y por el brauo pecho valeroso,  
Que en padezer trabajos à tenido,  
Entre cien mil peligros no esperados,  
Y assi alto y heroico Rey sabemos,  
Que no ay trabajo duro en la milicia,

Ni tiempo en padecerle mal gastado,  
Si la correspondencia deste fruto,  
Viene à ser tal qual es razon se tenga,  
Con aquellos gallardos coraçones,  
Que muy bien en las guerras os sirbieron,  
Aunque para mi tengo Rey sublime,  
Que es mucho mejor suerte la de aquellos,  
Que por mas bien serbiros acabaron,  
Entre enemigas armas destrozados,  
Hechos menudos quartos y pedazos,  
Que no aguardar la triste suerte y paga,  
Que algunos destes Heroes han tenido,  
De sus muchos quebrantos padezidos,  
Y por mostrar mejor si son soldados,  
Aquestos valerosos por quien digo,  
Que como los estimo y reuerencio,  
Por mucho mas que hombres, mas que hombres,  
Fuera bien se encargara, y que escriuiera,  
Sus claros y altos hechos hazañosos,  
Mas como inculto, bronco, y mal limado,  
Dellos informaré lo que supiere,  
Que assi satisfare con solo darles,  
Todo aquello que valgo, alcanço y puedo,  
No trato por agora que dexaron,  
Por serbiros señor como es justicia,  
A su querida y dulce patria amada,  
Padres, hermanos, deudos y parientes,  
Ni que ya sus ligitimas y haziendas,  
Estan de hecho todas consumidas,  
Trocando por trabajos el descanso,  
Que pudieron tener sin sugetarse,  
Los días y las noches que se ocupan,  
En pesados oficios trabajosos,  
Miserias y disgustos nunca vistos,  
Donde vereis señor que se sustentan,  
No mas que por su pico y fiel trabajo,  
Mediante el qual adquieren todo aquello,  
Para passar su vida necessario,  
Auentajando siempre sus personas,  
A la de aquel Tebano memorable,  
Que por no mas de solo auerle visto,  
Quedaron muchos cortos y afrentados,  
Quando en el monte Olimpo en sus vertientes,  
Vieron que quanto sobre si traya,  
Eran grandiosas obras de sus manos,  
Porque el auia cortado los çapatos,

Y puestolos en punto bien cosidos,  
Y assi como si fuera sastre el sayo,  
Fue por sus proprias manos acabado,  
Y el tambien la camisa auia tegido,  
Y de su valor mismo punto y corte,  
Salio toda cumplida y acabada,  
Y los insignes libros que traia,  
Qual illustre filosofo prudente,  
El los auia compuesto y trabajado,  
Y con esto otras muchas cosas nobles,  
Dignas por cierto todas de estimarse,  
Assi tambien señor estos varones,  
No traen consigo cosa que no sea,  
Hechura y obra de sus bellas manos,  
El sayo, calçon, media, y el calçado,  
El jubon, cuello, capa, y la camisa,  
Con todas las demas cosas que alcançan,  
La femenil flaqueza por su aguja,  
De todo dan tan diestra y buena cuenta,  
Como si en coser siempre, y no otra cosa,  
Vbieran sus personas ocupado,  
Y no ay de que espantarnos pues sabemos,  
Que fue el primer oficio que se supo,  
En esta vida triste y miserable,  
Y con esto ellos mismos por sus manos,  
Guisan bien de comer, laban, y, amasan,  
Y en fin toda la vida siempre buscan,  
Desde la sal hasta la leña y agua,  
Si gusto han de tener en la comida,  
Ellos rompen la tierra y la cultiuan,  
Como diestros famosos labradores,  
Y como hospitaleros siempre curan,  
Las mas enfermedades con que vienen,  
Sus pobres camaradas quebrantados,  
De los muchos trabajos que han sufrido,  
Y cosa alguna aquesto les impide,  
Para que todo el año no los hallen,  
A qualquier hora de la noche y dia,  
Tan cubiertos de hierro, y fino azero,  
Corno si fueran hechos y amasados,  
De poderoso bronçe bien fornido,  
Trabajo que por mucho menos tiempo,  
Quando diamantes todos se mostraran,  
Los vbiera deshecho y acabado,  
Quanto mas à la misera flaqueza,  
Del que de carne y guesso esta compuesto,

Viuen y passan casi todo el tiempo,  
Como si fueran brutos por el campo,  
Sugetos al rigor del Sol ardiente,  
Al agua, al viento, desnudez, y frio,  
Hambre, sed, molimientos, y cansancio,  
Cuios lechos no es mas que el duro suelo,  
Adonde muchas vezes amanecen,  
En blanca nieve todos enterrados,  
Passan crueles y grandes aguazeros,  
Sin poderse aluergar en parte alguna,  
Y secanse en las carnes los vestidos,  
Sucedeles que lleuan en costales,  
El agua para solo su sustento,  
Algunas vezes hecha toda nieve,  
Carambano las mas empedernido,  
Sufren todos eladas de manera,  
Que ya por nuestras culpas hemos visto,  
Rendir el alma y vida todo junto,  
Al gran rigor del encogido tiempo,  
No ay aguas tan caudales por los Rios,  
Que no las passen, naden, y atrabiessen,  
Ni páramos, ni fieras, ni vallados,  
Que a puros palmos todo no lo midan,  
No ay baruara nacion que no descubran,  
Ni gran dificultad que no acometan,  
Y no cuidan jamas estos varones,  
De maestros y oficiales para cosas,  
Al militar oficio necessarias,  
Ellos cortan las armas y las hazen,  
Para qualquier cauallo bien seguras,  
Sabien aderezar sus arcabuzes,  
Y echarles lindas cajas por extremo,  
Remallan bien sus cotas, y escarçelas,  
Y pintas sus zeladas de manera,  
Que quedan para siempre prouechosas,  
Y como diestros cirujanos curan,  
Heridas peligrosas penetrantes,  
Y son tambien bonissimos barberos,  
Y quando es menester tambien componen,  
De la gineta y brida las dos sillas,  
El aluzitar jamas les hace falta,  
Porque ellos hierran todos sus cauallos,  
Tambien los sangran, cargan, y los curan,  
Domandolos de potros con destreza,  
Y por ser buenos hombres de a cauallo,  
En ellos hazen grandes marauillas,

Y en las sangrientas lides y contiendas,  
Qual, o qual, a dexado de mostrarse,  
Ser hombre de valor y grande esfuerço,  
Y a questo muchas vezes sustentados,  
De raizes incultas desabridas,  
De hieruas y, semillas nunca vsadas,  
Cauillos, perros, y otros animales,  
Inmundos y asquerosos á los hombres,  
Y por neuados riscos y quebradas,  
Qual suelen los arados que arrastrados,  
Rompiendo van la tierra deshaziendo,  
Las azeradas rejas que enterradas,  
Haziendo van sus sulcos prolongados,  
Assi los Españoles valerosos,  
A colas de cauillos arrastrados,  
Por no morir de hecho entre la nieues,  
Muchos assi las vidas escaparon,  
Temerarias hazañas emprendiendo,  
Y hechos hazañosos acabando,  
Qual cantarè señor si Dios me dexa,  
Ver la segunda parte à la luz echada,  
Donde vereis gran Rey prodigios grandes,  
De tierras y naciones nunca vistas,  
Trabajos y auenturas no contadas,  
Impressas inauditas y desdichas,  
Que á fuerça de fortuna y malos hados,  
Tambien nos persiguieron y acosaron,  
Que desto mostraran inmensas prueuas,  
Demas de los varones que hemos dicho,  
Los Capitanes Vaca, y Iuan Martinez,  
Rascon, y Iuan Rangel, y Iuan de Ortega,  
Gimon Garcia, Ortiz, y Iuan Benitez,  
El Capitan Donis, y Iuan Fernandez,  
Gueuara, Luzio, y Alvaro Garçía,  
Gimenez, Iuan Ruyz, Sofa, Morales,  
Tambien Pedro Rodriguez, y otros brauos,  
Valientes y esforçados caualleros,  
Que bien en paz y guerra trabajaron,  
Sin los heroicos y altos Comissarios,  
El Padre fray Francisco de Velasco,  
Francisco de Escobar, con Escalona,  
Fray Alonso Peinado, cuias fuerças,  
En cultiuar la viña bien mostraron,  
Ser hijos del Serafico Francisco,  
Pues mas de siete mil auemos visto,  
Que tienen bautizados por sus manos,

Mas que importa Rey inmenso y justo,  
Si ya los veo à todos destroncados,  
Estropeados, cansados, y tullidos,  
Bueltos todos en pobres hospitales,  
De males y dolencias incurables,  
Sin genero de amparo ni remedio,  
En cuiò gran conflicto miserable,  
Si bueluen para sus antiguas casas,  
Sucede à bien librar por todos ellos,  
Los mismo que de Vlixes valeroso,  
Que despues de seruicios tan honrrados,  
Escapò de la guerra de manera,  
Que no fue de ninguno de su casa,  
Mas que de solo el perro conozido,  
Segun boluio de viejo y destrozado,  
O flor de jubentud, o verdes años,  
Que presto la belleza se marchita,  
Notad qual bueluen estos esforçados,  
Que ya no los conozen en sus casas,  
Rotos, pobres, cansados, y afligidos,  
Viejos, enfermos, tristes, miserables,  
Y si por vltimo y postrer remedio,  
Quieren señor valerse y socorrerse,  
De vna migaja de los muchos panes,  
Que con tan liberal y franca mano,  
Mandais que se les de sin escaseza,  
No son mas ellos que los otros pobres,  
Hijos perdidos, nietos y viznietos,  
De aquellos esforçados que os sirbieron,  
Y aqieste nueuo mundo conquistaron,  
Que à todos falta la segunda tabla,  
Que despues del naufragio se pretende,  
Llamo segunda tabla Rey insigne,  
A los Gouvernadores y Virreyes,  
Que ay algunos, algunos señor digo,  
Que para solo auer de proponerles,  
Su misera demanda y causa justa,  
Primero es fuerça sufran y padezcan,  
Vna eternidad de años arrimados,  
Por aquellas paredes de palacio,  
Muertos de hambre, cansados y afligidos,  
Adorando à los pajes y porteros,  
Seruientes y oficiales de su casa,  
Por ver si por aqui tendran entrada,  
Para su larga pretension perdida,  
Y si caso por gran ventura alcançan,

A ver el lugar del santa santorum,  
Si es que aquel puesto assi puede llamarse,  
A donde esta la magestad intacta,  
Que qual si fuera aquella soberana,  
Que no puede ser vista de ninguno,  
Que tenga alguna mancha, o cosa fea,  
Porque à de ser mas limpio, puro, y bello,  
Que el ampo de la nieue no tocada,  
Assi no puede ser que nadie alcance,  
A ver grandeza y celestial tan alta,  
Si no es gente muy limpia y olorosa,  
Almidonada, rica, y bien luzida,  
No con algunas manchas de pobreza,  
Necessidad, trabajo, y desbentura,  
Que estos como incapazes de su vista,  
Inmundos, pobres, viles, y leprosos,  
No es possible merescan bien tan grande,  
Sabe el ineenso Dios Rey poderoso,  
Que con coraçon y alma he desseado,  
Veros señor Virrey de nueua España,  
Por no mas de que viessedey el como,  
Se haze vn puro hombre dios del suelo,  
Aquel que está en el Cielo lo remedie,  
Y aliente los balidos y gemidos, manos,  
De tantos miserables como claman,  
Porque aunque es cierto, y todo lo sabemos,  
Que han gouernado muchos como buenos,  
Y que oy el Reyno todo se gouierna,  
De manera que ya ninguno ignora,  
Que à voces por las casas de palacio,  
Buscan los negociantes, porque tengan,  
Sus causas con justicia buen despacho,  
Cosa que jamas nunca auemos visto,  
Dexando aqueste bien tan grande en vando,  
Algunos otros vemos que han passado,  
Sin hazer cuenta de los muchos perros,  
Que en pulpitos haziendole pedazos,  
A muy grandes ladridos y amenazas,  
No hizieron mas impression en ellos,  
Que si fueran de bronze, o duro azero,  
Siete años continuos me detuue,  
En vuestra illustre y lebantada corte,  
Y no vi pobre capa, ni mendigo,  
Que con facilidad no se llegase,  
A vuestro caro Padre y señor nuestro,  
A contalle sus cuitas y fatigas,

Con esperanza cierta y verdadera,  
De bellas remediadas y amparadas,  
Dios por quien es os tenga de su mano,  
Y conserue el illustre y alto nombre,  
Que por aca se suena y se publica,  
De que soys muy gran Padre de soldados,  
Que yo como el menor de todos ellos,  
Y que à señor y Padre me querello,  
He querido contaros los trabajos,  
Que por aca se sufren y padezen,  
Que como bien sabeis Rey poderoso,  
No ay hombre que despues de auer sufrido,  
Fatigas y miserias tan pesadas,  
No quiera alguna paga y recompensa,  
De sus muchos serbicios y trabajos,  
Por cuió memorable sufrimiento,  
Las manos puestas pido, y os suplico,  
Que aya memoria destos desdichados,  
Cuió valor heroico lebantado,  
Merece clementissimo Monarca,  
Perpetua gloria y triunfo esclarecido,  
Que lebante la alteza y excelencia,  
De sus gallardos pechos esforçados,  
Y por no cantar mas señor ya he dicho,  
Y assi serà razon que no me buelua,  
Al hilo de la historia que lleuaua:  
Llegò el Sargento alegre y muy contento,  
De los grandes ganados descubiertos,  
En los llanos de Zibola famosos,  
Y suspendiendo vn tanto los trabajos,  
Quedando en el Real por buen gouierno,  
Sin detenerse luego fue saliendo,  
El buen Maese de campo con desseo,  
De dar en breue alcançe si pudiesse,  
A vuestro General, que ya cansado,  
Estaua de esperarle muchos dias,  
Pues yendo assi marchando su derrota,  
Llegó á la fuerça de Acoma famosa,  
Donde Zutacapan tratado auia,  
Con algunos del pueblo belicosos,  
Que por señor y Rey de aquella fuerça,  
Tratasen de secreto le nombrasen,  
Entre los mas amigos que pudiesen,  
Ofreciendo por esto les daria,  
Honrras y libertades preminentes,  
Para cuió principio concertaron,

Que la mano Zutacapan tomase,  
En defender la patria y libertarla,  
De manos de Españoles, y con esto,  
Seria facil cosa que le diessen,  
La pretension segura y sin rezelo,  
Que nadie se mostrase su contrario,  
Pues lebantarle todos por cabeça,  
Era la libertad de todo el pueblo,  
Con esto luego a una se juntaron,  
Todos los mas amigos que pudieron,  
Donde el baruario á todos les propuso,  
Que en ninguna manera permitiessen,  
Que gente aduenediza y forastera,  
Los pies pusiesse dentro de aquel fuerte,  
Y mas para pedirles bastimentos,  
Pues nunca jamas anima viuiente,  
Tal les auia pedido ni sacado,  
Y que aunque los Castillas pereciessen,  
Y muertos de hambre todos acabasen,  
Era razon que todos por las armas,  
Aquel partido juntos defendiessen,  
Otompo, y Meco, luego concedieron,  
Que fueron los del trato y del secreto,  
Con lo que aquel traidor alli dezia,  
A Mulco, y otros pocos sediciosos,  
Amigos de rebueltas y alborotos,  
Que aquestos nunca faltan, porque es tanta,  
La braueza del hombre miserable,  
Que si falta quien sope y lo rebuelua,  
El mismo se rebuelue y alborota,  
Abrasa, enciende, quema, y se destruye,  
Y esta desdicha siempre la notamos,  
Despues de aquella culpa lamentable,  
Que à todos nos deshizo y descompuso,  
Y assi el mayor contrario que tenemos,  
Es à nosotros mismo, porque somos,  
Los que solos podemos derribarnos,  
sin que las fuerças del infierno juntas,  
Basten si no queremos à rendirnos  
Porque las mismas fuerças que alcançamos,  
Para emprender el mal que cometemos,  
Aquesas mismas siempre nos assientan,  
Para emprender el bien si le queremos,  
Y assi nadie es tan torpe que no sabe,  
El premio que por solo el bien alcança,  
Y el mal que por la culpa se merece,

Y assi por esta causa temerosos,  
Todos aquellos baruaros à vna,  
Por ser menos culpados acordaron,  
Que pues alli faltaua la mas gente,  
Que todos los del pueblo se juntasen,  
Cosecha propria de animos doblados,  
Cubrir siempre con capa de inocentes,  
La mucha grauedad de sus delictos,  
Y assi bien disfraçados y cubiertos,  
A todo el pueblo junto congregaron,  
Donde luego vereis lo que trataron.

### CANTO VEYNTE Y VNO

*Como Zutacapan hizo iunta de los indios acomeses, y, discordia que entre ellos vbo,  
y de la traycion que fabricaron*

O Gloria humana, en cuiá inestable cumbre,  
La presuncion hinchada, y vil soberuia,  
Quiere siempre subirse y assentarse,  
Dime soberuia infame con ygualas,  
El poderoso cetro y Real corona,  
Con vn tan bajo baruaro perdido,  
De baruara, y vil baruaro, engendrado,  
Di que tiene que ver el alto trono,  
Con baruara canalla y behetria,  
O ciega vanidad, o vana pompa,  
De altos, medianos, vajos, y abatidos,  
Sin distincion, razon, ni cuenta alguna,  
Ygualmente buscada y pretendida,  
Digalo a questo baruaro furioso,  
De tan humilde sangre producido,  
Si como Luzbel quiere lebantarse,  
Y el gouierno de todo atribuirse,  
Y assi sin disistirse de su intento,  
Ordenò que à consejo se juntasen,  
Y juntos todos dentro de vna plaça,  
Como la cruel soberuia desmedida,  
Continuamente siempre se adelanta,  
Sin dilatarlo, luego en pie se puso,  
En si todo encendido y abrasado,  
Y tendiendo la vista por el pueblo,  
Desbergonçado, libre, y desembuelto,

Assi tomò la mano, y fue diziendo:  
Varones esforçados y valientes,  
Los postreros trabajos y peligros,  
Dan franca entrada, y campo bien abierto,  
Para que cada qual aquello diga,  
Que mas le duele, aprieta, y le lastima,  
Dezid qual mas infamia y vil afrenta,  
Puede venir por toda aquesta fuerça,  
Que permitir tan dura seruidumbre,  
Como es dar de comer à forasteros,  
Siendo como ellos todos libertados,  
Yo juro por los dioses todos juntos,  
Y por quien vidas todos alcançamos,  
Que no ha de quedar hombre en esta tierra,  
Que tal bageza aya imaginado,  
Y viendo que las armas embraçauan,  
Sin dexarle acabar salio diziendo,  
Su hijo Zutancalpo demudado,  
A su Padre mirando con enojo,  
El mas seguro bien que el hombre alcança,  
Es que quiera rendirse à todo aquello,  
Que à la razon va bien encaminado,  
No soy de parecer que à los Castillas,  
Enemistad ninguna se les muestre,  
Porque es temeridad hazer agruio,  
A quien nunca jamas nos à ofendido,  
Tenerlos por amigos con recato,  
Es mas sano consejo y sin peligro,  
Lo demas es patente desatino,  
Y para no ser todos imputados,  
Digo que la obediencia les guardemos,  
Pues ya la auemos todos professado,  
Y pues la ocasion freno nos permite,  
Reprimase la colera indiscreta,  
Que la paz es el punto mas discreto,  
Que puede remediar el mal que aguarda,  
Aquel que esta en peligro de sufrirle,  
Y con esto cesò el noble joben,  
Y con esto cesó vn rumor confusso,  
De toda aquella gente congregada,  
Y aprouando por bueno lo que dixo,  
Nunca passò palabra por crugia,  
Mas respetada, libre, y mas essenta,  
Ni mas obedecida, ni acabada,  
Que aquel acuerdo expresso, porque luego,  
Iuntas obedecieron y dejaron,

Las poderosas armas lebandadas,  
En esto el viejo Chumpo rezeloso,  
De que la paz y tregua se rompiesse,  
Cargado de vejez y de trabajos,  
Con palabras discretas y seberas,  
La fatigada voz alçò diziendo,  
Mirad mis hijos que el consejo es sano,  
Y es quien alcança siempre la victoria,  
En peligrosas guerras conozidas,  
Y pues que Zutancalpo en verdes años,  
Os à ya dicho aquello que os combiene,  
Pues vemos que el morir no es mas que vn sopro,  
Y en bien morir consiste nuestra gloria,  
Para morir buen tiempo se procure,  
Sazon y coiuntura bien mirada,  
Y escusese tan grande incoueniente,  
Como es tratar con furia y mouimiento,  
Cosas tan graues, grandes y pesadas,  
Como estas que tenemos entre manos,  
Aqui bolaron luego las palabras,  
Y torpes fanfarronas amenaças,  
De aquellos indiscretos conjurados,  
Llamando al viejo Chumpo de atreguado,  
Caduco, infame, loco, y hechizero,  
Oyendo aquesto todo embrauecido,  
Zutacapan arremetio furioso,  
Poniendo al pobre viejo en tal aprieto,  
Que si Cotumbro presto no repara,  
La fuerça de la maça que bajaua,  
La espalda toda entera se derriua,  
Vistose pues cargado con palabras,  
Que le dixo tambien de grande afrenta,  
Qual si sobre el valientes y altos montes,  
Se vbieran juntos puesto y assentado,  
Assi se echò de ver su sentimiento,  
Mas qual si fuera el mismo centro y vassa,  
Para llevar vn peso tan pesado,  
Disimulose todo quanto pudo,  
Sufriendo el corage concebido,  
Y dando à la templança larga rienda,  
Assi compuesto hablò con todo el pueblo,  
Nunca jamas me vi tan inclinado,  
A satisfazer mi honrra ya difunta,  
Qual oy lo estoy con tanta desberguença,  
Como conmigo veys que se ha tenido,  
Y si aquel jubenil ardor tuuiera,

Que en mi passada edad tener solia,  
Que es en que aqueste vil traidor estriua,  
Ya de su vana presuncion tuuiera,  
La enmienda, y el castigo merecido,  
Mas que puedo hazer en mi descargo,  
Si ya de tanta edad estoy cargado,  
Y la vejez à mas andar me aflige,  
Aquesta afrenta no es à mi persona,  
A vosotros se ha hecho, por ser hijos,  
De aquellos cuios padres yo he criado,  
Y faltando enmedio de la plaça,  
Qual serpentín famoso que cargado,  
Està de fina poluora suspenso,  
Su taco y gruessa vala, y sossegado,  
Està mientras el fuego no le mueue,  
Y luego que le llega con ruido,  
Assi se desembuelue, sale y rompe,  
Qual rayo de las nuues escupido,  
Assi sin deternerse ni tardarse,  
Zutancalpo por el tomò la mano,  
Y el reforçado leño reboluiendo,  
Para el Padre se fue desatinado,  
La gran maça el Padre aferrò luego,  
Y al encuentro Parguapo fue saliendo,  
Pilco allí tambien se desembuelue,  
Otompo, y luego Meco, con Guanambo,  
A Mulco, y otros muchos Acomeses,  
Y cada qual su vando sustentando,  
Derribando los mantos de los hombros,  
Prouar quisieron todos sus personas,  
Mas fueles impedido el allegarse,  
Por los muchos que juntos estuuieron,  
Con esto la canalla se deshizo,  
Y cada qual se fue para su casa,  
O vanidad, vil tosigo sabroso,  
Sugeto à cruel inuidia, y muerte azerba,  
Que mar de sangre vemos derramada,  
Por solo pretenderte, el vano altibo,  
Que presta la Real sangre, la hidalga,  
La villana, la baruara, y, ferrana,  
Si como de aquel Padre decendientes,  
Toda es vna materia y vna fuente,  
De vn color y vna misma semejança,  
Que en cada qual la cruel soberuia altiua,  
Sabemos que se anida y se atesora,  
Que al hambrienta polilla peligrosa,

O sedienta carcoma que royendo,  
De sus venas y entrañas à su gusto,  
Derrama, rompe, y vierte, la que quiere,  
Y assi este vil idolatra sangriento,  
Lleuado de frenetica soberuia,  
Luego determinò que se rompiessen,  
Las pazes y las treguas concertadas,  
Y à los Castillas todos acabasen,  
Sin que anima viuiente en pie quedase,  
Y por enderezar mejor su intento,  
Determinaron todos que en entrando,  
La gente Castellana en sus assientos,  
Que cada qual hiziesse por su parte,  
Que todos por las casas se sembrasen,  
Y estando bien sembrados y esparcidos,  
Iuntos acometiessen de manera,  
Que pelo de ninguno se escapase,  
Estando todo aquesto assi tratado,  
Zutancalpo con todos sus amigos,  
Y Chumpo con los suyos se salieron,  
Fuera de todo el pueblo por no verse,  
En trato tan infame y vergonçoso,  
Desto Zutacapan tomò contento,  
Porque assi todo el pueblo le dexauan,  
Casi sin fuerça alguna que pudiesse,  
Contradezirle aquello que ordenase,  
En este punto crudo fue llegando,  
Aquel Maese de campo que vendido,  
Aquesto alebosos le tenian,  
Y por hazer su causa mas en breue,  
Iuntos à recibirle le salieron,  
El pobre cauallero descuidado,  
De aquel rebozo estraño y encubierta,  
A todos abraçò con gran contento,  
Y luego que los vbo acariciado,  
Pidioles que le diessen por rescates,  
Algunos bastimentos que tuuiessen,  
A esto todos alegres le dixeron,  
Que assentase el Real, y que otro dia,  
Todo muy bien cumplido lo ternian,  
Con esto se boluio, y el dia siguiente,  
En fin por orden del precioso hado,  
Para el pueblo boluio que no deuiera,  
Aquel que careciendo de sospecha,  
Acercandose fue para el engaño,  
Que todo aquesto tiene el trato doble,

Llamar sobre seguro al inocente,  
Dios nos libre del mal que nos aguarda,  
Y con muestras de bien nos assegura,  
Porque puestos en prueua tan dificil,  
No ay discrecion, auiso, ni destreza,  
Armas, virtud, verdad, ni resistencia,  
Que puedan contrastar su gran violencia,  
Propuso pues el fin ventura joben,  
Assi como à la fuerça fue llegando,  
Vna gustosa platica amorosa,  
Para que alli los baruaros te diessen,  
El bastimento que le auian mandado,  
Ellos con gran descuido respondieron,  
Que fuessen por las casas à pedirlo,  
Que todos con gran gusto le darian,  
Luego el Maese de campo sin sospecha,  
Porque fuesse mas breue aquesta causa,  
O por mejor dezir su corta vida,  
Quedandose con solos seys soldados,  
Mandò que todos fuessen por las casas,  
Y el bastimento todo le juntasen,  
Cuia traicion si auemos de dezirla,  
Quiero alentar señor para escreuirla.

## CANTO VEYNTE Y DOS

*Donde se declara la rota del maese de campo, y muerte de sus compañeros, causada  
por la traycion de los indios acomeses*

O Mundo instable de miserias lleno,  
Verdugo atroz de aquel que te conoze,  
Disimulado engaño no entendido,  
Prodigiosa tragedia portentosa,  
Maldito cancer, solapada peste,  
Mortal veneno, landre que te encubres,  
Dime traidor aleue fementido,  
Quantas traiciones tienes fabricadas,  
Quantos varones tienes consumidos,  
De quanto mal enredo estas cargado,  
O mundo vano, o vana y miserable,  
Honrra con tantos daños adquirida,  
O vanas esperanças de mortales,  
O vanos pensamientos engañosos,

Sugetos siempre à miseros temores,  
Y à mil sucessos tristes y accidentes,  
O muy terrible caso lamentable,  
Que no se le conceda mas de vida,  
A la noble lealtad alta gallarda,  
De vn esforçado coraçon valiente,  
De quanto vn vil traidor cobarde y bajo,  
Quiera con encubierta y trato doble,  
Dar con su esfuerço en tierra y derribarle,  
A pesar de los braços belicosos,  
Cuias illustres prendas desbanecen,  
Qual presuroso viento que traspone,  
Luego que traicion quiere atrauesarse,  
Y con secreto tosiço cubrise,  
Para mayor ponçoña del estrago,  
Con que despues se muestra y embrabece,  
Dexemos los autores que escriuieron,  
Gran suma de sucessos desdichados,  
Por manos de traidores fenecidos,  
Y tomemos aqueste miserable,  
Caso por accidente sucedido,  
No bien señor los vieron derramados,  
Y à todos por el pueblo diuididos,  
Propria y comun dolencia de Españoles,  
Meterse en los peligros sin recato,  
Sospecha ni passion de mal successo,  
Cuios grande descuido con cuidado,  
Los baruaros notaron y con esto,  
Aduirtieron que solos seys soldados,  
Con el Maese de campo auian quedado,  
Y terniendo que presto se juntasen,  
Poniendo en aventura su partido,  
La furia popular fue descubriendo,  
La fuerça del motin que estaua armado,  
Y mormurando todos la tardança,  
Sedientos de acabar las flacas fuerças,  
Que alli los Españoles alcançauan,  
Por solo auer querido derramarse,  
Alborotados todos lebantaron,  
Vn portentoso estruendo de alaridos,  
Tan altos, tan valientes, y grimosos,  
Que à todos causò espanto imaginarlos,  
Viendo el Maese de campo la braueza,  
De la baruara gente rebelada,  
Con reportado rostro graue ayrado,  
Para los suyos se boluio diziendo,

Caualleros cuija grandeza encierra,  
Todo valor, esfuerço, y buen consejo,  
Bien claro veys la grande desberguença,  
De toda aquesta chusma desmandada,  
Pues à nosotros vemos que rebueluen,  
Las omicidas armas lebantadas,  
Notad que toda viene al descubierta,  
La fee quebrada, rota la obediencia,  
Las treguas y los pactos quebrantados,  
Violado el vassallage que nos dieron,  
Por cuijo manifesto desengaño,  
Siento la cruda guerra ya encendida,  
Y vn diabolico fuego lebantado,  
Que consejo os parece que tomemos,  
Que mas à nuestra causa satisfaga,  
Guardando el punto que es razon se guarde,  
Al belico exercicio y al gouierno,  
Del graue General que nos encarga,  
Que siempre imaginemos y pensemos,  
En quan sin sangre tiene assegurada,  
Cosa de tanta afrenta y graue peso,  
Como es toda la tierra que pisamos,  
Y si por qual que desdichada suerte,  
Nosotros derramasemos alguna,  
Seria desdorar la gran grandeza,  
De la mas sossegada paz que alcanza,  
Por cuija justa causa soy de acuerdo,  
Pues tan buena ocasion el tiempo ofrece,  
Que luego nos salgamos retirando,  
Recogiendo al descuido nuestra gente,  
Pues para todo ay tiempo y coiuntura,  
Y como jamas vemos que à faltado,  
Para las cosas bien encaminadas,  
Vn fiscal que reprueue y contradiga,  
Parece que la sobra de arrogancia,  
De vn torpe Capitan que cerca estaua,  
Dixo porque mas bien se descubriese,  
Su vana presuncion y vano esfuerço,  
No es bien Maese de campo que sigamos,  
Por honrra de Españoles tal afrenta,  
Y si no solo à mi se de licencia,  
Y versea como solo me antepongo,  
A toda esta canalla, y la sugeto,  
Para que sin que nadie se retire,  
Decienda quando mas le diere gusto,  
Sano y salbo, à lo llano desta cumbre,

Pasmado el de Zalduar sin aliento,  
De la sobrada replica encendido,  
Suspenso difirio la justa enmienda,  
Para mayor bagar del que le daua,  
La furia de la tropa que embestia,  
Por auerle aquel necio entretenido,  
Con sus necias palabras mal digestas,  
Pues como si le vbiesse ya passado,  
La precissa ocasion de retirarse,  
Cuias perdida triste lastimosa,  
Por marauilla vemos que la cobran,  
Aquellos que la pierden sin rezelo,  
Del graue inconueniente que se sigue,  
Despues de ser perdida y acabada,  
Assi por no perderla desembuelto,  
Salio Zutacapan feroz diziendo,  
Mueran, mueran à sangre y fuego, mueran,  
Todos estos ladrones que han tenido,  
Tan grande atrebimiento y desberguença,  
Que sin ningun temor ni buen respecto,  
Han querido pisar los altos muros,  
De aquesta illustre fuerça poderosa,  
Luego tras del salieron replicando,  
Ezmicaio Amulco, y tambien Pilco,  
A quien siguieron Tempal y Cotumbo,  
Diziendo, mueran estos fementidos,  
Infames, viles, perros, alebosos,  
Perturbadores del comun sossiego,  
Esforçò aquesta voz la braua turba,  
De la infernal canalla belicosa,  
Las poderosas armas embraçando,  
Viendo el Maese de campo sin remedio,  
El rigor de las armas lebantadas,  
Buelto à los suyos dixo à grandes voces,  
No me dispere nadie, y solo apunten,  
Que con solo apuntar serà possible,  
Detener la gran fuerça que descarga,  
De la baruara furia que arremete  
La qual se abalançò con tanto aliento,  
Qual fuese vna deshecha y gran borrasca,  
Quando à la pobre nauezilla embiste,  
Cuias mas encumbradas y altas gauias,  
Al profundo del hondo mar derriba,  
Y luego al mismo Cielo las lebanta,  
Assi rabiosos todos embistieron,  
Las poderosas mazas descargando,

Viendo el Maese de campo sin remedio,  
Cosa de tanto peso y graue afrenta,  
Y que por bien no pudo reduzirlos,  
Qual ponçoñosa viuora pisada,  
Del ancho pie del rustico villano,  
Que viendose perdida y quebrantada,  
En si toda se enciende y embraueze,  
Tendida y recogida amenaçando,  
Con la trifulca lengua y corbo diente,  
Assi el Zalduar todo embrauecido,  
A los suyos mandò con grande priessa,  
Que las fogosas llaues apretasen,  
Y escupiendo los prestos arcabuzes,  
Las escondidas valas derribaron,  
De la enemiga gente grande parte,  
Mas poco les valio tan buen efecto,  
Porque todos al punto se mezclaron,  
Sin que pudiessen darlos otra carga,  
Y assi la soldadesca en tanto aprieto,  
Qual suelen con fortuna los forçados,  
Bogar sobre los cabos rebentando,  
Por no desamarrarse y dessorirse,  
Y à fuerça de los puños y los braços,  
Con roncoss azezidos y gemidos,  
Contra el rigor del mar soberbio arfando,  
Embisten con las hondas y las rompen,  
Con sobra de corage lebantando,  
Al Cielo espumas de agua assi oprimidos,  
Los fuertes Españoles arrancaron,  
Las valientes espadas rigurosas,  
De las gallardas cintas en que estauan,  
Y assi rebueltos, todos desembueltos,  
Por medio la canalla se lançauan,  
Desquartizando à diestro y à siniestro,  
Inormes cuerpos brauos y espantosos,  
Con horribles heridas bien rasgadas,  
Sangrientas cuchilladas desmedidas,  
Profundas puntas, temerarios golpes,  
Con que los vnos y otros bien mostrauan,  
De sus heroicos braços raras prueuas,  
En esto el brauo Tèmpal que corrido,  
Estaua ya sin seso auergonçado,  
Al suelo se abajò por vn gran canto,  
Y atras el pie derecho fue haziendo,  
La espalda derribada y fue lançando,  
El canto de manera que hundida,

Dexò la triste boca de Pereira,  
Y no bien vio los dientes derramados,  
Quando sobre el boluio y regañando,  
Pedazos la cabeça con vn leño,  
Le hizo al miserable, y viendo todos,  
Los cascos que mezclados con los sesos,  
Sangrientos se esparcieron por el suelo,  
Tan gran corage à una concibieron,  
Que assi como la poluora de hecho,  
Lebanta vn gran castillo y lo destroza,  
Siembra y lo derrama por mil partes,  
Assi la chusma baruara furiosa,  
La Castellana fuerça fue embistiendo,  
Por cierta la victoria alli cantando,  
Quan bueno es el callar, y que importante,  
Quando la dura guerra se platica,  
Porque aunque con gran fuerça pretendamos,  
Se ygualen las palabras con las obras,  
No son los nobles hechos tan tenidos,  
Quanto aquellos que sin hablar se acaban,  
Tocto esto digo por aquel furioso,  
Capitan indiscreto, mal mirado,  
Que por ganar gran fama blasonaua,  
Que esta de todo punto ya rendido,  
Alebrastado, mudo, temeroso,  
Suspenso, manso, palido, cobarde,  
Y sin genero de armas en las manos,  
La vil, bana cabeça descubierta,  
Y escudando su timida persona,  
Con el Maese de campo valeroso,  
Que en la sangrienta guerra desdichada,  
Vn inuencible Godo se mostraua,  
Mas poco le turò el escudarse,  
Que al fin le dieron muerte vergonzosa,  
Pues sin que lastimasen su persona,  
De las manos las armas le quitaron,  
Y qual si fuera oueja miserable,  
Assi tambien la vida le rindieron,  
O soldados que al belico excercicio,  
Soys con grande razon aficionados,  
Aduertid que es grandissima grandeza,  
No ser nada muy prodigos de lengua,  
Y serlo por la espada es cosa noble,  
Si con razon se ajusta y se compone,  
Notad aquesta historia porque os juro,  
Que si Dios nuestra causa no repara,

Como bondad inmensa poderosa,  
Que fuera este hombre causa suficiente,  
Para que sin que cosa en pie quedara,  
En aquel nuevo mundo y nueva Iglesia,  
Todo se destruyera y se assolara,  
Y esto sin que viua anima pudiera,  
Salir à dar la nueva desdichada,  
Y para no venir en tanta afrenta,  
Dos cosas con grandissimo cuidado,  
A siempre de notar el buen guerrero,  
La vna es que considere bien si manda,  
Y la otra si es de aquellos que obedecen,  
Y mire qual de aquestos dos officios,  
Le es fuerça que exercite y que professe,  
Y no permita quiebra ni se atreba,  
A perder ni salir tan solo vn passo,  
Del termino que à cada qual se deue,  
Teniendo siempre por opuesto y blanco,  
Al mismo poderoso Dios eterno,  
A cuiã alteza inmensa y soberana,  
No esta bien se gouierne por nosotros,  
Y menos no es bien que gouernemos,  
A magestad tan alta y lebantada,  
Y porque se muy cierto que me entienden,  
Los que mandan, y aquellos que obedecen,  
Cada qual exercite con imperio,  
La fuerça del officio que tuuiere,  
Y mande la cabeça poderosa,  
Y obedezcan los bajos pies humildes,  
Si quieren ver en todo buen gouierno,  
Pero dexemos esto gran Monarca,  
Que sale Pilco echando espumarajos,  
Por la rabiosa boca desmedida,  
Y vn gran baston en torno reboluiendo,  
Biene ciego de colera encendido,  
Con sobra de corage amenaçando,  
La lebantada frente de Biberio,  
Cuiã fuerça fue en alto reparando,  
Cubriendo la cabeça con dos manos,  
Iunta la guarnicion con el adarga,  
La rodilla derecha en tierra firme,  
Todo el costado yzquierdo descubierto,  
Sobre cuiõ desocupado espacio,  
Descargò el braço del serrado leño,  
Con tan violenta fuerça y gran pujança,  
Que te quebró la hiel dentro del cuerpo,

Haziendole pedazos las costillas,  
Y à penas dio consigo el pobre en tierra,  
Quando de lo mas alto de vna casa,  
De encima del pretil vna gran piedra,  
Fue de vna flaca vieja rempujada,  
Esta se vino aplomo de manera,  
Que le hizo pedazos la cabeça,  
Viendo al triste Español alli tendido,  
Y qual el compañero que hemos dicho,  
Los escondidos sesos derramados,  
Tan fuertes voces todos lebantaron,  
Y con vn tan horrible y brauo estruendo,  
Que los mas altos y encumbrados Cielos,  
Por vna y otra parte parecian,  
Que tristemente todos se rasgauan,  
Dexandose venir de todo punto,  
Rotos y destrozados para el suelo,  
Y como todo andaua de rebuelta,  
Popolco arremetio para Costilla,  
Mulato de nacion, y tan muchacho,  
Que armas nunca jamas auia ceñido,  
Y abriendole de vn hijar al otro,  
Todas las tripas te vertio en el suelo,  
El misero muchacho lastimado,  
Que junto al cuerpo de Biuero estaua,  
La daga le arrancò de la pretina,  
Y qual suele imprimirse y estampar,  
La figura del sello en blanda cera,  
Assi imprimio la llaga aquel mulato,  
En su mismo omicida de manera,  
Que en las rebueltas tripas tropeçando,  
El vno con el otro muy rabiosos,  
A los braços vinieron ya difuntos,  
Y estando bien assidos y abraçados,  
Por las terribles bocas sangrentadas,  
Las inmortales almas vomitaron,  
En esto Chontal baruaro arriscado,  
Que acaso fue passando por do estaua,  
El Alferez Zapata en yra ardiendo,  
Con mil salbages brauos peleando,  
Alçò el serrado leño y en el yelmo,  
Tan gran golpe le dio que estuu en punto,  
De dar consigo en tierra casi muerto,  
Y luego que algun tanto fue cobrado,  
De verse assi tratado y ofendido,  
No la braueza y furia desatada,

Del corajoso toro ya vencido,  
Vertiendo gruesas bauas por vengarse,  
Assi se vio jamas qual vimos todos,  
Al Español furioso reboluiendo,  
El hierro de la espada auergonçado,  
Sobre el valiente baruario atreuido,  
Y embebiendola toda casi ciego,  
Seys vezes la bañò, y tinta y roja,  
Sacò de los costados poderosos,  
Vertiendo vn mar de sangre denegrada,  
Do el alma zozobrò, y assi rabiosa,  
Salio de la vertiente sangrentada,  
No bien el fuerte baruario difunto,  
En tierra dio consigo quando todos,  
Alçando vn alarido arremetieron,  
Muera, muera diziendo, y assi juntos,  
Qual el soberuio mar, quando combate,  
La lebantada roca, y ella fuerte,  
Las poderosas aguas contrastando,  
Inhiesta queda siempre estable y firme,  
Assi su grande esfuerço fue mostrando,  
El Español gallardo en tal conflicto,  
Zutacapan furioso viendo aquesto,  
Con toda su quadrilla fue embistiendo,  
A tres solos fortissimos guerreros,  
Y por ser la ventaja tan sobrada,  
A su pesar los fueron retirando,  
Para vn grimoso y gran despeñadero,  
Adonde les fue fuerça que prouasen,  
Los oprimidos Heroes afligidos,  
El vltimo rigor y postrer trance,  
Que pudo la fortuna embrauecida,  
Dar à sus tristes cuerpos esforçados,  
El primero de todos fue Camacho,  
Detras del luego se arrojò segura,  
Y à la postre aquel pobre de Ramirez,  
Que todos de la mal segura cumbre,  
Se fueron despeñando y lançando,  
Culpando en vano, y sin ningun remedio,  
A su triste ventura y mala suerte,  
Triste pues antes de llegar al suelo,  
Muertos llegaron dando cien mil botes,  
Por los mas crudos riscos lebantados,  
Pues como el valor de armas se encendiesse,  
Y el rigor de los dientes se apretase,  
Escalante, con Sebastian Rodriguez,

Mostrando la fineza de quilates,  
De sus brauos gallardos coraçones,  
La mas cruenta refriega sustentaron,  
Hasta que faltos de vigor y aliento,  
Apedreados los dos nobles guerreros,  
Iuntos al otro mundo se partieron,  
El bueno de Araujo peleando,  
Con vn valiente baruario que quiso,  
Fortuna que estuuiesen retirados,  
Dos poderosos lobos se mostraron,  
El vno contra el otro y se embistieron,  
Tan esforçadamente que ponian,  
Horror en solo verlos tan heridos,  
Y de ambas partes tanto ensangrentados,  
Y despues que vendieron bien sus vidas,  
Sin ninguna ventaja, o diferencia,  
Rendidos los dos brauos fenecieron,  
En esto con gran furia descargauan,  
Sobre el Maese de campo fieros golpes,  
Cuios triste progressos à nueuo canto,  
Serà bien difirir porque me faltan,  
Fuerças para escreuir mi gran desdicha,  
Pues de dos camaradas y señores,  
Que por buena y gran suerte me cupieron,  
En toda aquesta guerra trabajosa,  
Me es fuerça llore al vno, y con quebranto,  
Viua de oy mas en vn azerbo llanto.

## CANTO VEYNTE Y TRES

*Donde se dize la muerte del maese de campo, y lo que despues sucedio, hasta llevar  
la nueua al Governador*

Renueuese el dolor, y el ronco azento,  
Con funebre dolor salga llorando,  
La fiera y braua muerte lamentable,  
De aquel varon heroico que rompiendo,  
Por mil furiosas baruaras esquadras,  
Por la terrible espada poderosa,  
Vn mar de fresca sangre va bertiendo,  
Tres largas horas con valor sostuuo,  
Todo el inorme peso portentoso,  
De la cruenta batalla el nueuo Marte,

Con tan sobrado animo y esfuerço,  
Como si de vn fino bronce fuera,  
Pues viendo aquel membrudo y fiero Qualpo,  
La fineza del Español gallardo,  
Con sobrado corage fue à dos manos,  
Del arco las dos puntas encorbando,  
Para que con mayor violencia y fuerça,  
La poderosa flecha se arrancase,  
De la tirante cuerda belicosa,  
Y assi la despididio con tal braueza,  
Que rompiendole toda la escarcela,  
Atrabesada se quedò temblando,  
Por el derecho muslo bien assida,  
Aqui el Zaldiuar reboluiò furioso,  
Qual rabioso leon atrabesado,  
Del riguroso dardo que le claua,  
El hastuto montero que le sigue,  
Tras cuiò braço vemos que se enciende,  
Y se arma, sacude, y embrabeze,  
Rabioso, lebantando, y herizando,  
El aspero crestón del alto cerro,  
El bedijoso cuello reboluiendo,  
Y con roncós bramidos y gemidos,  
Fuertes vñas y dientes corajosos,  
Para todos arranca y se abalança,  
No de otra suerte y traza la braueza,  
Del brauo Español crece y se lebanta,  
Haziendo vn bien tendido y ancho campo,  
Por do quiera que embiste y arremete,  
Aqui derriba, tulle y estropea,  
Alli huyendo del se acogen todos,  
Qual vanda de palomas que esparcidas,  
Huyendo del vilano van tendiendo,  
Las alas por el ayre y van buscando,  
Los auigados nidos puerto libre,  
Donde seguras puedan ampararse,  
Y libres de sus garras socorrerse,  
Assi los Acomeses temerosos,  
Apriessa se retiran y recogen,  
Mas como lo violento no es perpetuo,  
La gran braueza fue desfalleciendo,  
Qual en vn fiero toro desfalleze,  
Quando en estrecho coso agarrochado,  
Se ve por todas parte afligido,  
Arroyado de sangre denegrada,  
Ya falto de vigor, fuerça, y aliento,

No menos el raudal brauo famoso,  
De aquel brioso animo valiente,  
Vino à menguar sus esforçadas fuerças,  
Que ya como atras queda referido,  
Sobre el furiosos golpes descarguan,  
Pilco embistio con todos sus guerreros,  
Zutacapan tambien fue descargando,  
Ayudado de Amulco y Ezmicaio,  
Cotumbo y Tempal fueron reboluiendo,  
Y assi todos se fueron ya mezclando,  
Con la popular tropa que embestia,  
Sobre el brauo caudillo destroncado,  
Cobrando en su flaqueza nuevos brios,  
Tanto mas alentados y esforçados,  
Quanto menos esfuerço y resistencia,  
Sintieron en el pobre cauallero,  
Condicion propria, y natural cosecha,  
De torpes brutos, animos bestiales,  
Ensayar su furor en vn rendido,  
Y que en el sean sus golpes señalados,  
Fingiendose valientes y animosos,  
Como si por alli no le dexara,  
Mucho mas descubierta la bageza,  
De sus infames animos cobardes,  
Pues siendo tan apriessa lastimado,  
Luego que por tres bezes ya perdido,  
Del suelo se cobro con nueuo esfuerço,  
El animoso y fuerte combatiente,  
Haziendo en todas tres, por tres leones,  
Tres bien desocupadas y anchas plaças,  
Al fin con gran cuidado fue bajando,  
De aquel Zutacapan la fiera maça,  
Con tan valiente fuerça que assentada,  
Sobre las altas sienes del Zalduar,  
Alli rendido le dexò entregado,  
Al reposo mortal y largo sueño,  
Que à todos nos es fuerça le durmamos,  
O vida miserable de mortales,  
Sugeta à mil millones de miserias,  
Peligros, desbenturas, y desastres,  
Naufragios, y otros tristes accidentes,  
De miseros subcessos que notamos,  
Aquellos que aunque libres los sentidos,  
Dios sabe si otra cosa nos aguarda,  
De mas dolor, miseria, y mas quebranto,  
Que aquellas que muy graues nos parecen,

Pues viendo aquel guerrero alli tendido,  
Como rabiosos perros lebantaron,  
Vn grande estruendo, baruaro confusso,  
De aullidos y alaridos temerosos,  
Y reempujandose desatinados,  
Los vnos à los otros se estorbauan,  
Por solo ensangrentar las fieras armas,  
Que cada qual mandaua y gobernaua,  
En la inocente sangre del Christiano,  
Y tantos golpes fueron descargando,  
Qual suelen los herreros quando en torno,  
Gimiendo junto al yunque van bajando,  
Los poderosos machos, y à porfia,  
Assientan con esfuerço mayor golpe,  
Y tantos sobre el dieron y cargaron,  
Quantos sobre aquel noble de Anaxarco,  
Quando por vista de ojos vio molerse,  
En vn grande mortero bien fornido,  
Adonde en lastimosa y tierna pasta,  
La carne con los guessos le dexaron,  
Viendo al Maese de campo ya rendido,  
El valiente Zapata, y Iuan de Olague,  
El gran Leon, y fuerte Cauanillas,  
Y aquel Pedro Robledo el animoso,  
Auiendo como buenos señalado,  
Sus imbenzibles braços no domados,  
Resistiendo à la turba que cargaua,  
Se fueron à gran priessa retirando,  
Hasta llegar á vn alto lebantado,  
De mas de cien estados descubiertos,  
De donde todos cinco se lançaron,  
Por milagro las vidas escapando,  
Ecepto el miserable de Robledo,  
Que derramados los bullentes sesos,  
Por las peñas bajò sin ambos ojos,  
Y como Sosa y Tabora con priessa,  
Y con ellos Antonio Sariñana,  
Se fueron à buen tiempo retirando,  
Libres y sin zozobra descendieron,  
Al llano de la cumbre lebantada,  
Donde el Alferez Casas quedó en guarda,  
De la importante y fuerte cauallada,  
El qual fue recogiendo à grande priessa,  
Aquellos quatro amigos despeñados,  
Que casi muertos los hallò molidos,  
Sin genero de pulso ni sentido,

Con los quales salio sin detenerse,  
Al puesto y vando amigo que dejaron,  
Donde los recibieron con gran llanto,  
Y despues que curaron los heridos,  
Acordaron que Tabora saliesse,  
A dar al General la triste nueua,  
Y luego despacharon por la posta,  
Por todas las Prouincias comarcanas,  
Porque à los Religiosos descuidados,  
Alguna tropa no les embitiesse,  
Y à todos sin las vidas los dexasen,  
Y para obiar tan grande incombiniente,  
A todos escriuieron y auisaron,  
Que à mas andar se fuessen recogiendo,  
Al Real de san Iuan con toda priessa,  
Donde ya con ligero y presto buelo,  
La vil parlera fama auia llegado,  
Con la infelix nueua desdichada,  
Alli luego el Sargento descuidado,  
De nueua tan atroz quedò suspenso,  
Los braços en el pecho bien cruzados,  
Y teniendo el aliento por buen rato,  
Con profundos gemidos fue vertiendo,  
Vna gran lluuia con que fue apagando,  
Las brasas en que su alma se abrasaua,  
De vna tan grande perdida encendida,  
Y despues que sus ojos fatigados,  
Vbieron vn gran golfo ya vertido,  
Todo lo mas que pudo fue sufriendo,  
Por no desconsolar á las mugeres,  
Que en viuos gritos todas se encendian,  
Y assi como leonas que bramando,  
Sus muertos cachorrillos rezucitan,  
No menos dando voces pretendian,  
Dar vida à sus difuntos malogrados,  
Y cada qual sintiendo su desdicha,  
Gritos à sus maridos estan dando,  
Y otras al dulce hijo y caro hermano,  
Otras al bien hechor y deudo amado,  
Con tanto sentimiento que ya el pueblo,  
Con lastimoso llanto se hundia,  
De las pobres señoras que mesauan,  
Las hebras de oro fino que tenian,  
Y con sus blancas manos azotauan,  
Las rosadas mexillas de sus rostros,  
Con vno y otro golpe que se dauan,

Haziendo tanta confusión y estruendo,  
Como quando con furia y con braueça,  
El poderoso mar resurte y vate,  
En las concabas rocas y peñascos,  
Que contra su gran fuerça se anteponen,  
Vista tan gran desdicha y desbentura,  
Reprimiendo el Sargento como pudo,  
Del sexo femeníl el tierno llanto,  
Sacando algunas fuerças de flaqueza,  
Bien lastimado, triste, y afligido,  
Mandò por los difuntos se hiziessen,  
Vnas tristes obsequias funerales,  
En este medio tiempo y coiuntura,  
Llegò el Capitan Tabora diziendo,  
No auer podido dar con el camino,  
Y rastro, que el Gouernador lleuaua,  
Visto el recado con que auia venido,  
Sin mas acuerdo se mandò que Casas,  
Y que Francisco Sanchez el Caudillo,  
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco,  
Soldados de valor, y de verguença,  
Saliessen con grandisima presteza,  
Y la nueua al Gouernador lleuasen,  
Y apenas se les dixo quando luego,  
En sus cauillos bien encubertados,  
Marchando juntos con valor salieron,  
Y rompiendo por mil dificultades,  
Que los baruaros siempre les pusieron,  
Sin poder ofender à sus personas,  
Aunque algunos cauillos les mataron,  
Al fin con buena y presta diligencia,  
Llegaron estos quatro valerosos,  
Al mismo asiento, puesto, y estalage,  
Donde en mi gran trabajo riguroso,  
Fuy por mi buena suerte socorrido,  
Pues viniendo el Gouernador al puesto,  
De aquella triste nueua descuidado,  
Marchando con grandissimo contento,  
Con acuerdo de hazer alli jornada,  
Y de hospedarse en Acoma otro dia,  
Auiendo preuenido grandes fiestas,  
Para quando el Real se descubriesse,  
Y otras para despues que dentro entrase,  
Estando como digo preuenido,  
Y todo con acuerdo platicado,  
Llegaron los amigos sin consuelo,

Muy tristes, cabizbajos, y llorosos,  
Y antes que puedan dar la triste nueva,  
Quiero tomar reposo si pudiere,  
Si es que por mi desgracia y corta suerte,  
He de boluer de nuevo á lamentarme,  
Para mas afligirme y lastimarme.

## CANTO VEYNTE Y QVATRO

*Como se dio la nueva al Governador, y de lo que fue sucediendo, hasta llegar á San Iuan  
de los Caballeros*

O mas que loca, incierta, debil, y dudosa,  
Esperança variable de los hombres,  
Y sus vanos y altiuos pensamientos,  
Pues que en mitad de la carrera vana,  
Quando con mas braueça la atropellan,  
De subito se vnde y zozobran,  
Primero que en seguro y dulce puerto,  
Puedan de su barquillo tenue flaco,  
Dando fondo, aferrar la pobre amarra,  
Porque como begigas muy hinchadas,  
Que con agua y jabon los niños tiernos,  
Por libiano cañuto al ayre esparzen,  
Que quando mas vistosas y agradables,  
En vn instante vemos desbanecen,  
Tan fin rastro de aquello que mostraron,  
Qual si nunca jamas ouiessen sido,  
No menos Rey sublime y poderoso,  
Todas las mas humanas esperanças,  
Al fin como mortales desbanecen,  
Y entonces se consumen, y se acaban,  
Quando dellas estamos mas assidos,  
Mas prendados, mas firmes, y mas ciertos,  
Y menos sospechosos de perderlas,  
Cuia verdad nos muestra y manifiesta,  
Aqueste claro exemplo que tenemos,  
Pues auiendonos puesto la fortuna,  
En la mas alta cumbre de su rueda,  
Teniendo ya pacifica la tierra,  
Sin ver gota de sangre derramada,  
Como nunca jamas se vio parada,

Auiendose mostrado favorable,  
En enemiga buelta fue boluiendo,  
Dandonos quando menos entendimos,  
De su mudable fee patente indicio,  
Y assi llegaron juntos los amigos,  
Y dando al General la triste nueua,  
Siendo Casas de vista buen testigo,  
Para mayor dolor y sentimiento,  
Del desastrado caso que contaua,  
Cuiο progresso apenas fue acabando,  
Quando se derribò de su cauallo,  
Que encubertado todo le traia,  
Y por sus ojos lagrimas vertiendo,  
Y el rostro para el Cielo lebantando,  
Hincadas las rodillas por el suelo,  
Puestas las manos todo demudado,  
Assi esforçò la boz desalentada,  
Hablando à Dios el triste cauallero,  
Gran señor si la pobre nauezilla,  
Que aquel grande piloto de tu Iglesia,  
Quiso y tuuo por bien de encomendarme,  
La tienes ya por mi aborrecida,  
Si por mis graues culpas no merece,  
Le des tu mano santa generosa,  
Por esta vez suplico la perdones,  
Y no permitas paguen inocentes,  
La mucha grauedad de mis delictos,  
Y si combiene todos zozobremos,  
A tu voluntad santa podeosa,  
Estoi aqui sugeto y muy rendido,  
Mas pues llegando auemos à estas tierras,  
Suplicote señor que nos guardes,  
Suspendiendo el rigor de tu justicia,  
Y el grande y graue azote que descarga,  
Y serenando nuestras pobres almas,  
Gozemos del valor de tu clemencia,  
Con estas y otras cosas lamentables,  
Alçandose del suelo sollozando,  
Tomò el cauallo bien enternecido,  
Y assi como llegamos al parage,  
Solo à su tienda quiso recogerse,  
Hincado de rodillas, y en las manos,  
Vna Cruz pobre, hecha de dos trozos,  
Ambos con su corteza mal labrados,  
Que à falta de otros me mandò buscase,  
Y que à su tienda luego los truxesse,

Donde passò la triste y larga noche,  
Gimiendo amargamente y suplicando,  
A Dios nuestro Señor le diesse esfuerço,  
Para poder lleuar tan gran trabajo,  
Y luego que la luz entró rompiendo,  
De la obscura tiniebla el negro manto,  
Mandò que me llamasen y dixessen,  
Iuntos los compañeros le lleuase,  
Y estando à una todos recogidos,  
Y sin consuelo lagrimas vertiendo,  
Salio del pabellon todo cubierto,  
De funebre dolor, manso lloroso,  
Los ojos hechos carne y viua sangre,  
Hinchados, tristes, tiernos, mal enjutos,  
Descolorido todo y trasnochado,  
Y afligido apretandose las manos,  
Estando alli parado por buen rato,  
Assi como del aspero tomillo,  
Azedo y desabrido vemos saca,  
Miel para el panal la cauta aueja,  
Y della se socorre y faborece,  
Quando los tiempos cargan mas sin jugo,  
Assi el Governador à sus soldados,  
Desconsolados, tristes, y afligidos,  
Queriendo por tres veces esforçarse,  
A dezir su razon quedò suspenso,  
Con todas las palabras atoradas,  
A la pobre garganta y tierno pecho,  
Y luego que el tormento fue aflojando,  
Algun tanto la cuerda que apretaua,  
Dexandole alentar con mas sossiego,  
Assi hablò à los flacos coraçones,  
Señores compañeros sabe el Cielo,  
Que me lastima el alma verlos todos,  
Desconsolados, guerfanos, y tristes,  
Viendo la gran columna que nos falta,  
En el Maese de campo ya difunto,  
Y en los demas amigos valerosos,  
Cuias vidas sin par y sin medida,  
Sirbiendo à las dos grandes magestades,  
Sabemos fenecieron y acabaron,  
La pobre carne ha hecho ya su oficio,  
Y assí serà razon tambien que el alma,  
Prosiga con el suyo pues es justo,  
Que en todo siempre vaya por delante,  
No siento aqui varon que no se precie,

De soldado de Christo verdadero,  
Pues como tal su sangre, Cruz y muerte,  
Viene à comunicar con grande esfuerço,  
Por todas estas baruaras naciones,  
Se dezir que no tiene todo el campo,  
Soldadesca, y exercito de Christo,  
Vn tan solo soldado en su estandarte,  
Que segun tuuo cada qual las fuerças,  
No fuesse fuertemente molestado,  
Y rigurosamente combatido,  
Dexo todos aquellos que oyeron,  
Y que por vista de ojos se hallaron,  
A vn millon de desastres prodigiosos,  
Con que quedaron todos lastimados,  
Y assi como nosotros afligidos,  
Dezidme los demas por donde fueron,  
Y qual fue la derrota que lleuaron,  
Los vnos viuos fueron enterrados,  
Y tambien asserrados otros viuos,  
A otros desollaron el pellejo,  
Descoiuntados otros acabaron,  
Y à bocados de cruel tenaza viua,  
Vna gran suma dellos fenecieron,  
Otros crucificados y azotados,  
Desquartzados otros valerosos.  
Tanto mas esforçados y estimados,  
Quanto mayor martirio padezieron,  
Si es que teneys espiritu de Christo,  
Señores compañeros llueuan muertes,  
Carguen trabajos, vengan afficciones,  
Porque el que de nosotros mas sufriere,  
Mas triunfo, mas alteza, mas trofeo,  
Es verdad infalible que le aguarda,  
Y pues esto es assi, varones nobles,  
Deseche cada qual la vil tristeza,  
Y à Dios lebante el alma y no desmaye,  
En quien sin duda alguna espero y fio,  
Que si con veras todos le seguirmos,  
Que con veras y, por su misma mano,  
Auemos de ser todos consolados,  
Y luego que el Gouvernador prudente,  
Acabò con su platica, parece,  
Que qual marchito campo que se alegra,  
Y brota, crece, sube, y se lebanta,  
Con fuerça de las aguas que derraman,  
Las poderosas nuues à su tiempo,

Que assi todos se fueron consolando,  
Sacudiendo de si el disconsuelo,  
Y dolor melancolico pesado,  
Con que sus almas tristes lastimauan,  
Viendo à su General con tanto pecho,  
Esforçado, animado, y alentado,  
El qual luego empezo à ponerlo todo,  
En buen concierto y orden, por si acaso,  
A nosotros los baruaros saliessen,  
Y assi determinó Tomas entrase,  
Como de aquella tierra buen piloto,  
Y lengua de los Indios naturales,  
A dar auiso à todos los amigos,  
Que alli golosos del metal sabroso,  
A descubrir las grandes minas fueron,  
Para que derrotados se boluiessen,  
A san Iuan con grandissimo recato,  
De cuias esquadra quiso adelantarse,  
El Capitan Farfan en compañía  
Del Capitan Quesada, porque juntos,  
Salieron con la nueua de las vetas,  
Segun que atras lo auemos ya contado,  
Hecha esta preuencion, que fue importante,  
Alçose todo el campo, y fue marchando,  
Lleuando en la banguardia gran cuidado,  
Y cuerpo de batalla, y retaguardia,  
Y porque todo fuesse mas seguro,  
Ligeros corredores despachaua,  
Que tierra descubriessen y abisasen,  
De qualquiera subcesso que importase,  
Y como siempre vemos que aborrecen,  
La belleza del Sol los mal hechores,  
No libres de traicion y de encubierta,  
De noche á punto todos nos velamos,  
Con cuidadosas postas desembueltos,  
Y grandes centinelas bien partidas,  
Con que al quarto del alua juntos todos,  
Continuamente siempre nos hallamos,  
Vigilantes y bien apercebidos,  
Y con este orden fuimos á alojarnos,  
Fatigados de sed à una cañada,  
Por cuias peñas fuimos recogiendo,  
Cierta parte de nieue retirada,  
Donde el rigor del Sol no pudo entrarle,  
Aquesta con el fuego regalamos,  
Puesta en los hielmos cascos y zeladas,

Y al fin hizimos razonable aguage,  
Con que nuestra gran sed satisfizimos,  
Y aquel que no desamparò los suyos,  
Qual verdadera senda fue guiando,  
Nuestros cansados passos de manera,  
Que llegò à saluamento todo el campo,  
Muy cerca de san Iuan adonde estaua,  
El Sargento bien triste y cuidadoso,  
Porque nunca jamas auia tenido,  
De todo nuestro campo nueua alguna,  
Viendo el Gouernador quan cerca estaua,  
Mandò salir al niño don Christoual,  
Para que de su parte visitase,  
Al Sargento mayor por su persona,  
Y porque su edad tierna no le daua,  
Lugar á lo que el Padre pretendia,  
Para que aquesta falta se supiesse,  
Y que por el vbiesse quien hablase,  
Encomendose toda aquesta causa,  
Al Capitan Quesada, y juntamente,  
Que fuesse yo con el al mismo efecto,  
Mandonos que con veras se pidiesse,  
A todos los amigos que escusasen,  
De salir al camino à recibirle,  
Porque seria ocasiòn de lastimarle,  
Mas de lo que el venia, aunque esforçando,  
A todos los del campo fatigado,  
Tambien nos encargò que con cuidado,  
Viessemos de su parte à las biudas,  
Y à todos los demas que perdidosos,  
Quieseen por desastre, o mala suerte,  
De la desdicha de Acoma salido,  
Y à todos ofreciessemos con veras,  
De su misma alma y vida todo el resto,  
Porque con alma y vida procuraua,  
Hazer en su consuelo tanto efecto,  
Quanto era bien hiziesse par salvarse,  
Llegamos pues à casa del Sargento,  
Cuia vista me puso en gran tristeza,  
Porque de tres que juntos estuuimos,  
Dentro de aquel aluergue descuidados,  
Ya guerfanos los dos quedado auemos,  
Aguardando encogidos nuestra suerte,  
Dios sabe qual serà, y tambien el quando,  
Visitamos tambien à las biudas,  
Y fue tal el dolor que en todas vimos,

Que assi como al Sargento no hablamos,  
Menos à ellas palabra les diximos,  
En esta sazon luego tras nosotros,  
Llegò el Gouernador con todo el campo,  
Y estando en su presencia todos juntos,  
No se escapò garganta que añudada,  
Enzobada y suspensa no se viesse,  
Ni ojos que alli no se quebrasen,  
Rebentando de lagrimas copiosas,  
Viendo al Gouernador que auia llegado,  
Y sin que hombre razon alli dixesse,  
Solo vbo abraços tiernos y apretados,  
Criança de buena gorra y no otra cosa,  
Y assi juntos al Templo lo lleuamos,  
Donde tambien los santos Religiosos,  
Sin dezirle palabra le abraçaron,  
Y rindiendo al inmenso Dios las gracias,  
Por su buena venida le cantaron,  
Te Deum laudamus, todos muy contritos,  
Y acabado el oficio todos fuimos,  
Con el hasta su casa bien llorosos,  
Y dexandole alli fue repartida,  
La cuidadosa vela por sus quartos,  
Y cada qual se fue qual nunca vaya,  
Alarabe ni Moro à su posada,  
Desconsolado, triste y afligido,  
En su confusso pecho reboluiendo,  
Cien mil quimeras tristes, lastimosas,  
Y las zozobras grandes y trabajos,  
Ordinarios que siempre nos cargauan,  
El pesado desastre sucedido,  
La soledad del campo sin su abrigo,  
La tierra rebelada y alterada,  
El pequeño socorro y gran peligro,  
Nuestro flaco partido y corta fuerça,  
La enemiga pujança si quisiesse,  
Proseguir en la rota començada,  
Todas aquestas y otras muchas cosas,  
Las lastimadas almas reboluian,  
Dentro de sus aluergues alteradas,  
Y el General prudente que assistia,  
Velando y no durmiendo en esta causa,  
Y en cuio ossado y animoso pecho,  
Los cuidados de todos se encerrauan,  
Aguardando á la luz de la mañana,  
Estaua el esforçado cauallero,

Y para ver el orden que ha trazado,  
Pues viene ya rayando el claro dia,  
Serà razon que yo tambien me aguarde,  
Y en advertirlo todo no me tarde.

## CANTO VEYNTE Y CINCO

*Como se hizo cabeza de processo, contra los Indios de Acoma, y de los pareceres que dieron los Religiosos, y de la instruccion que se te dio al Sargento mayor, para que saliesse al castigo de los dichos Indios*

No bien la fresca Aurora entrò rindiendo,  
El encogido quarto, quando estaua,  
El fuerte General sin desarmarse,  
Hablando con las velas y ordenando,  
Por auerse ya muerto el Secretaro,  
Iuan Perez de Donis, vn gran sujeto,  
Y que siruio muy bien en esta entrada,  
Hiziesse Iuan Gutierrez Bocanegra,  
Alcalde y Capitan, por ser muy diestro,  
Contra la gende de Acoma y su fuerça,  
Cabeça de processo, y esta hecha,  
Estando ya la causa sustanciada,  
Antes de dar sentencia quiso diesse,  
El Padre Comissario y Religiosos,  
Su voto cada qual sobre estas dudas,  
Cuios escritos graues me parece,  
Que sin mudar estilo aqui se pongan.

*Caso que puso el Gouernador para que, sobre el, diessen su parecer los Padres Religiosos.*

Don Iuan de Oñate, Gouernador y Capitan general, y Adelantado de las Prouincias de la nueva Mexico. Pregunta, que se requiere, para la justificacion de la guerra, y supuesto que es la guerra justa, que podra hazer la persona que la hiziere, acerca de los vencidos, y sus bienes.

*Respuesta del Comissario, y Religiosos*

La pregunta propuesta, contiene dos puntos: el primero es, que se requiere para que la guerra sea justa. Al qual se responde, que se requiere lo primero, autoridad del Principe,

que no reconozca superior, como lo es el Pontifice Romano, el Emperador, y los Reyes de Castilla, que gozan de preuilegio de Imperio, en no reconocer superior en lo temporal, y otros: assi ellos por su persona, o quien su poder ouiere, para este efecto, porque persona particular, no puede mouer guerra, pues se requiere combocar gente para ella, que es acto de solo el Principe, y el puede pedir su justicia, ante su superior.

Lo segundo se requiere, que aya justa causa para la sobredicha guerra, la qual es en vna de quatro maneras, o por defender à inocentes, que injustamente padeden, á cuiu defensa estan los Principes obligados, siempre que pudieren, o por repeticion de bienes, que injustamente les han tomado, o por castigar à delinquentes y culpados, contras sus leyes, si son sus subditos, o contra las de naturaleza, aunque no lo sean, y vltima y principalmente, por adquirir y conseruar la paz, porque este es el fin principal á que se ordena la guerra.

Lo tercero se requiere, para la omnimoda justificacion de la guerra, justa y recta intencion, en los que pelean, y serà justa, peleando por qualquiera de las quatro causas que acabamos de dezir, y no por ambicion de mandar, ni por vengança mortal, ni por codicia de los bienes ajenos.

El segundo punto de la pregunta es, que podra hazer la persona que hiziere la dicha justa guerra, de los vencidos y sus bienes. Al qual se responde, que los dichos vencidos y sus bienes, quedan à merced del vencedor, en la forma y manera que requiere la causa justa que mobio la guerra, porque si fue defension de inocentes, puede proceder hasta dexarlos libres, y ponerlos en saluo, y puede satisfazerles, y satisfazerle, de los daños que han padecido, y de los que han contraido en este hecho, á semejança de Moisen, en la defension del Hebreo, maltratado del Egipcio.

Y si la causa de la guerra, fue repeticion de bienes, puede satisfazerle tanto por tanto, en la misma especie, o en su valor, en toda justicia, y si quiere vsar de autoridad de ministro, de la diuina justicia, y juez de la humana: puede como tal ministro y juez, estender mas la mano, en los bienes de su contrario, penando y castigando su delicto, sin obligacion de restitution, à semejança del Iuez que ahorca à vno, porque hurtò algunos marauedis, o Reales.

Si la causa de la guerra, es castigo de delinquentes, y culpados, ellos y sus bienes, quedan á su voluntad y merced, conforme à las justas leyes de su Reyno, y, Republica, si son sus subditos, y si no lo fuessen, los puede reduzir à viuir conforme à la ley diuina, y natural, por todos los modos y medios que en justicia y razon le fuere visto conuenir, atropellando todos los incouenientes que à esto se le pudiessen ofrecer, de qualquier modo que fuessen, siendo tales, que le pudiessen estoruar el justo efecto que pretende.

Y finalmente si la causa de la guerra es, la paz vniuersal, o de su Reyno, y Republica, puede muy mas justamente hazer la sobredicha guerra, y, destruir todos los incombinientes, que estoruasen la sobredicha paz, hasta conseguirla con efecto, y conseguida, no deue de guerrear mas, porque el acto de la guerra, no es acto de eleccion y voluntad, sino de justa ocasion y necessidad, y assi deue requerir con la paz, antes que la empieze, si guerrea por solo ella, y si tambien guerrea por otras causas, de las ya dichas,

puede repetir y tomar la deuida satisfacion à ellas, absteniendose de no dañar à los inocentes, porque estos siempre son saluos, en todo derecho, pues no han cometido culpa: y absteniendose todo lo que fuere possible, de muertes de hombres, lo vno porque es odiosissima à Dios, tanto, que de mano del justo Dauid, por auer sido omicida, no quiso recibir Templo, ni morada. Lo segundo, por la manifiesta condenacion, de cuerpo y alma, que en los contrarios que injustamente pelean con la muerte, se causa de los quales, pudiera auer muchos conuertidos, o justificados, andando el tiempo, si alli no morian, puesto caso que es assi verdad, que cessando la necessidad, o manifiesto peligro, à muertes, o por ser impossible de otra manera la victoria, o por justa sentencia de Iuez competente, en tal caso, no es la culpa de los matadores, que como ministros de la diuina justicia, executan, sino de los muertos, que como culpados lo merecieron: y este es mi parecer, saluo otro mejor. Fray Alonso Martinez, Comissario Apostolico.

*Esto mismo sintieron, y firmaron, todos los demas Padres.*

Con cuios pareceres bien fundados,  
En muchos textos, leyes, y lugares,  
De la Escripura santa, luego quiso,  
Viendo el Gouernador que concurrían,  
Todas aquestas cosas en el caso,  
Y dudas que assi quiso proponerles,  
Cerrar aquesta causa, y sentenciarla,  
Mandando pregonar à sangre y fuego,  
Contra la fuerça de Acoma la guerra,  
Y por querer hazerla y ordenarla,  
Por su propria persona y fenecerla,  
Vbo sobre este acuerdo grandes cosas,  
Muy largas de contar, mas por yr breue,  
Al fin à fuerça grande de la Iglesia,  
Y de todo el Real fue suspendida,  
La voluntad precisa que tenia,  
De salir en persona, y puso luego,  
Sobre los fuertes hombros del Sargento,  
El peso y grauedad de aqueste hecho,  
Para cuyo buen fin mandò saliesse,  
Por su lugar teniente, y castigase,  
A toda aquella gente por las muertes,  
Que dieron y causaron tan sin causa,  
A vuestros Españoles ya difuntos,  
De donde total quiebra se seguia,  
De la vniuersal paz que la tierra,  
En si toda tenia y alcançaua,  
Demas del gran peligro manifiesto,  
De tantos niños todos inocentes,  
Tiernas donzellas con su pobres madres,  
Sin los Predicadores y ministros,

De la doctrina santa, y Fe de Christo,  
Y libertad que todos alcançauan,  
Con el sabor y amparo que tenian,  
En su misma persona à cuió cargo,  
Seria cualquier daño que viniessen,  
Si aquestos alebosos se quedasen,  
Sin la deuida enmienda que pedia,  
Delicto tan inorme y tan pesado,  
Por cuiá justa causa luego quiso,  
Que à toda diligencia se aprestase,  
Y pues su autoridad toda le daua,  
Tomase en si la comission y diesse,  
Recibo al Secretario del entrego,  
Mandandole con esto que estorbasse,  
A todos los soldados lo primero,  
Las ofensas de Dios, y que hiziesse,  
Lleuando via recta su derrota,  
Fuessen los naturales bien tratados,  
Por doquiera que fuesse, y que passase,  
Y luego que la fuerça descubriesse,  
Notase con acuerdo sus assientos,  
Entradas y salidas, y en la parte,  
Que mas bien le estuuiesse que plantase,  
La fuerça de los tiros y mosquetes,  
Y en sus lugares puestos y ordenados,  
Todos los Capitanes y soldados,  
Por sus esquadras diestras preuenidos,  
Sin que en manera alguna permitiesse,  
Ruido de arcabuzes ni otra cosa,  
Con mucha suabidad alli llamase,  
De paz aquella gente, pues auia,  
Rendido la obediencia y entregasen,  
Todos los mouedores que causaron,  
El passado motin, y que dexasen,  
La fuerça del Peñol, y en vn buen llano,  
Seguro de que mal hazer pudiessen,  
Assentasen su pueblo donde fuessen,  
A solo predicarles los ministros,  
Del Euangelio santo la doctrina,  
Pues por solo este fin auian venido,  
De tierras tan remotas y apartadas,  
Y que los cuerpos, armas, y los vienes,  
De los pobres difuntos entregasen,  
Y si en aquesto todo se viniessen,  
Que quemada la fuerça y abrasada,  
A los culpados presos los truxesse,

Y si rebeldes todos se mostrasen,  
Y viesse se arresgaua y se ponía,  
En condicion y punto deperderse,  
Que mucho se abstuuiesse, y que mirase,  
Cosa tan importante y tan pesada,  
Con muy maduro acuerdo y buen consejo,  
Y si faborecidos y amparados,  
Fuessen de nuestro Dios, y la victoria,  
Alli por vuestra España se cantase,  
Que à todos juntos presos los truxesse,  
Sin que chico ni grande se escapase,  
Y à los de edad entera que hiziesse,  
En todos sin que nadie se escapase,  
Vn exemplar castigo de manera,  
Que todos los demas con tal enmienda,  
Quedasen para siempre escarmentados,  
Y si despues de pressos combiniessse,  
Hazer algun perdon, que se buscasen,  
Todos los medios, trazas, y caminos,  
De suerte que los indios entiendiesen,  
Que aquel perdon que solo se alcançaua,  
Por no mas que pedirlo el Religioso,  
Que acerca deste caso intercediessen,  
Porque notasen todos y aduirtiessen,  
Que eran personas graues y de estima,  
Y à quien muy gran respecto se deuía,  
Y porque bien en todo se acertase,  
Del consejo de guerra mandò acompañasen,  
El Contador y el Prouehedor Zubia,  
Y Pablo de Aguilar, Farfan, y Marquez,  
Y yo tambien con ellos quiso fuesse,  
Porque con tales guias me adestrare,  
En vuestro Real serbicio, y no estuuiesse,  
Tan torpe como siempre me mostraua,  
En cosas de momento y de importancia,  
Tambien mandò que Iuan Velarde hiziesse,  
Por ser sagaz, prudente, y auisado,  
En todas nuestras juntas el oficio,  
De Secretario fiel, pues por la pluma,  
No menos era noble y bien mirado,  
Que por la illustre espada que ceñía,  
Despues de todo aquesto se nombraron,  
Sesenta valerosos combatientes,  
Cuias grandiosas fuerças se aumentaron,  
Mediante la destreza y el trabajo,  
De Iuan Cortes, Alferez tan valiente,

Quanto muy diestro y pratico en las armas,  
Que à fuerça de sus braços puso en punto,  
Para poder romper sin que hiziessen,  
Al combatiente falta en la refriega,  
En que despues nos vimos y hallamos,  
Cua persona de contino hizo,  
Muy grande falta à todo vuestro campo,  
Por la poca salud que siempre tuuo,  
Mas aqui quiso el Cielo la tuuiesse,  
Tan entera y cumplida que sin ella,  
Tengo por impossible que este hecho,  
En ninguna manera se acabara,  
Y porque largo trecho dibertido,  
Estoy ya de los baruaros sospecho,  
Que juntos en su fuerça van tratando,  
De nueuo nuevas cosas yo de nueuo,  
Para mejor notarlas y escreuir las,  
En nueuo canto quiero proseguirlas.

#### CANTO VEYNTE Y SEYS

*Como llego la nueua del Maese de campo, a oydos de Gicombo, vno de los Capitanes Acomeses, que ausente auia estado, y de las diligencias que hizo, juntando á los Indios, á consejo, y discordia que tuuieron.*

La cosa que mas duele, y mas lastima,  
El alma, y la consume, es que le imputen,  
Quando està mas quieta y sossegada,  
Culpa que nunca hizo, ni propuso,  
Y este dolor y caso desastrado,  
En si es tanto mas graue quanto tiene,  
De peso y grauedad aquel exceso,  
Con que quieren mancharla y desdorarla,  
Luego que sucedio el caso triste,  
Que en Acoma los baruaros hizieron,  
No bien solas dos horas se pasaron,  
Quando Gicombo, vn baruaro valiente,  
Afable, gentilombre, y auisado,  
Que treinta leguas de la fuerça estaua,  
Por arte del demonio que no duerme,  
Supo lo que passaua, y sin tardança,  
Temiendo le imputasen tal delicto,  
Por ser varon de cuenta, y estimado,

Por Capitan en esta misma fuerça,  
Donde estaua casado con Luzcoija,  
Vna famosa baruara gallarda,  
Que por su gran belleza y trato noble,  
Era reuerenciada y acatada,  
De todo aqueste fuerte y sus contornos,  
Por cuias justas causas, y otras muchas,  
Que en su noble persona concurrian,  
Afrentado del hecho, y caso infame,  
Mandò a Buzcoico luego se partiesse,  
A los Apaches, que eran estrangeros,  
De su nacion remotos y apartados,  
Y à Bempol gran su amigo le llamase,  
Nacido y natural de aquella tierra,  
Valiente por extremo y gran soldado,  
Y de su parte solo le dixesse,  
Que dentro de seys soles conuenia,  
En Acoma se viessen, sin que vbiesse,  
En esto quiebra alguna ni tardança,  
Porque tenia cosas muy pesadas,  
Que tratarle y dezirle de importancia,  
Y apenas las seys bueltas fue cerrando,  
La poderosa lampara del Cielo,  
Quando los dos guerreros animosos,  
En Acoma se vieron, donde à una,  
Fueron bien regalados y seruidos,  
De la noble Luzcoija, y alli juntos,  
Despues de auer tratado y conferido,  
Por toda aquella noche el caso feo,  
Determinaron que en abriendo el dia,  
Los Capitanes todos se juntasen,  
Que eran solos seys baruaros valientes,  
Popempol, Chumpo, Calpo, y gran Buzcoico,  
Ezmicaio, y Gicombo, aqueste brauo,  
Por cuiuo ruego todos se juntaron,  
Y afsi como parece que derrama,  
El sembrador el grano, y que lo arroja,  
Perdido por el suelo assi al descuido,  
Hablando con la junta fue diziendo,  
Varones poderosos bien os consta,  
Que aquel que ofende es fuerça siempre traiga,  
La barua sobre el hombro recatado,  
De todo mal suceso y caso triste,  
Bien veys que quien à honze Castellanos,  
Hizo fin causa alguna se partiessen,  
De aquesta vida triste miserable,

Que puede ser que á su pesar le fuerçen,  
Quando mas descuidado y mas seguro,  
Que tras de todos ellos vaya y siga,  
La misera derrota que lleuaron,  
Y pues para que bueluan, no ay remedio,  
Aquellos que de aquesta vida parten,  
Yo soy de parecer que con recato,  
Si en lo hecho quereis asseguraros,  
Que nuestros hijos todos y mugeres,  
Salgan de aqueste fuerte, y nos quedemos,  
No mas que los varones, entretanto,  
Que los Castillas, dan indicio, o muestran,  
El corage que tienen y las fuerças,  
Que ponen en vengar à sus amigos,  
Por cuiu causa quise que viniessse,  
Bempol, y con nosotros se juntase,  
Y que su parecer y voto dicesse,  
Como quien en las armas siempre tuuo,  
Lugar mas preminente, y mas en cosas,  
Que son de tanto peso, y tanta estima,  
Quales son estas donde tantas honrras,  
Vemos que penden sin las muchas vidas,  
Que es fuerça que peligren y se pierdan,  
Si muy breue remedio no se aplica,  
A mal tan peligroso, quanto el tiempo,  
Dira si con presteza no se ataja,  
Su misera dolencia conozida,  
Y assi como frenético que buelue,  
Su saña contra el médico, y furioso,  
Pretende deshacerlo y acabarlo,  
Sin ver que se desbela, busca y traza,  
Orden para curarle y darle sano,  
Assi rabioso, fiero, y sin sentido,  
Oyendo estas palabras desde afuera,  
Zutacapan se fue luego acercando,  
Con vna falsa risa y al desgaire,  
Y dixo desta suerte con descuido,  
Cierto que estoy corrido, y que me pesa,  
Que para cosa tan cobarde y baja,  
Ayan tan brauos y altos Capitanes,  
Iuntandose à consejo, pues de siete,  
Que estan en esta illustre y noble junta,  
Qualquiera de los cinco generosos,  
Que estoy por señalarlos con el dedo,  
Es muy bastante amparo y suficiente,  
Para poder en este puesto y fuerça,

Desbaratar à todo el vniuerso,  
Y destruirlo sin que quede cosa,  
Que no se le sugete y auassalle,  
Y si Gicombo tanto miedo tiene,  
Arrimese à la sombra desta maça,  
Que aqui tendra su vida bien segura,  
Y escusara tambien que forasteros,  
Vengan à defendernos y à dar voto,  
Donde las fuerças y el consejo sobra,  
Y mas entre soldados tan valientes,  
Quanto cobardes todos los temores,  
Con que vienen agora alebrastados,  
Los dos guerreros con el brauo golpe,  
De vna sola piedra lastimados,  
Desocuparon luego los assientos,  
Y como prestos sacres embistieron,  
Las palmas bien auiertas, y si presto,  
Popempol, Chumpo, y Calpo, no bajaran,  
La colera rebuelta, ya encendida,  
Alli Zutacapan de todo punto,  
Quedara para siempre deshonrrado,  
Y buelto contra el, le dixo Bempol,  
De quando aca te atreues, dime infame,  
Hablar donde jamas nunca tuuiste,  
Manos para librar por fuerça de armas,  
Lo que quieres librar por sola lengua,  
Cotumbo dixo en esto desembuelto,  
No ay para que ninguno se auentaje,  
Que solo aqueste braço en esta fuerça,  
Basta para rendir à todo el mundo,  
Y pensar otra cosa es cobardia,  
Infamia, y vil afrenta con que mancha,  
El valor y grandeza que alcançamos,  
Qual si fueramos dioses en lo alto,  
Destos valientes muros poderosos,  
Tras deste luego Tempal demudado,  
Assi corno escorpion rabioso y fiero,  
De venenosa hierua apacentado,  
Vibrando las tres lenguas desgarradas,  
Y el espinazo todo lebantado,  
Dixo ser gran bageza gouernasen,  
Armas, todos aquellos que tuuiesen,  
Temor sobre seguro tan notorio,  
Qual brotan pedernales las centellas,  
Con golpes del azero y chispas viuas,  
Otros tambien sin estos aprouaron,

Este partido juntos, y dixeron,  
Ser pobres de valor y de verguença,  
Aquellos que temiessen ni pensasen,  
Puestos en aquel puesto les viniessen,  
El mal que à las Estrellas, cuiã cumbre,  
No permite que cosas jamas llegue,  
Que pueda escurecerlas ni mancharlas,  
Oyendo aquesto el noble Zutancalpo,  
Assi qual diestro musico que abaja,  
La lebatanda prima, y la afloja,  
La poderosa maça fue lançando,  
Enmedio de la junta, y fue diziendo,  
Si ser pudiera por valiente braço,  
Aquesta pobre patria defendida,  
Por este se que fuera libertada,  
Mas dezidme varones no vencidos,  
Quantos en alta cumbre entronizados,  
Con misera ruina auemos visto,  
Caer de sus assientos lebantados,  
Quantos valientes, brauos, y animosos,  
Vemos de flacas fuerças consumidos,  
Quantas altas estrellas desclauadas,  
De los grandiosos cielos poderosos,  
En breue espacio vemos apagadas,  
De que sirue señores que mi padre,  
Con sola sombra de su maça haga,  
Seguras nuestras vidas, y con esto,  
Quieran otros tambien con solo vn braço,  
Derribar todo vn mundo y sugetarle,  
Si puestos en las veras todos juntos,  
Quales milanos tristes sin respecto,  
Han de ser despreciados y arrastrados,  
Qual veys aquesa maça por el suelo,  
Muda, cobarde, flaca, y sin gouierno,  
De mano belicosa que la mande,  
Sin dexarle acabar al mismo instante,  
Echando viuo fuego por los ojos,  
Salio diziendo Bempol corajoso,  
No piense aqui ninguno que su esfuerço,  
En si tanto se estiende y se lebanta,  
Quanto el mas bajo poluo despreciado,  
Porque haré que donde yo la planta,  
A su pesar, sus viles ojos ponga,  
Gicombo se arriscò con otros muchos,  
Y este partido todos por las armas,  
Quisieron defender, y porque el fuego,

No se encendiese mas, y se abrasasen,  
Despues de auer passado con enojo,  
Muchas grandes demandas y repuestas,  
Desafiados tres à tres quedaron,  
Gicombo y Zutalcampo, y el gran Bempol,  
Contra Zutacapan, Cotumbo y Tempal,  
Cuio brauo combate suspendieron,  
Hasta alcançar de España la victoria,  
Por cuiu causa Amulco vn hechizero,  
Que era por tal de todos estimado,  
Assi como se exsala, afloja y templa,  
El encendido horno, destapando,  
La concaua brauera assi templando,  
La baruara canalla descompuesta,  
Dixo muy bien sabeis nobles varones,  
Que el futuro suceso que esperamos,  
Por hado aduerso, o prospero, que es fuerça,  
Que yo le sepa, entienda, y le conozca,  
Muy grandes tiempos antes que suceda,  
Y bien sabeis tambien que à mi los dioses,  
En aplacar las armas dieron mano,  
Y en alterarlas siendo conueniente,  
Si esto es assi por que quereis en vano,  
Litigar estas cosas si està en casa,  
Quien con patente y claro desengaño,  
Puede manifestaros todo aquello,  
Que puede disgustaros, o agradaros,  
Por cuiu justa causa quiero luego,  
Por quitaros de dudas y sospechas,  
Consultar à los dioses, porque à todos,  
Pueda desengañaros sin tardança,  
Del bien, o mal que ya determinado,  
Es fuerça que le tengan, y no dudo,  
Daros alegres nueuas favorables,  
Todos los Capitanes aprouaron,  
Con el resto del pueblo aquel intento,  
Y abiendo entrado en cerco confiado,  
Aqueste bruto presago adiuino,  
Estando todos juntos aguardando,  
El prodigioso oraculo suspensos,  
Como si en el horrible infierno brauo,  
Vbiera estado, assi salio encendido,  
Diziendoles à todos con enfado,  
Que miedos son aquestos, que pantasma,  
Que sombras, que visiones aueys visto,  
Dezidme valerosos Acomeses,

Y tu Gicombo, y Bempol esforçados,  
Cuios grandiosos y altos coraçones,  
Nunca jamas temieron como agora,  
Veo que estays los dos desalentados,  
Auemos puesto todos por ventura,  
El oluido perpetuo al brauo Qualco,  
Quando fue por espia, y le embiamos,  
Al pueblo de san Iuan, que dizen ellos,  
Ser de los Caualleros, no nos dixo,  
Que en ciertos regozijos que tuuieron,  
Estos misinos Castillas que dezimos,  
Que muy soberuios tiros se tiraron,  
Los vnos à los otros, y no vido,  
Caer ninguno dellos, donde todos,  
Bien claro conozimos y entendimos,  
No ser sus armas mas que solo asombro,  
Estrepitu, ruido, grima espantosa,  
Y al fin todo alboroto, pues sus rayos,  
Si assi quereis llamarlos, no hirieron,  
A ninguno de todos los que andauan,  
Enmedio de sus truenos paborosos,  
Por solo essa razon dixo Gicombo,  
Que no se lastimaron ni tocaron,  
Con armas tan grimosas y espantosas,  
Auemos de entender que como dioses,  
Que nada les ofende combatieron,  
Y assi es muy justo todos les temamos,  
Aqui Zutacapan replicò luego,  
Yo quiero que con rayos muy ardientes,  
Quales soberuios dioses nos arrojen,  
Todos essos Castillas que tu ternes,  
Pero serà razon tambien me cuentes,  
Por cada cien mil truenos, quantos rayos,  
Has visto que han llegado à nuestros muros,  
Y si has visto alguno que destrozo,  
Hizo aquel que mas pues vna arroba,  
Iamas nos han mermado todos juntos,  
De sus valientes riscos lebantados,  
Pues si el poder del Cielo no se estiende,  
A mas de lo que oyes, por que trata,  
De vnos infames todos mas mortales,  
Que aquellos que sin almas vemos dexan,  
Los miserables cuerpos ya difuntos,  
Ya se que son mortales dixo luego,  
El valiente Gicombo reportado,  
Pues por sola tu causa como tales,

Honze en aquesta fuerça fenecieron,  
Y sabes tu tambien que no ay peñasco,  
Ni fuerça tan soberuia en esta vida,  
Que no pueda assolarse y abrasarse,  
Si debajo de engaño y trato alebe,  
Queremos combatirla y derribarla,  
Muy bien estoy con esso, dixo Amulco,  
Mas quando viene el bien es cosa justa,  
Que todos su grandeza conozcamos,  
No es tan cierto el Sol en darnos lumbré,  
Quanto tenemos cierta la victoria,  
Calense luego puentes y piquemos,  
Todos los passadizos sin que cosa,  
Quede para Castillas reserbada,  
Que desta vez auemos de assentarnos,  
En el mas alto cuerno de la Luna,  
Y à ti fuerte Gicombo yo te mando,  
No obstante que Luzcoija es muy hermosa,  
Doze donzellas bellas Castellanas,  
Y seys al brauo Bempol, porque buelua,  
Con tal despojo honrrado à sus amigos,  
Deudos, patria, y parientes mas cercanos,  
Aqui los dos à una replicaron,  
Por no dar de flaqueza mas sospecha,  
Armas nos han de dar y no mugeres,  
Si auemos de auer premio en las batallas,  
Mas porque no se entienda que queremos,  
Por miedo de la muerte aqui escusamos,  
De ver à los Castillas prometemos,  
Por nos, y por los muchos que quisieran,  
Salirse deste puesto, y no aguardarlos,  
De quedarnos aqui con mas firmeza,  
Que estan los altos montes quando aguardan,  
A quien los rompa, tale, y los abraze,  
Y porque ya la gente Castellana,  
Apriessa se dispone, quiero luego,  
Disponerme señor, porque me es fuerça,  
Venir con todos ellos à esta fuerça.

#### CANTO VEYNTE Y SIETE

*Como salio el exercito para el Peñol de Acoma, y, de las cosas que fueron sucediendo,  
y rebato que dieron en el pueblo de San Iuan*

Quando con buena y presta diligencia,  
La braueça del cancer no se ataja,  
No es possible que el misero paciente,  
Escape con la vida, porque es cierto,  
Que la aya de rendir à tal dolencia,  
Y si la atrozidad de los delictos,  
Iusticia con rigor no los reprime,  
Tambien es impossible que gozemos,  
De la gustosa paz en que biuimos,  
Desto dechado grande nos han dado  
Aquellos brauos baruaros de Arauco,  
Pues por no mas de auerles dilatado,  
El deuido castigo à tales culpas,  
Sincuenta largos años son passados,  
Que en efusion de sangre Castellana,  
Sus omicidas armas no se han visto,  
Enjutas, ni cansadas, de verterla,  
Temiendo pues aquesto dando alarma,  
El brauo General mandò tocasen,  
Los gallardos clarines lebantados,  
De los valientes soplos impelidos,  
De los trompetas diestros que en coloquios,  
Respondiendo à los pinos y cajas,  
La fuerça de las armas encendian,  
Y á los valientes pechos prouocauan,  
Al rigor de los braços y los golpes,  
Que en la cruenta batalla se executan,  
Turbaronse con esto las prouincias,  
De las quales salieron con presteza,  
A dar auiso todas las espias,  
Pidiendo à los amigos socorriessen,  
Y contra España juntos conjurasen,  
A fuego y sangre, guerra, y la rompiessen,  
Con cuiua fuerça luego fue creciendo,  
En toda la libiana y moça gente,  
Vn animo y corage desmedido,  
De baruara braueza desgarrada,  
Los nuestros viendo aquesto se cubrieron,  
De fino azero, limpio, y anta doble,  
Y dentro de las mallas sacudieron,  
Los poderosos tercios y colgaron,  
De los valientes hombros las adargas,  
Las lanças empuñaron de dos hierros,  
Las medias lunas otros aprestaron,  
Y de los cauillos brauos animosos,

Las bridas y ginetas compusieron,  
Los bastos, los estribos, los aziones,  
Los fustes, las coraças, los pretales,  
Los frenos, con las riendas y azicates,  
Los pechos, las hijadas, las testeras,  
Y de los gruessos crudos correones,  
Recorren y refuerçan las heuillas,  
Ciernen el poluorin y al Sol le ponen,  
Y otros al serpentín la cuerda ajustan,  
Aprestan las mochilas y las balas,  
Y en fin no dexan cosa que les pueda,  
Hazer alguna falta, o quiebra, puestos,  
En la difícil prueua y estacada.  
Y porque sin buen orden el soldado,  
No es mas que bruto cuerpo sin el alma,  
El noble General les fue diziendo,  
Que sin passion tomasen el delicto,  
De la baruara gente, y que ninguno,  
Fuesse con solo blanco de vengarse,  
Pues era cosa cierta que llamaua,  
Vengança, á la vengança, y muerte à muerte,  
Por cuiua causa à todos encargaua,  
Que solo se estendiessen y alargasen,  
A la enseñança y correccion deuida,  
De suerte que el delicto y no otra cosa,  
Quedase castigado, y la justicia,  
De todos amparada y socorrida,  
Mediante cuios medios esperaua,  
En Dios nuestro Señor, muy buen sucesso,  
Por cuias viuas llagas sangrentadas,  
Assimismo pedia con el alma,  
Que todos confessasen, pues la Iglesia,  
En peligros tan graues y pesados,  
Assi lo disponia, y lo mandaua,  
Y que no permitiessen que ninguno,  
Partiesse desta vida, y que dexase,  
Afrenta y sambenito tan infame,  
Quanto penoso y triste para el pobre,  
Que contra si tan gran maldad hiziesse,  
Apenas lo vbo dicho quando todos,  
Labaron como buenos sus conciencias,  
Comulgando despues deuotamente,  
Ecepto vn desdichado que no quiso,  
Por mas que sus amigos le apretaron,  
Y assi le dexo aqui que pues se oluida,  
Dios que murio por el terna el cuidado,

Salimos pues marchando, y otro día,  
Mandò el Sargento luego me partiese,  
Con doze compañeros y aprestase,  
En el pueblo de Zia bastimentos,  
No mas que para solas dos semanas,  
Sin que en esto otra cosa dispensase,  
Porque mediante hambre pretendia,  
Si no pudiessemos hazer subiessen,  
A lo mas alto del peñol soberuio,  
A vuestros Españoles sin que vbiesse,  
Para escapar la vida trabajosa,  
Remedio ni esperança de otra cosa,  
Hizelo pues ansi, y en tiempo breue,  
Por vna boca estrecha fue assomando,  
El campo Castellano, no dos millas,  
Del soberuio Peñol jamas vencido,  
Nunca pilotos vieron viento en popa,  
Despues de larga calma desabrida,  
Mas alegre, contento, ni gustoso,  
Que el que estos brauos baruaros tuuieron,  
De vernos ya tan cerca de sus manos,  
Y luego que nos vieron lebantaron,  
Vna algazara y grita tan grimosa,  
Que alli todo el infierno parecia,  
Estaua con su fuerça rebramando,  
Y assi marchando en orden nos llegamos,  
Al poderoso fuerte, el qual constaua,  
De dos gran peñoles lebantados,  
Mas de trecientos passos deuididos,  
Los terribles assientos no domados,  
Y estaua vn passaman del vno al otro,  
De riscos tan soberuios que ygualauan,  
Con las disformes cumbres nunca vistas,  
Desde cuios assientos fue contando,  
Zutacapan la gente que venia,  
En orden dando buelta à sus murallas,  
Y viendo ser tan pocos dixo luego,  
Con grande regozijo, no es possible,  
Que dexen de ser locos todos estos,  
Pues con tan cortas fuerças han venido,  
A meterse en peligro tan notorio,  
Aqui dixo Gicombo rezeloso,  
Bien se que para cuerdos son muy pocos,  
Y muchos para locos, y esto es cierto,  
Que jamas vido el mundo tantos locos,  
Iuntos, qual tu los hazes en vn puesto,

Y pues las frentes todos enderezan,  
A nuestras casas con tan poca gente,  
Grande misterio tiene su venida,  
Tras desto dixo luego Zutancalpo,  
Bien os consta señores que estos vienen,  
De muy remotas tierras, y que es fuerça,  
Que en distancia tan larga ayan tenido,  
Grandiosas ocasiones de disgustos,  
Encuentros y batallas peligrosas,  
Con cuios duros trances, pues que vienen,  
Assi para nosotros yo no dudo,  
Sino que dexan hechas grandes prueuas,  
De sus soberuios braços poderosos,  
Y atajando la platica furiosa,  
Dixo Zutacapan que le dexasen,  
Con solos sus amigos que el queria,  
Sin su favor y ayuda dar principio,  
A gozar de aquel tiempo y coiuntura,  
Que su buena fortuna le ofrecia,  
Y assi salio bramando con su gente,  
Qual jugando la maça y grueso leño,  
Qual la soberuia galga despedida,  
Del lebantado risco, peñasco,  
Qual tiraua la piedra, qual la flecha,  
Qual de pintados mantos se adornaua,  
Y de diuersas pieles y pellicos,  
Otros tambien alli se entretejian,  
Entre cuias libreas se mostraua,  
Vna grandiosa suma nunca vista,  
De baruaras bizarras, muy hermosas,  
Las partes bergonçosas enseñando,  
A vuestros Castellanos, confiadas,  
De la victoria cierta que esperauan,  
Tambien entre varones y mugeres,  
Andauan muchos baruaros desnudos,  
Los torpes miembros todos descubiertos,  
Tiznados, y embijados de vnas rayas,  
Tan espantables, negras y grimosas,  
Qual si demonios brauos del infierno,  
Fueran con sus melenas desgreñados,  
Y colas arrastrando, y vnos cuernos,  
Desmesurados, gruesos y crecidos,  
Con cuios trajes todos sin verguença,  
Saltauan como corços por los riscos,  
Diziendonos palabras bien infames,  
Y à todas estas cosas el Sargento,

Qual aquel gran Daid que las palabras,  
Sufrió de Semei, assi sufriendo,  
La baruara canalla, mandò luego,  
Llamar al secretario Iuan Belarde,  
Y à Tomas el interprete ladino,  
En la baruara lengua, y Castellana,  
Para que les dixessen se bajasen,  
A dar razon y cuenta de las muertes,  
Que dieron y causaron tan sin culpa,  
A nuestros compañeros, y al momento,  
Que fue por todos ellos entendido,  
Con boz terrible y ronca dixo luego,  
Zutacapan soberuio y arrogante,  
Que tempestad, que viento, que pujança,  
Os ha traído pobres á las manos,  
Y matadero triste desgraciado,  
Que es fuerça que sufrais, no aueis verguença,  
De aueros allegado á nuestros muros,  
Sino que pretendais pedirnos cuenta,  
De las muertes de aquellos cuias vidas,  
Tuuimos qual tenemos de presente,  
Las vuestras miserables desdichadas,  
En esto todos juntos lebantaron,  
Las armas y las bozes en confusso,  
Diziendo á que aguardamos, mueran, mueran,  
Mueran aquestos perros atrebidos,  
Y no quede ninguno que no sea,  
Hecho menudos quartos y pedazos,  
Por nuestras mismas manos y cuchillos,  
Viendo pues el Sargento su dureza,  
Y pertinacia braua que mostrauan,  
Y que la luz del dia derribada,  
Estaua al Occidente, mandò luego,  
Assentar su Real en vn buen puesto,  
Donde las postas todas repartidas,  
Me es fuerça que le dexe por contaros,  
Lo que esta misma noche fue passando,  
El fuerte General allà en su asiento,  
Donde dieron alarma con gran fuerça,  
Los baruaros del pueblo temerosos,  
De aquellos sus vezinos comarcanos,  
Diziendo que venian con pujança,  
A destruirlos todos y assolarlos,  
Si ya no fue ruydo y trato alebe,  
Que entre todos trataron y acordaron,  
Mas como quiera que esto sucediesse,

El pueblo, no constaua ni tenia,  
Mas que vna sola plaça bien quadrada,  
Con quatro entradas solas, cuios puestos,  
Despues de auerlos bien fortalecido,  
Con tiros de campaña, y con mosquetes,  
Mandò que el vno dellos le guardase,  
El Capitan Moreno de la Rua,  
Y Francisco Robledo, y Iuan de Salas,  
Y aquel Esteuan noble hijo caro,  
Del gran Carabajal à quien seguia,  
Iuan Perez de Bustillo, y el Alferez,  
Iuan Cortes con Antoni Sariñiana,  
Y essotra esquina quiso defendiesse,  
El Capitan y Alcaide Bocanegra,  
Y su hijo Gutierrez y Medina,  
Don Iuan Escarramal, Ortiz, y Heredia,  
Francisco Hernandez, Sosa, y don Luis Gasco,  
Y el otro puesto tuuo con buen orden,  
El Capitan Marçelo de Espinosa,  
Con Geronimo Marquez y Iuan Diaz,  
Pedro Hernandez, y Francisco Marquez,  
Hermanos todos quatro, y con ellos,  
Bartolome Gonçalez, y Serrano,  
Baltasar de Monçon, y los Barelas,  
Y Iuan de Caso, y Pedro de los Reyes,  
Y el vltimo mandò que se encargase,  
Al Capitan Ruyz, y al buen Cadimo  
A Gonçalo Hernandez, y al Alferez,  
Iuan de Leon, y Hernan Martin el moço,  
Y el cuerpo de guardia, el Real Alferez,  
El General, y gente de su casa,  
Antonio, Conte, Vido, Alonso Nuñez,  
Christoual de Herrera, y Iuan de Herrera,  
Brondate, Zesar, y Castillo, todos,  
Muy bien apercebidos, y assi juntos,  
Alborotados todos con la grita,  
Y confusso tropel de aquella gente,  
Alarma dando todos con gran priessa,  
Requirieron los puestos, y notaron,  
Que estauan ya los altos de las casas,  
Tomados y ocupados, y assi luego,  
El General à bozes mandò fuessen,  
Algunos Capitanes, y mirasen,  
Que gente fuesse aquella, y que distino,  
En aquel puesto, puesto los auia,  
Mas luego doña Eufemia valerosa,

Hizo seguro el campo con las damas,  
Que en el Real auia, y fue diziendo,  
Que si mandaua el General bajasen,  
Que ellas defenderian todo el pueblo,  
Mas que si no, que solas las dexasen,  
Si assegurar querian todo aquello,  
Que todas ocupauan y tenian,  
Con esto el General con mucho gusto,  
Dandose el parabien de auer gozado,  
En embras vn valor de tanta estima,  
Mandò que doña Eufemia se encargase,  
De toda aquella cumbre, y assi todas,  
Qual à la gran Martelia obedecian,  
Las brauas amazonas, assi juntas,  
Largando por el ayre prestas valas,  
Con gallardo donaire passeauan,  
Los techos y terrados lebantados,  
Al fin como mugeres, prendas caras,  
De aquellos valerosos coraçones,  
El Alferez Real, y Alonso Sanchez,  
Zubia, y don Luys Gasco, y Diego Nuñez,  
Pedro Sanchez, Monrroi, Sosa, Pereira,  
Quesada, Iuan Moran, y Simon Perez,  
Asencio de Archuleta, y Bocanegra,  
Carabajal, Romero, Alonso Lucas,  
Y San Martin, Cordero, y el Caudillo,  
Francisco Sanchez, y Francisco Hernandez,  
Monçon, y Alonso Gomez Montesinos,  
Y Francisco Garçia con Bustillo,  
Y la de aquel membrudo y fuerte Griego,  
Que como gran geniçaro valiente,  
Alli muy bien mostrò su brauo esfuerço,  
Y visto los contrarios el recato,  
Auiso y preuencion que en todo auia,  
Boluieron las espaldas sin mostrarse,  
Y porque nos boluamos al Sargento,  
Que cerca de la fuerça esta alojado,  
Serà bien que paremos entretanto,  
Que la obscura tiniebla pierde el manto.

## CANTO VEYNTE Y OCHO

*De las cosas que passaron y sucedieron, antes de subir al Peñol, y dificultades  
que pusieron*

No las muestras, hazañas, no prohezas,  
De coraçones grandes, y hechos brauos,  
Quilatan los soldados si ganosos,  
De verse y estimarse por valientes,  
Arriesgan sus personas y las ponen,  
En punto de perderse y deslustrarse,  
Mas el valor, alteza, y excelencia,  
De aquel que con esfuerço, y con prudencia,  
Emprende reportado vn hecho honrrado,  
Y assi quando el esfuerço va y se pone,  
Enmedio del peligro con recato,  
Y aquestos requisitos que hemos dicho,  
Y del sabe salir sin empacharse,  
No hay para que tratar si sus prohezas,  
Y altos heroicos, hechos hazañosos,  
Fueron muy bien, o mal acometidos,  
Mas quando està perplejo, y muy dudoso,  
Del fin de sus impressas, aqui cargan,  
Las dudas y verguença de vn discreto,  
Y honrrado Capitan, fuerte, valiente,  
Cuios cuidados graues affligieron,  
A todos los del campo fatigado,  
Considerando bien la gran braueza,  
Del poderoso fuerte, y enemigos,  
Tan proterbos y altibos que abraçaua,  
Y las grandes entradas y salidas,  
Que para ganar honrra descubrian,  
Y el aguage que estaua de aquel puesto,  
Muy largas cinco millas bien tendidas,  
Y que agua de pie la fortaleza,  
Tenia allà en la cumbre bien sobrada,  
Y el poco bastimento, pues tassado,  
Para no mas que solas dos semanas,  
Me mandò que truxesse y no passase,  
Vn punto mas de aquello que ordenaua,  
Y con esto notaron que tenian,  
Mas de para seys años los cercados,  
Bastantes bastimentos recogidos,  
Tenian todas estas, y otras cosas,  
A todos los de acuerdo cuidadosos,  
Y viendo demas desto que acordaua,  
El Sargento mayor hazer de hecho,  
Subir à escala vista à lo mas alto,  
Del poderoso risco peñascoso,

Temiendo se perdiese todo el resto,  
Algunos me pidieron que tratase,  
Con el dicho Sargento que aduirtiese,  
Aquello que intentaua, y no arresgase,  
Cosa tan importante, y que pedia,  
Acuerdo muy maduro, y muy pesado,  
Porque en saliendo mal de aquel intento,  
Era fuerça perderse y assolarse,  
Y dandole razon de todo aquesto,  
Y de otras muchas cosas que passamos,  
Tornando mal aquello que propuse,  
Sin mas considerar me dixo ayrado,  
Yo trazarè esta causa de manera,  
Que mas no me repliquen estas dueñas,  
Llamandonos assi à los de acuerdo,  
Porque el determinaua con cuidado,  
Assegurar primero nuestras vidas,  
Con cuio buen seguro sin rezelo,  
Tambien asseguraua que ninguno,  
Haria mas de aquello que el quisiere,  
Y aunque es verdad que dixo todo aquesto,  
Por algun mal seguro no ignoraua,  
Que venian con el illustres hombres,  
Valientes y discretos, y animosos,  
Y assi fue prosiguiendo, y dixo luego,  
Aqui no hay que tratar, sino apliquemos,  
Los vltimos remedios, pues lo pide,  
La dolencia que es vltima, y de todos,  
Por tal desahuziada, y pues à ossados,  
Es fuerça que fortuna faborezca,  
Tentemos luego el vado pocos hombres,  
Para que à menos costa, y menos sangre,  
Escapen con las vidas, y se bueluan,  
Los señores de acuerdo à su presidio,  
Luego que aquesto dixo confiado,  
Qual suele el leñador que al alto pino,  
Con vno y otro golpe reforçado,  
De la segur aguda lo estremece,  
Hasta que à puros golpes ya vencido,  
Temblando por la cima y por los lados,  
En tierra da con el, y hecho rajas,  
Alli lo ve à sus pies, assi el Zalduiar,  
Para traerlos todos à su gusto,  
Al punto señalò doze guerreros,  
Para que como tales se aprestasen,  
Y à escala vista todos emprendiessen,

La mas dificil cumbre lebantada,  
En esto aquellos baruaros contentos,  
De ver los Castellanos tan vezinos,  
Vn grande vaile todos ordenaron,  
Y vna opulenta cena regalada,  
Donde Zutacapan salio el primero,  
De mantas regaladas adornado,  
No menos que el salieron muy vizarros,  
Cotumbo, y Tempal, llenos de alegria,  
Tambien aquel Amulco, y grande Pilco,  
Y otros muchos con estos que mostrauan,  
Vn no pensado gusto, rebocando,  
De placer y contento jamas visto,  
De ver los Españoles alojados,  
Tan cerca de sus muros lebantados,  
Estando pues cenando todos juntos,  
Para empeçar el vaile señalado,  
Como quiera que siempre la fortuna,  
Aborrece los gustos y contentos,  
Que celebran lo que ella quiere darnos,  
Temiendo Zutancalpo reboluiesse,  
En enemiga buelta la inconstante,  
Y mal segura rueda prodigiosa,  
De parecer de Bempol y Gicombo,  
Entrò con sus amigos demudado,  
Y tendiendo la vista por aquellos,  
Que con tan gran descuido alli cenauan,  
Qual otro Scipion que al Campamigo,  
No quiso permitirle tal exceso,  
Quando à Numancia vino assi este joben,  
Pareciendole mal aquellas fiestas,  
A toda desta fuerte les propuso,  
Barones descuidados bien os consta,  
Que para bien hablar en cosas justas,  
Es à qualquiera edad muy permitido,  
Que diga lo que siente, y le lastima,  
Y assimismo sabeys que alcança y tiene,  
La fuerça de razon en si mas alma,  
Quanto por menos años se propone,  
Aquello que es justicia y es derecho,  
Y si à lo que yo agora propusiere,  
No diere autoridad la fresca sangre,  
Tomad señores todas mis palabras,  
Como de hijo que à su mismo padre,  
Repugna y contradize en lo que haze,  
Cuiadesemboltura no se toma,

Si no es herrando el padre, y arrastrando,  
La fuerza de razon por los cabellos,  
Ya se que es imposible reduziros,  
A la gustosa paz que pretendemos,  
Y siendo aquesto assi, dezidme agora,  
Por qual razon viuis tan descuidados,  
Teniendo al enemigo tan à pique,  
Quien vio jamas banquetes y libreas,  
Bailes y regozijos por aquellos,  
Que lastimosa guerra les aguarda,  
Mirad soldados nobles esforçados,  
Que estan ya los Castillas dentro en casa,  
Y aunque tengais muy cierta la victoria,  
Es justo no ignoreis de todo punto,  
Que della nace siempre nueua guerra,  
Apercebid las armas, reforzemos,  
Todas las partes flacas con presteza,  
Hazed luego reparos y empeçemos,  
A apercebir ingenios y trincheas,  
Pongamos luego postas no durrnamos,  
Demos luego principio cuidadosos,  
A dar en que entender al enemigo,  
Mirad que de centellas muy pequeñas,  
Se suelen levantar muy grandes llamas,  
Aqui Zutacapan algo risueño,  
Colmado de contento dixo luego,  
Diras à tus amigos Zutancalpo,  
A Gicombo te digo, y al gran Bempol,  
Que riñan sus pendencias con palabras,  
De gran comedimiento y cortesia,  
Bajas las dos cabeças y los ojos,  
En tierra bien clauados y los braços,  
Suelto por los costados sin que cosa,  
Ocupen con las manos que con esto,  
No esperen que jamas les venga cosa,  
Que pueda dar disgusto à sus personas,  
Oyendo pues aquesto el noble joben,  
Venciendo aquel disgusto con prudencia,  
Dejandolos à todos dio la buelta,  
Y ellos empezaron luego el baile,  
Y entraron tan briosos y gallardos,  
Qual suelen los caualllos que tascando,  
Los espumosos frenos van hiriendo,  
Con las herradas manos leuantadas,  
Los duros empedrados, y assi brauos,  
Hollandose ligeros, mil pedazos,

Ganosos de arrancar se van haziendo,  
Assi los brauos baruaros soberuios,  
Haziendo mil lindezas y faltando,  
Hiriendo aquel peñasco à puros golpes,  
De las valientes plantas que assentauan,  
Y con fuerça de gritos y alaridos,  
Vn infernal clamor alli subian,  
Tan horrendo y grimoso que las almas,  
De todos los dañados parecian,  
Que alli su triste suerte lamentauan,  
Este baile turò hasta que el Alua,  
La misera tiniebla fue venciendo,  
Y dando buelta al muro por lo alto,  
Dixo Zutacapan en altas bozes,  
Viendo que auia bien auierto el dia,  
Que à que aguardan tanto los Castillas,  
Que ya estauan cansados de aguardarlos,  
Y lebantando todos grandes gritos,  
Diziendonos palabras afrentosas,  
A la batalla todos incitauan,  
En esto vnos cauillos se acercaron,  
A vnos charquillos de agua llouediza,  
Y estando alli bebiendo nos flecharon,  
Algunos dellos, y otros nos mataron,  
Mas no les salio el hecho tan barato,  
Que al descuido, Cordero con Zapata,  
Por orden del Sargento les salieron,  
Y al Capitan Totolco su caudillo,  
Del gran Gicombo, suegro regalado,  
Y de Luzcoija padre muy querido,  
Muerto le trujo à tierra el buen Zapata,  
Siendo el primero que mostrò el esfuerço,  
Del Castellano vando belicoso,  
En esto los demas se retiraron,  
A muy gran priessa todos de aquel puesto,  
Viendo pues el Zalduar tal suceso,  
A consejo mandò que se juntasen,  
Y estando juntos todos con cuidado,  
Assi les fue diziendo reportado,  
Quando todos partimos del presidio,  
Discretos caualleros no ignoramos,  
Que supieron los baruaros, salimos,  
A sola la vengança y el castigo,  
De aquestos que este fuerte abraça y tiene,  
Cuias balientes fuerças todos juntos,  
Supimos y alcançamos no ser menos,

Que agora se nos muestran y descubren,  
Si puestos en el puesto donde estamos,  
Alçasemos la mano y sin enmienda,  
Dexasemos la causa començada,  
Qual serà aquel seguro que assegure,  
Nuestras honrras y vidas si tal mancha,  
Viessemos en Españoles los vezinos,  
De todas estas tierras comarcanas,  
Y por salir mejor de aqueste hecho,  
Pusoles por delante vuestro ceptro,  
Con omenage eterno obedecido,  
Y la Española sangre no cansada,  
De ser siempre leal, y los disgustos,  
De tan prolijos tiempos padecidos,  
Trujoles assimismo à la memoria,  
Aquel inmenso premio y altas cruces,  
Con que señor honrrais los nobles pechos,  
De aquellos valerosos que en las lides,  
Entre temor dudosos y esperança,  
Triunfaron como buenos de los hechos,  
Que assi como valientes alcançaron,  
Por cuias justas causas les dezia,  
Que pues por flacos medios pocas vezes,  
Grandes cosas se alcançan y consiguen,  
Que à escala vista doze permitiessen,  
Que aquestos muros juntos escalasen,  
Que señalados todos los tenia,  
Para cuio buen fin dixo assimismo,  
Señores compañeros aduirtamos,  
Que razonar vn grande cortesano,  
Con vn vil, bronco, baruario, grossero,  
Y tratar con el cosas que no caben,  
Mas que en vn limpio, claro y cultiuado,  
Sagaz, discreto, y alto entendimiento,  
Es querer que los pezes se apacienten,  
Por los subtiles ayres delicados,  
Y que los cierbos sueltos por el agua,  
Con presuroso curso la atropellen,  
Y assi por esta causa soy de acuerdo,  
Imitando si puedo en este hecho,  
Al madrigado simple de tragedia,  
Cuio fingir taimado desembuelto,  
Es como si otra cosa no encubriesse,  
Que assi cubierto todo y reboçado,  
Serà bien que yo habla aquestos Indios,  
Diziendoles que quiero por la cumbre,

Mas alta del Peñol subir arriba,  
Con todos los soldados de à cauallo,  
Con cuió trato doble deslumbrados,  
Viendo que juntos todos emprendimos,  
La difícil subida peligrosa,  
Serà posible todos desamparen,  
Sus puestos, y al socorro partan luego,  
Y assi los doze salgan señalados,  
Para escalar los muros leuantados,  
Sin que persona alguna los impida,  
Pues aprouando todos este acuerdo,  
Salio el sagaz Sargento, y junto al muro,  
Cuiá vertiente casi cien estados,  
De grimosa caída descubria,  
Mandò que les dixessen y auisassen,  
Que pues que no le dauan cuenta alguna,  
De las muertes injustas que causaron,  
A nuestros compañeros, que el queria,  
Por solo que supiesen y alcançasen,  
Las fuerças y valor de los Castillas,  
Subir por aquel puesto y darles muerte,  
Passandolos à todos à cuchillo,  
Y porque no dixessen ni alegasen,  
Que no les auisaua, auia querido,  
Señalarles el puesto y preuenirlos,  
Y assi boluio las riendas, y al descuido,  
A todos los dexò con gran cuidado,  
Y porque aqueste hecho mas se entienda,  
Ya tengo señor dicho y declarado,  
Que estauan dos peñoles leuantados,  
Mas de trecientos passos diuididos,  
Los terribles assientos no domados,  
Y estaua vn passaman del vno al otro,  
De rocas tan soberuias que yqualauan,  
Con las mas altas cumbres que tenian,  
Entendido pues esto con secreto,  
Dexò doze Españoles escondidos,  
Al socaire de vn risco muy pegado,  
Al primero peñol, y luego al punto,  
Mandò quitar las tiendas de manera,  
Que todos claro viessen y notasen,  
Que sin que Castellano alli quedase,  
Al prometido hecho todos juntos,  
Determinados yuan à matarlos,  
Y assi partieron todos de arrancada,  
Rasgando los costados poderosos,

De los brauos caualllos animosos,  
Y viendo alli los baruaros que juntos,  
Los Españoles yuan denodados,  
A subir por el puesto señalado,  
Como baruaros todos luego al punto,  
Teniendo por verdad aquel engaño,  
Dexando sus assientos arrancaron,  
A defender el passo mas seguro,  
Que toda aquella fuerça alli alcançaua,  
En esto aquellos doze que escondidos,  
Al socaire del risco auian quedado,  
Salieron con esfuerço acometiendo,  
La fuerça del Peñol jamas vendido,  
Segun vereis gran Rey si soys seruido.

#### CANTO VEYNTE Y NVEVE

*Como los doze compañeros escalaron el primer Peñol, y batalla que tuuieron  
con los Indios, y junta que tuuieron para lebantar por General à Gicombo, y acetacion  
que hizo el cargo, y condiciones que sacó para exercerlo*

Cosa es patente, clara y manifiesta,  
Poderosos señor, si bien notamos,  
Que muchas vezes vemos se auentaja,  
A toda discrecion, saber y auiso,  
Vn necio razonar, si con prudencia,  
Sabe disimularse y proponerse,  
Cuió disfraz discreto vimos tuuo,  
Aqui el sagaz Sargento, hastuto y cauto,  
Porque siendo los baruaros que juntos,  
Los Castellanos todos arrancauan,  
Y al poderoso muro acometian,  
Y que anima viuiente no quedaua,  
Por todo nuestro assiento, cuias tiendas,  
Para mas encubrirnos derribamos,  
Temiendo ser verdad aquel portento,  
De tropel todos juntos arrancaron,  
A defender el passo mas guardado,  
Que pudo dessearse en todo el mundo,  
Viendo pues que dejauan despoblado,  
El primero Peñol aquellos brauos,  
Salieron de tropel y à escala vista,  
Quales al rico palio arremetian,

Ligeros corredores assi juntos,  
Los doze Castellanos arrancaron,  
Cuios nombres es justo que se escriuan,  
Pues no piden sus obras que se callen,  
El Sargento mayor, y Leon de Isasti,  
Marcos Cortes, Munuera, Antonio Hernandez,  
Tambien el Secretario Iuan Belarde,  
Christoual Sanchez, y Christoual Lopez,  
Hernan Martin, Cordero, y aquel Pablo,  
Que dizen de Aguilar, y yo con ellos  
Que assi fue necessario, porque el colmo,  
No fuesse tan cumplido, y que mermase,  
Pues como aquestos fuertes embistiessen,  
El mas valiente muro, y lo escalasen,  
Estaua el gran Gicombo, y Bempol juntos,  
Y el viejo Chumpo, y noble Zutancalpo,  
Con todos los amigos que las pazes,  
Pidieron con instancia, y procuraron,  
Por cuiua causa à todos despreciaron,  
Aquestos pobres baruaros perdidos,  
Y assi sin hazer dellos cuenta alguna,  
Como bruto animal sin mas sospecha,  
Dexando aquel peñol desocupado,  
Salio Zutacapan con todo el pueblo,  
A defender la entrada à los Castillas,  
Que estaua à solas aues reserbada,  
Notando pues Gicombo que ocupauan,  
El primero peñol los Castellanos,  
Y que era fuerça alli los acabasen,  
Por pensar que eran todos sus contrarios,  
Mandò que Bempol luego arremetiesse,  
Con quatrocientos baruaros, y al punto,  
Que todos embistieron, y à las doze,  
La cumbre del peñol auian ganado,  
Y luego al passaman acometieron,  
Y en vn angosto estrecho todos juntos,  
Las armas sangrentaron de manera,  
Que si qual ellos yo me señalara,  
El numero de doze dentro en Francia,  
De todo punto es cierto se perdiera,  
Y en este angosto estrecho se hallara,  
Viendo pues el Sargento tal braueza,  
En braços tan valientes y esforçados,  
Caualleros de Christo les dezia,  
Oy es de san Vicente el santo dia,  
Con cuios santo nombre soy honrrado,

Y en este heroico illustre y grande santo,  
Espero valerosos Españoles,  
Que auemos de salir de aqueste hecho,  
Triunfando como brauos desta gente,  
Idolatra perdida, vil infame,  
Oyendo pues aquesto todos juntos,  
Apretando los dientes soportauan,  
De flecha y piedra espesa tan gran lluuia,  
Que pedazos à todos los hazian,  
Hasta que el gran caudillo dio con Polco,  
Vn baruario valiente en tierra muerto,  
Con cuiu buena suerte el Secretario,  
Marcos Cortes, Cordero, y Leon de Isasti,  
Con cada quatro balas despedidas,  
De los prestos cañones derribaron,  
Diez baruarios gallardos, y tras destes,  
Otros catorze juntos despacharon,  
El buen Christoual Sanchez con Munuera,  
Y Pablo de Aguilar, y Antonio Hernandez,  
Y aquel Hernan Martin, al qual seguia,  
El gran Christoual Lopez, à quien vimos,  
De vna grande pedrada tan ayrado,  
Que apenas en el suelo fue tendido,  
Quando se puso en pie, y assi encendido,  
Hizo tan gran destrozo que no auia,  
Quien ya esperar ossase su ossadia,  
En esto Antonio Hernandez Lusitano,  
Ganoso de estimarse por valiente,  
En sus soberuias fuerças confiado,  
Tanto quiso meterse y arriscarse,  
Que à palos y à pedradas, assi muerto,  
Auiendo destrozado grandes cuerpos,  
Fue por solo el Sargento socorrido,  
Pues como Bempol viesse la braueza,  
De aquel pequeño numero de espadas,  
Arrastrando los cuerpos ya difuntos,  
Y à cuestras los heridos retirando,  
Socorro fue pidiendo, y luego en esto,  
Assi como de Irlanda vn brauo perro,  
Con vna grande esquadra de guerreros,  
Gicombo fue embistiendo, y Zutancalpo,  
Y viendo allí el Sargento que traia,  
Vn baruario gallardo aquel bestido,  
Del caro hermano muerto ensangrentado,  
Assi como Iacob quedò suspenso,  
De ver la bestimenta tinta en sangre,

De su Ioseph querido y regalado,  
Assi le vimos todos suspendido,  
Y luego que algun tanto fue cobrado,  
Poniendo en aquel baruaro los ojos,  
Para el arremetio con tal braueza,  
Qual suele vn brauo sacre arrebatado,  
Que de muy alta cumbre se abalança,  
Sobre la blanca garza, y de encuentro,  
La priua de sentido, y luego, à pique,  
Hecha vn quillo toda à tierra viene,  
Assi de aquesta suerte sin acuerdo,  
Para el se abalançò desatinado,  
Y tulliendo y matando, fue rompiendo,  
La baruara canalla reformada,  
Hasta que por mortaja aquella ropa,  
Quedò del miserable que en vn punto,  
Dexò sin vida y alma alli difunto,  
En esto el gran Gicombo desembuelto,  
Furioso à todas partes rebolua,  
La baruara canalla alli alentando,  
Con vno y otro grito, y fue embistiendo,  
Con todos sus soldados de manera,  
Que la pequeña esquadra Castellana,  
De todo punto rota allí quedara,  
Si el Sargento mayor con gran presteza,  
Pedazos de vn valazo no le haze,  
Por lo alto del molledo el diestro braço,  
Con cuiu buena suerte venturosa,  
Nunca se vio jamas que assi bramase,  
Bertiendo espumarajos por la lengua,  
La braueza y fiereza desatada,  
Del corajoso toro jarretado,  
Que à todas partes vemos arremete,  
La destroncada corba sacudiendo,  
Los muy agudos cuernos lebantando,  
Qual vimos à Gicombo embrauecido,  
Por vna y otra parte rebentando,  
De colera deshecha, y assi brauo,  
Esforçando à los suyos les hazia,  
Que de los prestos braços despidiessen,  
De flecha, palo, y piedra, tal vertiente,  
Qual vemos vn gran poluo, quando espeso,  
Los poderosos vientos nos derraman,  
Y en el inter aquellos valerosos,  
Que de falso embistieron al gran muro,  
Apenas arrancaron quando luego,

De los cauallos presto se apearon,  
Aquel Francisco Sanchez el Caudillo,  
Tras del Diego Robledo, y Simon Perez,  
Guillen, y Catalan, Mallea, y Vega,  
Tambien Martin Ramirez y Montero,  
Ayarde, con Iuan Griego y assi juntos,  
Sacudiendo las crestas lebantadas,  
De las brauas zeladas se apegaron,  
Qual trepadora yedra al fuerte muro,  
Y fingiendo escalarle soportauan,  
De piedra desgalgada tal tormenta,  
Que assi como se rompe el alto Cielo,  
Con vno y otro trueno pauroso,  
Y con fuerça de rayos nos assombra,  
Assi todos temiendo prohejauan,  
Contra la gran tormenta jamas vista,  
De cantos y peñascos que embiauan,  
Atonitos los baruaros confussos,  
De ver en Castellanos tal prodigio,  
Creyendo ser verdad que via el ciego,  
Y que bolaua el que alas no tenia,  
Y para mas engaño desembueltos,  
El poderoso muro acometian,  
Los Capitanes, Marques y Quesada,  
El Contador Romero, y Iuan Piñero,  
Tambien el prouehedor, y gran Zapata,  
Farfan, y Cauanillas, cuios braços,  
Apriessa espesas balas despedian,  
Contra Zutacapan, Cotumbo, y Tempal,  
Amulco, y gran Parguapo, y brauo Pilco,  
Derribando del alto muchos dellos,  
Que à pique se venian sin el alma,  
Que en la cumbre dexauan con la fuerça,  
De los gallardos braços ayudados,  
De Iuan Medel, Ribera, y de Naranjo,  
Francisco de Ledesma, y de Carrera,  
Iuan de Pedraça, Olague, y de Zumaia,  
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco,  
Marcos Garçia, y Pedro de los Reyes,  
Y à bueltas Pedro Sanchez Damiero,  
Simon de Paz, Iuan Lopez, y Andres Perez,  
Pero Sanchez, Monrroi, tambien Villalua,  
Y Francisco Martin, y aquel Alonso,  
Que del Rio llamamos, cuias aguas,  
A muchos anegando zozobrauan,  
Y el Alferez Bañuelos rodeando,

El poderoso muro, yua blandiendo,  
Vna terrible lança de los hierros,  
Tras del el fuerte braço lebantaua,  
En vn cauallo bayo remendado,  
De blancas manchas todo bien manchado,  
Aquel gallardo Inojos, mal sufrido,  
Carabajal, y Casas reportado,  
Tambien Alonso Gomez Montesinos,  
La fuerça de las armas fue sufriendo,  
Hasta que ya la noche fue tendiendo,  
Su lobrega tiniebla con que todos,  
Suspendiendo la colera encendida,  
Las armas reposaron fatigadas,  
Y encargando el Sargento cuidadoso,  
La fuerça de aquel alto ya ganado,  
A Pablo de Aguilar, y à Leon de Isasti,  
A quien Villauiciosa y otros buenos,  
Tambien acompañaron como brauos,  
El Sargento mayor bajò y en peso,  
Rondò toda la noche, y porque estauan,  
Dos muy profundas çanjas que partian,  
El alto passaman que auian ganado,  
Para poder passarlas mandò presto,  
Que vn buen madero luego se subiesse,  
Y haziendose assi sin que quedase,  
Mas que aquel pertinaz que auemos dicho,  
Todos se confessaron, y en rompiendo,  
La luz de la mañana comulgaron,  
Y viendo aquellos baruaros las muertes,  
Y estrago desgraciado, y que vencidos,  
Yuan de hecho ya y destrozados,  
A consejo llamaron, y assi juntos,  
Notaron que Gicombo y Zutancalpo,  
Y el valeroso Bempol no venian,  
Por cuiu causa juntos acordaron,  
Que Mencal fuesse luego y los llamase,  
Por ser de todos tres muy grande amigo,  
Y saliendo al efecto vio que estaua,  
La pobre de Luzcoija lamentando,  
El destroncado braço de su amigo,  
A quien con alma y vicia le rogaua,  
Que mas à la batalla no boluiesse,  
Pues guersana sin el alli quedaua,  
En esto llegò Mencal, y de parte,  
De toda aquella junta les propuso,  
Que à todos los llamauan, y que fuessen,

Pues sin ellos el fuerte mal parado,  
Era fuerça perderse y acabarse,  
Y al fin supo tan bien encarecerlo,  
Que fue Bempol con el y Zutancalpo,  
Sin que possible fuesse que Gicombo,  
Con ellos se hallase, y por si acaso,  
Boluïessen à llamarlo, no le viessen,  
A Bempol le auisò se retiraua,  
A cierta parte oculta de aquel risco,  
Donde los aguardaua si boluïessen,  
Y partiendo los dos para la junta,  
Viendo que alli Gicombo no venia,  
Con grande instancia juntos les pidieron,  
Que luego le truxessen, pues que vian,  
Que sin el era fuerça que aquel fuerte,  
Quedase para siempre deshonnrado,  
Y diziendo con esto otras razones,  
Con que les obligaron, luego fueron,  
Al retirado puesto donde estaua,  
Y tanto le dixeron, que les dixo,  
Por vosotros yre, y nunca fuera,  
Si assi los dioses juntos lo mandaran,  
Y diziendo à Luzcoija se quedase,  
Y en aquel puesto sola se estuuiesse,  
En lastimosas lagrimas deshecha,  
Alli le respondió toda turbada,  
Si el Sol mil vezes sale y se me esconde,  
Y las altas Estrellas otras tantas,  
Vinieren y ausentaren sus antorchas,  
No faltarè señor aunque yo muera,  
Del solitario puesto en que me dejas,  
Y dejandola alli llegò à la junta,  
Y assi como le vieron con cuidado,  
Luego Zutacapan en pie se puso,  
Y dixo: bien serà varones nobles,  
Que antes que cosa alguna se proponga,  
Que sea de Gicombo remediado,  
El poderoso braço mal herido,  
Oyendo pues aquesto, dixo luego,  
Yo tuuiera mi braço remediado,  
Si como de enemigo yo tomara,  
El primero consejo que me diste,  
Diziendo que à la sombra de tu maça,  
Tendria yo mi vida bien segura,  
Mas dexemos aquesto por agora,  
Que pide mas respuesta lo que callo,

Sepamos que mandais agora juntos,  
Al que quiso tan mal aconsejaros,  
Quando dixeser bien que à los Castillas,  
En ninguna manera se aguardasen,  
Por cuias causas luego replicaron,  
Por sola essa razon queremos todos,  
Sugetar nuestras vidas y rendirlas,  
A no mas que tu gusto, y desde luego,  
Por General de todos te nombramos,  
Y todos como à tal te obedecemos,  
Y después que passaron grandes cosas,  
Y el oficio por fuerça fue acetado,  
Del gallardo Gicombo, fue debajo,  
De condicion y pacto, firme, expresso,  
Que si el dicho Gicombo memorable,  
Y el noble Zutancalpo, y brauo Bempol,  
En las presentes lides y batallas,  
Sus vidas acabasen, y con ellos,  
Tambien Zutacapan, Cotumbo, y Tempal,  
Que en vn sepulcro juntos con sus armas,  
Fuessen sin mas acuerdo sepultados,  
Porque en essotra vida los enojos,  
Y desafios graues que tenian,  
En las entrañas fijos y arraigados,  
Fuessen de todos juntos fenecidos,  
Y que si con victoria alli saliessen,  
Que entrasen en batalla, y acabada,  
Que fuese aquella fuerça gouernada,  
Por solo el General, sin que ninguno,  
Ninguno otro dominio pretendiesse,  
Y que si caso juntos la perdiessen,  
Que hasta morir ninguno se entregase,  
Y despues de vencidos se matasen,  
Los vnos à los otros, sin que cosa,  
Dentro del fuerte viua les quedase,  
Con cuias condiciones fue exerciendo,  
El valiente Gicombo el nueuo oficio,  
Y pues nueuo gouierno ya tenemos,  
De nueuo, nueua pluma aqui cortemos.

## CANTO TREINTA

*Como auiendo ordenado el nueuo general a sus soldados, se fue à despedir de Luzcoija,  
y batalla que tuuo con los Españoles, y cosas que en ella sucedieron*

Quando contra razon se enciende el hombre,  
Y fuerça à su apetito à que se incline,  
A emprender vna cosa que es sin traza,  
Con que facilidad aduierde y nota,  
Lo que es en pro, y en contra de aquel hecho,  
Que assi quiere emprender contra justicia,  
Temiendo pues Gicombo, y trascendiendo,  
Como prudente, diestro y recatado,  
Que alli Zutacapan y todo el pueblo,  
Iuntos al mejor tiempo le faltasen,  
Hizo comprometiesen y jurasen,  
Segun sus leyes, ritos, y costumbres,  
Assi como Anibal jurò en las haras,  
Y altares de sus dioses, que enemigo,  
Mortal seria siempre, de Romanos,  
Que assi inuiolablemente guardarian,  
Con grandes penas, vinculos y fuerças,  
Las condiciones puestas y assentadas,  
Hecha la cerimonia y celebrado,  
El vil supersticioso juramento,  
Fue por su propia mano alli escogiendo,  
Quinientos brauos baruaros guerreros,  
Y en vna gran caberna todos juntos,  
Que por naturaleza estaua hecha,  
Cerca de las dos çanjas que hemos dicho,  
Mandó que se metiessen con intento.  
Que luego que los vuestros la passasen,  
Saliessen de emboscada, y alli juntos,  
A todos sin las vidas los dejasen,  
Y luego que vbo puesto y encargado,  
Al brauo Bempol, Chumpo, y Zutancalpo,  
A Calpo, y à Buzcoico, y à Ezmicaio,  
A cada qual su esquadra bien formada,  
Para mejor meternos en sus manos,  
Con discreto recato dio à entendernos,  
Que estaua todo el pueblo despoblado,  
Y al tiempo que traspuso el Sol luziente,  
Y los opacos cuerpos apagados,  
Tenian ya sus sombras y en silencio,  
Quedaron los viuientes sossegados,  
Salio del mar la noche presurosa,  
Emboluiendo la tierra en negro velo,  
Y antes que las Estrellas traspusiessen,  
El poderoso curso que lleuauan,

A desperdirse fue de su Luzcoija,  
Que esperandose estaua en aquel puesto,  
Donde quiso dejarla mal herida,  
De la fuerça de amor que la abrasaua,  
Y assi como le vido lastimada,  
Qual simple tortolilla que perdida,  
La dulce compañía no se assienta,  
En los floridos ramos ni reposa,  
Si no es en troncos secos deshojados,  
Buelta qual madre tierna que contino,  
Al hijo regalado trae colgado,  
Del cristalino cielo, y encendida,  
Con el se desentraña y se derrite,  
En amoroso fuego, y se deshaze,  
Vencida de su amor assi la pobre,  
Derramando las lagrimas dos fuentes,  
Alli soltò la boz desalentada,  
Si el grato y limpio amor que te he tenido,  
Amandote mil vezes mas que al alma,  
Merece que me des algun alibio,  
Suplicote señor que nos permitas,  
Que venga en flor tan tierna à marchitarse,  
La que entender me has dado que fue siempre,  
Para ti mas gustosa, grata y bella,  
Que la vida que viues, y que alcanças,  
Por cuiã cara prenda te suplico,  
Que si vienes señor para boluerte,  
Que el alma aqui me arranques, que no es justo,  
Que viua yo sin ti tan sola vn hora,  
Y assi la boz suspensa, colocando,  
Aguardando respuesta fue diziendo,  
El afligido baruario señora,  
Iuro por la belleza de esos ojos,  
Que son descanso y lumbre de los mios,  
Y por aquesos labios con que cubres,  
Las orientales perlas regaladas,  
Y por aquestas blandas manos bellas,  
Que en tan dulce prision me tienen puesto,  
Que ya no me es possible que me escuse,  
De entrar en la batalla contra España,  
Por cuiã causa es fuerça que te alientes,  
Y que tambien me esfuerces, porque buelua,  
Aquesta triste alma à solo verte,  
Que aunque es verdad que teme de perderte,  
Firme esperança tiene de gozarte,  
Y aunque mil vezes muera te prometo,

De boluer luego à verte y consolarte,  
Y porque assi querido amor lo entiendas,  
El alma y coraçon te dexo en prendas,  
Y assi se despido porque venia,  
La luz de la mañana ya rayando,  
Y entrando en la caberna con los suyos,  
Entrò luego la luz, y fue bordando,  
De ricos arreboles todo el Cielo,  
En cuiò tiempo fuerte y coiuntura,  
Diziendo Missa el Padre fray Alonso,  
La fiesta de su nombre celebraua,  
Y auiendonos à todos comulgado,  
Del Altar se boluio y assi nos dixo,  
Caualleros de Christo valerosos,  
Y de nuestra ley santa defensores,  
No tengo que encargaros à la Iglesia,  
Pues como nobles hijos aueys siempre,  
Preciadaos de serbirla y respetarla,  
Por Iesu Christo pido, y os suplico,  
Y por su sangre santa que se enfrenen,  
En verter la que alcança el enemigo,  
Los agudos cuchillos lo possible,  
Que aquese es el valor de Castellanos,  
Vencer sin sangre y muerte, al que acometen,  
Y pues à Dios lleuais en vuestras almas,  
A todos os vendiga y os alcance,  
Su mano poderosa, y yo en su nombre,  
A todos os vendigo, y alcançada,  
La vendicion del Padre Religioso,  
Al alto passaman subimos luego,  
Donde todos notamos desde afuera,  
Que el pueblo despoblado todo estaua,  
Y que anima viuiente no se via,  
Por cuiã causa luego las dos çanjas,  
Del fuerte passaman passaron treze,  
Sin orden ni permiso del Sargento,  
Y no bien todos juntos ocuparon,  
Los terminos vedados, quando luego,  
De la horrible caberna fue embistiendo,  
El valiente Gicombo rebramando,  
Y qual el vallenato que herido,  
Del aspero harpon y hierro brauo,  
Vn humo espeso de agua en alto esparce,  
Y azota con la cola el mar y hiende,  
Por vna y otra parte sobre aguando,  
El espacioso lomo y desabrido,

Bufando y sin sosiego va haziendo,  
Mil remolinos de agua assi sañado,  
Las poderosas armas lebantadas,  
Con todos embistio y fue rompiendo,  
Y viendo al enemigo tan à pique,  
Los nuestros todos juntos dispararon,  
Los prestos arcabuzes, y aunque à muchos,  
Por tierra derribaron, fueles suerça,  
Por no poderles dar segunda carga,  
Venir à las espadas y rebueltos,  
Los vnos con los otros, no pudimos,  
Darles ningun socorro, porque auian,  
Leuado aquel madero que subieron,  
A la segunda çanja, y no notaron,  
Dejauan sin passage à la primera,  
Y assi todos rebueltos en confusso,  
Soterrando las dagas, y los filos,  
De las viuas espadas grande gifa,  
De miserables cuerpos destrozados,  
Y vn matadero horrendo ya tenian,  
Y assi soberuios, brauos, encendidos,  
Alli los dos hermanos valerosos,  
Christoual Sanchez, y Francisco Sanchez,  
Y el Capitan Quesada, y Iuan Piñero,  
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco,  
Cordero, Iuan Rodriguez, y Pedraza,  
Assi como los dedos de la mano,  
Que siendo desiguales se emparejan,  
Los vnos con los otros y se ajustan,  
Quando cerrado el puño despedaçan,  
Alguna cosa fuerte y la destroza,  
Assi conformes todos se aunaron,  
Los vnos con los otros y embistieron,  
Y abriendo grandes fuentes derramaron,  
Por los baruaros pechos y costados,  
Ojos, cabeças, piernas, y gargantas,  
De fresca sangre arroyos caudalosos,  
Por cuias brauas bocas espantosas,  
Las almas temerosas presta fuga,  
Yuan haziendo todas por no verse,  
En manos tan soberuias, y tras desto,  
Carrasco, Isasti, Casas, Montesinos,  
Hasta los codos rojas las espadas,  
Los poderosos braços exercian,  
Hasta que Zutancalpo, y gran Buzcoico,  
Entraron de refresco y retiraron,

A vuestros Españoles con tal fuerça,  
Que arrinconados todos à vn repecho,  
Que estaua vn tanto hondo y reparado,  
De la fuerça de piedra que sobre ellos,  
Sin lastimar à nadie descargauan,  
Con priessa tan sobrada que enterrados,  
Alli quedaron todos sin remedio,  
Viendo pues zozobrada y anegada,  
Aquella nauecilla el brauo joben,  
A grandes voces dixo que vn madero,  
Al punto se subiesse y se guindase,  
Oyendo pues aquesto retireme,  
Porque entendi señor que à mi dezia,  
Cosa que nueue passos, y qual Curcio,  
Casi desesperado fue embistiendo,  
Aquella primer çanja, y el Sargento,  
Pensando que pedazos me haria,  
Assiome del adarga, y si no suelta,  
Sin duda fuera aquel el postrer tiento,  
Que diera à la fortuna yo en mi vida,  
Mas por largarme presto fui alentando,  
La fuerça de aquel salto de manera,  
Que al fin saluè la çanja y el madero,  
No libre de temor y de rezelo,  
Fuy como mejor pude alli arrastrando,  
Y puesto en el passage los dos puestos,  
Passaron con presteza alli los vuestros,  
Y apenas el clarin alto tocaron,  
Quando de aquel repecho donde estauan,  
Nuestros caros amigos soterrados,  
Iuntos salieron todos, qual es fuerça,  
Que al son de la trompeta se lebanten,  
El dia de la cuenta postrimera,  
De sus sepulcros todos los difuntos,  
Y viendo assi la plaça que perdida,  
Estaua por nosotros ya ganada,  
Rebentando de empacho y corrimiento,  
Como encendidas brasas que enterradas,  
De las cenizas salen abrasando,  
Assi furiosos, viuos, desembueltos,  
Mas fieros que brauissimos leones,  
Arremetieron todos ayudados,  
Del Capitan Romero, y Iuan Velarde,  
Carabajal, Bañuelos, y Archuleta,  
De Lorenço Salado, y de Zubia,  
Y de otros muchos nobles Españoles,

Que à diestro y à siniestro despachauan,  
Idolatras apriessa desta vida,  
Por cuiã causa el fuerte Zutancalpo,  
Con el brauo Gicombo, y con Buzcoico,  
Qual suele el mar rebuelto y alterado,  
Heruir por todas partes lebantando,  
Valientes cumbres de agua, y cimas brauas,  
Bañando el alto Cielo, y que soberuio,  
En si se hincha, crece, gime y brama,  
Y en poderosas rocas quiebra y rompe,  
Su furia desatada, y no sossiega,  
En tanto que los vientos no reprimen,  
La fuerça de sus soplos, y se muestran,  
En sossegada calma reportados,  
Assi estos brauos baruaros feroces,  
Que los suyos alentando les dezian,  
Que de los prestos arcos despidiessen,  
De flecha tanta suma como suele,  
Llouer y granizar el alto Cielo,  
Espesas gotas de agua y de granizo,  
Con cuiã braua fuerça mal heridos,  
Dexaron à Quesada, y al Alferes,  
Carabajal, y, buen Antonio Hernandez,  
A Francisco Garçia, y à Licama,  
En este medio tiempo fue poniendo,  
Asencio de Archuleta firme al pecho,  
La coz del arcabuz, y fue tomando,  
La brujula y el punto de manera,  
Que sin saber por donde, o como fuesse,  
Atrauesò con quatro brauas balas,  
Al mayor camarada, y mas amigo,  
Que jamas tuuo el pobre en esta vida,  
O diuino pastor y como arrojas,  
Tu muy santo cayado y le endereças,  
Para la oueja triste desmandada,  
Que lejos del rebaño à su aluedrio,  
Muy largo trecho vemos se remonta,  
Cuiò castigo justo bien nos muestra,  
El infelix Salado pues que viendo,  
Ocho mortales bocas respirando,  
Por sus espaldas, pechos, y costados  
Encogiendo los hombros y los ojos,  
Al lebantado Cielo desplegando,  
Assi esforço la boz à Dios el pobre,  
Señor dos años ha que no confiesso,  
Por mas que mis amigos me han rogado,

Conozco mi Señor que te he ofendido,  
Y solo te suplico que me aguardes,  
A que limpie las manchas que manchada,  
Tienen el alma triste redimida,  
Por la preciosa sangre que vertiste,  
Sabida la desgracia luego vino,  
El Sargento mayor à mucha priessa,  
Y porque confessase luego quiso,  
Que seys buenos soldados le bajasen,  
Y entendido por el aquel socorro,  
Alli le suplicó con muchas veras,  
Que pues à solas siempre auian ofendido,  
A Dios nuestro Señor, que le dexassen,  
Que à solas su remedio procurase,  
Y viendo quan de veras le pedia,  
Dandole gusto en esto con descuido,  
Mandò que con el fuessen los nombrados,  
Pues yendole sigiendo dio en vn risco,  
De soberuia caida, donde vido,  
Vn demonio grimoso que te dixo,  
Soldado valeroso, si pretendes,  
Salir triunfando desta triste vida,  
Arrojate de aqui, que yo en las palmas,  
Sustentare tu cuerpo, sin que pueda,  
Recebir detrimento en parte alguna,  
Oyendo aquesto el triste baptizado,  
Turbado de temor y de rezelo,  
Assi le respondio cobrando esfuerço,  
Vete de aqui maldito, no me tienes,  
Que soy de Dios soldado, y si he seguido,  
Tus banos estandartes, ya no es tiempo,  
De tanta desventura, ya no es tiempo,  
De tanta desbentura, y reboluiendo,  
Las fatigadas plantas fue tomando,  
El camino derecho, y fue bajando,  
Al pauellon Del Padre, donde luego,  
Que confesso sus culpas, y fue absuelto,  
Alli quedo sin alma y sin sentido,  
Vendigante los Angeles Dios mio,  
Que assi las llagas curas, y nos muestras,  
Que quando mas afliges y deshazes,  
Al miserable cuerpo que nos diste,  
Que entonces viue el alma y se lebanta,  
Para la suma alteza y excelencia,  
Que à todos nos espera, y nos aguarda,  
Y porque a mas andar se va encendiendo,

La fuerça de batalla, y yo me siento,  
Sin fuerças ni valor para seguirla,  
Quiero parar aqui para escreuirla.

## CANTO TREINTA Y VNO

*Como se fue prosiguiendo la batalla, hasta alcanzar la victoria, y como se pegó á todo el pueblo, y de otras cosas que fueron sucediendo*

Siempre la preuencion y diligencia,  
Hastuta vigilancia, y el cuidado,  
De no perder jamas vn solo punto,  
Estando en la batalla el buen guerrero,  
Es lo que mas encumbra, y mas lebanta,  
El claro resplandor, y la grandeza,  
De los heroicos hechos hazañosos,  
Que assi vemos emprende y acomete,  
Con cuias buenas partes el Sargento,  
Pero Sanchez Monrroi, Marcos Garcia,  
Martin Ramirez, y Christoual Lopez,  
Iuan Lucas, Iuan de Olague, y Cabanillas,  
Iuan Catalan, Zapata, y Andres Perez,  
Francisco de Ledesma, y el buen Marquez,  
No tienden apañando con mas ayre,  
La corba hoz los diestros segadores,  
Quando apriessa añudan sobre el braço,  
Vna y otra manada, y assi juntos,  
Lebantan por mil partes sus gauillas,  
Como estos brauos y altos combatientes,  
Que en vn grande ribaço tropeçando,  
De cuerpos ya difuntos no cessauan,  
De fresca y roja sangre con que estaua,  
Por vna y otra parte todo el muro,  
Bañado y sangrentado sin que cosa,  
Quedase que teñida no estuuiesse,  
Mas no por esto amainan y se rinden,  
Los baruaros furiosos, mas qual vemos,  
Crecer y lebantar las brauas llamas,  
De poderosos vientos combatidas,  
Que mientras mas las soplan y combaten,  
Mas en su braua fuerça y gran pujança,  
Assi feroces todos rebramando,  
A boca de cañon arremetian,

Sin miedo ni rezelo de la fuerça,  
De las soberuias balas que à barrisco,  
A todos los lleuauan y acabauan,  
Y viendo el de Zalduar tal fiereza,  
Como valiente tigre que acosado,  
Se ve de los monteros, y rabioso,  
Contra los hierros buelue y perros brauos,  
Que assi le van siguiendo y hostigando,  
Y à fuerça de los dientes y los braços,  
A todos los retira, esparce, y hiere,  
Assi vuestro Español furioso ayrado,  
La poderosa diestra alli rebuelue  
Y anduuo la batalla en si tan fuerte,  
Y de ambas partes tanto ensangrentada,  
Que solo Dios inmenso alli les era,  
Bastante à reprimir su fuerça braua,  
Por cuiu gran braueza luego quiso,  
El hastuto Sargento se guindasen,  
Dios pieças de campaña, y en el inter,  
Hablando con los suyos les dezia,  
Fundamento de casas solariegas,  
Columnas de la Iglesia no vencida,  
Espejo de esforçados, cuios pechos,  
Merecen con razon estar honrrados,  
Con rojas cruces blancas, y con verdes,  
Oy suben vuestras obras à la cumbre,  
Y mas alto omenage que Españoles,  
Nunca jamas assi las lebantaron,  
No las dexeis caer, tened el peso,  
Que assi sustenta y pesa la grandeza,  
Del hecho mas honrrado, y mas gallardo,  
Que jamas nunca vieron braços nobles,  
En esto las dos piezas se subieron,  
Y assentadas al puesto y à la parte,  
Por donde à caso fueron embistiendo,  
Trescientos brauos baruaros furiosos,  
Terribles gritos todos lebantando,  
Y assi como de hecho arremetieron,  
De presto las dos pieças regoldaron,  
Cada dozientos clauos, y con esto,  
Qual suelen las hurracas que espantadas,  
Suspenden los chirridos y grasnidos,  
Con la fuerça de poluora que arroja,  
De municion gran copia, con que vemos,  
Escapar à las vnas y à las otras,  
Quedar perniquebradas, y otras muertas,

Y otras barriendo el suelo con las alas,  
El negro pico auuerto, y con las tripas,  
Arrastrando rasgadas las entrañas,  
No de otra suerte juntos todos vimos,  
De subito gran suma de difuntos,  
Tullidos, mancos, cojos, destroncados,  
Auiertos por los pechos mal heridos,  
Rasgadas las cabeças y los braços,  
Auiertos por mil partes, y las carnes,  
Vertiendo viua sangre agonizando,  
Las inmortales almas despedian,  
Dexando alli los cuerpos palpitando,  
Con cuias muertes Qualco corajoso,  
Qual suele el espadarte que en la fuerça,  
Del espeso cardume embiste y rasga,  
Las mallas de las redes y las rompe,  
Y à los opressos pezes assegura,  
Y libre libertad les da y gallardo,  
Blandiendo el ancho lomo y fuerte espada,  
Las cristalinas aguas va hendiendo,  
Desempachado, alegre, suelto y ledo,  
Assi el fuerte baruario imbencible,  
En sus valientes fuerças sustentado,  
Y con razón, pues dos valientes toros,  
En los llanos de Zibola rendidos,  
A sus valientes braços vieron tuuo,  
Auiendo derramado alli à los muestros,  
Y hecho vna ancha plaça como vn toro,  
Para Diego Robledo fue embistiendo,  
Con vna corta maça y en llegando,  
Para el valiente Roble fue largando,  
La hoja el Español, y fue bajando,  
La maça poderosa, y todo aquello,  
Que la espada excedia, fue colando,  
Por el baruario pecho y ancha espalda,  
La rigurosa punta de manera,  
Que de vna y otra vanda atrauesado,  
El poderoso Qualco mal herido,  
Alli largò la maça, y con el puño.  
Auiendole otra vez atrabesado,  
Le dio tan grande golpe en el costado,  
Que dio con el hipando, y boqui auuerto,  
Casi por muerto en tierra, y con presteza,  
Antes que recobrase algun aliento,  
Assiole por la pierna, y como vemos,  
Al rustico villano quando assienta,

El mazizo guijarro en lo mas ancho,  
De la rebuelta honda, y sobre el braço,  
Dandole en torno bueltas le despide,  
Zumbando por el concabo del ayre,  
No de otra suerte Qualco reboluiendo,  
Con vna y otra buelta al brauo Roble,  
Por encima del braço y la cabeça,  
No bien le despidio dos largas braças,  
Quando sin alma el baruario difunto,  
Caiò tendido en tierra, y tras desto,  
Viendose el Español alli arrastrado,  
De generosa afrenta ya vencido,  
Cobrandose furioso fue embistiendo,  
Qual regañado gato que à los bofes,  
Con la maganta hambre se abalança,  
Y alli los clientes claua y se afierna,  
Con las agudas vñas lebantando,  
La cola regordida y pelo hierto,  
Y en el difunto cuerpo tropezando,  
Suspenso se quedò alli temblando,  
Notando la gran fuerça que alcançaua,  
Y la poca que muerto alli tenia,  
En esto el gran Zapata, y buen Cordero,  
Cortés, Francisco Sanchez, y Pedraza,  
Ribera, Iuan Medel, y Alonso Sanchez,  
Iuan Lopez, y Naranjo, y noble Ayarde,  
Simon de Paz, Guillen, Villauiciosa,  
Carabajal, Montero, con Villalua,  
Dieron en pegar fuego por las casas,  
Por ponerles temor, mas no por esto,  
Algun tanto amainauan, o temian,  
La fuerça de las armas que cargauan,  
Viendo pues el Sargento la braueza,  
Dureza y pertinancia con que à vna,  
Los baruarios furiosos combatian,  
Por no ser ya tan gran carnizeria,  
Qual fuese el podador hastuto y cauto,  
Que juzga bien la cepa tiende y pone,  
La vista cuidadosa en cada rama,  
Y luego que la ha visto corta y tala,  
Los mal compuestos braços y rebiejos,  
Con todo lo superfluo mal trazado,  
Y dexa con destreza y buen acuerdo,  
Las varas con las vcas y pulgares,  
Que dizen esquilmenas prouechosas,  
Assi mirando el campo el gran guerrero,

La soldadesca toda entresacando,  
De sus deuidos puestos señalados,  
Mandó que de su parte les dixessen,  
Mirasen el estrago y el destrozo,  
De tanto miserables como estauan,  
Tendidos por el suelo, y se doliessen,  
De aquella sangre y cuerpos que el les daua,  
Palabra y fee de noble cauallero,  
De guardarles justicia, y con clemencia,  
Mirar todas sus causas, qual si fuera,  
Su verdadero padre, y luego al punto,  
Arrojando de flecha grande suma,  
Corno rabiosos perros respondieron,  
No les tratasen desto, y que apretasen,  
Las armas y los dientes con los puños,  
Porque ellos y sus hijos, y mugeres,  
Era fuerça acabasen, y rindiessen,  
Sus vidas, y sus almas, y sus honrras,  
En las lides presentes, y con esto,  
Combatiendo furiosos embestian,  
A morir, o vencer, con tanta fuerça,  
Que pasmo y grima an todos nos causaua,  
Por cuiua causa luego acorbadado,  
Pensando por aqui tener salida,  
Zutacapan se vino y pidio pazes,  
Al gallardo Sargento, y èl contento,  
Sin conocer quien fuesse aquel aleue,  
Luego te dixo diesse y entregase,  
Solos los principales que causaron,  
El passado motin, y que con esto,  
Haria todo aquello que pudiesse,  
Nunca se vio jamas que assi temblase,  
De vn solo toque manso y blanda mano,  
La tierna argenteria, qual temblaua,  
Aqueste bruto baruario, del dicho,  
Y assi suspenso, triste, y rezeloso,  
No bien por el ocaso derribaua,  
Con poderoso curso arrebatado,  
El Sol su bello carro y trasponia,  
La lumbre con que à todos alumbraua,  
Quando el triste poblacho todo estaua,  
En dos partes diuiso y apartado,  
Los vnos y los otros temerosos,  
De la fuerça de España y su braueça,  
Y luego que la luz salio encendida,  
Despues de auer los baruarios tratado,

Sobre estas pazes todos grandes cosas,  
Viendo Zutacapan ser el primero,  
Que el passado motin auian causado,  
Con todos sus amigos y sequazes,  
Quales hojosos bosques sacudidos,  
Del poderoso boreas, y alterados,  
Que assi en monton confusso se rebueluen,  
Por vna y otra parte, y se sacuden,  
Las pajas lebantando, y alterando,  
Sus lebantadas cimas, y en contorno,  
Todos por todas partes se remecen,  
Assi estos pobres baruaros perdidos,  
Boluieron à las armas de manera,  
Que tres dias en peso los soldados,  
No comieron, durmieron, ni bebieron,  
Ni se sentaron, ni las fuertes armas,  
Dexaron de los puños derramando,  
Tanta suma de sangre que anegados,  
Estauan ya, y cansados de verterla,  
En esto ya yua el fuego lebantado,  
Vn vapor inflamado poco à poco,  
Todas las tristes casas calentando,  
Y luego en breue rato fue cobrando,  
Vigor bastante y por el seco pino,  
De las teosas casas y aposentos,  
Restallando los techos por mil partes,  
Vn muy espeso, denso, y tardo humo,  
Como gruessos vellones las ventanas,  
Por vna y otra parte respirauan,  
Y como fogosissimos bolcanes,  
Bolando hazia el Cielo despedian,  
Gran fuma de centellas y de chispas,  
Y assi los brutos baruaros furiosos,  
Viendose ya vencidos se matauan,  
Los vnos à los otros de manera,  
Que el hijo al padre, y padre al caro hijo,  
La vida le quitaua, y demas desto,  
Al fuego juntos otros ayudauan,  
Porque con mas vigor se lebantase,  
Y el pueblo consumiessse y abrasase,  
Solo Zutacapan y sus amigos  
Huyendo de cobardes por no verse,  
En manos de Gicombo se escondieron,  
En las cueuas y senos que tenia,  
La fuerça del peñol, cuia grandeza,  
Segundo labirinto se mostraua,

Segun eran sus cuevas y escondrijos,  
Sus salidas y entradas, y aposentos,  
Y viendo el General y brauo Bempol,  
Que todos se matauan y cumplian,  
La fuerça de aquel pacto que jurado,  
Estaua de matarse, si vencidos,  
Saliessen de los braços Castellanos,  
Iuntos determinaron de matarse,  
Y assi por esta causa temerosos,  
De mal tan incurable, por no verse,  
En braços de la muerte, les hablaron,  
Ciertos amigos tristes encogidos,  
Pidiendoles con veras se rindiessen,  
Y que las vidas juntos rescatasen,  
Por cuiã causa luego replicaron,  
Los pertinaces baruaros furiosos,  
Dezidnos Acomeses desdichados,  
Que estado es el que Acoma oy tiene,  
Para emprender vn caso tan infame,  
Qual este que pedis, dezid agora,  
Que refugio pensais que os dexa el hado,  
Luego que aquestas pazes celebradas,  
Esten con los Castillas con firmeza,  
No hechais de ver que auemos ya llegado,  
Al vltimo dolor y postrer punto,  
Donde sin libertad es fuerça todos,  
Viuamos como infames triste vida,  
Acoma vn tiempo fue, y en alta cumbre,  
Vimos su heroico nombre lebantado,  
Y agora aquellos dioses que la mano,  
Le dieron por honrrarla y lebantarla,  
Vemos que la subieron, porque fuesse,  
Su misera ruina mas sentida,  
De aquellos miserables que esperamos,  
En tan debil flaqueza tal firmeza,  
Por cuiã causa juntos acordamos,  
Si estais como nosotros entendemos,  
Firmes en la promesa que juramos,  
Que à la felice muerte las gargantas,  
Las demos y entreguemos, pues no queda,  
Para nuestra salud mayor remedio,  
Que perder la esperança que nos queda,  
De poder alcançarle y conseguirle,  
Y luego que con esto otras razones,  
El brauo General les fue diziendo,  
Maximino, Macrino, ni Maxencio,

Procrustes, Diocleciano, Ni Tiberio,  
Neron, ni todo el resto de crueles,  
Con ninguno mostraron su braueza,  
Mas braua, mas atroz, ni mas terrible,  
Que estos consigo mismos se mostraron,  
No solo los varones, mas las hembras,  
Las vnas como Dido abandonaron,  
Sus cuerpos, y en las llamas perecieron,  
Y assi como espartanos sus hijuelos,  
Tambien à dura muerte se entregaron,  
Otras los arrojauan y lançauan,  
En las ardientes llamas, y otras tristes,  
Con ellos abrasadas desde el muro,  
Las vimos con esfuerço despeñarse,  
Otras qual Porcia apriessa satisfechas,  
De brasas encendidas acabauan,  
Otras el tiempo pecho qual Lucrecia,  
Con dura punta roto despedian,  
Las almas miserables, y otras muchas,  
Con otros muchos generos de muertes,  
Sus vidas acabauan y rendian,  
En este medio tiempo las hermanas,  
Del brauo Zutancalpo desbalidas,  
Fuera de si salieron à buscarle,  
Por acabar con el la triste vida,  
Cuio dolor azerbo y triste llanto,  
Quiero cantar señor en nueuo canto.

## CANTO TREINTA Y DOS

*Como Zutancalpo fue hallado por sus quatro hermanas, y, del fin y muerte de Gicombo,  
y de Luzcoija*

Que peña lebantada, o fuerte roca,  
Puede ser del soberuio mar ayrado,  
Mas braua y atrozmente combatida,  
Que nuestra vida triste miserable,  
Si lo miramos bien los mas mortales,  
A quien la cruel soberuia desmedida,  
Y ambicion vil, frenetica, furiosa,  
Iamas pudo hartar al alto ceptro,  
A la Real corona y brauo trono,  
Al pobrecillo assiento y bajo estado,  
O triste condicion de humana vida,

Sugeta y puesta à bestias tan sedientas,  
En cuiã abara fuente, vil infame,  
De su canina sed jamas contenta,  
Pretende cada qual sacar hartura,  
Que prestaron al noble Zutancalpo,  
Auer con tanta fuerça contradicho,  
Los furiosos intentos paternales,  
Que tantas vidas tienen acabadas,  
Y tantos buenos hombres consumidos,  
Y tantas nobles casas abrasadas,  
O cruel Zutacapan, porque quisiste,  
Yr contra la corriente que lleuaua,  
El sossegado pueblo ya perdido,  
Y aquel gallardo joben que engendraste.  
Que prestaron los retos y braueza,  
Con que turbaste tantos inocentes,  
Que el brauo y fiero orgullo que pusiste,  
Para que Castellanos lebantasen,  
Contra su corto esfuerço armadas,  
Que presto auer la tregua quebrantado,  
Palabra y fee de paz auer rompido,  
De que vil furia fuiste arrebatado,  
Para que con altiuo pensamiento,  
Mouiesses tan sin causa injusta guerra,  
O soberuia que porque siempre sobras,  
Assi fue bien que el nombre te pusiessen,  
Y assi como sobrada te lebantas,  
Y tanto mas te subes y te encumbras,  
Quanto es mas bajo aquel que te pretende,  
No siente la ambicion bruta furiosa,  
Desde atreguado baruario perdido,  
La perdida y desgracia miserable,  
Que por sola su causa le ha venido,  
Al desdichado pueblo desgraciado,  
Cuias plaças y muros lebantados,  
Solos arroyos, charcos, y lagunas,  
De fresca sangre vemos reboçando,  
Con gran suma de cuerpos ya difuntos,  
Por cuias fieras llagas temerarias,  
Terribles quajarones regoldauan,  
Tempanos y sangraza nunca vista,  
A bueltas del sustento mal digesto,  
Que por alli tambien le despedian,  
Por do las pobres almas escapauan,  
Por cuiõ atroz estrago no hecha menos,  
Al noble Zutancalpo à quien salieron,

No mas que por buscarle de su casa,  
Quatro hermanas donzellas que tenia,  
Pressas de mortalissimas congojas,  
Y desfogando por su ausencia en vano,  
De lo intimo del alma ya cansada,  
Entrañables suspiros y gemidos,  
Reboluiendo los cuerpos desangrados,  
Por ver si entre ellos à su caro hermano,  
Acaso ver pudiessen, porque auia,  
Passado vna gran pieça sin que fuesse,  
De algun amigo visto, o descubierto,  
Mocauli, la mayor de todas ellas,  
Reboluio por seys vezes vn difunto,  
Y como es cierto que la sangre llama,  
Otra quiso tomarte y reboluerle,  
Y viendo ser aquel tesoro grande,  
Y por quien siempre todas fueron ricas,  
Sin que pudiessen descubrir qual fuesse,  
La fuerça del espada rigurosa,  
Que por tan fieras bocas desmedidas,  
Le hizo despedir el alma braua,  
Con presurosos gritos esforçados,  
A palma auierta, y puño bien cerrado,  
Començó à lastimar su rostro bello,  
Y qual vemos que acuden al ladrido,  
De la presta y solícita podenca,  
Las demas codiciosas de la caça,  
Con lebantados saltos alentados,  
Y vna y otra corrida presurosa,  
Assi las tres hermanas desbalidas,  
Partieron con presteza y sin sentido,  
Con desapoderado curso al puesto,  
De aquella que pedazos se hazia,  
Sobre el querido hermano desangrado,  
Y juntas todas quatro à manos llenas,  
Las mas crecidas hebras arrancauan,  
De las pobres cabeças inocentes,  
Las rosadas megillas golpeando,  
Con vna y otra mano lebantada,  
Y despues que le vbieron bien llorado,  
Sobre vn gran tablon luego le pusieron,  
Y encima de sus hombros le lleuaron,  
Con funebre dolor, triste, afligido,  
Para su antigua casa ya abrasada,  
Y luego que la madre desdichada,  
Tuuo delante de sus tristes ojos,

El horrendo espectaculo que vido,  
Sin piedad desgarrandose la cara,  
Y la madeja suelta de cabellos,  
Assi empeçò la pobre à lamentarse,  
Dioses si en flor tan tierna aueis querido,  
Quitar aquesta pobre desdichada,  
Vn hijo malogrado que le distes,  
Dezid si aqueste punto he ya llegado,  
Y à tan perdido estado he ya venido,  
Qual otro mal podeis tener guardado,  
Este vltimo quebranto y postrer duelo,  
Solamente restaua que viniessse,  
A mi pobre vegez, triste afligida,  
Y vertiendo de lagrimas gran lluuia,  
Con el brauo dolor y amor fogoso,  
Del tragico furor enterniçada,  
Cien mil gemidos tristes redoblaua,  
Que del ansiado pecho le salian,  
Y como la desesperada furia,  
Es el mas cruel y capital verdugo,  
De aquel que semejante mal padece,  
Assi desesperada y con despecho,  
Sobre vn gran fuego se lanço de espaldas,  
Y tras della las quatro hermanas tristes,  
Tambien alli quisieron abrasarse,  
Sobre el querido hermano ya difunto,  
Que assi juntas con el se abalançaron,  
Iunto à la misma madre que se ardia,  
Y qual suelen grosissimas culebras,  
O ponçoñosas viuoras ayradas,  
Las vnas con las otras retorcerse,  
Con apretados ñudos, y enroscarse,  
Assi las miserables se enlazauan,  
Por aquellas cenizas y rescoldo,  
Que amollentado y fofo à borbollones,  
Hiruiendo por mil partes resoplaua,  
Y restriuando sobre viuas brasas,  
Con hombros, pies, y manos juntamente,  
Instauan por salir mas era en vano,  
Porque assi como vemos yrse à fondo,  
A aquellos que en profundo mar se anegan,  
Que con piernas y braços sin prouecho,  
Cortan el triste hilo de sus vidas,  
Y en tiempo desdichado, corto y breue,  
Las inmortales almas oprimidas,  
De las mortales carçeles escapan,

Assi estas malogradas fenecieron,  
Dando en aquella vltima partida,  
Los postreros abraços bien ceñidos,  
Y despidiendo assi la dulce patria,  
Dieron el longum vale à las cenizas,  
En que todas quisieron resolverse,  
Passado aqueste misero successo,  
Otro le sucedio tambien estraño,  
Que esto tiene la mal segura rueda,  
Ser incierta en que el bien nos venga estable,  
Y cierta en que el mal siempre nos persiga,  
Y assi podeis notar Rey poderoso,  
Que como en este mundo antojadizo,  
Vnos con ansias buscan y apetecen,  
Aquello que los otros aborrecen,  
Por escapar la vida fue saliendo,  
Vn conocido baruario valiente,  
Con tan desatinado y presto curso,  
Que assi como se escriue que corrieron,  
Efisido, y Orion, con gran presteza,  
El vno por encima de las aguas,  
Y el otro por las puntas de los trigos,  
Sin que ninguna arista se doblase,  
Y sin que el agua en parte se sintiesse,  
Assi con esta misma ligereza,  
Corriendo por encima de las llamas,  
Vimos al brauo Pilco presuroso,  
Qual fiera salamandria que en el fuego,  
Sin pesadumbre passa y se sustenta,  
Y por solo estoruarle la corrida,  
Antes que se saliesse y ausentase,  
Gran suma de balazos le tiraron,  
Y auindose escapado de la brasas,  
Y del rigor y fuerça de pelotas,  
Vino à parar à manos de vn soldado,  
Leon por nombre, y por su grande esfuerço,  
Estos dos combatieron larga pieça,  
Con gran fuerça de golpes denodados,  
Y descargando el baruario la maça,  
Con furia arrebatada fue saliendo,  
El gallardo Español con tal destreza,  
Que la hizo pedazos el membrudo,  
Traiendo el golpe en vano, y sin prouecho,  
Sobre vna grande piedra que aferrada,  
Estaua con el muro poderoso,  
Con cuió buen successo, y con que vido,

Que por el suelo casi le arrastraua,  
Al saluage la greña que tenia,  
Por ella le prendio con fuertes garras,  
Y qual suele euadirse y deslizarse,  
La suelta anguila, de la fuerte mano,  
Assi de entre sus fuertes braços vimos,  
Salir al brauo baruario guerrero,  
Lançandole de si, como si fuera,  
Muy libiana pelota despedida,  
Con lebantada pala gouernada,  
De vn poderoso braço fornido,  
Pasmado el Español de aquel sucesso,  
Vencido de verguença y corrimiento,  
De verse de tal pressa dessasido,  
Assi como libiana y triste sombra,  
Que sigue al cuerpo opaco, y no se empacha,  
En la carrera, buelo, y presto curso,  
Que va sin detenerse assi siguiendo,  
Al miserable baruario perdido,  
Tanta priessa le dio con el espada,  
Quanta el membrudo alarabe ligero,  
Con vno y otro salto le dexaua,  
Los golpes en el ayre desmentidos,  
Hasta que por grandissima ventura,  
Se le vino à meter por vn estrecho,  
Por donde el muro con aguda punta,  
Mas de setenta estados derramaua,  
De terrible vertiente bien cumplidos,  
Desde cuia alta cumbre poderosa,  
Estando todo el campo bien atento,  
Se arrojó aquel indomito guerrero,  
Con tan vizarro aliento, que suspensos,  
Los leales coraçones palpitando,  
A todos nos dexò desatinados,  
Porque con braça y media bien tendida,  
No se sintio soldado que quisiesse,  
Asomar ni poner el rostro firme,  
Por donde quiso el baruario escaparse,  
Y apenas con el gran sobresalto,  
Le vimos ocupar el duro suelo,  
Quando el golpe todos arrancamos,  
A ver el alto y portensoso salto,  
Que sin pensar el Indio memorable,  
Alli le acometio en brauo esfuerço,  
Y qual la gruessa lança despedida,  
Del poderosos braço que clauada,

Quedò temblando entera y bien assida,  
En aquel gran cauallo que Troianos,  
Tan por su mal en Troia les metieron,  
No de otra suerte Pilco valeroso,  
Quanto pudo blandir la larga lança,  
Sobre los firmes pies algo perdido,  
Quedò temblando en tierra bien clauado,  
Y reboluiendo en si qual suelto pardo,  
Sacudiendo algun tanto la melena,  
Con impetu furioso fue corriendo,  
A campo auierto, por el ancho llano,  
Donde Diego Robledo con cuidado,  
Vatiendo con priessa los hijares,  
De vn ligero cauallo desembuelto,  
Al puesto le salio con un benablo,  
De temerario hierro bien tendido,  
Y vibrando sobre el la fiera diestra,  
Tres vezes le mojó con que quedaron,  
Por los gruessos costados poderosos,  
Seys anchas puertas rojas bien rasgadas,  
Por donde el cuerpo y alma desdichada,  
El natural diborcio celebraron,  
Con no pequeña lastima de aquellos,  
Que al horrendo espectaculo asistian,  
Doliendose de verle destroncado,  
El miserable tiempo que de vida,  
Lleuaua ya ganado y adquirido,  
Y por justa justicia prolongado,  
Passada esta tragedia prodigiosa,  
Pareceme señor que nos boluamos,  
Al fin ventura puesto, donde queda,  
El pobre General y brauo Bempol,  
Que como apunto, y queda referido,  
Qual aquellos illustres Bruto, y Casio,  
Que quisieron priuarse de la vida,  
Por solo que se vieron ya vencidos,  
Assi por no viuir jamas sugetos,  
El vno fue saliendo à despeñarse,  
Y el otro à solo dar injusta muerte,  
A su amada Luzcoija por no verla,  
En manos de Españoles que pudiessen,  
Gozar de su belleza malograda,  
Pues saliendo del grande labirintho,  
Desesperados, brauos, y furiosos,  
Desta suerte los dos fueron diziendo,  
Y como nos quebrantan duros ados,

Y tempestad violeta nos perturba,  
Y à viua sangre y fuego nos molesta,  
Oprime, rinde, vence, y nos contrasta,  
Y vosotros infames Acomeses,  
Sereis horriblemente castigados,  
Con pena tal, qual es muy bien que venga,  
Por semejantes animos cobardes,  
Y à ti Zutacapan, cebil que has sido,  
Instrumento de tanta desbentura,  
Sabete que te aguardan y te esperan,  
Desta maldad y vergonçosa afrenta,  
Cruelissimos açotes y castigos,  
Y en los mas sustos dioses confiados,  
Que les daras de tus inormes culpas,  
Enmienda muy tardia y fin prouecho,  
Diziendo esto los dos se diuidieron,  
Gicombo endereçò para su casa,  
Que en humo y viua llama estaua embuelta,  
Y rompiendo las enemigas brasas,  
Rescoldo, y por las llamas lebantadas,  
Llegò al mismo aposento donde estaua,  
Su mas querida esposa lamentando,  
Con gran suma de dueñas y donzellas,  
Que boqui abiertas todas desogauan,  
Aliento calidissimo del pecho,  
Y en las paredes tristes besos dauan,  
Y entrando dentro no le fue possible,  
Por los confusos gritos y lamentos,  
Y el humo espeso que tendido estaua,  
Dar con ella, y assi por esta causa,  
Tomò la puerta, porque todas juntas,  
Alli se consumasen y abrasasen,  
Y acercandose el fuego embrauecido,  
Al misero palacio sin consuelo,  
Llegó en busca del baruario el Sargento,  
Con vna buena esquadra de guerreros,  
Y como el bruto alarabe le vido,  
Para el alçò los ojos encendidos,  
Y en muy rabiosa colera deshechos,  
Qual corajoso jabali cercado,  
De animosos lebreles y sabuesos,  
Tascando la espumosa boca apriessa,  
Con el colmillo corbo amenazando,  
Assi el General brauo se mostraua,  
Ouiando la salida à los que estauan,  
Dentro del aposento peligroso,

Y assomando Luzcoija el rostro bello,  
Como aquellos que toman el atajo,  
Por abreuiar el curso del camino,  
Assi la pobre baruara afligida,  
Sugetò la espaciosa y ancha frente,  
Al rigor de la maça poderosa,  
Que los dos mas hermosos ojos bellos,  
Le hizo rebentar del duro casco,  
Nunca se vio en sollicito montero,  
Contento semejante cuando tiene,  
La codiciosa caça ya rendida,  
Como el que el baruaro tomò, teniendo,  
A su querida prenda ya sugeta,  
Y de todos sentidos ya priuada,  
Viendo pues el Sargento la braueza,  
Del General valiente riguroso,  
Con fuerça de promesas y razones,  
Instò por haze del vn fiel amigo,  
Dandole la palabra de soldado,  
Y fee de cauallero bien nacido,  
De reduzir sus causas de manera,  
Que él solo gouernase aquella fuerça,  
Por vuestra Magestad sin que otro alguno,  
Mas que don Iuan en ella le mandase,  
Y qual si fuera mas que viua brasa,  
Que al tiempo de morirse y apagarse,  
Enciende mas su luz y la descubre,  
Assi el furioso y dolatra sangriento,  
Risueño y al desgaire le responde,  
Ya no me puedes dar mayor disgusto,  
Que vida estando aquesta ya difunta,  
Mas si quereis hazerme vn buen partido,  
Dejadme combatir con seys, o siete,  
Los mejores soldados de tu campo,  
Y matame tu luego que no es justo,  
Negar este partido tan pequeño,  
A mi que ves ya tan de partida,  
Y mas hare por ti, pues ves que es fuerça,  
Que todas estas mueran abrasadas,  
Que salgan todas libres deste incendio,  
Sin que vna sola quede por mi cuenta,  
Y viendo aquesta causa mal parada,  
Por estas y otras cosas que passaron,  
Mandò que Simon Perez le tirase,  
Dandose mucha priessa vn buen valazo,  
Y sin que fuesse visto ni entendido,

Dio con el pobre General en tierra,  
En fea amarillez el rostro embuelto,  
Y luego que acabò y quedò difunto,  
Atonitas las baruaras que tuuo,  
Abochornadas casi sin sentido,  
Vertiendo arroyos de sudor hiruiendo,  
Auiertos todos los cerrados poros,  
Y las fogosas bocas y narizes,  
Satisfaciendose de solo el ayre,  
A grande priessa todas escaparon,  
Y porque el brauo Bempol me da priessa,  
Serà bien gran señor desocuparme,  
Por ver aquel diabolico destino,  
Que lleuò quando quiso desasirse,  
Desde difunto pobre, y diuidirse.

#### CANTO TREINTA Y TRES

*Del miserable fin que tuuo Bempol, y de otros que con él sus dias acabaron, y del sentimiento que hizo el Sargento mayor, buscando los guessos de su hermano*

Dios nos libre del aspero castigo,  
Con que su gran grandeza nos lastima,  
Lebantando su mano poderosa,  
Para que como reprobos sintamos,  
Mal del gran bien, y bien del mal que es grande,  
Porque apenas abremos allegado,  
A fuerte tan perdida y desdichada,  
Quando de todo punto zabullidos,  
En el abismo y centro nos hallemos,  
De todo lo que es vltima miseria,  
Dolor, tristeza, y vltimo quebranto,  
Dexemos las historias que estan llenas,  
De mil sucessos tristes ya passados,  
Y digalo este ydolatra perdido,  
Suelto, desamparado, y ya dexado,  
De tan santa, diuina, y alta mano,  
Qual es el paradero en que le vemos,  
O gran bondad inmensa, no permitas,  
Por tus llagas rasgadas tal castigo,  
Por los que tu ley santa professamos,  
Que si los que andan fuera del rebaño,  
Merecen mi señor los desampares,

Otros castigos tiene tu justicia,  
Que pueden molestarnos y afligirnos,  
Y no el que aqueste misero padece,  
Cua desdicha si quereis notarla,  
Bolued Rey poderoso alli los ojos,  
Mirad al pobre Bempol desdichado,  
Que està sobre aquel risco temeroso,  
Desde cuia alta cumbre lebantada,  
Assi comiença el triste à despedirse,  
Oy me da ya reposo mi desdicha,  
Si es que desdicha puede dar sossiego,  
Al que à sus pies se rinde zozobrado,  
Y mi temprana muerte me apareja,  
Seguro y dulce puerto con alibio,  
Si es que el morir tambien puede alibiarme,  
De tan inorme carga como lleuo,  
Y solo con perpetua sepultura,  
Saliendo como espero desta afrenta,  
Pueden faltarme obsequias funerales,  
Si como estoy deteminado siembro,  
Las miseras cenizas ya perdidas,  
Deste triste mortal corporeo velo,  
Vertiendolas sin lastima, pues puedo,  
Desta tan alta cumbre despeñarme,  
Y cerrando el postrer dia de mi vida,  
No faltara quien à mi dulce patria,  
Con esta sin ventura nueva rompa,  
El ayre en vano, porque presto llegue,  
A las orejas tristes miserables,  
De aquella que por corta y mala suerte,  
Le cupo aqueste pobre por esposo,  
Y cada qual sintiendo con tristeza,  
O sobra de alegria y de contento,  
De mi vltimo fin triste, miserable,  
Dira lo que quisiere y le agradare,  
Y luego que esto se aya ventilado,  
Despues que el Sol por doze Lunas corra,  
Ya no aura quien de mi jamas se acuerde,  
Que esto es muy cierto, quando el tiempo corre,  
Que se enjugan las lagrimas caudales,  
Y cansan los suspiros mas ansiosos,  
Y acaban los dolores que se sufren,  
Por aquellos que fueron mas amigos,  
Mas padres, mas hermanos, mas parientes,  
Mas queridos, mas hijos, y mas deudos,  
Mas amparo, consuelo, y mas firmeza,

De buenos y carissimos maridos,  
«¡O Acoma à què Dios has ofendido,  
O por què causa assi los altos dioses,  
Quieren contra nosotros enojarse,  
Sufrele que tal yra, y tal corage,  
Muestren dioses, y mas contra vna fuerça,  
Que es inmortal, qual ellos inmortales,  
Y en las cosas de guerra y preheminencia,  
Tan insigne, tan fuerte y poderosa,  
Que si sus fuerças no nos contrastaran,  
Fuera cosa muy facil el hazerse,  
De todo el mundo vniuersal señora,  
Mas como dizen que en los graues males,  
Ay consuelo si muchos le padecen,  
Si aquesta es regla cierta, que consuelan,  
Como no viuo agora consolado!»,  
Y estando assi hablando y replicando,  
Para èl endereçaron donzellas con sus madres,  
Y atonitas corriendo en competencia,  
Para el triste se fueron acercando,  
Como suelen las simples mariposas,  
Quando à la lumbre vemos que se acercan,  
Y alegres se abalançan y se apegan,  
Y alli fenecen todas abrasadas,  
Assi desalentadas se apegaron,  
Las miseras al misero afligido,  
A quien con alma y coraçon clamauan,  
Con gran suma de lagrimas amargas,  
Solloços y ternissimos suspiros,  
Que quisiesse de tanto afan librarlas,  
Lleuandolas perdidas à la parte,  
Que fuesse de su gusto, y que jurauan,  
De no desampararle por trabajos,  
Angustias, y miserias que viniessen,  
Y por mas que fortuna descargase,  
Con poderosos golpes esforçados,  
Su riguroso braço y las truxesse,  
Debajo de su rueda rebolcadas,  
Y si no que les diesse compañía,  
Con quien todas pudiessen escaparse,  
Y para mas mouerle à sus clamores,  
Delante le pusieron vna hija,  
Que de su patria trujo quando vino,  
Por gusto de Gicombo à aquella fuerça,  
La qual acaso quiso entremeterse,  
Con el brauo temor y sobresalto,

Con las demas donzellas que clamauan,  
Y poniendo la vista en todas ellas,  
Clauola y la detuuu en sola aquella,  
Que era la misma lumbre de sus ojos,  
Y de tan tierna edad, que no tenia,  
Diez miserables años bien cumplidos,  
Y qual si fuera firme y alta roca,  
En el ancho mar puesta y assentada,  
Que con su ynorme pelo y graue assiento,  
Al tempestuoso mar y à todos vientos,  
Con gran fuerça resiste y se antepone,  
Assi contrauieniendo à su plegaria,  
Furioso desta suerte les responde,  
Mezquinas de vosotras miserables,  
Si es fuerça que salgais de aquesta vida,  
Qual compañía podeis tomar que os sea,  
Mas que esta que teneis auentajada,  
Y donde quereis que no os espere,  
Mayor quebranto que este que os aflige,  
Con cuio susto absorto y elebado,  
Quedò pasmado y fuera de sentido,  
Hiriendo con la vista aguda y braua,  
Los lebantados Cielos corajoso,  
Con vna y otra punta que embiaua,  
Y assiando à la muchacha por el braço,  
Con la pobre se despeñò diziendo,  
Si quereis libre libertad seguidme,  
Y qual si fueran simples ouejuelas,  
Que viendo se abalança y se despeña,  
El que es manso cencerro, y que las guia,  
Que todas tras del vemos arrojarse,  
Sin genero de miedo ni rezelo,  
Assi todas se fueron despeñando,  
Dando fin à sus dias miserables,  
Y llorando su grande desbentura,  
Para el segundo aluergue caminaron,  
Que ocupan segun dize el gran lombardo,  
Allà en los calabogcos del infierno,  
Los que sin merecer alguna culpa,  
De su voluntad fueron omicidas,  
De sus infames almas desdichadas,  
Y como el mismo Heroe se lamenta,  
Quanto mejor les fuera ya en la vida,  
De que los pobres tristes se priuaron,  
Sufre sin libertad duros trabajos,  
Mas como él rnismo dize y nos enseña,

Por orden de los liados se les veda,  
Y es viua Fè catholica inuiolable,  
Que en miserable llanto permanezcan,  
Passado lo que auemos referido,  
Luego la veloz fama fue corriendo,  
Lleuando aquella amarga y triste nueua,  
A la afligida madre de Gicombo,  
Cuio vital calor sus flamos guessos,  
Por todas partes fue desamparando,  
Y afligida del gran dolor causado,  
De las atrozes muertes desdichadas,  
De su muy dulce hijo y cara nuera,  
Y del pobre marido que tenia,  
Sin sentido salio la miserable,  
Dando terriblissimos aullidos,  
Mesando fuertemente sus cabellos,  
Rompiendo por las armas Castellanas,  
Sin ningun pabor, miedo, ni rezelo,  
Y rasgando los ayres con querrelas,  
Sentida de dolor assi dezia,  
Desdichada de mi triste afligida,  
Miserable sin hijo, y sin marido,  
Ya guerfana, y tambien desamparada,  
De aquestas dulces prendas que tenia,  
Dezid Castillas pues que estais tan cerca,  
Que si hablar siquiera con su madre,  
No dio lugar al hijo malogrado,  
Donde està la belleza de Luzcoija,  
Que à mi triste vejez entretenia,  
Este es el galardon que yo esperaua,  
Quando mas esperè mi buena suerte,  
Pensando dulces hijos de gozaros,  
O Castillas si por ventura os mueue,  
Aquesta miserable desdichada,  
Pido que me quiteis aqui la vida,  
Mas en lo que yo puedo y tengo mano,  
De que me sirue seros importuna,  
Y qual gran marinero, o diestro buzo,  
Que de la lebantada y alta entena,  
Bueltas las duras plantas hazia arriba,  
Al profundo del ancho mar se inclina,  
Assi la triste baruara furiosa,  
Desde aquel lebantado y alto muro,  
Inclinó con gran rabia, y con despecho,  
La muy blanca cabeça desgreñada,  
Dexandose yr à pique, y sin remedio,

A los brauos profundos infernales,  
Vnico aluergue, centro y paradero,  
De todos los que aqui se despeñaron,  
En esto salio el noble viejo Chumpo,  
Como quien la paz siempre pretendia,  
A ponerse en las manos del Sargento,  
Gibado de vejez, las piernas corbas,  
Secos los braços, y la piel pegada,  
A sola la ossamenta que tenia,  
Ayudado de vn pobre caiadillo,  
Sobre que el flaco cuerpo sustentaua,  
Y puesto en su presencia temeroso,  
Temblando con la fuerça de los años,  
Assi esforçò la debil voz cansada,  
Hijo gracioso, el Cielo me es testigo,  
Y esta sangre que ves aqui vertida,  
Que nunca por mi fuera derramada,  
Si Zutacapan solo se arrimara,  
A mi voto, qual yo señor me arrimo,  
A aquesta vara tierna quebradiza,  
Que treinta vezes han los campos dado,  
De nueuo nueuas flores, y continuo,  
A siempre mi flazqueza sustentado,  
Y luego que esto dixo enternecido,  
Y en lastimosas lagrimas deshecho,  
Prosiguio con su platica, diziendo:  
Para solo venir à lastimarme,  
Con desdicha tan grande como veo,  
Por estas tristes almas miserables,  
Afligenme sus cuerpos destrozados,  
Y de sus mismos perros ya comidos,  
Duelenme sus abuelos y sus padres,  
Y mas sus visabuelos que nacieron,  
Quando triste naci, para quedarme,  
A solo ser testigo de la sangre,  
Muertes y gran destrozo que han sufrido,  
Todos estos que estan aqui tendidos,  
Reliquias de los tristes que han passado,  
Que aunque es possible sepan el estrago,  
Allá donde sus almas se recojan,  
No es tan grande el dolor y sentimiento,  
Quanto recibe el pobre miserable,  
Que por sus propios ojos ve las llagas,  
Que aqui vemos auiertas y rasgadas,  
Por querer vn traidor solo llevarlos,  
A sus vanos intentos, porque quiso,

Ser el solo señor de aquesta fuerça,  
Y por querer por fuerça leuante,  
Assi te està por fuerça ya rendido,  
Y yo tambien lo estoi señor, y adierte,  
Que assi como el rendido y afrentado,  
En publico palenque, y ofendido,  
Cuiã cabeça estuuõ ya sugeta,  
Y à merced de la espada rigurosa,  
Que alli pudo acabarle y deshazerte,  
Y vida quiso darte es cosa cierta,  
Y en lides de importancia bien prouada,  
Que muerto alli quedò, pues muerta dexa,  
La honrra, el ser, valor, y todo quanto,  
Lebanta al buen soldado, y le abilita,  
Y en cosas de la guerra le acridita,  
Y tendiendo qual suelen los mendigos,  
Los flacos braços secos, algo auiertos,  
Arrodillarse quiso à su presencia,  
Y conuertido de aspero en clemente,  
Su animo benigno alli apercibe,  
Y con palabras dulzes regaladas,  
Salidas sin sospecha ni reboço,  
De vn blando coraçõ, y entrañas tiernas,  
Echandole los braços el Sargento,  
En peso le tomò, y con gran respecto,  
Abraçado le tuuo por buen rato,  
Y despues que con mucho amor le dixo,  
Razones y palabras de consuelo,  
Con que el misero viejo lastimado,  
Reprimio la vertiente de sus ojos,  
Pidiole el noble joben que le diesse,  
Aquel illustre cuerpo que mataron,  
Del caro hermano, y caros compañeros,  
Y auiendo con grandissimo cuidado,  
Puesto en esto grande diligencia,  
Venimos à saber como en la parte,  
Que vino à rendir cada qual su vida,  
En el mismo lugar à pura fuerça,  
De palos y pedradas que cargaron,  
En blanda y tierna masa combirtieron,  
Su miserable carne con los guessos  
Y en confusso monton los recogieron,  
Y en vna gran hoguera leuanta,  
Con pujaça de leños que arrimaron,  
Los rayos del Sol fueron emboluiendo,  
En vna obscura sombra temerosa,

Y en este funeral y triste incendio,  
Alegres de aquel hecho que acabaron,  
Dando altissimos gritos y alaridos,  
Assi sin distincion, honor, ni cuenta,  
Los pobres Castellanos arrojaron,  
Enmedio de las llamas portentosas,  
Y por honrra del Dios de las batallas,  
Con ellos presentaron y ofrecieron,  
Muy ricas mantas, plumas, y pellicos,  
Con gran chacota, risa, y algazara,  
De la pleueia gente que ofrecia,  
Tambien al inuencible Dios furioso,  
Grande suma de flechas y macanas,  
Arcos, bastones, maças y carcages,  
Contentos de que el fuego consumiessse,  
Los miserables cuerpos bautizados,  
Sabido ya el fin triste miserable,  
De nuestros infelices compañeros,  
Pedimosles que al puesto nos lleuasen,  
Donde al Maese de Campo dieron muerte,  
Sobre el qual sin tardança nos pusieron,  
Y en el tan gran manchon de sangre vimos,  
Que dos tendidas bracas ocupaua,  
Vista por el Sargento desdichado,  
La sangre del hermano ya difunto,  
Aunque ya fria elada y denegrada,  
Sin ningun fuego començo à heruirle,  
En lo mas hondo de su tierno pecho,  
Y luego al mismo punto se le puso,  
Vn grosissimo ñudo atrauesado,  
A la pobre garganta bien assido,  
Y los enjutos ojos combertidos,  
En dos mares fin fondo derramauan,  
Mil arroyos de lagrimas caudales,  
Con que à doloroso y tierno llanto,  
A todos nos mouia y lebantaua,  
Y no bastando nadie à detenerle,  
Por enmedio de todos fue rompiendo,  
Y tendiendose encima de la mancha,  
Gimiendo amargamente rebentaua,  
Sobre la triste sangre ya vertida,  
Y despues que por vna larga pieça,  
Bañò aquel fuerte passo de amargura,  
Y luego que el dolor azerbo y duro,  
Con gran dificultad abrio la puerta,  
A la pobre garganta fatigada,

Assi empezò afligido à lastimarse,  
No era aqueste el fin que yo esperaua,  
Quando à tantos trabajos y miserias,  
Quisimos ofrecernos y entregarnos,  
Porque en aquellos tiempos bien pensaua,  
Qual soldado noble, pobre visoño,  
Que los dos adquirieramos gran fama,  
Prometiendonos suertes muy honrrosas,  
Colmadas de victoria, y triunfo cierto,  
Mas ay de mi, que por demas han sido,  
Mis vanas esperanças fabricadas,  
Pues bullirse la mas pequeña hoja,  
Del mas remontado arbol desta vida,  
Es quererlo quien todo lo gouierna,  
Y pensar otra cosa es desatino,  
Cuiá verdad bien claro me has mostrado,  
Señor y hermano mio anhelando,  
A muy gloriosos fines onorosos,  
Rotos y destroncados por el suelo,  
Con medios y principios desdichados,  
Y por mejor dezir, fueron dichosos,  
Pues que con muerte felix y agradable,  
Seguro puerto diste à tus cuidados,  
Siendo primer primicia que se ofrece,  
En esta nueua Iglesia Mexicana,  
Y no yo, cuiá pobre triste vida,  
Al duro hado, fiero y peligroso,  
La traigo por momentos sometida,  
Quien à tu lado fuerte se hallara,  
Quando la corta vida feneciste,  
Aunque el gran furor baruaro acabara,  
Aquesta miserable que me queda,  
Y escusara siquiera lastimarme,  
Con ver este lugar todo teñido,  
En la inocente sangre que dejaste,  
Para mayor quebranto, y mas tormento,  
Destos cansados ojos que llegaron,  
A ver tan gran desdicha y tal estrago,  
O Acoma no quiera Dios te impute,  
Aquella falsa fee, y hospicio alebe,  
Que à mi amado y caro hermano diste,  
Con tan terrible engaño y trato doble,  
Porque esta miserable y dura suerte,  
Yo solo la causè con graues culpas,  
Que contra el alto Dos he cometido,  
Mas que digo yo triste miserable,

Si es que auias de gustar amarga muerte,  
Que mas corona y palma leuantada,  
Que auer venido hermano à merecerla,  
Donde no se les sigue mas ventaja,  
A los que con alegre y brauo triunfo,  
Cantan la gran victoria que alcançaron,  
Que à los vencidos si sus cuerpos quedan,  
En medio de las armas destrozados,  
Y assi es fuerça digan todos fuiste,  
Muy bienauenturado en tal jornada,  
Donde no puede ser que la grandeza,  
De todo el vniuerso que gozamos,  
Pueda darte sepulcro mas pomposo,  
Ni mas gallardo y alto enterramiento,  
Que el que en aqueste muro memorable,  
Quiso la fuerça de Acoma ofrecerte,  
A quien yo estimo, tengo y reuerencio,  
Por preciosissima Ara y Monumento,  
Donde por tu ley santa poderosa,  
Por Dios y por tu Rey alto inuencible,  
A su gran Magestad sacrificaste,  
El resto de la sangre que tuuiste,  
Y boluiendose alli para nosotros,  
Algo esforçado prosiguió diziendo,  
Aqui fue Troia nobles caualleros,  
Aqui por su alto esfuerço y zelo ardiente,  
Y por su gran valor, insigne y raro,  
Quedarà para siempre eternizado,  
Y por el consiguiente conocido,  
Para que el claro nombre que han mostrado,  
Todos sus mas mayores y passados,  
Y con esto arbolò vna Cruz en alto,  
Y contritos llorando de rodillas,  
Todos juntos alli nos derribamos,  
Y à la gran Magestad de Dios pedimos,  
Que de sus pobres almas se doliessse,  
Y que à su santa gloria las lleuase,  
Y pues al fin señor de la jornada,  
Y canto postrimero he ya llegado,  
Quiero parar vn tanto, porque pueda,  
Cantar aquesto poco que me queda.

## CANTO TREINTA Y QVATRO

*Como se fue abrasando la fuerza de Acoma, y como se halló Zutacapan muerto, de vna gran herida, y de los de mas sucessos que fueron sucediendo, hasta llevar la nueua de la victoria al Governador, y muertes de Tempal, y Cotumbo*

Cansado del viage trabajoso,  
El estandarte santo no vencido,  
Dexemos ya de Christo alli arbolado,  
Reprimanse las lagrimas pues dexan,  
Las almas lastimadas y afligidas,  
Y vos Filipino sacro, que escuchando,  
Mi tosca musa aueys estado atento,  
Suplicoos no os canseis, que ya he llegado,  
Y al prometido puesto soy venido,  
Fiado gran señor en la excelencia,  
De vuestra gran grandeza, y que qual padre,  
Del belico exercicio trabajoso,  
Vn apazible puerto aueys de abirme,  
Con cuio inmenso aliento reforçado,  
Las velas doi al viento reboluiendo,  
Al temeroso incendio, cuias llamas,  
Vibrando poderosas y escupiendo,  
Viuas centellas, chispas y pauesas,  
Las lebantadas casas abrasauan,  
Notad señor aqui los altos techos,  
Paredes, aposentos, y sobrados,  
Que auiertos por mil partes se desgajan,  
Y subito à pedaços se derrumban,  
Y como en viuo fuego y tierra, entierran,  
Sus miseros vezinos, sin que cosa,  
Quede, que no se abraze y se consuma,  
Mirad señor tambien los muchos cuerpos,  
Que de las altas cumbres del gran muro,  
Assi desesperados se abalançan,  
Y rotos por las peñas quebrantados,  
Hechos menudas pieças y pedaços,  
Assi en el duro suelo se detienen,  
Los baruaros y baruaras que ardiendo,  
Estan con sus hijuelos lamentando,  
Su misera desgracia y triste suerte,  
Con cuias muertes el Sargento,  
Mouido de piedad y alto zelo,  
Qual suele con tormenta y gran borrasca,  
Vn gran piloto diestro reboluerse,  
Saltando à todas partes y esforçarse,  
Mandando al marinaje, y pasajeros,

Con vno y otro grito, y assi juntos,  
Con heruorosa priessa se socorren,  
Y al flaco nauichuelo combatido,  
De la fuerça del mar, y viento ayrado,  
Entre mil sierras de agua faborecen,  
Assi esforçando à Chumpo y à otros pocos,  
Baruaros, que las pazes pretendian,  
A voces les promete y assegura,  
En fee de cauallero, que las vidas,  
A todos les promete si se abstienen,  
Del riguroso estrago y crudas muertes,  
Que assi los miserables te causauan,  
No bien el pobre viejo las palabras,  
De aquel ardiente joben fue aduirtiendo,  
Quando clamando à voces, con los pocos,  
Baruaros, que con el alli assistian,  
A todos persuade y encarece,  
Haziendose pedazos con señales,  
Y muestras muy de padre, que se abstengan,  
Y que à tan tristes muertes no se entreguen,  
Porque à todos las vidas les promete,  
Y noble trato à todos assegura,  
Sin genero de duda ni sospecha,  
Encubierta, rebozo, o trato aleue,  
Y assi como despues del rayo vemos,  
A todos suspenderse mal seguros,  
Difuntos ya en color y palpitando,  
Los viuos coraçones dentro el pecho,  
Y assi encogidos todos rezelosos,  
Por vna parte el vno, y qual por otra,  
Con passo espaciosos van saliendo,  
A ver si estan seguros, y el destrozo,  
Causado de la fuerça ya passada,  
Assi salieron muchos poco á poco,  
Alertos, paurosos, encogidos,  
Con passos atentados, y aduirtiendo,  
De no pisar los cuerpos desangrados,  
De tanto caro amigo y fiel amparo,  
De aquellos pobres muros que teñidos,  
Estauan de su sangre ya bañados,  
Assi temblando, tristes afligidos,  
Por vna y otra parte rodeados,  
De palido color y muerte acerba,  
Se fueron acercando, y viendo estaua,  
El vando Castellano acariciando,  
A todos sus vezinos, y que dauan,

Seguro y muestras grandes de contento,  
De verlos reducidos y apartados,  
De aquel cruento estrago que emprendian,  
Qual vemos que se abaten y se humillan,  
Los lebantados trigos açotados,  
Con vno y otro soplo reforçado,  
Del poderoso viento que sulcando,  
En remolcadas hondas sus espigas,  
Al suelo las amaina, abate y baja,  
Assi vencidos, llanos, desarmados,  
Mas de seyscientos dieron en rendirse,  
Y dentro de vna plaça con sus hijos,  
Y todas sus mugeres se postraron,  
Y como presos, juntos se pusieron,  
En manos del Sargento, y sossegaron,  
Mouidos del buen Chumpo, que seguro,  
A todos prometio y dio la vida,  
Sin cuiu ayuda dudo, y soy muy cierto,  
Que aquella gran Numancia trabajosa,  
Quando mas desdichada y mas pedida,  
Quedara mas desierta y despoblada,  
Que aquesta pobre fuerça ya rendida,  
Estando ya pues todo sossegado,  
Y puestas ya las treguas sin rezelo,  
De algun bullicio de armas, o alboroto,  
Los pactos assentados, y de assiento,  
Los vnos y los otros sossegados,  
De subito las baruaras rabiosas,  
Qual vemos deshazerse y derrumbarse,  
Dexandole venir con brauo asombro,  
Vna terrible torre poderosa,  
Recien inhiesta, puesta y lebantada,  
Y con terrible espanto reboluernos,  
La sossegada sangre, y alterarnos,  
Assi señor inmenso y poderoso,  
Alçando vn alarido arremetieron,  
Y apeñuscadas todas, qual se aprietan,  
Sobre la chueca juntos los villanos,  
Con los caiados corbos procurando,  
De darle con esfuerço mayor bote,  
Assi las vimos todas hechas piña,  
A palos y pedradas deshaziendo,  
A vn miserable cupero, y assi juntos,  
Para la esquadra todos arrancamos,  
Por ver si era Español, y dar vengança,  
A hecho tan atroz y desmedido,

Y luego que nos vieron sin aliento,  
Alborotadas todas nos dixeron,  
Varones esforçados generosos,  
Si auernos entregado en vuestras manos,  
Merece que nos deis algun contento,  
Dejadnos acabar lo començado,  
Aqui Zutacapan està tendido,  
Y gracias al Castilla que tal alma,  
Hizo que se arrancase por tal llaga,  
Este causò las muertes que les dimos,  
A vuestros compañeros desdichados,  
Este metiò cizaña y aluoroto,  
Por todos estos pobres que tendidos,  
Estan por este suelo derramados,  
Y poniendo la vista en sus difuntos,  
Y luego en el traidor rabiosas todas,  
Assi como en tajon la carne pican,  
Los diestros cozineros, y deshazen,  
Assi con yra todos reboluieron,  
Y en muy menudas pieças le dexaron,  
Con cuiio hecho alegres satisfechas,  
En su primero puesto sossegaron,  
Y nosotros señor jamas podimos,  
Saber qual fuesse el braço, que de vn tajo,  
Cinco costillas cerca le cortase,  
Y assi como con ansia cobdiciosos,  
Despues de la batalla ya vencida,  
Vn gran varon famoso que escondido,  
De muy grande rescate procuramos,  
Y assi sin alma, seso, y sin sentido,  
Salimos a buscarle, y reparamos,  
En todos los vencidos, y ponemos,  
La vista bien atenta por hallarle,  
Assi los baruaros atentos y las bocas,  
Auiertas, y los ojos que pestaña,  
Iamas mouio ninguno, vimos todos,  
Que con asombro y pasmo nos mirauan,  
Y no vien asomaua algun soldado,  
Que fuera del quartel acaso estaua,  
Quando de golpe todos, qual se allegan,  
Las moscas à la miel, assi llegauan,  
Y el rostro solo atentos le mirauan,  
Y viendo el gran cuidado que ponian,  
En no dexar à nadie reseruado,  
Que bien no le notasen y aduirtiessen,  
Fue fuerça preguntarles que distino,

Que blanco, o por que causa assi sedientos,  
A todos nos mirauan, y suspensos,  
La mano dando à Chumpo, que por ellos,  
A todos respondiesse, dixo el viejo,  
Buscan estos mis hijos à vn Castilla,  
Que estando en la batalla anduuo siempre,  
En vn blanco cauallo suelto, y tiene,  
La barua larga, cana y bien poblada,  
Y calua la cabeça, es alto y ciñe,  
Vna terrible espada, ancha y fuerte,  
Con que à todos por tierra nos ha puesto,  
Valiente por extremo, y por extremo,  
Vna bella donzella tambien buscan,  
Mas hermosa que el Sol, y mas que el Cielo,  
Preguntan donde estan, y que se han hecho,  
El Caudillo Español oyendo aquesto,  
Mouido por ventura del que pudo,  
Mostrar la duda clara y socorrernos,  
En casos semejantes y ampararnos,  
Qual vn blandon, o antorcha, cuia lumbre,  
La vista haze clara, y quita el velo,  
De la ciega tiniebla, assi alumbrando,  
Al grato viejo Chumpo fue diziendo,  
Responde à estos tus hijos noble padre,  
Que en esto no se cansen ni fatiguen,  
Ni mas los dos que buscan los procuren,  
Que son bueltos al Cielo, donde tienen,  
De assiento su morada, y que no salen,  
Si no es á defendernos y ayudarnos,  
Quando assi nos agrauian y se atreuen,  
Qual ellos se atreueron à matarnos,  
Con muertes tan atroces y crueles,  
Los pocos Españoles que subieron,  
A lo alto desta fuerça descuidados,  
Que miren lo que hazen y no bueluan,  
Segunda vez al hecho començado.  
-No suspendio el Troiano, ni redujo,  
La rienda del silencio con mas fuerça,  
Quando à la illustre Reyna los sucessos,  
De Troia y su desgracia recontaua,  
Qual hizo aqui el Zalduar, que pasmados,  
Y mudos los dexò, que mas palabra,  
Hablaron ni chistaron, y assi solo,  
Dixo: Señor inmenso que alcançamos,  
Aquesta gran victoria el mismo día,  
Del vasso de eleccion, á quien la tierra

Tenia por patron, y assi entendimos,  
Que vino con la Virgen á ampararnos,  
Iuizios son ocultos que no caben,  
En mi Señor, que siempre soy y he sido,  
Vn gusanillo triste despreciado,  
Y assi Señor me bueluo a mi caudillo,  
Que està con toda priessa despachando,  
Al prouehedor Zubia, porque lleue,  
Desta victoria insigne alegre nueua,  
A nuestro General, a quien auia,  
Vna baruara vieja por sus cercos,  
Hechole cierto della el mismo dia,  
Que fue por vuestro campo celebrada,  
Y estando assi aguardando el desengaño,  
Marchando el prouehedor, acaso Tempal,  
Y el pobre de Cotumbo destroçados,  
Corriendo gran fortuna a arbol seco,  
Auiendo de la fuerça ya escapado,  
Yuan atrauesando, y viendo el golpe,  
Que alli el rigor del hado descargaua,  
Tras tanta desbentura reboçados,  
Con mascara de paz los dos fingieron,  
Como hastutos cosarios que ellos eran,  
De allà la tierra adentro, y que robados,  
Venian de vnas gentes que huyendo,  
Salian del Peñol, y assi encogidos,  
Pidieron con gran lastima les diessen,  
Con que la triste hambre lleuauan,  
Socorrída quedase, y no acabasen,  
Con esto el Español mandó prenderlos,  
Por no errar el lance que perdido,  
Suele por el perder vn gran soldado,  
Y presos los lleuò, y en vna estufa,  
Despues de auer llegado y dado el pliego,  
Mandò que los pusiessen y encerrasen,  
Y auiendo con gran gusto recebido,  
El General la nueua fue informado,  
De ciertos nobles baruaros amigos,  
Que aquellos prisioneros que forçados,  
Estauan en la estufa, y oprimidos,  
Eran de los mas brauos y valientes,  
Que Acoma mostraron y pusieron,  
La colera en su punto, y lebantaron,  
El sossegado fuerte ya perdido,  
Con esto los dos baruaros sañudos,  
Viendole descubiertos deshizieron,

La escala de la estufa, y hechos fuertes,  
A palos y pedradas no dexaron,  
Que nadie les entrase por tres días,  
Que assi se defendieron y guardaron,  
Y viendo que era fuerça se rindiessen,  
Por hambre y sed rabiosa que cargaua,  
Las armas sossegaron, y dixeron.  
-Castillas si del todo no contentos,  
Estais de auernos ya beuido toda,  
La generosa sangre que gustosa,  
Tiene vuestra braueza no cansada,  
Y sola aquesta poca que nos queda,  
Mostrais que os satisfaze, dadnos luego,  
Sendos cuchillos botos, que nosotros,  
Aqui vuestras gargantas hartaremos,  
Priuandonos de vida, porque es justo,  
Que no se diga nunca por mancharnos,  
Que dos guerreros tales se pusieron,  
En manos tan infames y tan viles,  
Quales son essas vuestras despreciadas,  
Con esto el General, y con que todos,  
Los baruaros amigos le dixeron,  
Si alli los perdonaua que ponía,  
En condicion la tierra de alterarse,  
Auiendo hecho en vano todo aquello,  
Que pudo ser por verlos reducidos,  
Al gremio de la Iglesia, y agregados,  
Mandò que los cuchillos les negasen,  
Por mas assegurar, y que les diessen,  
Dos gruesas sogas largas bien cumplidas,  
Y echandoselas dentro las miraron,  
Los ojos hechos sangre y apretando,  
Los labios, y los dientes corajosos,  
Hinchados los hijares y narizes,  
Absortos, mudos, sordos, se quedaron,  
Y estando assi suspensos breue rato,  
Sacudiendo el temor, y despreciando,  
A todo vuestro campo, y fuerte espada,  
Nunca se vio jamas que assi pusiesse,  
Al corredizo lazo la garganta,  
Aquel que desta via ya cansado,  
Partirse quiso della alegre y presto,  
Qual vimos à estos baruaros que al punto,  
La mal compuesta greña sacudiendo,  
Las dos sogas tomaron y al pescueço,  
Ceñidas por sus manos y añudadas,

Salieron de la estufa, y esparciendo,  
La vista por el campo, que admirado,  
Estaua de su esfuerço, y condolido,  
Juntos la detuuieron y pararon,  
En vnos altos alamos crecidos,  
Que cerca por su mal acaso estauan,  
Y no bien los notaron, quando luego,  
Dellos sin mas acuerdo nos dixeron,  
Querian suspenderse y ahorcarse,  
Y dandoles la mano abierta en todo,  
Los gruessos ciegos ñudos apretados,  
Alli los requirieron, y arrastrando,  
Las sogas por detras partieron juntos,  
Del campo Castellano ya rendidos,  
Y del baruario pueblo acompañados,  
No los fuertes hermanos que en Cartago,  
Corriendo presurosos alargaron,  
A costa de si mismos los linderos,  
Assi à la triste muerte se entregaron,  
Dexandole enterrar en vida viuos,  
Qual estos brauos baruarios que estando,  
Al pie de aquellos troncos lebantaron,  
La vista por la cumbre, y en vn punto,  
Como diestros grumetes que ligeros,  
Por las antenas, gauias, y altos topes,  
Discurren con presteza assi alentados,  
Trepando por los arboles arriba,  
Tentandoles los ramos se mostraron,  
Verdugos de si mismos, y amarrados,  
Mirandonos à todos nos dixeron,  
Soldados aduertid que aqui colgados,  
Destos rollizos troncos os dexamos,  
Los miserables cuerpos por despojos,  
De la victoria illustre que alcançastes,  
De aquellos desdichados que podridos,  
Estan sobre su sangre rebolcados,  
Sepulcro que tornaron, porque quiso,  
Assi fortuna infame perseguirnos,  
Con mano poderosa y acabarnos,  
Gustosos quedareis, que ya cerramos,  
Las puertas al viuir, y nos partimos,  
Y libres nuestras tierras os dexamos,  
Dormid à sueño suelto, pues ninguno,  
Boluio jamas con nueua del camino,  
Incierto y trabajoso que lleuamos,  
Mas de vna cosa ciertos os hacemos,

Que si boluer podernos à vengarnos,  
Que no parieron madres Castellanas,  
Ni baruaras tampoco en todo el mundo,  
Mas desdichados hijos que à vosotros,  
Y assi rabiosos, brauos desembueltos,  
Saltando en vago juntos se arrojaron,  
Y en blanco ya los ojos trastornados,  
Sueltas las coiunturas y remisos,  
Los poderosos nierbios y costados,  
Vertiendo espumarajos descubrieron,  
Las escondidas lenguas regordidas,  
Y entre sus mismos dientes apretadas,  
Y assi qual suelen dos bajeles sueltos,  
Rendir la ancha borda afrenillando,  
La gruessa palamenta, y en vn punto,  
Las espumosas proas apagadas,  
En jolito se quedan assi juntos,  
Sesgos y sin mouerse se rindieron,  
Y el aliento de vida alli apagaron,  
Con cuio fuerte passo desabrido,  
Dexandolos colgados ya me es fuerça,  
Poner silencio al canto desabrido,  
Y por si vuestra Magestad insigne,  
El fin de aquesta historia ver quisiere,  
De rodillas suplico que me aguarde,  
Y tambien me perdone si tardare,  
Porque es dificil cosa que la pluma,  
Auiendo de seruiros con la lança,  
Pueda desempacharse sin tardança.

FIN